



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**“MAQUIAVELO, ¿ANTIGUO O MODERNO? UNA LECTURA POLÍTICA
SOBRE LA VIDA, OBRA Y SITUACIÓN HISTÓRICA DE MAQUIAVELO
A LA LUZ DE ARISTÓTELES”**

TESIS

Que para optar el título de

Maestro en Estudios Políticos y Sociales

PRESENTA

Mauricio Fernando Aguilar Madrueño

DIRECTOR DE TESIS

Dr. Patricio Emilio Marcos Giacomán

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM



Ciudad Universitaria, Cd. Mx., 2023



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Introducción.....	6
1. Panorama renacentista, prerrenacentista y postrenacentista.....	22
1.1. Destino, legado y recepción de Maquiavelo a través de los siglos.....	22
1.2. El ciclo político florentino: aristocracia, plutocracia, república y tiranía.....	36
1.3. Escritura y mecenazgo plutocrático.....	57
2. Resistencia moderna atingente al arraigo clásico de Maquiavelo.....	74
2.1. Noticias sobre la apropiación no confesa de los antiguos.....	74
2.2. Cuestión de patria y no de paternidad.....	105
2.3. Una falsa disputa por la paternidad de la ciencia política.....	110
3. Categorías maquiavélicas a la luz de las categorías aristotélicas.....	118
3.1. La fuente griega del lenguaje político.....	118
3.2. <i>Theîos aner, vivere politico y vivere corrotto</i>	135
3.3 Ciclos políticos y <i>anaciclosis</i>	138
3.4. Educación política <i>versus</i> uso de las armas.....	151
3.5. De las salvaguardas constitucionales a las <i>ragioni di stato</i>	155

3.6. La naturaleza de la virtud frente a la fortuna y la prudencia.....	167
3.7. La volatilidad de las virtudes maquiavélicas, o el solapamiento de los vicios políticos.....	173
4. Maquiavelo, ¿un renacentista aristotélico de la política?.....	178
4.1. Esencia y contra-esencia del Renacimiento.....	178
4.2. Renacentismo político.....	183
4.3. Diálogo con los antiguos.....	191
4.4. El hombre de los secretos del Estado florentino.....	197
4.5. Astucia y oportunismo.....	201
4.6. Breve recuento sobre la herencia aristotélica.....	214
4.7. Sobre la modernidad de Maquiavelo.....	219
4.8. Los dilemas maquiavelianos.....	224
Conclusiones.....	229
Fuentes consultadas.....	237

Agradezco a mi casa de estudios, la Universidad Nacional Autónoma de México, particularmente a sus autoridades y a los profesores del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, por haberme apoyado y acompañado en este proceso de investigación. En este sentido, extiendo mi agradecimiento al Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnología por haberme dado la posibilidad de consagrarme de tiempo completo al mismo.

A mi padre, por su paciencia, su disponibilidad y por haberme transmitido su amor y buen gusto por la historia, la música, la docencia y la lectura.

A mi madre, por su cariño y su amor incondicional.

A mi hermana, por infundirme empatía, valentía y la defensa de las causas justas.

A mi maestro, el Dr. Patricio Marcos, por su constante guía durante estos últimos tres años; por haberme arropado como su discípulo en la investigación política y de mí mismo.

A mi mejor amigo, Esteban, por brindarme claridad, consejos y su virtuosa amistad en todo momento para que este proyecto pudiera salir adelante.

A mis amigos, que siempre me brindan la oportunidad de compartir momentos de dicha y de ser mejor persona en la medida en que procuro que ellos también lo sean.

A mis alumnos de tercero de secundaria, a quienes tuve la fortuna de acompañar durante dos años en su madurez como personas de bien, al mismo tiempo que ellos también me permitieron crecer como docente y como persona.

A Benito, por recordarme el valor que tiene practicar la bondad en estos tiempos tan difíciles.

La política dejó de considerarse la más noble de todas las ciencias cuando se la identificó con el arte de conservar el poder de un hombre o de un grupo. Aunque nunca desapareció del todo, la resistencia a la aceptación de la razón de Estado, era un tipo de resistencia parecida a la de un puñado de generosos supervivientes tras una batalla perdida.

Maurizio Viroli. *De la política a la razón de Estado.*¹

Es una idea tan bella, tan honorable y magnífica la de meditar acerca de los regímenes políticos (governi pubblici), de los cuales dependen el bienestar, la salvación, la vida de los hombres y todas las acciones egregias que se llevan a cabo en este mundo inferior, que aun si se careciese de la menor esperanza de realizar algún día cuanto se piensa o diseña, no puede decirse que no merezca alabanza quien aplica su ánimo y pasa una parte de su tiempo en la contemplación de un asunto tan noble y digno; con el añadido de que es siempre posible recabar enseñanzas idóneas y útiles para aspectos relativos a nuestra vida (vivere nostro).

Francesco Guicciardini. *Diálogo sobre el gobierno de Florencia.*²

Juzgamos ser mejores que los griegos porque, aunque no somos capaces de escribir esa soberbia trilogía que es la Orestía, sí podemos transmitirla por la radio.

Sir Richard Livingstone³

Introducción

El presente trabajo nace a partir de dos experiencias personales dentro de mi trayectoria académica en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. La primera se remonta a finales del año 2019. Algunos meses después de haberme titulado de la carrera de Ciencia Política y Administración Pública, emprendí un nuevo viaje hacia el conocimiento, cuya principal motivación se encontraba en hacer una maestría en el extranjero, para ser específicos, en Francia.

Mientras juntaba los requisitos burocráticos de las universidades extranjeras y ponía al día mis asuntos académicos, tuve la ocurrencia de buscar trabajo nuevamente en la siempre familiar Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, en donde mi destino terminó por cruzarse con el del Dr. Patricio Emilio Marcos, profesor e investigador erudito en los sabios de la antigüedad griega, llámense Platón, llámense Aristóteles. Anteriormente había tenido la posibilidad de trabajar con el Dr. Jorge Márquez Muñoz, así como de tomar clase con el Dr. Marcos, pero la relación con este último no había prosperado más allá de un semestre que cursé como oyente en una de sus clases.

Después de hacerle una petición de trabajo al Dr. Marcos, me recibió cordialmente a través de una plática informal de café que, viéndolo en retrospectiva, fue mi entrevista de trabajo para el puesto de adjunto remunerado en las materias de Sistema Político Mexicano y Lectura de los Clásicos a la Luz de Problemas Actuales, ambas materias impartidas por él desde hace ya muchos años en la Facultad. Dicha experiencia laboral, que en un principio había pronosticado yo que sería únicamente algo provisional mientras partía al viejo continente, se convirtió imprevisiblemente en una experiencia esencial y transformadora para mí.

En ese entonces, uno de los requisitos del proceso de postulación de candidaturas a las universidades francesas era la redacción del proyecto de tesis, que tenía la obligación de llevar a cabo en caso de ser admitido por alguna de esas instituciones. Dos eran los tipos de maestría que en ese momento yo barajaba en mi haber. La primera era en la disciplina psicoanalítica, aquel método de análisis de la *psijé* que, por el afán de expansión de su inventor, Sigmund Freud, había sido transmitido de

generación en generación entre gremios de analistas, hasta llegar a diversos destinos del globo terrestre, incluido el mexicano, por mediación de Erich Fromm primero, en la década de 1950, y de migrantes chilenos y argentinos después, en la década de 1970.

Además del psicoanálisis, sentía una especial pero inexplicable simpatía por la filosofía, especialmente hacia aquella de apellido “política”. Debo decir que a varios de mis colegas de la generación le son particularmente atractivos aquellos autores de corte barroco y rebuscado que, a pesar de ser incomprensibles, su aura enigmática resulta atrayente precisamente por eso, porque cargan con una pesadez indescifrable. No descarto que en su momento mi atracción involuntaria hacia la filosofía se debiera a eso.

No obstante, mi luna de miel con ambas disciplinas llegó a su fin en la primera mitad del año 2020, después de varios intentos fallidos por concretar los proyectos de tesis que me permitirían emprender mi aventura al país galo. Para ese entonces, habiendo iniciado mi lectura en los clásicos griegos gracias a mi trabajo de adjuntía en los cursos universitarios del Dr. Marcos, me era cada vez más difícil no ver con ojos escépticos las disciplinas en las que hasta ese momento había decidido incursionar.

Fue así que, justo unas semanas antes de tener que definir mi destino en el proyecto francés, hubo un cambio de rumbo estrepitoso en mis planes académicos. Decidí descartar por completo los *masters* en psicoanálisis y en filosofía, hecho al que se sumó la determinación de desaprender el camino aprendido durante seis años de trayectoria escolar universitaria (incluyendo el año que me llevó la realización de mi tesis), un retroceso benigno que me permitió regresar a las raíces mismas de nuestra cultura, mal llamada Occidental. Dicho regreso supone un difícil desaprendizaje, que bien podría sintetizarse en la sentencia aristotélica: “...desaprender es tan duro como aprender”⁴ por primera vez, que se desgrana con sapiencia en la siguiente explicación:

La dificultad semejante para emprender y llevar a buen puerto una reforma frente a una revolución, [Aristóteles] la compara con dos

procesos psíquicos igualmente complejos, uno de los cuales confunden las traducciones de Sinclair, Gómez Robledo y Samaranch, no así la de B. Jowett y Manuel García Valdés. Mientras aquéllos traducen “aprender por primera vez pero no volver a aprender”, éstos apuntan correctamente “aprender y desaprender”. ¿De qué aprendizaje y desaprendizaje se trata? No de un aprender y un desaprender facultativo sino operativo; vale decir de aprender y desaprender simultáneamente el qué y el cómo de las cosas. En este sentido, la frase dice que desaprender vicios es tanto o más difícil que aprender virtudes.⁵

Más aún, dicho desaprendizaje⁶ marca el paso de un modo de vida a otro⁷, de un proceso ético que, como bien menciona el Dr. Marcos, va del vicio hacia la virtud. En el dominio de la ética⁸ es tan decisivo saber desde qué estado del alma se parte y hacia cuál se va⁹, como en el de la política, en donde es la naturaleza de la revolución, y no la revolución *per se*, la que debe examinarse.

Es en ese sentido que mi entrada a la maestría de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM ha significado un proyecto de vida que pretende darle continuidad a una tradición política milenaria y de valor inconmensurable, cuya base son los sabios de la antigüedad griega y romana.

Por su parte, la segunda experiencia se encuentra relacionada con los dos últimos planes de estudio de la carrera de Ciencia Política que se han implementado durante la última década. Tras haberme formado en uno, así como haberme capacitado para impartir el otro, he logrado identificar el espectro ideológico que es predominante en cada una de sus partes.

Dicho espectro ideológico puede desmenuzarse, por lo menos, en tres corrientes: la marxista, la estadounidense y la italiana. En este trabajo prescindiremos de la primera y la segunda. En cuanto a la primera, diremos únicamente que su fuerza de convocatoria ideológica cesó de ser hegemónica hace ya varias generaciones.

Mientras que la segunda, debido a la fuerte influencia que México recibe de su vecino del norte a través de los organismos regionales de la ONU, prácticamente se ha vuelto un mandamiento en la mayoría de las universidades públicas y privadas del país. *Grosso modo*, esta corriente se nutre de la psicología behaviorista o conductista, los métodos positivistas de verificación y falsación, así como una técnica de aplicación y recolección de datos estadísticos¹⁰ cuya raigambre en los estudios de economía pone un énfasis desproporcionado en el sustento empírico. Esta corriente empezó a tener mayor difusión en la segunda mitad del siglo XX, a través de instituciones como la *American Political Science Association*, que alberga a más de una decena de miles de investigadores; así como la *American Political Science Review*, revista encargada de publicar periódicamente los estudios especializados en el área.

En cuanto a la escuela italiana, objeto de estudio e interés para el presente trabajo, tiene su origen y punto de encuentro en la figura inconfundible de Maquiavelo, a quien no podemos dejar de vincular con su compatriota, también florentino y estudioso de la política, Giovanni Sartori.

Si bien es Niccolò Machiavelli el precursor de la escuela italiana de la que hacemos mención, es Sartori quien lo introduce bajo el mito, hoy extensamente compartido, de ser el padre de la ciencia política. Las motivaciones que dieron pie a este movimiento son las mismas que en las últimas décadas justificaron al propio Sartori para autoproclamarse como el padre de la ciencia política contemporánea, así como para otorgarle mayor relevancia a otros nombres de dicha escuela, conformada por Norberto Bobbio, Gianfranco Pasquino, Nicola Matteuci y José Fernández Santillán, vínculo diplomático y oficial de Sartori y de Bobbio en tierras guadalupanas.

Es este mito, que encumbra a Maquiavelo como la máxima autoridad de la ciencia política, el parteaguas de la presente investigación, ya que antes que incursionar en su tema central, la relación entre Maquiavelo y Aristóteles, se hace menester analizarlo, así como hallar las motivaciones que llevaron a Giovanni Sartori a instituirlo y difundirlo por Europa y América; de modo que pueda ser más clara la lectura que el florentino contemporáneo hace del florentino del Renacimiento, interpretación que al

día de hoy se transmite en la academia, no obstante que no ha sido realmente cuestionada.

La trayectoria de Sartori en el estudio de la política estuvo determinada por haber nacido en un país avasallado por hasta tres guerras, una civil, una colonial y otra mundial; así como por el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán:

Nací en Florencia en 1924. Por eso tengo recuerdos muy vivos del fascismo, de la Guerra de Abisinia, de la Guerra Civil Española (en la que intervinieron también soldados italianos) y, por supuesto, de la Segunda Guerra Mundial. Resulta casi inútil decir que mi interés durante toda mi vida por la democracia - una democracia sólida más que la avanzada - viene de aquellos “negros” recuerdos del fascismo y del nazismo.¹¹

Propiamente, su historia en la academia se remonta a finales de la Segunda Guerra Mundial, época en la cual, nos comenta el florentino en un apéndice de su libro *¿Cómo hacer ciencia política?*, tuvo que esconderse en una habitación para evitar ser reclutado para sumarse a la milicia del ala fascista, que había tomado el poder por aquella época a través de la “República de Saló”. Fue en su encierro de diez meses en donde se dedicó a la lectura, más circunstancial que selecta, de tres filósofos idealistas, uno alemán, Hegel, y dos italianos, Benedetto Croce y Giovanni Gentile. El autor no deja de remarcar su predilección por el primero, de quien dice que leía quince páginas al día, dotación de trabajo suficiente para dejarlo exhausto al final de la jornada:

Consuelo o no, me servía para leer diez, máximo quince páginas de Hegel al día. Y al final de la jornada estaba exhausto y con ganas de irme a la cama. Por tanto, un manojito de libros (una gran comodidad en aquellas circunstancias) fue mi pasatiempo hasta el final de la guerra en Florencia.¹²

Fue la lectura de los idealistas la que le dio fama entre los círculos académicos de Florencia de ser un *enfant prodige*. La difícil digestión de dichos textos, a los cuales el autor se refiere como los “arcana de la filosofía”, así como la depuración de profesores en la plantilla académica florentina en el área de las ciencias sociales, derivada de la posguerra, fueron los ingredientes principales que impulsaron en ese momento la carrera de Sartori, convirtiéndolo en ayudante de la cátedra de Teoría General del Estado, en donde terminaría por sustituir de facto a su profesor, Pompeo Biandi. No obstante, a decir del nacido en Florencia, no tenía planeado convertirse en filósofo, mucho menos en profesor. “Pero las cosas sencillamente sucedieron.”¹³

Ya con su título de licenciado en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Florencia, y una breve experiencia de ayudante en el bolsillo, en 1950 Sartori logró ser promovido para hacerse con la cátedra de Filosofía Moderna en la Universidad, en la cual permanece de 1950 a 1956.

Es muy probable que haya sido en el transcurso de esos seis años que el italiano haya descubierto a los clásicos griegos y romanos, no obstante que lo haya hecho en dirección contraria, es decir, a partir de los modernos, de adelante para atrás, y no en la secuencia que sugiere la naturaleza misma de las cosas, es decir, desde su origen hasta su corrupción.

Dicha hipótesis se desprende de la afinidad y cercanía que Sartori mantuvo con el pensamiento de Hegel y de Croce (hegeliano de cepa) desde sus inicios en la academia, y puede constatarse en varios escritos suyos, como *Da Hegel a Marx: la dissoluzione della filosofia hegeliana* (1951), *La filosofia pratica di Benedetto Croce* (1955), *Stato e Politica nel pensiero di Benedetto Croce* (1966) y *Studi crociani I-Croce filosofo pratico e la crisi dell'etica* (1997); así como en las constantes referencias que hace de la filosofía idealista a lo largo de su obra.

Su encuentro con el estudio y la enseñanza de la ciencia política no fue menos fortuito. Obedeció a lo oportuna que ésta resultaba para sus intereses, que eran estudiar lo que a él le “gustaba (la lógica) y ser el pionero de una nueva disciplina.”¹⁴ Cabe mencionar que ésta no resultaba de particular interés para la academia italiana de

principios de la segunda mitad del siglo XX; los fuertes y marcados tintes hegelianos y marxistas la tenían prácticamente desterrada. Además, en aquel entonces, en la década de 1950, la experiencia traumática que el fascismo y la Segunda Guerra Mundial habían dejado tras de sí, hicieron de la ciencia política una disciplina prácticamente ignorada en Italia, “completamente nueva y mirada con recelo por muchos.”¹⁵

De modo que el abandono en el que se encontraba la política coincidió con el interés del florentino en convertirse en el precursor de una nueva disciplina. Más que un verdadero convencimiento sobre la nobleza de la política (y no se diga de un conocimiento y dominio de la misma), fue la situación de vulnerabilidad en la que se encontraba en ese entonces, la que atrajo el oportunismo maquiavélico de Giovanni Sartori.

Igualmente, la nueva disciplina era la coartada perfecta para introducir, aunque de manera forzada, el uso y la aplicación de la lógica en la ciencia política. La lógica, definida por Sartori como “método del *logos*, del razonar”¹⁶, sería, junto con el “lenguaje especializado”¹⁷, un elemento *sine qua non* para la confección de una nueva disciplina científica, en este caso, la referente a la política. Más aún, en el concepto de lógica de Sartori se hallan, de manera implícita, las referencias a sus maestros del encierro bélico, Hegel y Croce. Del primero hereda la pretensión de querer reducirlo todo al núcleo duro de la lógica, y del segundo, el rechazo implacable a la ausencia de la misma, es decir, a la falta de pureza del razonamiento. De modo que la lógica de Sartori es la lógica de los idealistas, Hegel y Croce.¹⁸

Finalmente, en 1956, Sartori logró cumplir su cometido al introducir la ciencia política en el plan de estudios de la Facultad de Ciencias Políticas de Florencia. Años después, en 1963, tras una larga espera, gana la oposición como profesor definitivo de sociología, de donde brinca de nuevo a la ciencia política, para emprender sus esfuerzos en promover y difundir la nueva disciplina por toda Italia.

Más de medio siglo después, en un ensayo de 2004 cuyo nombre inquisitivo es *¿Hacia dónde va la ciencia política?*, y que ha sido añadido como parte de la

traducción al español de la obra anteriormente referida, *¿Cómo hacer ciencia política?*, Sartori hace un recuento de lo que, a su parecer, ha sido la historia de la ciencia de la política desde la última guerra mundial. Esta historia comienza con una concesión a título personal, ya que, entre los padres de la ciencia política, de acuerdo con este texto que hace las veces de confesionario, estaría el mismo autor:

Por eso, la ciencia política ha experimentado un nuevo comienzo, convirtiéndose en un campo de investigación completamente autónomo, hace más de medio siglo. *En aquel momento fui uno de aquellos fundadores* junto a Stein Rokkan, Juan J. Linz, Mattei Dogan, Hans Daalder, Erik Allardt, Shmuel N. Eisenstadt y otros. Así que yo soy uno de los testigos de lo que los «jóvenes turcos» de entonces tenían en mente, de cómo concebimos la ciencia política y de cómo queríamos promoverla. Y ahora que soy un «viejo sabio» me gusta reflexionar, a más de cincuenta años de distancia, sobre la dirección que ha tomado la ciencia política y si siguió el curso que esperábamos o que hubiéramos esperado.¹⁹

Este nuevo comienzo estaría registrado, según el propio Sartori, justamente en la década de 1950, en aquellos años primaverales en los que despegó su carrera en la Facultad de Ciencias Políticas de Florencia.

El primer paso de dicha autoproclamación sobre la autoridad de la ciencia política contemporánea, ya había sido dado por el mismo Sartori a través de la adjudicación que hace a Maquiavelo, otro florentino, del descubrimiento de la política en su libro *La Política. Lógica y Método de las Ciencias Sociales*, del año 1979: “En este sentido que acabamos de precisar (la diferenciación de la política como un objeto de estudio autónomo) es, pues, exacto que Maquiavelo -no Aristóteles- "descubre la política".²⁰

Dicho movimiento allana el terreno y prepara la entrada triunfal no sólo de Sartori, sino de toda una escuela italiana, que como ya hemos mencionado, surge en el Renacimiento con Maquiavelo, y es retomada en la Florencia moderna por Sartori, para extenderse posteriormente por toda la península itálica de la mano de otros

compatriotas como Norberto Bobbio, Nicola Matteucci o Gianfranco Pasquino, y ser finalmente exportada y adoptada incondicionalmente en Europa y América.

Llegado este punto, cabe hacer algunas preguntas de pertinencia que serán respondidas a lo largo de este trabajo. Entre Aristóteles y Maquiavelo, ¿a quién le es propio ser la autoridad o autor primero del estudio científico de la política? A la respuesta a esta interrogante inicial habrán de añadirse algunos matices que permitan esclarecer cuáles son los elementos propios de la ciencia política, así como su método de estudio y su aplicación.

En segundo y tercer lugar cabe preguntarse ¿hay un renacer de la política como ciencia después de su fundación? De ser así, ¿ese movimiento se da, en efecto, en el Renacimiento florentino? Las respuestas a estas preguntas dependerán de la primera, ya que de determinarse que la materia política nace en la Grecia antigua con Aristóteles, será necesario indagar si efectivamente existió un movimiento intelectual posterior homólogo, específicamente en el Renacimiento florentino, en donde se ubica Maquiavelo, el otro autor en entredicho. Finalmente, esto despejará, de una vez por todas, si, en efecto, a Sartori le es legítimo ese lugar que él mismo se adjudica como renacentista de la ciencia política en pleno siglo XX.

Para responder a estas incógnitas será necesario hacer un estudio comparativo e interpretativo en donde, por razones de orden jerárquico y cronológico, se analice la obra del florentino a la luz de la del griego, de modo que sea posible detectar si aquellos elementos epistemológicos y teóricos que las lecturas moderna y sartoriana destacan como fundacionales en Maquiavelo, son realmente originales o no.

En esencia, esta investigación política habrá de inspirarse y brotar desde el espíritu científico aristotélico, según el cual no es posible “ver bien en el interior de las cosas, a menos que las veamos realmente crecer desde sus comienzos”²¹. De modo que la comparación hecha aquí entre ambos autores es crítica en tanto apunta a las limitaciones y condicionantes epistemológicos que hay detrás de sus obras, los cuales revelan claras motivaciones políticas, históricas e ideológicas, particularmente en el caso de Maquiavelo, quien, de acuerdo a lo planteado aquí mismo, se propone

emplear selectivamente el *contenido* de la teoría política aristotélica según un criterio oportunista,²² reelaborando y alterando permanentemente su *forma* de cara a su recepción, comprensión, aplicación y reproducción en la antesala del mundo moderno.

Se trata, pues, como lo indica su título, de una lectura de naturaleza política que busca esclarecer qué hay de verdad y qué de ideología en los principales axiomas que dan sustento al prestigio moderno del que goza actualmente la obra de Maquiavelo, partiendo de las categorías de la teoría política antigua, que surgen de las investigaciones empíricas elaboradas por su fundador, Aristóteles, a lo largo de distintas etapas de su desarrollo intelectual y vital (siendo éste el trasfondo de aquel), principalmente como alumno de Platón en la Academia; como fundador y autoridad del Liceo ateniense; la relativa a su viaje a distintos pueblos de Asia menor; así como aquella que comprende su estancia en la corte macedónica como maestro de Alejandro Magno.

La importancia de este estudio radica no en hacer una reivindicación patriótica y personal, tal y como se puede entrever en las intenciones de Sartori²³, sino en ubicar cuál es exactamente el lugar que le corresponde a Maquiavelo en la historia de la ciencia política, al mismo tiempo que se reivindica la esencia de ésta a través de Aristóteles, de una lectura que, con base en los conceptos de su teoría política, se emprenderá sobre la vida, obra y situación histórica del florentino.

Esto implica, igualmente una redefinición de los parámetros a partir de los cuales está dividida actualmente la historia de esta disciplina y, por lo tanto, a partir de los cuáles se ha establecido su origen o fundación. Se trata de la delimitación de las mismas cualidades que la dotan de su esencia propia, es decir, de su lenguaje, de sus conceptos básicos, de su autonomía, de su jerarquía, de sus objetos de deliberación y estudio, de las otras artes y ciencias de las que se sirve, de sus fuentes historiográficas, etc.

Dicha genealogía de la ciencia política es equivalente a hacer una reconstrucción de su esencia, de todos aquellos bienes que la definen como una disciplina universal, distinta y superior a las demás, en otras palabras, de aquello que la define como la ciencia "...suprema y directiva en grado sumo."²⁴

Por el contrario, ignorar el origen y, por lo tanto, la esencia de la ciencia política es equivalente a ignorar los pilares sobre los cuales se ha asentado el pensamiento político desde hace más de dos milenios. Significa olvidar de qué hablamos cuando hablamos de política; qué es lo que hace a la política diferente y superior a otras ciencias; cuál es su especificidad; y qué lugar le corresponde entre las otras ciencias que se encargan del estudio de la naturaleza del ser humano y su *ethos* como especie gregaria.

Asimismo, implica negarle el acceso a nuestra comunidad científica a los presupuestos históricos mínimos a partir de los cuales es posible el debate y el intercambio libre de ideas. Presupuestos cuya ausencia en la actualidad, ha degenerado en una desastrosa confusión en la academia, similar a una Torre de Babel, en la que los intentos por definir los conceptos básicos de la ciencia de la política son estériles y contraproducentes²⁵; y que ha vuelto a la política una disciplina sin principios ni fines que le sean propios, subordinada y adaptada al gusto de cualquier paladar, a cualquier propósito e interés, alineada a todo menos a aquello que, en esencia, le corresponde.²⁶

La importancia del presente estudio no radica en descubrir un continente que ya había sido descubierto, en inventar una ciencia que ya existía, sino en restaurar un patrimonio invaluable, en regresarle la autoridad que le corresponde a la ciencia política, fundada en la antigüedad griega. Más aún, en reconocer de dónde venimos para entender nuestro presente y decidir prudentemente hacia dónde nos dirigimos; y, a partir de ello, poder continuar y hacer digna la enorme proeza iniciada por nuestros antepasados.

En el primer capítulo, titulado "Panorama renacentista, prerrenacentista y postrenacentista", se ahondará en las distintas lecturas y apropiaciones que se han hecho de Maquiavelo, así como las posibles causas que subyacen a tales

interpretaciones. En lugar de estas interpretaciones que conforman una parte del estado del arte del presente trabajo, se optará por hacer una revisión de aquellas circunstancias históricas que fueron definitivas y moldearon el entorno familiar, educativo, intelectual y político de Maquiavelo. Asimismo, el segundo elemento que permitirá resolver el *impasse* hermenéutico que suele estropear la lectura del florentino, es leerlo según lo permitan sus interlocutores, tanto contemporáneos como pasados, es decir, autores de la Antigüedad, así como notables y personajes políticos del Renacimiento.

En el segundo apartado, titulado “Resistencia moderna atingente al arraigo clásico de Maquiavelo”, se mostrarán las raíces clásicas del pensamiento y la obra del florentino, al mismo tiempo que se rebaten aquellas hipótesis que niegan la notable influencia de Aristóteles en Maquiavelo directa e indirectamente, otorgándole al segundo un título que por orden, antigüedad y jerarquía le corresponde al primero.

En el tercer capítulo, “Categorías maquiavélicas a la luz de las categorías aristotélicas”, se examinarán aquellos elementos teóricos del toscano que ya se encuentran presentes en el de Estagira, es decir, las ideas y los conceptos que fueron copiados en distintos niveles, siendo algunos de ellos las referencias textuales explícitas que se revisaron previamente, en el segundo capítulo; las referencias textuales implícitas; los plagios, sin ninguna clase de crédito para el autor; las tergiversaciones y manipulaciones oportunistas de la idea original; la extracción indirecta, por medio de segundas o terceras referencias bibliográficas que, en última instancia, remiten a las fuentes aristotélicas; entre otros.

Finalmente, en la última sección, que lleva de título “Maquiavelo, ¿un renacentista aristotélico de la política?”, se responderá a la segunda y tercera pregunta planteadas en esta introducción, a saber, si existe o no un renacer político de tinte aristotélico en la vida y obra de Maquiavelo. Para ello, se definirá la esencia del Renacimiento y lo que para la época se consideraba, en este caso, un hombre renacentista, y, de manera particular, lo que implica ese resurgimiento en la política. De esta manera, será posible cotejar aquellos elementos de la vida y la obra del secretario florentino que son y no son renacentistas en un sentido político y, por lo tanto, determinar cuál es el lugar histórico que realmente le corresponde a partir de este legado.

Notas

¹ Viroli, Maurizio (2009). *De la política a la razón de Estado. La adquisición y la transformación del lenguaje político (1250-1600)*. España: Akal, p. 275.

² Guicciardini, Francesco (2017). *Diálogo sobre el gobierno de Florencia*. España: Akal. Edición digital, p. 45.

³ Highet, Gilbert (2018). *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental I*. Fondo de Cultura Económica: México, p. 416.

⁴ Marcos, Patricio (2012). *Diccionario de la democracia. Diccionario clásico y literario de la democracia antigua y moderna. Tomo 1*. México: Palibrio, p. 741.

⁵ *Ibidem*.

⁶ No deja de ser interesante lo que Freud señaló en 1926 en un texto llamado *¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis? Diálogos con un juez imparcial*, a propósito de la transmisión y la recepción del saber psicoanalítico, y que es una de las máximas del aprendizaje de las virtudes y el desaprendizaje de los vicios, ya señalada por la escuela aristotélica y presente en el fragmento citado: que la transmisión del saber no pasa por el saber facultativo, sino por aquel de tipo operativo, o dicho de otra manera, no basta con saber qué son las virtudes, sino llevar a cabo una vida cuya realización esté en la virtud misma, es decir, en ser virtuoso.

⁷ Al respecto, Francisco de Quevedo concluye su novela picaresca *La vida del buscón*, diciendo que “nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.” De Quevedo, Francisco (1948). *La vida del buscón*. España: La novela española, p. 48.

⁸ La palabra ética (*ethikós*), procede de *êthos*, que significa carácter, el cual deriva del hábito o costumbre (*êthos*). El pasaje de Platón (Leyes, VII, 792e) que retoma Julio Pallí lo explica magistralmente: “Toda disposición de carácter procede de la costumbre” (*pân êthos diâ êthos*). Aristóteles, *Ética nicomáquea*, II, 1, 1103a15 y ss. Trad. 2014. En este sentido, es importante aclarar que es anacrónico y erróneo relacionar la ética antigua con la moral cristiana. La investigación que emprende Aristóteles sobre las costumbres parte de un estudio de aquello que define y hace diferente a la naturaleza humana del resto, de modo que puedan determinarse cuáles son aquellos hábitos que la disponen de manera óptima para alcanzar la felicidad; así como aquellos que estropean dicha naturaleza.

Conclusiones que se encuentran a años luz de las extraídas por la iglesia cristiana, que secuestra el legado aristotélico para invertir su escala de valores, presuponiendo que la felicidad a la que apunta el horizonte de dichas costumbres es el jardín del Edén. Más aún, las *mores* cristianas parten del sometimiento y la entrega incondicional a una sola deidad; de la encomienda a las enseñanzas de su hijo; del sacrificio; del martirio; de la pobreza; de la expiación de la culpa; de la redención de los pecados; de las bienaventuranzas de los oprimidos y desposeídos; entre otras cosas.

⁹ La iniciativa más próxima a la ética en ese sentido, es el psicoanálisis. Sin embargo, a diferencia de la Ética, el análisis moderno de la *psijé* pierde de vista por completo el origen, el rumbo y el destino del alma en el transcurso de su sanación. Más aún, la creación de Freud ignora algo fundamental al respecto: las propiedades del alma, su constitución y sus diferentes disposiciones. De modo que la cura estará destinada al fracaso desde antes de empezar si el capitán no conoce su propio barco y a su tripulación, ni tiene brújula alguna ni capacidad directiva para enfrentarse a las adversidades marítimas. Peor aún, no podrá zarpar y desembocar en buen puerto la transformación anímica del paciente, si la voluntad del psicoanalista se encuentra dominada por cualquier deseo o apetito que lo azote aleatoriamente y por turnos; una verdadera lotería.

¹⁰ Los números, los “datos duros” y la estadística se han vuelto un requisito (por no decir exigencia) indispensable en el mundo académico. Sin que se tenga claridad o certidumbre sobre a qué finalidad sirven tantos datos y correlaciones numéricas, muchos de ellos absurdos, inservibles y triviales, los estudios “políticos” y sociales en la actualidad se cubren y empapan de ellos.

Más compulsiva e ideológica que justificada, esta fiebre por los números y las gráficas ha intentado usurpar el lugar superior que detenta la política entre las demás ciencias y artes. Baste como ejemplo una anécdota personal. Hace un año, buscando posgrados a los que aplicar, me encontré con la desagradable sorpresa de que en una maestría cuyo título la jactaba de ser en ciencia política, resultó pedir como uno de sus requisitos principales aprobar un examen de perfil enteramente matemático en geometría, álgebra lineal y teoría de conjuntos.

Se entenderá lo absurdo del requisito si pensamos, verbigracia, en el caso contrario, una *maestría* en ingeniería que pida como requisito la aplicación de un examen de política, no obstante que es la ingeniería la que sirve a la política y no la política a la ingeniería. Más aún, la verdadera especialidad en política consiste no en acumular conocimientos e información, sino en ejercer la prudencia, y con ella, la virtud en términos generalizados; aptitudes que solamente la experiencia trae consigo.

Ahora bien, esta fiebre por los números deja de manifiesto cómo la política ha perdido su lugar en la sociedad. No es poca cosa que alumnos de licenciaturas y posgrados en política egresen como técnicos en programas informáticos, expertos en el uso de sistemas operativos, de manejo de datos, administradores de almacenamiento, softwares, etc., perdiendo por completo el propósito y la razón de ser de las formaciones en cuestión.

Como bien aclara Aristóteles al principio de su *Ética nicomáquea*, son todas las demás ciencias y artes las que sirven a la política, y no la política la que sirve al resto. La razón de esto radica en que la política es la única capaz de definir y asegurar la felicidad de toda la comunidad, bien que al ser deseado por sí mismo, es valorado como “lo bueno y lo mejor”. De modo que por su jerarquía y preponderancia esta actividad innata al ser humano es la encargada de determinar cuál es el camino que ha de seguir una comunidad para alcanzar tan preciado bien y, por lo tanto, los medios de los que habrá de disponer, incluido el resto de las ciencias y artes.

Encontramos resultados similares si nos detenemos a estudiar el empleo que ha tenido la ciencia de datos, hija de la informática, cuyo origen corrupto se encuentra en el modo de hacer la guerra nacido en la modernidad. El origen de la informática se remonta a Alan Turing, un matemático que logró descifrar el código y funcionamiento de “Enigma”, una máquina construida por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial con el propósito de codificar mensajes que fueran indescifrables para el enemigo.

Las investigaciones arrojadas sobre la ex empresa británica Cambridge Analytica después del descubrimiento del fraude social que protagonizó junto con Facebook, hallaron que los métodos empleados por aquella tenían como origen técnicas militares y de espionaje que posteriormente fueron aplicadas a poblaciones enteras con el fin de descifrar sus patrones de comportamiento de cara a ganar las elecciones en turno para el mejor postor de cada país.

Igualmente, esto sucede con las redes sociales, que descienden de la misma línea genealógica. *La red social*, la película basada en el origen de la empresa multimillonaria del estadounidense Mark Zuckerberg, revela que el primer borrador de la red social más influyente y más utilizada actualmente en el mundo, surgió de un robo masivo de la información privada de cientos de mujeres, estudiantes de los distintos campus de Harvard, por parte de Zuckerberg, universidad en donde en ese momento se encontraba realizando sus estudios.

Esta violación a la privacidad se repetiría tiempo después, cuando Mark vendió los datos de decenas de millones de usuarios de Facebook a la empresa Cambridge Analytica. Ante el cuestionamiento del Senado estadounidense, más cómplice que juez, el empresario prometió públicamente que la situación no volvería a repetirse, obviando que ya era la segunda vez que ocurría, y que habría de repetirse más de una vez. Más aún, el juicio de Zuckerberg nos recuerda que la condición sin la cual Facebook no puede funcionar es la monetización de la información personal de sus usuarios, que en el momento mismo de su inscripción a la página es sustraída voluntariamente.

Por lo tanto, es comprensible que, si el origen de la informática no es otro que el espionaje bélico y la ganancia económica, las ulteriores disciplinas a las que da vida repitan este patrón de manera encubierta, involuntaria e indiscriminada. En suma, dicho fin para el cual fue concebida la ciencia de la computación, y al cual sirven el resto de sus ramificaciones, es claramente distante y contrario al político.

¹¹ Sartori, Giovanni (2011). *Cómo hacer ciencia política*. Madrid: Taurus-Santillana. Formato digital, p. 325.

¹² *Ibid.*, p. 326.

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 329

¹⁵ *Idem*. A lo ya dicho hay que sumar la desconfianza que generaba cualquiera que quisiese acercarse al estudio de la política. A partir de la amarga experiencia del fascismo, a los italianos se les hizo difícil distinguir la tiranía de la política, sobre todo por la manera en que ambas se habían entremezclado en el imaginario colectivo antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Algo similar ocurrió en España después del franquismo, así como en México, en donde el creciente rechazo y los constantes intentos de sabotaje al régimen presidencial provienen de una confusión de la primera magistratura con la personalidad tiránica que ha reencarnado una y otra vez en la figura de varios y diversos presidentes; confusión que La Boétie ya había señalado en su célebre obra *El discurso de la servidumbre voluntaria*.

Patricio Marcos recoge de Cicerón una cita sobre la corrupción de la monarquía bastante pertinente explicar los casos expuestos: “Así, pues, el pueblo romano conservó [después del reinado del segundo Tarquino] un odio tan grande como el deseo que había tenido de reyes después de la muerte de Rómulo; así como en aquella ocasión no podía carecer de rey, después de la expulsión de Tarquino no podía hablar de reyes.”

E inmediatamente él mismo añade: “En Argentina, muchísimas centurias después, Alberdi, quien sin saberlo comparte con Bolívar la idea de que los países latinoamericanos requieren “reyes con el nombre de presidentes” para salir de una vez por todas de las crisis convulsas propias a la anarquía, emplea el mismo argumento ciceroniano para explicar la confusión que reina acerca de las formas de gobierno del siglo XIX. Dice así que en la América antes española el nombre de monarquía queda totalmente pervertido en razón del odioso recuerdo dejado por más de tres centurias de opresión extranjera...” Mientras tanto, en México se obtiene una sumatoria de más de setenta años de tiranías; amarga experiencia que motiva, más no justifica, los intentos de socavar la institución presidencial desde las tribunas partidistas. Marcos, Patricio (1990). *Lecciones de política*. México: Nueva Imagen, págs. 113 y 114.

¹⁶ Mientras que los metodólogos serían “expertos en el logos”, “ignorados por los politólogos”. Sartori, Giovanni (2011), *op. cit.*, págs. 318, 331 y 309

¹⁷ *Ibid.*, p. 316.

¹⁸ De acuerdo con el diccionario de filosofía soviético de Iván T. Frolov, los idealistas, entre ellos Hegel, consideran injustificadamente el logos de Heráclito, el primero en darle un carácter pronunciado a la palabra, como la razón universal. Para Heráclito, el logos significa la “necesidad universal, la ley del ser”. Más aún, la etimología de la palabra, según el mismo diccionario, quiere decir “concepto, palabra, razón”. Filosofía en español. *Logos*. <https://www.filosofia.org/enc/ros/logos.htm>

¹⁹ Sartori, Giovanni (2011), *op. cit.*, p. 314.

²⁰ Cita a la que hay que agregar otras de la misma índole, como aquella en donde reafirma la paternidad de su compatriota: “y la ciencia política le reconoce a Maquiavelo una paternidad que le niega a Hobbes.”

O en aquella en donde sugiere, pero termina por negarle, una primacía al griego: “Digamos entonces que la noción de ciencia política varía en función de qué se entienda por ciencia y qué por política. En razón de ello resulta bastante vano hablar de una ciencia política “perenne”, que se prepara con Aristóteles, nace o renace con Maquiavelo y se afirma con autonomía disciplinaria propia a partir del siglo XIX.”

Así como esta otra, según la cual Aristóteles sería un historiador que no da la talla para la política: “Aristóteles se coloca en una historia de la ciencia política (y también en otras ciencias), no simplemente como un atento descriptor de los sucesos de su época, sino específicamente por su *forma mentis* clasificatoria.”

Sartori, Giovanni (2012). *La Política. Lógica y método en las ciencias sociales*. México: Fondo de Cultura Económica, págs. 209, 211, 201 y 226.

²¹ Cita de Aristóteles retomada por Jaeger de sus lecciones “sobre los estadios preliminares de la vida política”, a propósito del método que el estagirita también se propone a emplear en sus investigaciones políticas. Jaeger, Werner (2023). *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 12.

²² *Modus operandi* del que Sartori hará escuela posteriormente.

²³ A pesar de su alto sentido patriótico, la actitud de Sartori con respecto a Estados Unidos no deja de ser ambivalente. Por un lado, no hace esperar su agradecimiento hacia el país del norte de América

cuando menciona su larga estancia de treinta años, que le valió una cátedra en la Universidad de Columbia, así como un doctorado *honoris causa*. Inclusive, en una entrevista de inicios del presente siglo realizada por *El País*, confesó que su lugar de retiro para la escritura se encontraba en un departamento ubicado enfrente de Central Park de Nueva York, el símbolo cosmopolita de Estados Unidos. Por otro lado, en aquella época era de los pocos que se mostraba reticente a aceptar la influencia estadounidense sin más. Al respecto, la principal crítica del florentino hacia la ciencia política de este país se centra en el hecho de tener un enfoque con un peso excesivo en lo cuantitativo y en el estudio de la conducta. Calvo Roy, José Manuel (25/12/2005). *Giovanni Sartori, el europeo pesimista*. *El País*. https://elpais.com/diario/2005/12/25/eps/1135495609_850215.html

De sus propias palabras encontramos referencias constantes a esta relación de amor-odio con el imperio norteamericano. He aquí un fragmento que da testimonio de ello:

“Así, preguntar hoy día hacia dónde se ha estado dirigiendo la ciencia política es también preguntar si los nuevos comienzos de la disciplina en Europa Oriental debieron o no seguir el camino andado por nuestro “gran hermano”, y me refiero a la ciencia política estadounidense. A mí también me ha absorbido de alguna manera nuestro gran hermano (ciertamente, benévolo y bien intencionado) pues tengo unos treinta años de dar clases en Estados Unidos. Permítaseme añadir que yo me he beneficiado bastante de mi contacto con Estados Unidos. Sin embargo, siempre he resistido y aún resisto su influencia. Y aprovecho esta ocasión para decir por qué no estoy a gusto con el molde estadounidense de la ciencia política actual.” Sartori, Giovanni (2005). *¿Hacia dónde va la ciencia política?* Revista Española de Ciencia Política. Núm. 12, p. 10.

²⁴ Aristóteles, *Ética nicomáquea*, I, 2, 1094b1. Trad. 2014.

²⁵ Al respecto, no deja de ser reveladora la dificultad de Sartori para definir la democracia, no solamente por la gran cantidad de tipos o variedades de democracia a los que recurre para precisar una voz que en la antigüedad es unívoca, sino por la confusión de la que él mismo se delata ser víctima al hablar de una “democracia confusa”. El concepto de Sartori, la cita y la crítica que aquí se hace de él, fueron extraídos de Marcos, Patricio (2012), *op. cit.* p. 406.

Aquí la cita completa de Sartori: “Hasta la década de los cuarenta la gente sabía lo que era la democracia y o bien la deseaba o bien la rechazaba; desde entonces todos decimos que queremos la democracia, pero ya no sabemos lo que es. Vivimos, por tanto, inequívocamente en una época de democracia confusa.” Marcos, Patricio (1997). *¿Qué es la democracia?*. México: Publicaciones Cruz, p. 25.

²⁶ La palabra política proviene del griego *politikós*, vocablo del que se deriva la palabra *polis* o ciudad. Lo cual quiere decir que la ciencia política sería una ciencia que se encuentra consagrada a la polis como objeto de estudio. Sin embargo, este carácter científico, de resonancias modernas y no antiguas, no concuerda realmente con la esencia de la política, ya que el mismo Aristóteles señala que la ciencia, es decir, la *episteme*, son aquellas cosas que no pueden ser de otra manera, que son así por necesidad.

Contrariamente, la política trata de aquellas cosas cuya naturaleza es contingente por encontrarse éstas sujetas al factor humano. De modo que será el animal dotado de carácter político, es decir, guiado por la *phronesis* o prudencia, el encargado de darle dirección a todos aquellos asuntos concernientes a la conformación, constitución y conservación del mejor hábitat posible, a saber, la polis. Será entonces el culmen de un carácter virtuoso el que lleve al animal dotado de inteligencia a la posibilidad de teorizar sobre la política, es decir, a contemplar de manera absoluta los principios de los que se desprende la sabiduría práctica de esta noble actividad.

Por lo tanto, hablar de una ciencia de la política es algo que no está exento de discusión. Además, debemos considerar que el empleo del término lingüístico “ciencia” se da en sentido impropio o análogo, ya que es el resultado de una herencia positivista vuelta costumbre y extendida hacia el resto de las ciencias no newtonianas por Auguste Comte; herencia que, reiteramos, no corresponde con la naturaleza de la política.

1. Panorama renacentista, prerrenacentista y postrenacentista

¡Cómo se engañan quienes pretenden refrendar cada idea apelando a los romanos! Para que esta tarea fuera de utilidad, nuestra ciudad habría de organizarse como la suya y actuar según su ejemplo. Es un modelo que no debe aplicarse a quienes carecen de las cualidades justas, al igual que no tendría sentido esperar que un asno corra como un caballo.

Francesco Guicciardini¹

1.1. Destino, legado y recepción de Maquiavelo a través de los siglos

Probablemente Maquiavelo sea uno de los autores del Renacimiento que más impacto han tenido en la modernidad hasta nuestros días. No obstante, también ha sido uno de los más tergiversados y manipulados a partir de tantas interpretaciones como la cantidad de lectores oportunistas lo permite.

En una entrevista para *Corriere della Sera* de 2005, William Connell declaró con acierto al respecto que: “Durante siglos, los escritores y estudiosos han querido crear su propio Maquiavelo, y esto ha hecho más difícil encontrar la verdad histórica.”² En este sentido, es paradójico que la mayoría de estos lectores no logren ver el oportunismo a partir del cual fue escrito *El Príncipe*, la obra más leída del florentino; o mejor dicho, no logren verse reflejados como víctimas de la ambigüedad que dicho oportunismo supone; es decir, de intentar apropiarse de una obra cuyo destinatario realmente nunca estuvo definido. De ahí que, de todas las lecturas habidas y por haber, en la oportunista es más densa la oscuridad sobre la luz que apenas se vislumbra en el terreno de la interpretación.

Una de las dos explicaciones más plausibles al fenómeno de la popularidad y recurrencia de su obra, principalmente de *El Príncipe*, es que el florentino es uno de los primeros autores en hacer un retrato fiel del estado de la política en los albores de la modernidad,³ cuya observación si bien parte del microcosmos de la Italia no unificada, es aplicable al resto de Europa y a sus colonias en América.

En las observaciones empíricas y en las conclusiones teóricas de Maquiavelo se traza un nuevo mapa, ya no político, en donde se despejan las ruinas de las viejas realezas y aristocracias de la Edad Media, que para ese entonces ya habían empezado a ser sustituidas por una extensa proliferación, en distintas latitudes, de una multiplicidad de las dos formas corruptas de gobierno de los otrora regímenes realmente humanos, tiranías y plutocracias respectivamente.⁴

La segunda razón tiene que ver con lo que Ernst Cassirer denominó en su obra *El mito del Estado* como “la leyenda de odio”⁵ que pesa históricamente sobre la sombra de Maquiavelo. En primer lugar, podemos identificar esta leyenda con la inclusión de su obra en la primera redacción del *Index Librorum Prohibitorum* de la Iglesia católica, de 1564. Treinta y siete años después de su fallecimiento, tras haber sido señalado como hereje y enemigo de la iglesia, Maquiavelo resucitó a través de la prohibición con más fuerza que nunca.⁶

Para tener una dimensión de la popularidad y el alcance de Maquiavelo, basta con identificar y entretrejer en un amplio collage expositivo las múltiples interpretaciones que se han hecho de su obra, la cual, paradójicamente, como ya se ha mencionado, logró tener un amplio alcance y popularidad *post mortem*,⁷ a pesar de que el objetivo en vida del autor era captar, no sin mirada oportunista, el favor político de la élite medicea de Florencia.

La larga lista de lectores,⁸ estudiosos e intérpretes de Maquiavelo va desde intelectuales contemporáneos hasta tiranos de distintas épocas que, bajo el influjo de un ávido narcisismo, se vieron cautivados por la lectura de *El Príncipe*,⁹ al grado de ver proyectadas en sus prácticas tiránicas un eco concomitante de las sentencias maquiavelianas.¹⁰

Así, por ejemplo, la recepción de sus obras data desde aquellas célebres juntas en los jardines Orti Oricellari, protagonizadas por Cosimo Rucellai,¹¹ en donde la lectura y discusión de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* se hizo una costumbre literaria. Entre los escuchas más cercanos y atentos de dicho círculo, se encontraba Francesco Guicciardini, con quien Maquiavelo compartía una amistad,

extensamente documentada en la correspondencia del segundo.¹² De manera temprana, poco después de la muerte de Maquiavelo, Guicciardini sentaría un precedente al ser uno de los primeros intelectuales en comentar la obra de su compatriota con su *Considerazioni sui Discorsi del Machiavelli sopra la prima deca di Tito Livio*.

También contemporáneo de Maquiavelo, pero mucho menos celebrado por sus aportaciones al saber político de la época, se encuentra el napolitano Agostino Nifo. Nifo, un ávido representante del aristotelismo renacentista, se dedicó a “denunciar la fisonomía tiránica que se esconde bajo el príncipe maquiavélico”; al mismo tiempo que mostró cómo es que el texto de su compatriota es un plagio de las salvaguardas constitucionales aristotélicas de la tiranía, que se encuentran en el quinto libro de *Política*.¹³

Dos son las obras en donde hay una crítica clara y directa a *El Príncipe* que, si bien aún no había sido publicado de manera oficial, el borrador¹⁴ ya había empezado a circular en vida del intelectual florentino, probablemente hacia 1513. Se trata de *De regnandi peritia* (1523)¹⁵ y *De rege et tyranno* (1526). Ambos escritos, hacen un análisis de la composición de la obra cumbre del florentino, en especial la primera, que es prácticamente una reescritura de capítulos completos de ésta.¹⁶

No obstante, como bien lo ha hecho ver Paolo Falzone en la Enciclopedia Machiavelliana,¹⁷ se trata de una farsa hecha discrecionalmente para desenmascarar el verdadero plagio en cuestión, de Maquiavelo a Aristóteles. De modo que la reescritura de Nifo (que por cierto no es extraña para el mismo Maquiavelo, quien acostumbraba, según observa Leo Strauss, a parafrasear y a reelaborar textos clásicos y antiguos) es, en su justa medida, un *speculum* que invierte lo invertido por ese otro espejo, el principesco de corte maquiaveliano, cuyo título oculta no solamente la verdadera naturaleza del contenido literario que encumbra, sino, más importante aún, la fuente original en la que se inspira.

Extendiéndose más allá de los confines del Renacimiento florentino, no es difícil encontrar varias y diversas lecturas de Maquiavelo, como la de Rousseau en su

Contrato Social que, junto con Diderot en su artículo “Maquiavelismo” de la *Encyclopédie*,¹⁸ bien podría considerarse el precursor de la escuela francesa en este ámbito; escuela que más tarde sería continuada por el trabajo de Louis Althusser.

Si bien existen más lecturas galas de la obra del florentino, más allá de la nacionalidad lo característico de la tercia mencionada, como bien lo hace ver Althusser a través de sus compatriotas, es el intento por responder a las preguntas ¿para quién fue escrito el texto? y, ¿cuál es el lugar desde donde escribe el autor?

Los tres coinciden en que el verdadero destinatario y, por lo tanto, la lección de *El Príncipe*, no debe buscarse en los monarcas, sino en los pueblos:

Cuando Maquiavelo escribió su tratado *El Príncipe*, es como si hubiera dicho a sus conciudadanos: leed bien esta obra. Si alguna vez aceptáis un amo, será tal y como os lo describo, ésta es la bestia feroz a la cual os abandonaréis. Así pues, fue error de sus contemporáneos desconocer el objetivo de *El Príncipe*: ellos tomaron una sátira por un elogio.¹⁹

En palabras de Althusser, es al pueblo a quien el texto está interpelando por medio del develamiento de la verdad efectiva del principado²⁰ desde un doble punto de vista, que en primera instancia apunta al príncipe, pero efectivamente termina por recaer en el *popolo grosso* o, mejor dicho, busca evitar la repetición trágica del príncipe en tirano por medio de otras prácticas políticas posibles.

A esta serie de lecturas se encuentra ligada la marxista, la cual, si bien no resulta extraña para Althusser, *Notas sobre Maquiavelo* de Gramsci es más cercana, esclarecedora y representativa al respecto. El parteaguas de dicha obra, independientemente de su corriente ideológica, no deja de ser importante para el estudio del florentino, específicamente de los problemas concernientes a la publicación, difusión y recepción de *El Príncipe*:

Los grandes políticos -se dice- comenzaron por maldecir a Maquiavelo, por declararse antimachiavélicos, precisamente para poder aplicar las normas “santamente”. ¿No habrá sido Maquiavelo poco machiavélico, uno de aquellos que “saben el juego” y tontamente lo enseñan mientras el machiavelismo vulgar enseña a hacer lo contrario?²¹

Gramsci intenta explicar la aparente ingenuidad que él mismo le supone a Maquiavelo por la publicación de una serie de principios que supuestamente ya serían más que conocidos por los príncipes, bajo el argumento de que aquello que realmente intentaba realizar con su publicación era la “educación política” de “quien no sabe”, que no es otra que la clase revolucionaria, el pueblo italiano por manifestarse. Se trata de “la democracia ciudadana de cuyo seno surgen los Savonarola y los Pier Soderini, y no los Castruccio ni los Valentino.”²²

Más aún, Gramsci le da el tono italiano definitivo a su marxismo cuando añade la *maduración histórica* de las condiciones materiales en Italia como un elemento necesario para la aparición de la fuerza partidista proletaria,²³ la cual lograría germinar gracias a la *conciencia de clase*, a ese develamiento de las condiciones de su opresión, que precisamente viene a despertar¹ el *manifiesto* machiaveliano.

Una de las interpretaciones más extravagantes y que mejor muestran el intento oportunista de apropiarse de Maquiavelo es la de Roberto Ridolfi, el mayor biógrafo de Maquiavelo. De acuerdo con Connell,

El Maquiavelo de Ridolfi era un católico, del que se dudaba pero que en el último momento se confesó y convirtió, y la biografía está escrita en tono apologético para defender a Maquiavelo de las acusaciones de haber sido anticristiano.²⁴

¹ La misma lectura de Gramsci parece sugerir que no se trata de una cuestión accidental, sino de una movida discrecional de Maquiavelo que estaría respondiendo, simultáneamente, a las leyes del materialismo histórico. Por lo tanto, la lectura de Gramsci resulta ser una lectura a pesar del propio Maquiavelo.

Por su parte, la lectura más esparcida y conocida de Maquiavelo en la actualidad es la de la escuela florentina, cuyo artífice principal es el estudioso de la política, Giovanni Sartori. A Sartori le debemos que el origen y paternidad de la Ciencia Política sea asociado directa e incondicionalmente con el autor de *Principatibus*.²⁵ Como ya lo hemos mencionado, esta lectura es la que detenta la hegemonía en los círculos académicos de gran parte de Europa, Norteamérica y América Latina, incluido México. Fue en 1979, en su libro *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, en donde el politólogo italiano aseguró por primera vez que la política fue descubierta en el renacimiento por su compatriota, también florentino, Nicolás Maquiavelo.

De acuerdo con Alessandro Passerin D'entrèves, la sentencia de Sartori proviene, a su vez, de otra de Benedetto Croce, en la cual éste le adjudica a Maquiavelo el descubrimiento de la “autonomía de la política”: “debido a la gran resonancia que tuvo entre nosotros la enseñanza de Croce, ha prevalecido ciertamente esta acepción en nuestra disciplina (dentro de Italia).”²⁶

La mayoría de estas lecturas, además de ser sintomáticas de un manifiesto oportunismo, forman parte del legado de Maquiavelo, pero aún más importante, del destino que ha tenido su obra. Ernst Cassirer no podría ser más atinado en lo tocante a ello: “De toda la historia de la literatura, *El Príncipe* de Maquiavelo es la prueba mejor de la verdad del aserto *Pro captu lectoris habent sua fata libelli*.²⁷

El destino de *El Príncipe* tiene que ver con la encomienda original a partir de la cual fue escrita. Es sabido que, con el propósito de recuperar su puesto en la cancillería de Florencia, Maquiavelo dedicó su obra a dos de los Medici, primero a Juliano de Medici,²⁸ hermano del papa León X, y posteriormente la dedicatoria fue cambiada a Lorenzo el Magnífico.²⁹ No es una casualidad que la publicación oportunista de un conocimiento que en principio no debió haber sido revelado, siga dando hasta la fecha la impresión de no tener destinatario, o de que el destinatario pueda ser cualquiera. El mismo cambio de la dedicatoria es un claro indicio de que el libro pudo haber sido dedicado a cualquier tirano cuyo poder pudiera resultar oportuno para la realización de las ideas e intereses del florentino.

De modo que lo verdaderamente importante no es a quién estaba dirigida la obra de Maquiavelo (a los intelectuales, al príncipe, al pueblo), como han querido hacer ver la mayoría de sus intérpretes modernos, sino de dónde viene, en qué contexto se logró y quién o quiénes son sus principales interlocutores del pasado, una vez descartados el tirano y el pueblo como hipotéticos destinatarios de la obra maquiaveliana. Al respecto, es ilustrativa la interrogación que Claude Lefort propone para descifrar a un autor, en este caso a Maquiavelo:

Si queremos conocer la intención de un escritor parece bueno preguntarse cuáles son sus *interlocutores privilegiados*, cuáles las opiniones que convierte en su blanco, *cuáles las circunstancias que ponen en movimiento su deseo de hablar*.³⁰

Esta interrogación que busca dar con el *locus* desde donde moja su pluma de ideas el escritor, nos permitiría, por ejemplo, encontrar los motivos por los cuales, a pesar de usar intencionalmente la obra de Aristóteles como base de gran parte de la suya, Maquiavelo se rehusó deliberadamente a darle crédito al estagirita. Igualmente, esta lectura hacia atrás, de retorno a Aristóteles³¹ y lejana de cualquier proyección oportunista con tintes ideológicos, nos permitiría descartar de una vez por todas, aquella ficción o fantasía según la cual el florentino es una figura que, como autoridad intelectual, se bastaba a sí misma.³²

El presente trabajo se suma a este esfuerzo por contribuir a desmitificar la obra de Maquiavelo y, simultáneamente, a definirlo en su justa dimensión, sin traicionar la innovación de su pensamiento como tampoco de inflarlo y exagerarlo al grado de dotarlo de un misticismo revolucionario, patriótico o ideológico que no tiene ninguna clase de sustento historiográfico.

De modo que el supuesto principal de este trabajo es que los pilares de una parte importante y fundamental de la obra de Maquiavelo radican en la antigüedad clásica, específicamente en la obra ética y política de Aristóteles.³³ De ahí que no solamente sea erróneo adjudicar a Maquiavelo cualquier título referente a la paternidad del saber

político, sino que, para lograr una comprensión cabal de su obra, ésta debe ser leída en clave aristotélica.

En realidad, no se trata de una metodología extraña para el propio Maquiavelo. Por el contrario, es él mismo quien, valiéndose de la *magistra vitae*, logra construir el conjunto de su obra; a saber, hacer hablar al presente con el uso del lenguaje de los antiguos. En efecto, es en este aspecto y en muchos otros que “...ese hombre deseaba erigir la Antigüedad en modelo.”³⁴ Tal y como lo hace ver la lectura aristotélica del florentino, en el dominio de la naturaleza, específicamente de la naturaleza política del ser humano (y esto incluye el uso del lenguaje), las cosas se van corrompiendo conforme se alejan de sus principios constitutivos. De ahí que el contraste entre antiguos y modernos no deje de resonar en la obra de Maquiavelo.

Por consiguiente, la base bibliográfica que le da sustento al presente tiene como autoridad principal a Aristóteles. Bajo este tenor de larga tradición, es decir, que reconoce y da cuenta de la enorme influencia aristotélica sobre Maquiavelo, se encuentran, entre otros, el mismo Agostino Nifo, Leo Strauss³⁵, Patricio Marcos, Federico Chabod y Paolo Falzone.³⁶ Más aún, como ya hemos adelantado, este esfuerzo por sumarse y darle continuidad a la lectura de dicho acervo de autoridades, tendrá como punto de partida y método atender a las interrogantes atinentes a la paternidad de Maquiavelo sobre el estudio de la política, así como a una hipotética filia renacentista.

A partir de ambas inquisiciones se pretende resolver dos cuestiones que van ligadas, de modo que no puede ser entendida una sin la otra. La primera es, como ya se ha dado a entender, hacer un trabajo arqueológico de desenterrar, desempolvar y clasificar, pieza por pieza, los restos, siempre visibles, aunque insistentemente negados o puestos en duda por algunos maquiavelistas,³⁷ de la obra de Aristóteles en la de Maquiavelo, sobre todo, pero no únicamente, del *Tratado de las cosas Políticas* en el *Principatibus* y en los *Discursos*, de modo que logre zanjarse la autoridad del primero sobre el segundo. Para ello será menester hacer uso de las categorías éticas y políticas clásicas establecidas por Aristóteles, las cuales podemos

hallar dispersas, aunque muchas de ellas tergiversadas, mal empleadas o como efecto de una excesiva licencia autoral, en la obra de Maquiavelo.

La segunda tiene que ver con el carácter renacentista de Maquiavelo, el cual tendrá que determinarse en su justa dimensión a partir de dos vertientes imprescindibles para la tradición clásica: el saber político y su aplicación práctica. Es decir, el renacer de la política en Niccolo di Bernardo no puede responderse sin dar cuenta de aquellos aspectos de su quehacer como político, en la segunda cancillería florentina, y como intelectual, que, para decirlo en términos maquiavelianos de herencia aristotélica, logran esculpir un verdadero *vivere político o civile*.

De acuerdo con Claude Lefort, ese talante renacentista no se encuentra lejos de la intención del propio Maquiavelo, el cual era “extender al dominio de la política la imitación de los antiguos, que en otros dominios parece evidente..., ya que en el Renacimiento esta imitación es un hecho “...entre los artistas, los juristas o los médicos, pero los que dirigen los asuntos políticos, o toman parte en ellos, lo estiman imposible.”³⁸

De suerte que la lectura aristotélica de Maquiavelo, o más bien, el análisis que pretende resolver de una vez por todas cuál es su verdadera envergadura no solamente dentro de la tradición clásica de la Antigüedad, sino *in extenso* en la historia del saber político, según Lefort tendría que comprender cuatro proposiciones³⁹ que en el transcurso de este trabajo serán desarrolladas: la superioridad de los antiguos sobre los modernos; la corrupción de los viejos regímenes aristocráticos; la posibilidad de interpretar los problemas políticos del Renacimiento a la luz de sus homólogos del pasado; y el deseo de saber no obstante las limitaciones que supone la moral cristiana de la época. A estas cuatro proposiciones se sumarán una serie de variables que contribuyan a dar cuenta de manera más detallada de la situación del secretario florentino: las circunstancias nacionales y geopolíticas de la época; sus referencias intelectuales; su formación académica; su trabajo en la cancillería; su epistolario; etc.

Notas

¹ Burke, Peter (2015). *El Renacimiento italiano. Cultura y sociedad en Italia*. España: Alianza Editorial. Formato digital, p. 201

² Connell, William (10/11/2005). *Maquiavelo abusado de niño por un sacerdote*. Corriere della Sera. https://www.corriere.it/Primo_Piano/Spettacoli/2005/11_Novembre/07/machiavelli.shtml

Eduardo José Torres Maldonado apunta en esta misma dirección cuando dice: “Ahora bien, Maquiavelo es alguien que todo el mundo cita pero que nadie lee y todo el mundo habla de oídas, un mal que en nuestros días se acrecienta y multiplica.” Eduardo José Torres Maldonado (22/02/2018). *El Príncipe: reflexiones sobre el método y los principios políticos de Maquiavelo*. Alegatos. <https://fuenteshumanisticas.azc.uam.mx/index.php/ra/article/view/359>

³ No es de extrañarse que tanto Jacob Burckhardt como Leo Strauss le otorguen el título de “fundador de la modernidad”. Mansfield, Harvey (26/08/2022). *Niccolò Machiavelli. Italian statesman and writer*. Encyclopedia Britannica. <https://www.britannica.com/biography/Niccolo-Machiavelli/The-Art-of-War-and-other-writings>

⁴ En este sentido, como bien menciona Leo Strauss, el mismo Maquiavelo rompe con la tradición literaria de los Espejos de Príncipes al facilitar las máximas ya no del mejor modelo posible de gobierno, sino aquellas cuyo fin último es dar con la *verdad efectiva* de la conservación del poder de los tiranos.

Gracias a Burckhardt y otros historiadores sabemos que la península itálica renacentista estaba repleta de tiranías, que en el lenguaje maquiaveliano no son otra cosa que los principados. “El Estado como obra de arte” en Burckhardt, Jacob (1984). *La cultura del Renacimiento en Italia*. México: Porrúa. págs. 1-34.

Un ejemplo de las segundas, es decir, de las oligarquías de la riqueza, son los Medici, que dominaron la región Toscana durante gran parte del Renacimiento.

⁵ Cassirer encuentra que, fue de la mano de los poetas del periodo isabelino que esta sentencia sobre la imagen de Maquiavelo se fraguó definitivamente. Al respecto, es ilustrativa la obra de Eduard Meyer que cita el filósofo prusiano, *Maquiavelo y el drama isabelino*. En ella el autor “citó no menos de 395 referencias a Maquiavelo en la literatura isabelina, Y en todas partes -en las obras dramáticas de Marlowe, de Ben Jonson, de Shakespeare, Webster, Beaumont y Fletcher- el maquiavelismo significa la encarnación de la astucia, la hipocresía, la crueldad y el crimen. El malo de la obra casi siempre se presenta a sí mismo como un maquiavélico.” “La leyenda de Maquiavelo” en Cassirer, Ernst (2004). *El mito del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica. p. 140.

⁶ Probablemente no había una forma tan efectiva de hacerse famoso entre el público como encontrarse sentenciado por medio de dicho índice. Actualmente, en términos de fama y notoriedad, sería equiparable a aparecer en la lista de los candidatos al premio Nobel de literatura.

Al respecto, tanto Patricio Marcos como Cassirer concluyen con acierto que, paradójicamente, este tipo de movimientos en su contra, fraguados por parte de sus más grandes detractores, no hicieron más que reforzar el interés de en su obra: “Lo curioso del caso (del odio y desprecio hacia Maquiavelo) es que sus más resueltos e implacables enemigos contribuyeron mucho, con frecuencia, a reforzar ese interés.” *Ibid*, p. 141

⁷ Valga aquí matizar con algunas excepciones, como *La Mandrágora*, obra teatral del florentino de gran éxito entre sus contemporáneos; hecho que le valió múltiples montajes a lo largo de la península itálica, entre los que se cuentan algunos en lugares verdaderamente recónditos y lejanos de su natal Florencia, como es el caso de Venecia. Igualmente, aunque sin ser precisamente trabajos exóticos e impregnados del espíritu renacentista de la época, deben valorarse sus estudios de caso, los cuales tenían como finalidad resolver casos prácticos como parte de su servicio y quehacer en la segunda cancillería florentina.

A pesar de haber tenido una buena difusión entre los círculos de notables y eruditos de la época, el alcance que de momento había tenido su pensamiento en aquel entonces es apenas comparable con el que tuvo después de su muerte.

⁸ De momento nos limitaremos a dar un contenido meramente expositivo de la doctrina que cada uno de estos estudiosos ha derivado de su lectura de la obra del florentino, ya sea individualmente o en grupo; al mismo tiempo que se explican las razones por las cuales son estas lecturas, y no otras tantas

que igualmente mencionaremos (aunque solo de pasada), las que nos permitirán trabajar sobre los supuestos principales de la presente obra.

⁹ Principalmente, cuando no únicamente.

¹⁰ En la medida en que ayudan a responder a las preguntas centrales de este trabajo, fueron estos autores y no otros los seleccionados para conformar el estado del arte que a continuación se presentará. Así, por ejemplo, con la lectura francesa y marxista se pretende descartar de una vez por todas que *El Príncipe* haya sido una obra cuyo principal interlocutor es el pueblo. Igualmente, no se le da tanta centralidad a que dicha obra haya sido dedicada a uno o más tiranos, como al oportunismo que esa movida maquiavélica esconde tras de sí, y las implicaciones que ello tiene.

En cuanto a la lectura de la escuela italiana, esta toma valor en la medida en que permite poner en entredicho uno de los más grandes mitos sobre Maquiavelo que aquí se pretende desmontar: su paternidad sobre la ciencia política.

Finalmente, se incluye la lectura que es propiamente renacentista, es decir, que se da a la luz de la literatura política de la Antigüedad, específicamente aquella de corte aristotélico, guía y referente teórico del presente trabajo.

¹¹ Los Rucellai eran una de las familias más opulentas de Florencia gracias a sus negocios con la lana y su oficio de tintoreros. El vínculo de la familia Rucellai con los Medici no era ningún secreto; Bernardo, el tío de Cosimo, estaba casado con Nannina de Medici, la hermana mayor de Lorenzo de Medici. Si bien Cosimo siguió con la costumbre de su tío de reunir a las mentes más brillantes de la época, las reuniones protagonizadas por aquel estaban marcadas por discusiones de corte conservador en favor de los Medici, mientras que las del sobrino y su grupo de amigos discutían sobre la posibilidad de un nuevo gobierno, a tal grado que fueron señalados y sentenciados por conspiración. “Maquiavelo y la veritá effettuale” en Lefort, Claude (2007). *El arte de escribir y lo político*, España: Herder. págs. 240-243.

No se descarta, como ingeniosamente supone Federico Chabod, que las discusiones mantenidas en el seno de los Orti hayan levantado los ánimos republicanos de los amigos de Maquiavelo en el contexto de la conjunta de 1522 contra los Medici. Chabod, Federico (2015). *Escritos sobre Maquiavelo*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 22

¹² Maquiavelo, Nicolás (2013). *Epistolario 1512-1527* (Traducción y notas de Stella Mastrangelo). México: Fondo de Cultura Económica. Al igual que Maquiavelo, Guicciardini desempeñó funciones diplomáticas, siendo embajador de la República de Florencia ante la corte del rey de España a principios del siglo XVI.

¹³ Aunque, como afirma Patricio Marcos, el tema también es tratado en los libros IV y VI. Marcos, Patricio (2011). *La vida política en Occidente. Pasado, presente y futuro*. México: Porrúa, p. 66-68 Ver también Falzone, Paolo (2014). *Aristóteles*. Treccani, Enciclopedia Machiavelliana. https://www.treccani.it/enciclopedia/aristotele_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/

¹⁴ Sabemos que el encargado de hacer las copias manuscritas de la obra y de ponerlas en circulación, fue Biagio Buonaccorsi, colaborador y transcriptor de Maquiavelo, quien pertenecía a una familia gibelina. Mientras que el cambio de título de *De Principatibus* o *De Principe* a *Il Principe* fue obra de su primer editor, Blado. “La República de los Soderini (1502-1512)”, y “La forja de un «arte dello stato»”, en Maquiavelo, Nicolás (2019). *Maquiavelo. Biblioteca Grandes Pensadores Gredos* (Estudio introductorio de Juan Manuel Forte Monge; obra seleccionada). España: Gredos. Versión Epub, págs. 59 y 62.

De acuerdo con Gabriele Pedulla, algunas lecturas y transcripciones de los manuscritos del *Principatibus* que fueron “llevadas a cabo tanto dentro como, por cierto, fuera del ambiente de la cancillería florentina” son conocidas “...gracias a diversos epistolarios y a las obras de algunos de sus primeros lectores, empezando por las *Considerazioni sopra i Discorsi* de Francesco Guicciardini”. Este es también el caso de las dos obras de Agostino Nifo citadas más adelante, especialmente *De regnandi peritia*, en donde “pueden encontrarse tal cantidad de pasajes de *Il Principe* traducidos al latín que los críticos han llegado a definir esta operación editorial como un auténtico plagio.” Gabriele Pedulla (2010). *Aristóteles contra Maquiavelo. El De regnandi peritia de Agostino Nifo y la primera recepción de Il principe en el Reino de Nápoles*. Einaudi. p. 109.

¹⁵ Impresa en Nápoles y dedicada a Carlos V.

¹⁶ Como se explicará más adelante, el “plagio” de Nifo al plagio de Maquiavelo, es una manera un tanto burlesca e irónica de hacer ver la falta de originalidad del segundo.

¹⁷ Falzone, Paolo (2014). *op. cit.*

¹⁸ Ambos textos y referencias son citados por el propio Althusser en Althusser, Louis (2004). *Maquiavelo y nosotros*. España: Akal, págs. 66 y 67.

¹⁹ Este extracto corresponde a una cita de Diderot tomada por Althusser. Louis, Althusser (2004). *Op. cit.* p. 67 No deja de ser interesante que la lectura afrancesada de Maquiavelo pareciera querer asimilarlo a Étienne de La Boétie.

²⁰ Que no es otra cosa que una tiranía en el contexto italiano de la época.

²¹ Gramsci, Antonio (1980). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión, p. 17

²² *Ibid.* págs. 17 y 18

²³ “El estilo de Maquiavelo... es el estilo de un hombre de acción, de quien quiere impulsar la acción; es el estilo de un “manifiesto de partido”.” *Ibid.* p. 16

²⁴ La misma lectura de Gramsci parece sugerir que no se trata de una cuestión accidental, sino de una movida discrecional de Maquiavelo que estaría respondiendo, simultáneamente, a las leyes del materialismo histórico. Por lo tanto, la lectura de Gramsci resulta ser una lectura a pesar del propio Maquiavelo.

²⁵ Connell, William (10/11/2005), *op. cit.*

²⁶ Sartori, Giovanni (2012), *op. cit.*, p. 209.

²⁷ Bobbio, Norberto (2015). *Diccionario de política*. México: Siglo XXI, p. 651.

²⁸ Esta sentencia latina es atribuida al gramático latino Terentianus Maurus, y quiere decir, literalmente, “según la capacidad del lector, los libros tienen su destino” o “de la capacidad del lector depende el destino de los libros”.

²⁹ “Y si alguna vez os agradó alguno de mis garabatos, éste no debería desagradaros; y para un príncipe, y especialmente para un príncipe nuevo, debería resultar aceptable, por eso lo encamino hacia la magnificencia de Juliano.” Carta a Francesco Vettori, 10 de diciembre de 1513. Maquiavelo (2015), *op.cit.*, p. 117.

³⁰ *El Príncipe*, en Maquiavelo (2019). *op. cit.*, págs. 205 y 206.

³¹ Lefort, Claude (2007). *Op. Cit.* p. 240.

³² Se trataría de uno de tantos que se han hecho o intentado hacer. En el campo del arte y el saber de la *psijé* fue Lacan el que, de manera fallida, intentó darle un estatuto ético al psicoanálisis sin éxito alguno. De acuerdo con Patricio Marcos el retorno original no era a Freud, sino a Aristóteles. Ver Marcos, Patricio (1994). *Psicoanálisis antiguo y moderno*. México: Siglo XXI. págs. 157 y 158.

³³ La fascinación por una figura intelectual tiende a mitificar y a desnaturalizar al autor y a su obra. A pesar de ser evidente la influencia recibida por sus antecesores, el fanatismo de muchos lectores ha llevado a colocar a estas figuras como autores siempre influyentes pero jamás bajo influjo intelectual ajeno, al grado de caer en un anacronismo total al momento de analizar al autor en cuestión. Esto sucedió con otras figuras además de Maquiavelo.

En ese sentido, es paradigmático el caso de la figura y el pensamiento de Sigmund Freud. Hasta la fecha existen lecturas que invisibilizan deliberadamente el sinnúmero de influencias de otros autores que resaltan a la vista en el trabajo freudiano, principalmente de la antigüedad, entre ellos Platón, Aristóteles, Sófocles y Artemidoro.

Platón se adelanta más de dos milenios a Freud al hablar de una psique confrontada entre los deseos de su parte inteligente y los de su extremo irascible y apetitivo. Por su parte, en Aristóteles ya se encuentran presentes los conceptos de asociación libre y transferencia bajo el nombre de *anámnesis* (recolección). *Psicoanálisis antiguo y moderno*, p. 201.

De Sófocles huelga decir que le corresponde el crédito de la tan recurrida tragedia por Freud, *Edipo Tirano*, a partir de la cual el vienés hace un esquema explicativo de la psique patológica de su época.

Finalmente, de Artemidoro hay que decir que el padre del psicoanálisis no se preocupó ni siquiera en cambiar el título de su libro definitivo en materia onírica al reproducir de manera idéntica el título de la obra más conocida de Artemidoro, la cual hace honor a su antiguo arte en la interpretación de los sueños. Peor aún, Freud toma prestado del de Éfeso, sin otorgarle autoría alguna, su teoría y método de análisis de los sueños, incluyendo el contenido manifiesto, el contenido latente y la sobredeterminación del material onírico; así como la prefiguración del complejo de Edipo en las manifestaciones inconscientes de los sueños. Artemidoro (2021). *La interpretación de los sueños*, España: Alianza Editorial, págs. 43 a 67 y 152.

De modo que prescindir de la autoridad que los antiguos mantienen sobre los modernos es tan absurdo como intentar pensar a Aristóteles sin su maestro Platón, a éste sin el suyo, Sócrates, y así sucesivamente. En realidad, no es necesario hacer una indagación exhaustiva (a menos que la escasez de fuentes nos obligue a ello) sobre la influencia, correspondencia y gratitud que los autores antiguos mantienen con sus maestros, ya que la arrogancia y el desprecio por la autoridad y la paternidad es un gesto típicamente moderno.

¹ Hay una resistencia, principalmente por parte de los maquiavelistas italianos, a reconocer, más allá de los autores latinos y romanos, influencia alguna en el pensamiento del florentino. De esta manera, su base historiográfica de la Antigüedad empieza y termina en Roma. Al igual que en el caso, ya mencionado, de Sartori, Croce y Passerin, estamos frente a una clara reivindicación nacionalista sobre las bases de la antigua civilización romana. Se trata de una protesta intelectual del tipo: Maquiavelo de los italianos y para los italianos.

Esta resistencia empieza, desde luego, con el propio Maquiavelo en el Renacimiento. Se trata de uno de varios prejuicios en los que, de acuerdo con Gilbert Highet, los modernos sustentan su supuesta superioridad sobre los antiguos en la llamada querrela entre antiguos y modernos. Highet, Gilbert (2018), *op. cit.*, p. 432 y ss.

³⁴ Lefort, Claude (2007). *op. cit.* p. 234.

³⁵ El caso de Strauss es un tanto distinto, ya que hace más énfasis en la ruptura que en la continuidad que el florentino tiene con la escuela griega.

³⁶ Podríamos agregar otras tantas lecturas e interpretaciones de Maquiavelo: la de William Shakespeare, Francis Bacon, Voltaire, James Harrington, Benedict de Spinoza, Friedrich Nietzsche, Benito Mussolini, Merleau Ponty, Michel Foucault, Peter Sloterdijk, etc.

Ver “Legado” de Maquiavelo en Mansfield, Harvey (26/08/2022), *op. cit.*

Igualmente, fue el libro de cabecera de Cristina de Suecia y de Napoleón Bonaparte. De este último tenemos una edición comentada que deja entrever lo cautivado e identificado que el francés estaba con los pasajes de la obra principesca. Al tirano francés se une también su homólogo italiano, Benito Mussolini, que como introducción a la tesis del doctorado Honoris Causa que nunca recibió por parte de la Universidad de Bologna, redactó su *Preludio a Maquiavelo*. Este texto revivió el debate que confrontaba directamente el republicanismo con el fascismo en Italia.

El caso de Federico II de Prusia y su obra *Antimaquiavelo*, cuyo prólogo fue escrito por Voltaire, es paradigmático, ya que, a diferencia de los casos anteriores, lo que se busca es restaurar la esencia de la literatura de Espejos de Príncipes, que es tener como modelo de imitación a la realeza, y no a la tiranía.

Al grupo antimachiavelista hay que sumar a los escritores españoles de la literatura de Espejos de Príncipes y de la razón de Estado de los siglos XVI y XVII. Esta corriente de pensadores buscaba dotar de pilares teóricos al creciente y expansivo poderío de la monarquía española. Entre los más destacados, según Agustín Izquierdo, estudioso del tema, se encuentran Rivadeneyra, un jesuita que escribió el *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus estados, contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos de ese tiempo enseñan*; a Diego de Saavedra Fajardo, diplomático y autor de *Idea de un príncipe cristiano representada en cien empresas*; y Baltasar Gracián, el más renombrado de este conjunto. “Todos atacan a Maquiavelo, pero muchos de ellos recogen alguna idea política suya, pues tratando de la conservación o del aumento de poder, fuera cristiano o no, Maquiavelo escribió sentencias útiles para ello.” Gracián, Baltasar (2009). *El héroe. El político*. Prólogo y Notas de Agustín Izquierdo, España: EDAF, p. 18.

Estos escritores buscaban reivindicar las virtudes comprendidas en las enseñanzas de ilustres figuras de la antigüedad, como Aristóteles, Zenón de Citio y Tácito, no obstante que las más de las veces lo hicieran para justificar el poder de la Iglesia católica, lo cual era una continuación de la tradición medieval escolástica, esta vez al servicio del imperio español. Esta es una diferencia crucial al momento de entender la recepción que los clásicos grecolatinos tuvieron en uno y otro caso, italiano y español. No obstante, es difícil afirmar de manera contundente que cualquiera de los dos bandos guardara verdadera fidelidad a la esencia de los autores originales. Para los escritores hispanos de la Edad de Oro todos los bienes y medios, individuales y colectivos, se encuentran supeditados a la razón

religiosa, mientras que para los renacentistas italianos como Maquiavelo y Guicciardini, la realidad última a la que sirven aquellos es la conquista, conservación e incremento del poder desacralizado.

De cualquier manera, como bien apunta Izquierdo, no deja de haber similitudes entre ambos. Para muestra, un botón de la cosecha del propio Gracián:

“El que vence no necesita de satisfacciones. No perciben los más la puntualidad de las circunstancias, sino los buenos o los ruines sucesos; y así nunca se pierde reputación cuando se consigue el intento. Todo lo dora un buen fin, aunque lo desmientan los desaciertos de los medios.” Gracián, Baltasar (2009). *op.cit.*, p. 20

No habiéndose cumplido la centuria de la muerte del Maquiavelo, sus ideas pululaban en toda Europa, convirtiéndolo, de esta manera, en un referente teórico obligado, para bien o para mal. A pesar de existir diferencias regionales, especialmente las correspondientes a la península itálica, el asidero histórico del cual se desprenden las reflexiones de este extenso agregado de autores europeos contemporáneos, es prácticamente el mismo; en sus escritos subyace la preocupación por una serie de transformaciones políticas y económicas de gran envergadura, principalmente por el surgimiento de las monarquías absolutas, el último aliento del antiguo régimen que, a manera de bisagra, prefiguraba las revoluciones plutocráticas en Europa y en Norteamérica, así como el cambio de régimen correspondiente.

Finalmente, entre los contemporáneos que han visto en Maquiavelo una oportunidad para revivir el republicanismo en Italia, se encuentra Maurizio Viroli que, de forma paralela a Quentin Skinner, proyectan en Maquiavelo a un abanderado de la libertad y fundador del republicanismo moderno. “Aducen la vigencia de su ideal del *vivere civile e libero*, es decir, su apología de la participación política y del compromiso cívico, que puede servir hoy de alternativa a la apatía política y al desinterés ciudadano imperantes.” Villaverde María José (21/05/2022). *Las manos sucias de Maquiavelo*. El País. https://elpais.com/elpais/2013/05/21/opinion/1369148964_042657.html

³⁷ Por ejemplo Francesco Bausi y Giorgio Inglese. Maquiavelo, Nicolás. (2019). *op.cit.* p. 2369.

³⁸ Lefort, Claude (2007). *op. vit.* p. 234. Podemos encontrar una conclusión similar en Jacob Burckhardt que, entre una larga lista de artes y prácticas renacentistas, omite incluir la política. Burckhardt, Jacob (1984). *op. cit.* p. 77.

³⁹ Lefort, Claude (2007). *op. cit.* p. 238.

1.2. El ciclo político florentino: aristocracia, plutocracia, república y tiranía

La aparición del Renacimiento en Florencia está directamente asociada con las transformaciones que hasta ese momento había sufrido su constitución política dentro de su propio ciclo de vida. Originalmente, Florencia fue un territorio etrusco en donde, después de haber sido conquistado durante las campañas expansionistas del emperador Sila, los romanos asentaron ahí un campamento militar. A propósito de sus orígenes, Maquiavelo sugiere que Florencia fue “fundada por los soldados de Sila o por los habitantes de los monjes de Fiesole, quienes confiados en la larga paz que gozó el mundo durante el imperio de Otavio, bajaron a habitar la llanura junto al Arno; pero seguramente edificada durante el imperio romano, sin que pudiera tener al principio otro engrandecimiento que el concedido por la voluntad del emperador.”¹

Para el momento de la caída del Imperio Romano de Occidente en el año 476 d.C., Florencia ya se había convertido en una ciudad próspera gracias a su ubicación geográfica, favorable a la agricultura, al comercio y a la comunicación, terrestre con el resto de la Toscana y la península itálica, y marítima desde el Adriático. Una vez que los restos del Imperio quedaron fraccionados entre los distintos reinos bárbaros, principalmente germánicos y francos, esa misma ubicación, por demás estratégica en lo militar, complicó seriamente la independencia que había logrado afianzarse como nueva capital de la Toscana, tanto por su prosperidad material como por su crecimiento poblacional y territorial.

A partir del siglo V en adelante, Florencia sería objeto de diversas ocupaciones extranjeras, empezando por los ostrogodos provenientes del noreste, siguiendo con los bizantinos, provenientes del sur, así como los lombardos, provenientes del norte; principalmente fueron estos dos últimos, bizantinos y lombardos, los que se disputaron la totalidad de la península itálica hasta la segunda mitad del siglo VIII.

Posteriormente, desde el año 774 hasta el 1115 d.C., la ciudad estuvo bajo conquista de los francos, particularmente del imperio de Carlomagno y de sus sucesores. A finales del siglo IX, tras la muerte de Carlomagno, el imperio franco se dividió en tres partes, una de las cuales no tardó en convertirse en el Reino de Germania.

La parte media del antiguo reino, que abarcaba grandes fracciones del norte de la península itálica, a excepción de las donaciones de Pipino el Breve para la formación de los Estados Pontificios, perdió su dominio sobre las otras dos, dividiéndose a su vez, en dos porciones: el Reino de Borgoña y el Reino de Italia.

A finales del siglo X, Otón I rey de Germania invadió el norte de Italia y se casó con la princesa italiana Adelaida. El Papa, a conveniencia de que la entrada del monarca a la península le trajera provecho y estabilidad, le dio el buen visto al matrimonio, coronando a Otón I como emperador del naciente Sacro Imperio Germánico Romano. El Imperio siguió extendiendo su dominio territorial bajo el mando de la dinastía otoniana, también conocida como sajonia, que habría de ser sustituida por la dinastía salia. Posteriormente, los salios mantuvieron la inercia de conquista otoniana e incorporaron el reino de Borgoña.²

Para finales del siglo XI, la autoridad papal empezó a verse limitada y confrontada por el creciente poder del Sacro Imperio Romano Germánico, que en ese momento se encontraba presidido por Enrique IV de la dinastía sálica. Esto supuso un cuestionamiento directo al alcance, dominio y competencias del poder eclesiástico, lo cual se tradujo en la *Querrela de las Investiduras*, un enfrentamiento de casi medio siglo con el poder civil de los emperadores germanos. El primero en librar dicho enfrentamiento fue el Papa Gregorio VII, que encontró en la duquesa Matilde³ a una aliada fiel y expresa que le permitió establecer un reinado en la Toscana de 1069 a 1115.

Para ese momento la Iglesia católica había logrado asegurar su poder y su hegemonía religiosa en Europa Occidental desde su sede romana mediante la constitución de un patrimonio territorial de feudos en la península, el cual fue concedido gradualmente por lombardos, francos y carolingios; así como por el afianzamiento del título de representante temporal del poder celestial que le permitió a los Papas dotar de sacralidad al poder terrenal de distintos emperadores a partir de la coronación paradigmática de Carlomagno en el año 800.⁴

Durante los siglos XII y XIII el poder económico de la ciudad de Florencia creció considerablemente gracias al nacimiento de la industria y la diversificación de la economía, a través de la producción de lana y de las actividades financieras de la banca. Además de otorgarle una “base de capital”⁵, la organización gremial de las clases sociales entre terratenientes, comerciantes y banqueros⁶ por un lado, y campesinos, artesanos y obreros asalariados por el otro, perfiló la aparición de dos grandes grupos de artes: las mayores y las menores, cuya preponderancia en la vida económica determinaría, a su vez, su participación en la vida pública.

Tras la muerte de Enrique V en el año 1125, el último heredero de la dinastía salia, se originaron una serie de conflictos en tierras italianas por la sucesión del Sacro Imperio Romano Germánico. En la disputa por la sucesión, los partidarios de los bávaros y sajones, familias francas de larga tradición ligadas a la dinastía carolingia, se adhirieron a la causa papista en Italia y adoptaron el nombre de güelfos (del apellido *Welfen*); mientras que los partidarios de la dinastía Suabia y, por lo tanto, del Imperio, adoptaron el de gibelinos.⁷

Esta división bipartidista sería el inicio de dos largos siglos repletos de conflictos oligárquicos en la Toscana, principalmente en el seno de la ciudad de Florencia, que habrían de dejar un gran vacío de autoridad, incluyendo el paso de dos revoluciones demagógicamente populares, pero efectivamente oligárquicas, que consolidaron y estrecharon⁸ aún más el poder de las facciones hasta la aparición de los señoríos⁹, mejor conocidos en el lenguaje maquiavélico como principados.

Pierre Antonetti, historiador de Florencia, nos explica el sentido geopolítico y antagónico de este conflicto de facciones:

...el gibelinismo significa la adhesión a las pretensiones temporales de los emperadores de la península itálica; guelfismo significa el apoyo dado a los papas en su resistencia hacia esas mismas pretensiones imperiales. Pero también se debe considerar la dimensión espiritual del conflicto. Bajo la influencia de las órdenes mendicantes, que estaban entonces en plena expansión, se

desarrolla una verdadera cruzada contra los cátaros. Ahora bien, éstos se habían infiltrado en Florencia desde la segunda mitad del siglo XII. La asimilación de los gibelinos al catarismo, que no es solo una pura invención polémica, permite a la Iglesia y a los mendicantes emprender frontalmente la lucha contra estos dos tipos de enemigos.¹⁰

En 1268, tras la muerte de Conradino, hijo de Manfredo (heredero de Federico II), el conflicto se decantaría por los güelfos. Una vez muerto el monarca y los gibelinos condenados al destierro de la ciudad, “los güelfos crean un organismo, la *Parte Güelfa*, cuya función manifiesta es la gestión de los bienes confiscados a los gibelinos vencidos, pero cuya función exacta es la de construir una especie de Estado dentro del Estado...” Además, dicho organismo controlaba “toda la vida económica y política, so pretexto de que debía velar por el bienestar de la República y protegerla del peligro gibelino.”¹¹ En suma, la *Parte Güelfa* fue concebida como una centinela, salvaguarda o razón de Estado de la supremacía partidista de los güelfos.

Estas condiciones fueron el caldo de cultivo para que en 1292 surgiera la primera revolución del régimen florentino bajo la batuta de Giano della Bella, la cual se vio plasmada en las Ordenanzas de Justicia de 1293. En apariencia parece haberse tratado de una revolución de corte democrático, ya que limitó considerablemente la participación política de los magnates u *optimates* (que para ese momento eran 150 familias aproximadamente)¹² y reconfiguró el régimen en torno a una clase de *popolo* que había nacido de la industria, el comercio y la banca, que se erigía como el órgano de poder más importante dentro del mismo.

De manera simultánea, esta reconfiguración del régimen supuso:

1. El traslado del principio de organización gremial¹³ de las artes a la vida pública. No obstante, las artes menores, de estatus medio¹⁴ quedaron sin la posibilidad real de participar en la vida pública. Mientras que más abajo, se encontraban los artesanos no agremiados, del *popolo minuto* o *arti del popolo di Dio*, también conocidos como *ciompi* o cardadores de lana.¹⁵

2. Salvaguardar ese nuevo pacto o protoconstitución previendo “cambios frecuentes de oficina para garantizar que ningún grupo o individuo pudiera [acumular tanto poder e influencia como para] obtener el control del Estado.”¹⁶

De modo que esta primera revolución no fue democrática en tanto no supuso el ascenso de los pobres al poder, sino del *popolo grasso*, la clase mercantil y precapitalista, la cual estaba concentrada en las *arti maggiori*¹⁷, cuyo máximo exponente durante los siguientes dos siglos sería la familia Medici. La exclusión del gobierno de los aristócratas venidos a menos, de aquellos que desde hacía tiempo disputaban la sucesión dinástica del Imperio con los Estados Pontificios de por medio, suponía el ascenso de una nueva clase de ricos¹⁸, ya no en virtudes, sino en bienes externos. Para decirlo todo, en la secuencia del ciclo político florentino, la aristocracia se corrompió en plutocracia.

La nobleza que en el pasado se había caracterizado por ser rural y por detentar grandes extensiones de tierra que eran destinadas a actividades agrícolas y ganaderas, sufrió un revés sobre su principio de vida que, aunque gradual, fue definitivo. Paulatinamente y cada vez en mayor medida, las actividades de los nobles cedieron al lucro y a la ganancia económica, primero a través de los bienes suntuosos como las telas finas y, posteriormente, a la banca. Fue tal el auge del comercio y la banca florentina que el florín, la moneda local, se consagró como la divisa más importante en la región.

Adicionalmente, las nuevas Ordenanzas eran una respuesta conveniente para zanjar los conflictos entre nobles, güelfos y gibelinos, que “reflejaban en gran medida rivalidades personales, económicas o políticas bastante locales, todas inflamadas por ideales de honor caballeresco y una aceptación cotidiana de las tradiciones de vendetta”; y que escalaron de nivel a tal grado que terminaron por consumir y dominar por entero a las comunas itálicas del siglo XII y XIII.¹⁹ A saber, el deseo general de la población era que se lograra establecer un “orden cívico que pusiera fin a los conflictos violentos entre partidos y disminuyera los efectos de las vendettas nobles.”²⁰

No pasaría ni un siglo cuando un nuevo conflicto partidista ya aguardaba a las puertas de Florencia. En 1378, en el contexto de una crisis económica, se gesta la revolución de los *ciompi*,²¹ el sector más bajo en el escalafón de la producción textil de lana que trabajaba en condiciones infrahumanas, de esclavitud y de explotación, y al que se le habían negado numerosos derechos gremiales y laborales, entre los cuales estaba la conformación y representación como un gremio unificado; la participación en el gobierno;²² la percepción de salario en días festivos;²³ salarios fijos y estandarizados, no por rendimiento productivo; aumento salarial en oposición a la desvalorización sistemática de los mismos; etc.

Inicialmente, la rebelión fue comandada por Michele di Lando, un capataz de una fábrica de telas, también cardador de oficio que, en vista de su moderación ante el conflicto, terminó siendo superado por la multitud enardecida que reclamó la vida de Piero de Albizzi, el jefe del grupo oligárquico de los Albizzi.²⁴

No obstante, esta revuelta se trataba de un artilugio fraguado por Salvestro de Medici²⁵ con el verdadero propósito de preservar el poder de su familia (fiel a la causa güelfa) sobre las magistraturas florentinas. Esto supuso un enfrentamiento con los Albizzi, una familia del bando gibelino.

Empero, al igual que el proceso revolucionario de las Ordenanzas, en este otro “los pobres se levantaron para revelarse sólo a instancias de los miembros de la clase dominante”²⁶, o dicho en el lenguaje político maquiaveliano, la revuelta de los *ciompi* fungió como una razón de Estado que terminó por estrechar aún más el régimen oligárquico imperante, ya que buscaba perpetuar en el poder, de una vez por todas, a una de las dos facciones en disputa, al mismo tiempo que se desterraba y sometía a la otra.

Puede asegurarse, por lo tanto, que en Florencia hubo una mudanza política de los restos de las aristocracias diseminadas entre los distintos imperios fraccionados tras la caída del Imperio Romano de Occidente, a la imposición definitiva y por la fuerza

de una sola plutocracia para hacerse con el control de los negocios de toda la ciudad.²⁷

Es así que la revuelta de los *ciompi*, forma parte (aunque no la última) de una larga serie de reclamos oligárquicos entre dos facciones que, en distintos momentos de los siglos XII y XIII de la historia de Florencia, se turnaron la supremacía partidaria sobre la ciudad.

En todo caso, los reclamos populares, cuya razón de ser no dejaba de tener una base objetiva, eran empleados astutamente por las élites adineradas, aunque fuera solo en apariencia, para hacer una revolución antipopular que en su reverso abanderara efectivamente la salvaguarda del principio del libertinaje económico. Al respecto, sabemos por la avezada pluma de Guicciardini en lo referente a la historia política de la época, de la situación que padecía la ciudad hacia principios del siglo XVI, concretamente cuando “[...] la autoridad de los Médicis [...] y el enorme poder del pontífice [parecían...] haber acabado con su libertad”²⁸:

la vida pública en Florencia no se parece en absoluto a la de una república bien ordenada. La licencia para el mal está muy extendida en la ciudad y los ciudadanos no muestran respeto ni miedo hacia las leyes y magistrados. Los más virtuosos y sabios carecen de la posibilidad de hacer gala de sus cualidades ocupando cargos públicos. Los que hacen el bien a la república apenas son recompensados y toda la ciudadanía está poseída de la ambición universal de hacerse con todos los honores. Todo el mundo quiere intervenir en todos y cada uno de los asuntos públicos, al margen de lo importantes o delicados que sean. Los hombres se muestran afeminados y nerviosos en sus costumbres y el estilo de vida es demasiado suntuoso y delicado. A nadie le interesan ni la auténtica gloria ni el honor, lo único que persiguen es la riqueza.²⁹

Más de un siglo después de la última revolución plutocrática, Florencia viviría un nuevo cambio, no obstante que, de breve duración, en su ciclo de vida político. Tras la invasión de Florencia por el ejército francés del monarca Carlos VIII en el año 1494, quien pretendía, en primer lugar, reclamar sus derechos sobre el reino de Nápoles, los Medici fueron expulsados de Florencia, dejando un vacío de poder que sería aprovechado por el fraile dominico Girolamo Savonarola, quien gozaba de popularidad y capacidad de convocatoria entre los más desfavorecidos por su distintivo como predicador incendiario.

Si bien es con Savonarola con quien empieza a fraguarse la república florentina hacia finales del siglo XV, debido a sus atropellos a la libertad y al uso extensivo de la religión como su bastión principal de dominio ideológico, no puede considerarse una república como tal. El fraile intentó introducir el principio democrático en Florencia a partir de una reforma cuyo énfasis estaba en las costumbres sencillas, la pobreza y el desprendimiento material, y en ferviente oposición a la ostentación, la usura y la avaricia; así como la prohibición del libertinaje a través de su “hoguera de las vanidades”, no obstante que esta ofensiva contra la “herejía” se extendió también hacia una parte importante del arte y la cultura renacentistas.

A pesar de los rasgos teocráticos y los excesos del régimen de Savonarola, en su etapa en el poder intentó amortiguar, aunque en muchos casos con una fuerza desproporcionada en sentido contrario, las instituciones oligárquicas. De una u otra manera la introducción de este principio logró templar y modular la plutocracia para acercarla a la medianía de la república que se aproximaba.

Todo indica que un grupo oligárquico, de talante más aristocrático que plutocrático, en donde se hallaba Paoloantonio Soderini, persuadió a Girolamo Savonarola a través de los *frateschi*, un grupo de frailes subordinados al dominico que ocupaban magistraturas en la *Signoria*, de crear el *Consiglio Maggiore* para moderar y restarle poder a los priores.³⁰

La idea era apaciguar la ira de *il popolo* con una reforma que concedía “a la manera casi veneciana” una participación más amplia de los sectores medios gracias a la

relajación de los criterios de elegibilidad, abriendo las puertas para ingresar al nuevo gobierno hasta a un total de más de 3600 ciudadanos.³¹ Llegado a este punto, las concesiones habían alcanzado niveles nunca antes contemplados por la oligarquía. Las tensiones partidistas en el seno de la Toscana volvían a hacerse presentes, principalmente porque el *Consiglio Maggiore*, el nuevo órgano de gobierno, suponía un cambio drástico en la integración de nuevos sectores sociales a la plena ciudadanía, por ser cinco veces mayor al otrora reducido consejo presidido por la familia Medici, el cual rondaba los setenta miembros.

Entre las funciones principales de este nuevo Consejo o *Boulé*, el órgano de gobierno supremo de la república³² florentina, se encontraban, principalmente aunque no únicamente, la elección de los integrantes de la *Signoria*³³ cada dos meses y del *Consiglio degli Ottanta*³⁴ cada seis; consultar asiduamente sobre los asuntos más importantes del Estado con los priores; legislar a la par de su homólogo oligárquico,³⁵ así como aprobar todas las medidas fiscales.³⁶

De modo que pudieran llevarse a cabo las plenarias de la nueva república, en 1495 Savonarola ordenó empezar con la construcción del *Salone dei Cinquecento* dentro del *Palazzo Vecchio*. Posteriormente, hacia 1504, sería Soderini el encargado de contratar a Leonardo da Vinci y a Michelangelo Buonarroti para darle el toque típicamente renacentista de la época a partir de dos grandes frescos: *Battaglia di Anghiari* y *Battaglia di Cascina*. Ambas representan la defensa efectiva de Florencia entre los siglos XIV y XV. No hay que descartar que la selección de la temática haya obedecido a una representación mítica de la valentía, una de las virtudes características de la república, en el contexto de las grandes hazañas bélicas de la milicia florentina en contra de Milán y Pisa.

Posteriormente, el cambio de régimen supuso el descuido de los frescos, así como la introducción por parte de Giorgio Vasari de otras corrientes artísticas como el manierismo. Simultáneamente, este giro en la técnica y la temática de la decoración de la sala representaba la decadencia y la fase final del periodo renacentista y, por ende, la cultura y los valores clásicos que se desprendían de la extinta república.

Otra de las instituciones con que intentó fraguarse de una vez por todas la república en Florencia, que tuvo una efímera duración de 14 años (1498-1512)³⁷, fue la *decima scalata*³⁸. Esta reforma consistía en introducir un impuesto de carácter progresivo sobre los ingresos de bienes inmuebles, a saber, tratar igual a iguales y desigual a desiguales³⁹ según el principio proporcional de justicia republicana.⁴⁰

Sin duda, dada la permanencia en el nuevo régimen de sus formas anteriores, se hizo imposible dejar atrás el reclamo parcial de justicia plutocrático, que se traduce como trato desigual a desiguales e iguales, es decir, hacer que aquellos que eran desiguales solamente en riqueza material lo fueran de manera absoluta.⁴¹ Peor aún, Stella Mastrangelo encuentra que eso supuso un “...rápido paso a la oposición de los mismos jefes de la oligarquía —en particular Alamanno Salviati y Giovambattista Ridolfi—...”⁴²

Finalmente, hay que añadir que si bien Soderini acertó en atender la propuesta republicana de Maquiavelo de formar una milicia nacional⁴³ para no depender más de ejércitos mercenarios, ésta fue mal empleada al arrebatarle a Pisa su libertad en una guerra expansionista por la Toscana que concluyó en 1509. En ese sentido, de manera paradójica⁴⁴, el golpe final hacia la república se asestó cuando Soderini cedió a la intervención de intereses extranjeros al aceptar “... la petición de Luis XII de Francia de convocar un concilio contra Julio II en Pisa. La medida resultó en el interdicto contra Florencia y la alianza del Papa con los Medici.”⁴⁵ Es así que la república florentina llega a su fin en 1512, cuando los Medici regresan a Florencia y expulsan a la parte soderinista del gobierno, incluyendo a Maquiavelo.

Maquiavelo hace notar este craso error que costó la supervivencia del régimen republicano en dos textos, uno de ellos un epigrama que dice así: “La noche que murió Pier Soderini el alma se fue del infierno a la boca; pero Plutón le gritó: ¡alma tonta! ¡Qué infierno! ¡Vete al limbo con los niños!”⁴⁶

En el segundo manuscrito, una carta titulada *Niccolò Machiavelli a una gentildonna*, “Maquiavelo expresaba las primeras críticas al comportamiento del gonfaloniero

Soderini que, para la ocasión, se comportó con gran torpeza, tanto ante la amenaza exterior como respecto a los adversarios internos.”⁴⁷

Como ya habíamos anticipado, tras la invasión de Carlos V (o I si se prefiere), emperador del Sacro Imperio Germánico y de España, a la península itálica, especialmente tras el saqueo de Roma y el encarcelamiento de Clemente VII en 1527, se creó un ambiente geopolítico favorable para la expulsión de los Medici de Florencia.

No obstante, este clima de efervescencia revolucionaria era solamente un efecto colateral de las guerras de invasión imperiales. En 1529 los costos de la guerra de la Liga de Cognac precipitaron una paz improvisada que se vería reflejada en los Tratados de Barcelona, en donde Clemente VII acordaba darle investidura divina al gobierno de Carlos V, a cambio de que éste invadiera Florencia y restituyera el dominio de los Medici.

En 1530 la república cedió en su lucha al ducado de Alejandro Medici que, habiendo hecho las veces de bisagra entre el régimen republicano y su sustituto, y una vez transferido el mando a Cosme I, pasaría a convertirse en una monarquía de corte hereditario, que permanecerá hasta 1737.

La aparición del ducado responde a un estrechamiento aún más agudo de la oligarquía plutocrática⁴⁸ medicea, o mejor dicho, a la forma en que su principio de vida⁴⁹ se extrema hacia una tiranía. Este traslado de una forma de dominio a otra encuentra su explicación en la franca superioridad de los Medici sobre el resto de las familias oligárquicas de la ciudad, incluyendo a los Strozzi, sus máximos rivales que en ese momento se encontraban exiliados de Florencia y que habían tenido que conformarse con hacerse con el dominio de Siena; así como a la lucha intestina por ocupar el vacío de poder que se concretó por esos años entre Lorenzino, Alejandro y Cosme de Medici,⁵⁰ todos ellos primos y pertenecientes a una rama baja de los Medici.

El testamento de Alejandro, que hacía de Cosme y no de Lorenzino su máximo benefactor, fue vista por este último como un desprecio hacia su persona. Este hecho rápidamente se consolidó en una venganza que se traduciría en el asesinato de Alejandro por parte de Lorenzino en 1537. Tras heredar el ducado de la Toscana de su primo, Cosme I de Medici consolidó el ducado, extendió su dominio hacia Siena y, al mismo tiempo que vetó al asesino familiar de los asuntos políticos florentinos, acabó con su vida tiempo después.

Se ha especulado que esta venganza familiar al interior de la familia más rica y poderosa de Florencia fue realmente un tiranicidio planeado. Si bien en los hechos no deja de ser un tiranicidio, la intención del Lorenzino, el artífice, no deja de ser ambigua, esto si consideramos su carácter destemplado, que le llevó a adquirir el pasatiempo de decapitar estatuas, así como su inclinación y disposición manifiestas hacia el dinero. Más inverosímil es aún el papel que como supuesto republicano esgrime con tanta astucia en su *Apología*, un discurso de delicada sofística que se desbalanza hacia una justificación demagógica de su traición antes que a una defensa de la libertad en contra de la tiranía.⁵¹

Visto así el panorama histórico, no puede dejar de saltar a la razón cómo es que, finalmente, el Gran Ducado de Toscana terminó por asemejarse al modelo principesco de Maquiavelo, a ese proyecto de unificación italiana en torno a un bastión de poder fuerte y centralizado, mientras que la república, el verdadero proyecto político de Maquiavelo, da su último respiro poco después de que lo diera su más arduo defensor.⁵²

Más que tratarse de una ironía histórica, se trata de un desenlace intrínseco a la naturaleza del ciclo político florentino, la cual Maquiavelo no desconocía del todo; o mejor dicho, estos hechos no eran del todo impredecibles considerando que, como bien apunta Aristóteles en *Política*, la plutocracia se torna familiar a la tiranía en tanto sus aspirantes "...son o los principales hombres del Estado, que en las democracias son demagogos y en las oligarquías miembros de las casas gobernantes, o aquellos que ocupan grandes cargos y tienen un largo mandato en ellos."⁵³ En concreto, tanto

el armado del régimen florentino como la concentración del poder en una sola familia propiciaron este desenlace histórico; bastaba con que así se lo propusiera uno de sus miembros para hacerlo realidad.

Notas

¹ *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, I,I, en Maquiavelo, Nicolás. (2019). *op.cit.*, p. 594.

² Duits, Simon (19/06/2021). *Sacro Imperio Romano Germánico*. World History Encyclopedia en español. <https://www.worldhistory.org/trans/es/1-17433/sacro-imperio-romano-germanico/>.

³ Matilde era hija de Bonifacio III, un aristócrata italiano que logró asentar su poder en la Toscana gracias a los servicios prestados al emperador Enrique II, el último monarca de la dinastía de los otonianos.

⁴ Irónicamente, como resultado de la *Querrela de las investiduras*, en el año 1084 Enrique IV se hizo coronar como emperador por el “antipapa” Clemente III.

⁵ Ehrlich Blake, Silver Larry A., Foot John (actualizado el 11/08/2023). *Florence History*. Encyclopedia Britannica. <https://www.britannica.com/place/Florence/History>.

⁶ Este fue el caso de los Medici, que en el lapso de unas cuantas generaciones pasaron de conservar el patrimonio heredado a expandirlo incesantemente por medio de la usura, particularmente a base de préstamos a la Iglesia y a los gremios más pobres; empezando por el bisabuelo Juan de Medici, quien hereda su fortuna a sus hijos Cosme y Lorenzo, siendo Cosme el primogénito quien la incrementa y se hace con el título de señor de Florencia; posteriormente, fue Pedro “El Gotoso”, hijo de Cosme, quien continuaría la línea sucesoria, otorgándole el poder a su hijo, Lorenzo, también conocido como “El Magnífico”.

Inicialmente, Juan era un prestamista que facilitaba pequeñas cantidades de dinero a los artesanos y a las clases populares florentinas, “tomando a su cargo los intereses relativos a los créditos otorgados a la Iglesia. Se presentó como defensor del pueblo, ...sin que ello le acarrease la animadversión de la aristocracia.” De modo que, con Juan Medici habían quedado asentadas “las líneas de actuación de la dinastía Medici: la banca y el mecenazgo”.

A diferencia de los intereses de Juan, que “se había decidido a conservar su hacienda más que a aumentarla”, sus hijos decidieron llevar el patrimonio Medici a otro nivel. Cosme se disputó el dominio de la ciudad con Rinaldo degli Albizzi. Después de regresar del exilio al que su enemigo lo había mandado, reclamó el dominio sobre las calles de Florencia gracias al clamor popular que su padre le había legado al apellido Medici. Finalmente logró desplazar y expulsar a los Albizzi de la ciudad. Queralt del Hierro, María (2019). *El ascenso de los Medici*. La Vanguardia. <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/edad-media/20190801/47311219346/el-ascenso-de-los-medici.html>.

En este sentido, era lógico que los gremios industriales que comerciaban con sus productos no tardaran en convertirse en banqueros por su facilidad para financiar al resto de las clases desposeídas de capital. “Esta triple actividad (comercio, industria, banca) es el rasgo distintivo de esa burguesía de negocios florentina que en los sucesivos será el elemento motor de la ciudad-Estado.” Antonetti, Pierre (2014), *op. cit.*, p. 19.

De tal forma que dicha “asistencia” monetaria es clave para entender la lealtad de los gremios menores al ascenso y la permanencia Medici (un esquema de favores de tipo clientelar), no obstante que en realidad era una nueva forma de sometimiento. Paralelamente, el rápido crecimiento económico de la nueva clase en el poder le otorgaba autonomía suficiente para hacer frente a la injerencia imperial externa.

⁷ La palabra gibelino proviene del castillo de Waiblingen, perteneciente a dicha aristocracia. Milani Giuliano (2005). *Ghibellini y Guelfi in Italia*. Enciclopedia Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/ghibellini-e-guelfi-in-italia_%28Federiciana%29/#:~:text=Nella%20seconda%20met%C3%A0%20del%20Duecento,tutte%20le%20citt%C3%A0%20comunali%20italiane.

⁸ De acuerdo con Aristóteles, las revoluciones pueden provocar, al menos, cuatro efectos distintos en las constituciones. El primero de ellos es el cambio completo y total de su naturaleza; el paso de una realeza a una tiranía, por ejemplo. El segundo consiste en que se mantiene la misma constitución, con la diferencia de que ésta cambie de manos, esto es, de administradores. En el tercero el cambio radica únicamente en una parte de la constitución, por ejemplo, en agregar o remover una magistratura. Mientras que en el cuarto lo que está de por medio es una cuestión de grado, en donde si bien no se

busca cambiar radicalmente el principio de vida colectiva, sí se busca relajarlo o endurecerlo, por ejemplo, haciendo una tiranía menos tiránica o una oligarquía más oligárquica. Este último efecto, en más de una ocasión, ha sido el caso de Florencia. Aristóteles, *Política*, V, I, 1301b 5-20. Trad. 1984.

⁹ No obstante, debido a que en Venecia y en Florencia la supremacía de los ricos logró fraguarse en el poder de una vez por todas, la figura del príncipe no se hizo necesaria como en otros casos para evitar la guerra civil y la anarquía.

¹⁰ Milán, Mantúa y Florencia estaban representadas por los güelfos, mientras que Forlì, Pisa, Siena y Lucca lo estaban por los gibelinos. Antonetti, Pierre (2014). *Historia de Florencia*. México: Fondo de Cultura Económica, págs. 22 y 23.

¹¹ *Ibid.*, p. 26.

¹² Ehrlich Blake, Silver Larry A., Foot John (11/08/2023), *op.cit.*

¹³ Siete gremios mayores y cinco menores.

¹⁴ Aquí se encuentran los carniceros, zapateros, herreros, albañiles y comerciantes de segunda mano.

¹⁵ El espectro que abarca esta categoría social es más amplio que el del simple oficio de cardador. Se amplía a otros oficios como el de estibadores, e incluye también lo que Karl Marx denominaría posteriormente como el lumpenproletariado, es decir, todos aquellos individuos socialmente marginados por el entramado político y económico de la ciudad.

¹⁶ La participación de la burguesía ascendente en el nuevo régimen podía darse bajo dos modalidades, una directa y otra indirecta. Mientras que en la directa buscaban ocupar las viejas posiciones aristocráticas de un modo igualmente oligárquico, es decir, a partir de un bloque de representantes cuantitativamente reducido, no obstante que cualitativamente diferente, en la indirecta buscaban una administración de las finanzas de la comuna más favorable a sus intereses comerciales y financieros. Ehrlich Blake, Silver Larry A., Foot John (11/08/2023), *op.cit.*

¹⁷ Compuestas por jueces, notarios, banqueros, comerciantes de telas, cambistas, mercaderes de seda y lana, médicos, boticarios, tratantes de pieles, etc.

¹⁸ Cuya denominación en la teoría política aristotélica es la de *neoplutoi*.

¹⁹ El evento que da inicio al conflicto entre güelfos y gibelinos es la deshonra propiciada por el joven Buondelmonti (güelfo) a la familia Amidei (gibelina). Ya comprometido con una Amidei, es convencido de casarse con otra muchacha, de la familia Donati, la *consorteria* rival de los Amidei. La ofensa es cobrada con sangre por los Amidei un Domingo de Resurrección de 1216, cuando Buondelmonti es interceptado junto con su esposa a la salida del Monte Vecchio. Antonetti, Pierre (2014), *op. cit.*, págs. 20 y 21.

Este conflicto forma parte de lo que Aristóteles menciona como una de las causas que, si bien parecerían ser un mero conflicto entre familias, terminan por provocar un cambio en la naturaleza del gobierno en cuestión, afectando la constitución misma de la ciudad:

“El error está en el principio—como dice el proverbio—”Bien comenzado es medio hecho”; así que un error al principio, aunque bastante pequeño, guarda la misma proporción con los errores en las otras partes. *Por lo general, cuando los notables se pelean, toda la ciudad está involucrada...*

En Delfos, una vez más, una disputa sobre un matrimonio fue el comienzo de todos los problemas que siguieron. En este caso, el novio, pensando que algún suceso era de mal agüero, vino a la novia y se fue sin tomarla. Entonces sus parientes, pensando que habían sido insultados por él, pusieron parte del tesoro sagrado entre sus ofrendas mientras él estaba sacrificando, y luego lo mataron, fingiendo que había estado robando el templo.” Aristóteles, *Política*, V, 4, 1303b 20-35 y 1304a 1-5. Trad. 1984.

De este modo, se entiende que el conflicto entre güelfos y gibelinos, inicialmente y en parte una querrela familiar, haya terminado involucrando a toda la ciudad durante los siglos XII y XIII. Más aún, sería uno de los detonantes de las dos revoluciones plutocráticas de Florencia.

El más sangriento de estos conflictos, introducido al imaginario popular a través de *La Divina Comedia*, es la batalla de Montaperti de 1260. Se cree que el padre de Dante, Alighiero di Bellincione, era gibelino, aunque el relato del conflicto, proveniente de la pluma de su hijo, revela que su familia pertenecía a los güelfos.

Más aún, Dante fue proscrito de Florencia por una disputa al interior de los güelfos en el año 1302 entre el partido negro y el partido blanco, en la que se le acusó de corrupción. Se le impuso un castigo

de dos años de destierro, una multa de cinco mil florines y la prohibición definitiva de ocupar cargos públicos, lo cual equivalía a quitarle la ciudadanía florentina. Debido a que nunca pudo pagar la multa y a que se mantuvo e intensificó la lucha intestina de los güelfos, así como entre güelfos y gibelinos a la luz de las disputas imperiales por el territorio italiano en el que estuvieron implicados el Papa Bonifacio VIII, el monarca francés Carlos de Valois y Enrique VII de Luxemburgo, el destierro se hizo permanente. Durante el exilio compuso dos de sus obras más importantes: *Divina Commedia* y *De Monarchia*.

La postura partidista de Dante nunca fue clara del todo. En un principio formaba parte del partido blanco de los güelfos, con el que luchó en más de una batalla. No obstante, en múltiples ocasiones se le vio implicado en conspiraciones con monarcas extranjeros para emboscar y atacar al partido negro, lo cual si bien no supone una adhesión manifiesta a los gibelinos, sí muestra desconfianza y distanciamiento del Papado. Igualmente, en *De Monarchia* al poder terrenal del Emperador superpone el del Papa, el cual, a su vez, en palabras de Dante, en última instancia responde a Dios: Ambos, Emperador y Papa... “deben ser reducidos a algo en que encuentren su unidad... esta unidad será o el mismo Dios..., o alguna sustancia inferior a Dios”. Alighieri, Dante (1904). *The De Monarchia*. Libro III, capítulo XII, Boston and New York Houghton Mifflin Company, págs 186 y 187.

²⁰ Ehrlich Blake, Silver Larry A., Foot John (11/08/2023), *op.cit.*

²¹ Previamente, en 1345 este grupo de trabajadores ya había intentado formar su propia organización política para defender sus intereses como gremio. Fue la crisis económica de 1378 la que desencadenó, de una vez por todas, la revuelta. Guicciardini, Francesco (2012). *Historia de Florencia, 1378-1509*. México: Fondo de Cultura Económica, edición electrónica, p. 792.

²² “Los ciudadanos, o sea los que gozaban de los derechos políticos, no pasaban de tres mil en una población de noventa mil habitantes.” Guicciardini, Francesco (2012), *op.cit.*, p. 184.

²³ Lo cual representaba un monto proporcionalmente significativo de retribuciones.

²⁴ Guicciardini, Francesco (2012), *op.cit.*, p. 792 Entre las familias que componen el largo y complejo entramado genealógico de las partes guelfa y gibelina, se encuentran los Buondelmonti, Cerchi, Donati, Ricci y Medici del lado güelfo; y los Amidei, Uberti, Strozzi, Buonaccorsi, Caponsacchi y Albizzi del lado gibelino. El final de esta contienda cíclica terminó decantándose por los güelfos de la mano de la consagración de la familia Medici que, además de instaurar su poder económico en la Toscana, logró extender su hegemonía hasta Roma y Francia. En la capital fueron cuatro papas los que encumbraron el apellido Medici en lo más alto de la jerarquía católica: León X, Clemente VII, Pío IV y León XI. Mientras que Catalina de Medici y María de Medici se adhirieron como consortes a la corona francesa.

Maquiavelo y su familia nunca quedaron exentos de involucrarse en este conflicto, por el contrario, siempre hubo una clara toma de partido a pesar de que los Machiavelli no formaban parte del grupo de las grandes familias italianas otrora aristocráticas. La postura del florentino puede rastrearse a partir de dos momentos. El primero es una continuación o herencia de las inclinaciones familiares hacia el gibelinismo, que se resume en un “perfil antimédiceo”: “el declive de los Machiavelli coincidió con el primer predominio de los Médicis sobre Florencia (1454-1494). Precisamente en los comienzos del régimen mediceo, Girolamo Machiavelli (1415-1460), ancestro de nuestro Nicolás y jurista (como su padre) de renombre, fue uno de los líderes de la oposición medicea, honor que, como el mismo Maquiavelo nos recuerda en su *Historia de Florencia*, pagó con la prisión el exilio y la muerte.” “Maquiavelo, el arte del estado en Maquiavelo”, en Maquiavelo, Nicolás (2019). *op.cit.*, págs 17 y 18.

El segundo es su repudio a la Iglesia Católica. Es sabida la postura del florentino con respecto al ejercicio del poder terrenal de los Papas en la península itálica. Su crítica a la Iglesia Católica no supone una negación de la religión en sí misma, tampoco es un reparo teológico o filosófico sobre el carácter exegético del credo y la doctrina cristiana.

Las limitaciones que Maquiavelo le atribuye a la Iglesia Católica radican, en última instancia, en el gobierno papista y clerical. Esta crítica es de naturaleza política, ya que se encuentra dirigida a la incapacidad del Papa como monarca de unificar la región. En este sentido, de manera paradójica, la hegemonía del principado pontificio no era lo suficientemente fuerte, ya que en vez de centralizar las fuerzas que hasta ese momento se encontraban dispersas, era partícipe máximo de la división itálica desde tiempos remotos. Al mismo tiempo que era incapaz de hacerse con esa hegemonía, lo era de expulsar a las fuerzas extranjeras y defenderse de manera contundente de ellas.

Esta división es más que notable en la contienda partidista entre los güelfos y los gibelinos, entre el Papa y los monarcas extranjeros: “De modo que todas las guerras que han hecho los bárbaros en Italia desde estos tiempos han sido causadas en su mayor parte por los papas; y todos los bárbaros que han invadido el país han sido las más de las veces llamados por ellos. Este modo de proceder perdura todavía en nuestros tiempos, lo que ha mantenido y mantiene a Italia desunida y estancada. ... Y así los papas, ya por caridad hacia la religión, ya por su propia ambición, nunca cesaron de provocar nuevos estados de ánimo en Italia y suscitar nuevas guerras; y después que habían hecho poderoso a un príncipe, se arrepintieron de ello, y buscaron su ruina; ni permitieron que la provincia, que por su debilidad no podían poseer, la dejaran poseer otros.” Machiavelli, Niccolò (2013). *Istorie fiorentine e altre opere storiche e politiche*. Italia: UTET, edición eBook. Libro I, capítulo IX y XXIII, págs. 487 y 524.

Así como en las disputas entre familias de raigambre aristocrática en el seno de Roma que buscaban hacerse con un lugar en el colegio cardenalicio: “Jamás se mantendrán en calma dichas facciones mientras cuenten con cardenales, ya que alimentan, en Roma como fuera de ella, las facciones y los barones se ven obligados a defenderlos: es así como, de las ambiciones de los preladados, nacen las discordias y los altercados entre los barones.” *El Príncipe*, XI, en Maquiavelo, Nicolás (2019). *op cit.*, págs. 257 y 260.

El reparo de Maquiavelo sobre el papel de la Iglesia se extiende, igualmente, al terreno de la ética, en particular, a la incapacidad de aquella de dotar al *ethos* ciudadano de una trascendencia nacionalista, esto es, de funcionar como herramienta y extensión de la política. Juan Manuel Forte Monge, traductor y especialista en Maquiavelo, sintetiza magistralmente este tópico maquiaveliano cuando dice que “... si fue la propia fuerza (imperial) romana la que destruyó la virtud y el amor a la libertad en toda Europa, la religión cristiana instauró un tipo de educación que impidió que ambas renacieran”. Para un estudio más instruido en el tema, ver “Iglesia, religión y cristianismo” en Maquiavelo, Nicolás (2019). *op cit.*, págs. 158-172.

En todo caso, en el fondo lo más reprobable y realmente insoslayable era que la capacidad espiritual y material de la Iglesia Católica fuera desaprovechada y saboteara directa e indirectamente la unificación italiana. En pocas palabras, su mayor defecto era su incapacidad para hacer las veces de un verdadero principado. A decir de Maquiavelo: “Sólo ellos (los principados eclesiásticos) tienen Estados y no los defienden; súbditos, y no los gobiernan.” *El Príncipe*, XI, en Maquiavelo, Nicolás (2019). *op cit.*, p. 257. El caso más significativo es el de Alejandro VI que, de la mano de su hijo y capitán general de los ejércitos papales, César Borgia, *Il Valentino*, había logrado amasar el suficiente poder y dinero, no tanto para consolidar el principado como para que ello redundara en el beneficio de su persona y de su familia.

Teniendo la fuerza espiritual y material de su lado, Alejandro VI no la empleó más allá de su propio destino. De ahí que Savonarola, como *profeta disarmato*, sea potencialmente más que solo un incendiario. Si bien adolece de las armas necesarias para hacer observar, obedecer y perdurar las leyes y los mandamientos, no lo hace de la fuerza espiritual, en cuanto a su retórica y a su capacidad de convocatoria social se refiere.

Por su parte, Burckhardt añade que la secreta simpatía que Maquiavelo le tenía a Cesar Borgia se debía a que precisamente éste “...hubiera pretendido conservar, a cualquier precio, su señorío sobre el Estado Pontificio. De modo que habría sido el primero en secularizar el Estado Pontificio y hubiese tenido que hacerlo para mantener en él su soberanía.” Burckhardt, Jacob (1984), *op cit.*, p. 64.

²⁵ Tío de Cosme de Medici, fundador de la dinastía Medici

²⁶ Ehrlich Blake, Silver Larry A., Foot John (11/08/2023), *op.cit.*

²⁷ Algo análogo a lo sucedido en la Guerra de Secesión estadounidense, una “guerra fratricida de conquista y anexión” en donde la oligarquía del norte, comercial, industrial y financiera, se impuso definitivamente a la oligarquía del sur, agricultora y ganadera. Las consecuencias del traspaso de la supremacía oligárquica hacia la facción del norte, fueron el estrechamiento del régimen; el giro del principio de la ganancia económica hacia actividades comerciales, industriales y financieras; la anexión forzosa de la facción sureña al pacto federal; y un saldo total de 600 mil muertos. Marcos, Patricio

(2012), Tomo 1 y 2, *op. cit.*, p. 362 y 1355. Y “Las revoluciones del gobierno” en Marcos, Patricio (1992). *Los nombres del imperio. Elevación y caída de los Estados Unidos*. México: Nueva Imagen, p. 108.

²⁸ Guicciardini, Francesco (2017), *op. cit.*, p. 45.

²⁹ Viroli, Maurizio (2009), *op. cit.*, p. 216.

³⁰ Con la victoria definitiva de los güelfos sobre los gibelinos en 1260, terminaron suprimiéndose el resto de las magistraturas, o simplemente perdieron importancia. Para sustituir a las viejas instituciones se creó el priorato, una magistratura compuesta por dirigentes de las artes florentinas de los diferentes consejos que había, primero por tres, posteriormente por seis representantes, hasta llegar a un total de nueve medio siglo después. Este colegio era el representante de las artes mayores, es decir, del mundo de los negocios, la banca y el comercio. Antonetti, Pierre (2014). *op. cit.*, p. 27.

³¹ Cada tres años la base ciudadana se ampliaba a más de media centena. Una vez que la cantidad de ciudadanos elegibles excedió la capacidad del mismo Consejo, el número total de aspirantes se dividió en tres partes, de modo que con base en dicha división se turnara cada seis meses la recomposición del gobierno republicano. Storologia. *Firenze e il Savonarola*. <https://www.storologia.it/apricrono/storia/aa1495a.htm#:~:text=Il%20Consiglio%20Maggiore%20doveva%20eleggere,l'approvazione%20dei%20due%20consigli>.

³² En lo referente a la teoría política clásica, es sabido que la república o *politeia* es el gobierno de muchos, lo cual es, desde luego, diferente a la supremacía de la multitud menesterosa. Con la palabra “muchos”, Aristóteles se refiere a un promedio de quinientos ciudadanos libres. Así lo confirma la historia de distintos pueblos, como la de Atenas, de la cual el estagirita hace una remembranza ilustrativa de la formación del *Boulé* o Consejo de los 500 por parte de Clístenes a partir de las tribus ya existentes. Marcos, Patricio (1997), *op. cit.*, p. 182. Y Aristóteles, *Constitución de Atenas*, capítulo XXI.

Este órgano de gobierno fue replicado con sus respectivas variaciones en las distintas *polis* que conformaban la hélade, como es el caso de Esparta. En este sentido, antes que Florencia encontramos el ejemplo de Venecia.

De ahí que sea absurdo y contradictorio hablar (como suelen hacerlo distintos expertos en los casos no solo de Florencia, sino de otros Estados como Atenas, Estados Unidos, México, etc.), de una “república burguesa” o de una “república democrática” (o peor aún, de una “república imperial”), ya que plutocracia y democracia son formas corruptas de los gobiernos constitucionales, particularmente de las repúblicas en donde el principio mixto del gobierno ha cedido al uso destemplado de las riquezas ya sea de ricos, ya sea de pobres. En todo caso, esta mezcla incorrecta de términos es una demostración, entre tantas, de la grave tergiversación que sufre actualmente el lenguaje político.

³³ La *Signoria*, el órgano de poder de la plutocracia florentina creado hacia el siglo XIII, se encontraba presidido por un grupo de familias nobles y acaudaladas de la ciudad. El método de asignación de cargos para conformarla se llevaba a cabo por sorteo. Recordemos que el sorteo democrático, que había sido introducido por las Ordenanzas a partir de 1328, hizo mixto el método de designación de los priores que conformaban la *Signoria*, que hasta ese momento se definía únicamente por el voto oligárquico. En este sentido tanto el pago a los funcionarios, como la corta duración y la alta rotatividad de los cargos del priorato florentino son instituciones de corte democrático mezcladas con la naturaleza oligárquica del régimen. Para ahondar más en el carácter oligárquico o democrático de las instituciones, ver Aristóteles, *Política*, IV, 9, 1294b 7-8; IV, 15, 1300a y ss.; y VI, 2, 1317b y ss. Trad. 1984.

No obstante, a pesar de designarse por sorteo a los priores, para ser electo como miembro de la *Signoria* (*beneficiati*) era un requisito tener 29 años, formar parte de los gremios de la ciudad, no ser deudor del erario, no haber sido nombrado recientemente, ni tener relación o parentesco con los priores que en ese momento se encontraban en funciones.

Cada miembro de estas corporaciones era colocado en ocho *borse* (sacos de cuero), de modo que bimestralmente pudieran ser retirados los nombres de los elegidos en una ceremonia que tenía lugar en la basílica de la *Santa Croce*. Finalmente, los ocho *priori*, una vez electos, permanecían los dos meses de su mandato en el *Palazzo della Signoria*. Durante ese lapso de tiempo recibían una pequeña suma de dinero para poder cubrir sus gastos, al mismo tiempo que se les facilitaba un grupo de sirvientes. Storologia. *Firenze e il Savonarola*. *op. cit.*

³⁴ Esta magistratura sustituyó al *Consigli dei Settanta*, aumentando la cantidad de sus miembros y quedando supeditada al Consejo Mayor, de donde aquellos eran seleccionados.

Antes que la cantidad de quienes componían estas nuevas magistraturas del Estado florentino, era su cualidad de libres lo que en primer lugar definía al régimen republicano, siendo el elemento cuantitativo una cuestión meramente accidental. A propósito de los elementos cuantitativo y cualitativo de las partes que componen a la ciudad y al gobierno, ver Aristóteles, *Política*, III, 8, 1279b28 y ss; y V, 12, 1295b13 y ss. Trad 1984.

Dentro del Gran Consejo, que estaba compuesto primordialmente por la clase libre, existía una facción, los *arrabiati*, de franca oposición a Savonarola y a los Medici, que optaban por una oligarquía moderada. García Alejandro (2022). *La influencia de la Monarquía Hispánica en la Florencia de la época de Carlos V*. Archivos Historia. <https://archivoshistoria.com/la-influencia-de-la-monarquia-hispanica-en-la-florencia-de-la-epoca-de-carlos-v-1527-1558/>.

Si bien algunas fuentes clasifican a este grupo como perteneciente a los *ottimati* (optimates o nobles), lo cual no deja de ser viable tanto por su proyecto político como por su cercanía con el aristócrata y duque de Milán, Ludovico el Moro, su nombre, que se traduce como “enfadados”, así como su alianza con el Papa y las medidas extremas que empleaban, de agitación y de espionaje al enemigo, los colocan allende a la defensa de la libertad republicana, cuando no al libertinaje democrático.

No es fortuito que este nombre lo haya imitado el grupo más extremista de la revolución francesa, los *enragés* (aunque no sucedió lo mismo con el proyecto político, ya que este otro realmente carecía de uno), al que el mismo Robespierre calificó de peligroso, sentenciándolo, como a otros tantos revolucionarios, a la guillotina.

³⁵ Para poder promulgarse las leyes, era requisito la aprobación de ambos Consejos.

³⁶ Najemy, John M. (2014). *Firenze*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/firenze_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

Entre las medidas fiscales aprobadas durante este periodo se encuentra la reforma fiscal de 1495 del mismo Savonarola, que buscaba eliminar los préstamos voluntarios (los cuales resultaban ser una suerte de antiimpuesto en el que era la iniciativa por patriotismo unas veces, o la especulación sobre las ganancias económicas del gobierno a futuro otras tantas, lo que da pie a ese carácter “voluntario”); e introducir el diezmo sobre la propiedad de la tierra, al que le precedía el establecimiento de un registro de la misma. Storologia. *Firenze e il Savonarola. op. cit.*

³⁷ Eso si no contamos los cuatro años que Savonarola fue señor de Florencia de facto (1494-1498); así como el intento fallido de restaurar la república de 1527 a 1530, tras la expulsión de los Medici, esta vez por el paso de Carlos V por Italia y su enfrentamiento victorioso con la Liga Santa, que dio pie al saqueo de Roma y al sitio de Florencia, el cual no terminó por concretarse en el regreso del gobierno liberal.

³⁸ Atribuida a Piero Soderini, aunque no queda realmente claro que haya sido iniciativa suya. En su historia de Florencia, Francesco Guicciardini mantiene el perfil de su autor en el anonimato, refiriéndose a él como un “descubridor de nuevos impuestos”.

Decima scalata puede traducirse como “diezmo escalonado” o “diezmo escalar”. Guicciardini, quien por cierto estaba en contra de la medida por encontrarla “sumamente injusta y dañina para el bienestar colectivo — [ya que] proteger la riqueza es beneficioso para una ciudad—”, la describe de la siguiente manera: “para los que pagaban un diezmo mayor de cinco ducados, una tasa escalar que aumentara de cinco en cinco; de este modo cuando se cobraba el diezmo, el que tenía un ingreso de cincuenta ducados pagaba solamente cinco, y el que tuviera un ingreso de trescientos tendría que pagar de ochenta a cien ducados; así, mientras que el primero pagaba un décimo de sus ingresos, el segundo pagaría un cuarto o un tercio; a esto se le llamó el diezmo escalar.” Guicciardini, Francesco (2012). *op.cit.*, págs 515-517.

³⁹ Marcos, Patricio (2012), *op.cit.*, págs. 304.

⁴⁰ No obstante, como el mismo Guicciardini lo hace notar, con esta clase de diezmo la primera en verse afectada fue la antigua nobleza, mientras que “tenía bastante aceptación, de manera especial [entre] los pobres, que de todos modos tenían que pagar un impuesto; preferían éste a otro método, porque no los afectaba mucho; los ricos en dinero lo apoyaban porque no los tocaba; quedaban los que tenían muchos bienes inmuebles, que no eran muchos, y además unos cuantos que se oponían a la medida porque era inmoral.” *Idem*.

Y añade que, “a partir de la división tripartita entre gastos necesarios, de conveniencia y superfluos, un impuesto progresivo afectaría a los gastos excedentes de los ricos sin tocar los necesarios de los menos favorecidos.” Vivit, Vivi italiano. *La decima scalata*. <https://www.viv-it.org/schede/3-1-decima-scalata#:~:text=Firenze%20fu%20allora%20pioniera%20dei,introdotta%20da%20Lorenzo%20De%20Medici>.

Esta medida se hizo necesaria, en primer lugar, por las deudas externas de Florencia con Venecia hacia finales del siglo XV, así como por el imperativo republicano de autarquía económica que el nuevo gobierno reclamaba. Sin embargo, los legisladores no previeron que esta medida terminaría por afectar, probablemente de manera definitiva, a la nobleza de antaño, que había logrado sobrevivir desde hacía siglos a las revoluciones plutocráticas.

⁴¹ Aristóteles, *Política*, V, 1, 1301a 31-34. Trad. 1984. Y Marcos, Patricio (2012), *op.cit.*, p. 345.

⁴² Maquiavelo, Nicolás (2013), *op.cit.*, p. 29.

⁴³ La creación de una milicia nacional se opone a la lógica aristocrática de implementar la defensa bélica, en donde los señores feudales dependían de la alianza o contratación de ejércitos mercenarios para expandir el suyo. Esta costumbre, corroida con el tiempo, terminó permeando desde el medioevo hasta el Renacimiento bajo la figura de los *condottiero*, nombre que recibían los líderes de las compañías de soldados mercenarios que eran contratados por la ciudad para inclinar la balanza en las guerras civiles hacia alguna de las partes en disputa, generalmente entre ricos y pobres. La herencia aristocrática de esta figura, así como la estirpe de las familias implicadas en las compañías, hacía que, además del dinero, el *condottiero* buscara el honor, la gloria y la trascendencia por medio de sus hazañas; no obstante, el dinero terminó tomando un lugar de preeminencia con respecto a los otros valores. Picotti, Giovanni Battista (1931) *Condottieri*. Enciclopedia italiana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/condottieri_%28Enciclopedia-Italiana%29/

⁴⁴ En tanto por un lado hace una guerra de conquista y anexión esclavizando a otro pueblo, por el otro es incapaz de defender la libertad del suyo; cuando justamente debería ser al revés.

⁴⁵ Enciclopedia Treccani. *Soderini, Piero di Tommaso*. <https://www.treccani.it/enciclopedia/piero-di-tommaso-soderini/>.

⁴⁶ *Idem*.

⁴⁷ Maquiavelo, Nicolás (2019)., *op.cit.*, p. 53.

⁴⁸ Esta mudanza, de una plutocracia a una tiranía, encuentra su parangón histórico con la tiranía pisistrátida. Pisístrato llega en tres ocasiones a encabezar la tiranía ateniense. La primera de ellas, hacia el 561 a.C., como bien apunta Patricio Marcos en su análisis histórico del ciclo político ateniense: “Si al principio traiciona a su propia clase para encabezar el partido popular, una vez que se hace con el poder supremo desarma y traiciona a la misma clase pobre a fin de erigirse en tirano.” Marcos, Patricio (1992), *op.cit.* p.140. Mientras que, en la segunda, tan pronto como llega por invitación de Megacles es expulsado nuevamente. Finalmente, tras haberse enriquecido en el exilio con el descubrimiento de unas minas en Pangeo, regresa para reclamar la supremacía tiránica.

En la primera de esas tres ocasiones, se trata de un demagogo salido de la clase militar que, con apoyo del pueblo, logra deshacerse de la plutocracia ateniense, sólo para poder despejar el ascenso hacia el poder, ya que una vez que logra hacerse con él, se destapa como el tirano que es frente a su rebaño. De ahí que Aristóteles asiente sin tapujos que: “...podemos muy bien decir que la mayoría de los tiranos de otros tiempos salieron de entre los demagogos [...] porque los demagogos salían de las clases militares...” *Idem*.

Por su parte, en la tercera etapa de Pisístrato, aquella en la cual allana el terreno para legarle la tiranía a sus hijos, Hipias e Hiparco, se explica, según el mismo estagirita, bajo otra regla, según la cual “...si la justicia es la voluntad de unos pocos, cualquier persona que tenga más riqueza que todos los demás ricos juntos debería, según el principio oligárquico, tener el poder exclusivo, pero esto sería tiranía.” Aristóteles, *Política*, VI, 3, 1318a 23-28. Trad. 1984.

Esta tercera forma de mudanza de la oligarquía de la riqueza a la tiranía corresponde precisamente a la aparición del Gran Ducado de Toscana, en donde las revoluciones previas y las guerras, tanto intra como interplutocráticas, fueron consolidando, cada vez con mayor vigor, el poder de los Medici.

⁴⁹ Que es la ganancia económica sin límites, en donde el dinero vale como único criterio de justicia, de modo “... que aquellos que son desiguales en un aspecto (bienes externos) sean desiguales en todos los aspectos.” Aristóteles, *Política*, V, 1, 1301a 31-34. Trad. 1984.

Es decir, dada su naturaleza desbancada por la acumulación compulsiva de dinero, la plutocracia no aspira a la igualación de sus miembros. Todo lo contrario, el carácter codicioso frente al dinero y las propiedades materiales hace propenso a cualquiera de sus miembros a hacerse con el poder absoluto bajo el título del más rico entre los ricos. Al valerse de una vida de libertinaje en todos los ámbitos por un lado, y deshacerse de sus más cercanos competidores por el otro, el rico de ricos se precipita en tirano. De ahí que “una tiranía puede surgir de cualquier extremo, ya sea de la democracia más rampante o de una oligarquía; pero no es tan probable que surja de las constituciones intermedias y afines a ellas.” Aristóteles, *Política*, IV, 11, 1296a 1-4. Trad. 1984.

⁵⁰ Bisnieto de Lorenzo el Magnífico por la rama materna.

⁵¹ Es característico de las supremacías partidarias, entre ellas la del tirano, que un reclamo de naturaleza meramente personal, por no decir patológico, busque ser investido por harapos sofísticos y demagógicos bajo la forma de un reclamo verdaderamente político, es decir, que realmente incumbe a los asuntos públicos de la ciudad. Entre esta clase de reclamos son una constante la venganza y los ajustes de cuentas, sustancialmente distintos de la justa indignación que inspira el sentimiento de justicia social.

⁵² Maquiavelo muere en 1527.

⁵³ Aristóteles, *Política*, V, 8, 1308a 21-24. Trad. 1984.

1.3. Escritura y mecenazgo plutocrático

Maquiavelo se dice, es el pensador político moderno por excelencia. Los principales motivos por los cuales esta aseveración se encuentra actualmente más allá de toda duda, radican en una lectura anacrónica, situada desde una óptica y una mentalidad de un observador propiamente moderno. Más aún, la mayoría de las interpretaciones fruto de la recepción de la obra del florentino después de su muerte, suelen ser en su mayoría sesgadas.¹

Esto encuentra explicación en el hecho de que se pasa por alto a sus referentes e interlocutores privilegiados, así como las motivaciones políticas que lo llevaron a escribir sus obras, entre ellas, su experiencia al frente de la secretaría de la república; su ascendencia aristocrática, que inevitablemente lo mantenía involucrado con la historia política de la ciudad, y que al venir a menos, reclamaba sobre su persona una suerte de reivindicación del honor y el orgullo familiar; su voluntad política como ciudadano florentino, en permanente transferencia hacia una serie notable de propuestas, que aunque no terminan de ser homogéneas por los fines a los que cada una de ellas servía, todas ellas terminaban por asemejarse a la idea de un proyecto de nación; y el mecenazgo de la burguesía, que empataba con sus aspiraciones de regresar a la cancillería, esta vez bajo las órdenes de la familia Medici.

Un ejercicio de análisis epistemológico sobre la obra de Maquiavelo puede ser lo suficientemente revelador como para hallar en él todas esas huellas y *locus* desde donde habla y es hablado. Basta con no pasar por alto la lengua y el lenguaje mismo en que se expresa, esos conceptos y categorías que a base de ensayos arqueológicos de sabiduría desempolva para hacer renacer en la lengua viva y vernácula de su época, que terminaba por hacer de suyo las tierras otrora latinizadas.

¿Por qué, entonces, autores latinos como Tito Livio, Cicerón y Polibio aparecen de manera manifiesta, constante y más que presumible en sus obras políticas e históricas? Son lecturas y referentes obligados para el secretario florentino. Difícil es que ello fuera de otra manera, en tanto que su aprendizaje y dominio del latín, por

demás conocido, superaba con creces al del griego, una lengua secundaria y poco presumible en su quehacer biográfico.²

El latín, recordemos, era una lengua reservada a la educación humanista, exclusiva para la nobleza y el clero. Llegado el Renacimiento el latín ya había dejado de ser la lengua hegemónica entre los territorios fragmentados del imperio romano. La división, disolución y dispersión del imperio cedió paso a distintas derivaciones vulgares del latín. El latín seguía siendo la lengua escrita oficial, mientras que, en el terreno de la comunicación hablada, lo eran estas otras. De ahí que el latín siguiera siendo un lenguaje utilizado por la Iglesia Católica y por el gremio científico e intelectual para la transmisión de las sagradas escrituras y el conocimiento hasta ese momento acumulado, respectivamente.

En el siglo XVI, en plena época renacentista, la lengua toscana, también conocida como florentina, pasó a convertirse oficialmente en lo que en la actualidad se conoce como el italiano vernáculo.³ El toscano era una lengua local que adquirió importancia nacional, por encima del resto de las lenguas regionales debido a que fue utilizada por los grandes literatos de la época: Dante⁴, Petrarca, Boccaccio y el mismo Maquiavelo. Esta lengua, que también podría llamarse protoitaliano, se encontraba un paso más adelante del latín y del resto de las lenguas itálicas en su capacidad para trascender la segregación política.

En *Discorso intorno alla nostra lingua*, Maquiavelo demuestra cómo Boccaccio confiesa el haber escrito en florentino vulgar; por su parte, Petrarca es neutral al no hacer alusión alguna al empleo que hace de la escritura florentina; mientras que de Dante señala que "... en un libro suyo, *De vulgari eloquio*, donde condena toda la lengua particular de Italia, afirma que no escribió en florentino, sino en una lengua curial."⁵

Y agrega que

Dante, "...en todo se mostró hombre excelente en cuanto a ingenio, saber y juicio, excepto donde tuvo que hablar de su patria; la cual, fuera de toda humanidad e instituto filosófico, persiguió con toda clase de injurias."⁶

De suerte que la discusión con respecto a la lengua florentina no es simplemente una cuestión lingüística, sino política, la cual apuntaba a superar una de tantas barreras que impedían la unificación italiana, uno de los tópicos principales de la obra de Maquiavelo. La renuencia de Dante a aceptar las raíces lingüísticas de sus escritos es tan grave como una traición a la patria, ya que el habla toscana ya era en ese momento una realidad supralingüística, una lengua eminentemente nacional. De ahí que nuestro escritor político concluya que...

...no hay lengua que pueda llamarse ni italiana común ni curial, porque todas las que podrían llamarse así, tienen su fundamento en los escritores florentinos y en la lengua florentina; a la cual en todo defecto, en cuanto a su verdadera fuente y fundamento, es necesario que recurran; y no queriendo ser verdaderos creyentes, confiesan que el florentino es este fundamento y fuente.⁷

Como menciona Leo Strauss, Maquiavelo oscila entre la tradición y la modernidad. Así lo muestra su uso del lenguaje, que varía entre el latín y el protoitaliano. Al final de *El Príncipe* encontramos "...una cita italiana de un poema patriótico [de Petrarca, *Italia mia, benché 'l parlar sia indarno*]. Pero también la poesía patriótica italiana tenía un carácter tradicional: el *Príncipe* se desenvuelve entre tratados escolásticos y poemas patrióticos, es decir, entre dos géneros tradicionales."⁸ No obstante, hace uso de la costumbre solo para alejarse de ella y tomarla como plataforma de salto, para introducir un juego entre tesis y antítesis que pueda llevar a una síntesis ya no renacentista, sino moderna.

Paradójicamente, a pesar de ser el libro que más impronta ha tenido en la modernidad, en *El Príncipe* son más requeridos los autores clásicos, cuya totalidad se encuentra citada en latín; mientras que en los *Discursos* sucede lo contrario, predominan las citas de escritores antiguos en italiano. De modo que de una a otra

obra puede notarse la transición en el uso del lenguaje, ya que en la segunda es claro que la propuesta política y literaria es por completo republicana y nacionalista.⁹

No obstante que sus obras fueron escritas en italiano y no en latín¹⁰, Maquiavelo nunca fue un autor cercano a la multitud. El hecho de que solamente tres de sus obras, *Decennale Primo* en 1506, *Del arte de la guerra* en 1521 y *La mandrágora* en 1522 hayan sido publicadas en vida, apunta en esta dirección, es decir, al hecho de que la mayoría de las obras de Maquiavelo circulaban entre un grupo selecto de notables de la época.

En el *Decennale Primo*, un compendio versificado que además de contener la historia de la década de 1494-1504, pone sobre la mesa la posibilidad de abandonar la contratación de ejércitos mercenarios y optar por la creación de uno propio, encontramos una dedicatoria a Alamanno Salviati, jefe, al igual que Giovambattista Ridolfi, de la vieja facción plutocrática, así como opositor de Soderini y Maquiavelo, en forma de proemio, la cual sería extraída por Agostino Vespucci¹¹ en la edición publicada de 1506:

Lee, Alamanno, cuando quieras, los trabajos de Italia diez años y los míos quince días. Sé que te asombrarás de ella y de mí, viendo por qué accidentes ha sido oprimida, y yo habiendo querido restringir tantas grandes cosas en tan breves términos. También sé que excusaréis a una y a otro: a ella por la necesidad del destino, y a mí por la brevedad del tiempo que se me concede en tanta ociosidad. Y ya que tú, al mantener la libertad de uno de sus primeros miembros, la has provisto, estoy seguro de que también me proveerás a mí, el recitador de sus trabajos; y te complacerá poner tanto espíritu en estos versos míos, que se harán dignos de su gravísimo tema y de que los oigas. Lo vales.¹²

De acuerdo con Forte Monge, la dedicatoria habría fungido como un “ofrecimiento amistoso”¹³ a Salviati, ya que se había distanciado del proyecto soderinista, y por defecto, de Maquiavelo, al mismo tiempo que se reagrupaba en el seno de las filas

oligárquicas. Por otro lado, todo indica que el prefacio de Agostino Vespucci de la edición de 1506 del *Decennale* dirigido a los florentinos, sea lo más cercano en la obra de Maquiavelo a un texto escrito y abierto al público en general.

Según lo sugiere esta dedicatoria, el motivo de la obra sobrepasa la lógica de la figura del mecenazgo, presente en otros escritos del secretario florentino. Se trata, más bien, de una carta de cambio, retóricamente elaborada para la persuasión de sus contrarios. Para este momento Maquiavelo había hecho de las letras, habladas y escritas, una de sus armas predilectas, una red de la que es difícil escapar y no verse inerme.

De vuelta al historial de mecenazgo y patronazgo político en la vida y obra de Maquiavelo, no puede hacer falta la mención de *Dell'arte della guerra*, el cual fue dedicado a Lorenzo Strozzi bajo la siguiente nota: *Proemio di Niccolò Machiavelli, cittadino e segretario fiorentino sopr'al libro dell'arte della guerra a Lorenzo di Filippo Strozzi patrizio fiorentino*.¹⁴ Lorenzo, amigo cercano y mecenas de Maquiavelo, era un banquero proveniente de una familia otrora aristocrática que le había facilitado su acceso al priorato de la ciudad en 1521. Él y su hermano, Filippo Strozzi, fueron junto con Maquiavelo algunos de los involucrados en el intento de restauración de la República en contra de los Medici.¹⁵

Tal como asegura William J. Landon en su estudio sobre la relación entre Lorenzo y Maquiavelo, *Lorenzo di Filippo Strozzi and Niccolo Machiavelli*, el patrocinio de Strozzi fue fundamental en los últimos años del escritor florentino.¹⁶ De ahí que *Pistola fatta per la peste* y *Commedia in versi*, una epístola y una comedia que probablemente fueron escritas por Filippo, originalmente hayan sido atribuidas a Maquiavelo.¹⁷

Cuando el secretario florentino hacía uso de su pluma, nunca lo hacía sin una motivación política que respondiese a una coyuntura histórica en particular. Descifrar su obra es, por lo tanto, una tarea de constante decodificación que no puede prescindir de un acervo historiográfico vasto y especializado, tanto del Renacimiento como de la antigüedad grecolatina.

Uno de los ejercicios más notables en cuanto a la aplicación de su teoría a un caso práctico es *Ai Pallechi*, un escrito de 1512 dirigido a los partidarios de los Medici¹⁸ al calor de la deposición del gonfaloniero Piero Soderini. El texto es lanzado a manera de advertencia por medio de razonamientos que llevan a concluir lo equívoco que es asimilar el final de Soderini con el del viejo régimen republicano: “Nuevamente digo, para acotar mejor esta conclusión, que este Estado no tiene como enemigo a Piero Soderini, sino al viejo orden; y, por tanto, para beneficiar a este Estado, habría que decir mal de esa orden, no de Piero.” Máxime cuando nada de aquello en lo que sea hallado culpable Piero puede “... dar reputación a este Estado a los ojos del pueblo.”¹⁹

Para llegar a esta conclusión Maquiavelo hará uso de la lógica de la *ragione di stato*. En primer lugar, nos advierte que el grupo de ciudadanos que apoyan a los Medici lo hacen para prevenir que, en caso de que el viejo orden reviviera con Piero Soderini, sean expulsados por él. Dicho de otra manera, buscan hacerse amigos de su enemigo para deshacerse más fácilmente de él; una aplicación más que eficaz de las máximas maquiavelianas.

En segundo lugar, añade, quienes tienen a Piero por enemigo estarán de acuerdo con verlo reducido por alguien más, ya que con ello se librarán “de la carga que tienen con el pueblo por tenerlo de enemigo. Nuevamente, no se trata de una amistad con la familia banquera como de una conveniencia, siempre y cuando ésta se deshaga de su enemigo.

En tercer lugar, Maquiavelo llama a los *pallechi* a observar las verdaderas intenciones de quienes son enemigos de Piero, ya que las acusaciones que se suman a su persona terminarán por fortalecer no al Estado, sino al suyo propio.

En cuarto lugar, relegar a Piero del escenario político es contrario al bien y a los intereses de los Medici, ya que hará que los ciudadanos le “pierdan el miedo y esperen sucederle, siempre que resurja el viejo orden.” Esto implica allanar el camino a quienes quieren hacerse con el Estado, de modo que no dependan más de los Medici para protegerse y mantener su posición dentro del mismo. En conclusión, acabar con

Soderini no es ninguna garantía de acabar con el viejo régimen, ya que “...el viejo orden resurge ya sea con Piero o sin Piero”²⁰.

Es notable cómo en este escrito el uso del concepto *stato* (Estado) ya contiene el sentido típicamente moderno que hasta el día de hoy sigue aplicándose, no obstante que su acepción antigua e original sea cada vez más borrosa.²¹ Para muestra, un botón extraído del texto, en donde Maquiavelo se refiere a aquellos que fraguaron una conspiración contra Soderini y ahora se dicen “aliados” de la facción Medici: “No les mueve hacer el bien a este Estado, sino dar reputación al suyo propio.”²² En el primer caso, todo indica que la referencia apunta al Estado político, mientras que la segunda mención evoca una facción o supremacía partidaria.

En todo caso, lo que Maquiavelo intenta mostrarnos es que, en el fondo, lo que realmente subyace a la conspiración en contra de Soderini, es la supervivencia del Estado florentino, es decir, *la razón* a la que habría que apelar invariablemente y en primera instancia.

No obstante, debemos recordar dos cosas. La primera de ellas es que entre las motivaciones del secretario para escribir esta advertencia se encontraba principalmente la de “...presentarse ante los Médicis como un consejero político del que podían servirse para hacer frente a los peligros y las dificultades que los acechaban;... pretendía reivindicar aquí su condición de técnico al servicio del Estado frente a la de «hombre político» y comprometido con una facción.”²³

La segunda consiste en el uso del concepto Estado. Al tratarse de una oligarquía plutocrática en ambos casos, tanto los Medici como quienes conspiran contra Soderini valiéndose de éstos, lo que está en juego no es la condición política de la comunidad florentina, el verdadero Estado, sino los intereses de la supremacía partidaria de los ricos, incapaces de hacer como gobierno las veces de parte y del todo debido al carácter fragmentario de sus reivindicaciones de justicia, cifradas en la superioridad de la riqueza sobre todo lo demás, incluyendo la virtud. De igual manera, la motivación escamoteada del florentino no es de talante político, ese que apunta a salvaguardar

el bien común de su ciudad, sino a satisfacer su deseo egoísta de encontrarse de nueva cuenta trabajando entre las filas de los poderosos.

De modo que además de los diversos objetos literarios de Maquiavelo, entre ellos aquel acotado a aconsejar al príncipe o a servir a la cancillería florentina, algo que determinó que sus obras y estudios no estuvieran dirigidos al vulgo, fue la amplia red de mecenas a la que estuvo sujeto por necesidad toda su vida, algo ya de por sí típico de la época.²⁴

En el caso de las obras no publicadas como *El Príncipe*, debido a que su tema central eran las *ragioni di stato* de la tiranía, originalmente estuvieron reservadas al conocimiento del monarca y no al público en general. Algo distinto sucede con los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, que son escritos concebidos en un ambiente eminentemente renacentista, de la mano de un grupo de aristócratas y notables florentinos que discuten el proyecto de nación a partir de las bondades del gobierno republicano, cuyo paradigma es, al parecer de Maquiavelo, la antigua Roma.

Los *Discursos* se los dedicó a dos de sus amigos, Zanobi Buondelmonti y Cosimo Rucellai. Esta dedicatoria es por demás reveladora y excepcional, ya que el mismo Maquiavelo declara que habiendo sido convencido por las visitas frecuentes a los jardines *Orti Oricellari*²⁵, rodeado de sus pares y amigos, decidió escribir los *Discursos*. Más aún, se convierte en una aclaración acerca de los homenajes que suponen dos tipos de dedicatorias, irreconciliables una con la otra, una al amigo y otra al tirano²⁶:

no he incurrido en error al preferiros a todos los demás para la dedicatoria de estos discursos míos, tanto porque haciéndolo así paréceme mostrar alguna gratitud por los beneficios recibidos, *como por apartarme de la costumbre en los escritores de dedicar sus obras a príncipes, cegándoles la ambición o la avaricia hasta el punto de elogiar en ellos todo género de virtudes, en vez de censurarles todos los vicios.*

Para no incurrir en tal error he elegido, no a los que son príncipes, sino a quienes por sus infinitas buenas cualidades merecen serlo; *no a los que pueden prodigarme empleos, honores y riquezas, sino a los que quisieran hacerlo si pudiesen*; porque los hombres, juzgando sensatamente, deben estimar a los que son, no a los que pueden ser generosos; a los que saben gobernar un reino, no a los que, sin saber, pueden gobernarlo.²⁷

Esta dedicatoria es uno de los fragmentos más reveladores de la obra de Maquiavelo, ya que es de la tinta del mismo escritor florentino desde donde sobresalta un tono legible de arrepentimiento por haber hecho de su *Principatibus* un libro oportunista, motivado por la necesidad económica y la ambición de dignidad, hasta el punto de hacer pasar al original por copia, a las virtudes de un verdadero príncipe por los vicios de un tirano.²⁸

Ahora bien, es difícil precisar cuán transparente es esta confesión, ya que, de no haberse producido la negativa de ayuda de los Vettori y el rechazo en primera instancia de Lorenzo de Medici para compartir y leer su obra, respectivamente, es probable que la dedicatoria de los *Discursos* se hubiera limitado a resaltar el valor de la amistad, más no habría censurado el oportunismo que prefigura la propaganda tiránica y a la cual se vio seducido a ser partícipe. De cualquier forma, no puede dejar de resaltarse el giro teórico que este arrepentimiento supuso en su obra, pasando de emprender su perspicacia para la elaboración de una apología de la tiranía, a esgrimir una defensa loable de la república.²⁹

En realidad, la entrañable dedicatoria a sus amistades evoca un aire de nobleza por ser tan humano dicho gesto, renacentista al punto de evocar la amistad de viejo con la sabiduría y a través de ella,³⁰ de alumno a maestro, de padre a hijo e, inclusive, ¿por qué no?, extender la concordia que permite dicho saber, en este caso político, hacia todos los conciudadanos.³¹

Esta dedicatoria no será la última de su tipo. El apellido Buondelmonti vuelve a encontrarse al principio de otra obra, esta vez junto con Luigi Alamanni en *Vita di*

Castruccio Castracani, una biografía histórica al mismo tiempo que ficcional sobre la vida de un *condottiero* de Lucca, a quien Maquiavelo emplea de modelo para recoger en su persona las máximas de *Il Principe* y el espíritu bélico de *Dell'arte della guerra*.

El carácter ficcional de la obra, cercano a una novela heroica, se debe a la incongruencia entre el Castruccio histórico y el Castruccio literario de Maquiavelo. En todo caso, el objetivo de la obra no es reflejar una realidad histórica, sino ofrecer una moraleja política a partir de un caso ejemplar, cuasi mítico, de un hombre a quien, si bien la fortuna no lo favorece con un “notorio e ilustre nacimiento”, llegado el momento le ofrece las oportunidades de demostrar lo que vale según las virtudes propias de un príncipe que escalará su fuerza hasta lograr dominar la Toscana.³²

En sus primeras traducciones esta obra era incluida junto con *El Príncipe*, siendo ambas bien recibidas a pesar de la prohibición que pesaba sobre las publicaciones del florentino. Hay indicios claros de que la *Vita* de este *condottiero* es una reelaboración similar en contenido al de la polémica obra dedicada a los Medici, no obstante que presentada bajo un género literario distinto.

Más aún, es probable que la diferencia fundamental entre ambas, más allá de la forma, se encuentre en que el destinatario que Maquiavelo tenía en mente para aquella era un público más amplio y menos docto, pudiendo apelar de este modo más fácilmente a las emociones a través del heroísmo principesco (comparable al de Filipo de Macedonia y Escipión), y así ocultar la falta de verosimilitud histórica y política del personaje.³³

Prueba de ello es la correspondencia que mantuvo con sus amigos Buondelmonti (además de Alamanni, Guidetto, el Diacettino y Anton Francesco) durante la realización de la obra, en donde éstos hacen sugerencias y comentarios sobre la misma: “en general resolvimos que es cosa buena y bien dicha, bien que notáronse algunos pasajes que, si están bien, podrían ciertamente mejorarse, como es la parte final de los dichos y de los rasgos ingeniosos y agudos del dicho Castruccio, la cual no quedaría sino mejor siendo más breve, porque además de ser demasiados esos dichos o chistes suyos, hay algunos que ya han sido atribuidos a otros sabios antiguos

y modernos, y otros no tienen la vivacidad y la grandeza que se requeriría de tan grande hombre.”³⁴

Empero, antes que un héroe, Castruccio representa los vicios y antivalores propios del *arte dello stato* maquiavélico. Para muestra, un botón extraído de las frases atribuidas al legendario Castracani por el autor de sus hazañas: “Mandó matar a un ciudadano de Lucca que le ayudó a engrandecerse, y le dijeron que hacía mal en matar a un antiguo amigo; a lo cual respondió: «No me engaño, porque mato a un enemigo nuevo».”³⁵

Pese a estos guiños a un público de mayor amplitud y a las pinceladas de nobleza hacia sus amigos, el florentino se mantuvo *ex profeso* en la línea de una editorial hecha a la talla de los príncipes y personas notables de la época; empezando por *El Príncipe*, que en un inicio fue dedicado a Juliano, y, tras su muerte, la dedicatoria pasó a Lorenzo el Magnífico, también integrante de la familia Medici. Mientras que la *Historia de Florencia* fue escrita bajo encargo y a la dedicatoria de Clemente VII, que para el momento en que inició el trabajo, en 1521, aún mantenía su investidura como cardenal.

El *santissimo e beatissimo padre Signore nostro Clemente Settimo* al que su *umile servo Niccolò Machiavelli*³⁶, consagraba el trabajo, facilitó una paga por medio del Estudio Florentino³⁷ “de cien florines «de estudio» anuales. En efecto, el ex secretario se dedicó durante años a la redacción de la *Historia de Florencia*.”³⁸

Posteriormente, en ese mismo año, como parte misma de la voluntad del futuro papa, el Estudio le solicitó al secretario florentino la redacción de los *Discursos sobre la situación de Florencia tras la muerte del joven Lorenzo de Médici*, un texto cuyos esfuerzos apuntaban a una reforma constitucional, a la “transición a la república popular florentina, que pasaba por la restauración del Gran Consejo (suprimido por los Médici en 1512) y a la alianza entre el pueblo y la facción Medicea a expensas nuevamente de la oligarquía florentina.”³⁹

El acierto de Maquiavelo con esta propuesta radica en que, para ese momento, los máximos representantes de los Médici en la vida pública eran escolásticos sin descendencia;⁴⁰ es decir, dada la ausencia de sucesores claros y legítimos de la dinastía que se encargaran del manejo de su poder político, económico y eclesiástico en Florencia, el secretario florentino veía en ello la oportunidad para una transición pacífica y ordenada hacia un régimen republicano.⁴¹ Irónicamente, Maquiavelo moriría en 1527, poco antes de enterarse del intento fallido de restauración republicana que se mantuvo durante tres cortos y convulsos años.

Notas

¹ Desde luego que en muchos sentidos Maquiavelo puede considerarse un pensador moderno, no obstante que por las razones equivocadas, como el hecho de considerarlo el fundador de la ciencia política. La cuestión es saber con qué fines es pronunciada y en qué radica esa presunción de modernidad.

² En su juventud se dedicó a transcribir obras latinas de envergadura, entre ellas *De Rerum Natura de Lucrecio* y el *Eunuchus* de Terencio.

³ Para fines del presente, la lengua toscana, florentina e italiana son homólogas.

⁴ *De Monarchia* y *Divina Comedia* resultaron ser canales poderosos de influencia para la difusión del lenguaje de la política como el arte del gobierno de la ciudad, una herencia por demás aristotélica. "El renacimiento aristotélico" en Viroli, Maurizio (2009). *De la política a la razón de Estado. La adquisición y la transformación del lenguaje político (1250-1600)*. España: Akal, p. 83.

⁵ *Discorso intorno alla nostra lingua* en Niccolò, Machiavelli (1971) *Tutte le opere* (a cura di Mario Martelli). Italia: Sansoni Editore, p. 925.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Discorso intorno alla nostra lingua* p. 926 y 930 *Tutte le opere*.

⁸ Strauss, Leo (1964). *Meditación sobre Maquiavelo*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, p. 27. El fragmento dice así: "La virtud contra el furor/tomará las armas y sea corto el combate: /porque el antiguo valor/en los corazones itálicos no ha muerto todavía."

A lo subrayado por Strauss hay que agregar lo simbólico y llamativo que resulta que Maquiavelo haya decidido cerrar la obra de esa manera tan particular. Esto es así ya que es Petrarca, antes que Maquiavelo, quien hace un llamado desde la literatura común a detener la guerra fratricida entre italianos, la cual encontraba su manifestación más álgida en las disputas en las que los príncipes se abalanzaban por medio de la contratación de ejércitos mercenarios. *El Príncipe* es entonces el eco de una voz aún más sonora del espíritu italiano, el cual no se levanta en el presente sin antes haber respirado del valor y la fuerza romana que lo evocan desde el pasado.

⁹ El hallazgo sobre el empleo de las citas es de Strauss. *Idem*.

¹⁰ Existen algunas excepciones. El título original de *Il Principe* fue, de acuerdo con el mismo Maquiavelo, *Principatibus*. Carta de Nicolás Maquiavelo a Francesco Vettori, 10 de diciembre de 1513, en Maquiavelo, Nicolás (2013). *op. cit.*, p. 138.

Mientras que la dedicatoria del *Decennale Primo* originalmente incluyó una carta proemial (que después sería extraída de la edición publicada de 1506 por Agostino Vespucci) a Alamanno Salviati, escrita tanto en latín como en lengua vernácula. Lepri, Valentina (2015). *Salviati, Alamanno*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/alamanno-salviati_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

¹¹ Primo del célebre cosmógrafo y explorador Américo, amigo de Leonardo da Vinci y ayudante de Maquiavelo. Agostino Vespucci es una de las dos fuentes, además de Giorgio Vasari, que ayudaron a dar con la identidad de la Mona Lisa, así como con la similitud de da Vinci con Apelles, un reconocido pintor de la Grecia antigua.

¹² *Decennali*, en Niccolò, Machiavelli (1971), *op. cit.*, p. 939

¹³ Maquiavelo, Nicolás (2019), *op. cit.*, p. 44

¹⁴ *Dell'arte della guerra*, en Niccolò, Machiavelli (1971), *op. cit.*, p. 301

¹⁵ Enciclopedia Treccani. Stròzzi, Lorenzo. <https://www.treccani.it/enciclopedia/lorenzo-strozzi/>.

¹⁶ Landon, W. J. (2013). *Lorenzo di Filippo Strozzi and Niccolo Machiavelli: Patron, Client, and the Pistola fatta per la peste/An Epistle Written Concerning the Plague*. University of Toronto Press.

¹⁷ Enciclopedia Treccani. Stròzzi, Lorenzo, *op.cit.*

¹⁸ La palabra *palleschi* se refiere a las bolas (*palles*) que conforman el escudo de la familia Medici. Enciclopedia Treccani. Palla. <https://www.treccani.it/vocabolario/palla1/> y Marchand, Jean-Jacques (2014). *Ai Palleschi*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/ai-palleschi_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

¹⁹ *Ai Palleschi*, Niccolò, Machiavelli (1971), *op. cit.*, p. 16.

²⁰ *Ibid*, p.17.

²¹ La palabra *stato* se vuelve confusa e imprecisa en Maquiavelo, siendo necesario interpretarla según el contexto y la referencia en cuestión, ya que algunas veces apunta a un estado propiamente

constituido, mientras que otras tantas hace referencia a un partido o supremacía que se ha hecho con el poder en detrimento de las otras partes sociales; o es su parte cuantitativa, y no cualitativa, la que queda especificada. Por ejemplo, el *stato di uno* hace referencia a la monarquía; el *stato stretto* a la oligarquía; y el *stato* o *governo popolare*, a la democracia.

²² *Idem*.

²³ Maquiavelo, Nicolás (2019), *op cit.*, p. 54.

²⁴ Por su parte, de acuerdo con Burke, el prestigio fue una de las razones principales para ejercer el patronazgo. Burke, Peter (2015), *op.cit.*, p. 105.

Este elemento era una de tantas costumbres aristocráticas que aún se mantenían en Italia después del medioevo. No obstante, esta costumbre no se mantuvo intacta. En muchos casos el mecenazgo era más una muestra de “exhibicionismo del nuevo rico”, antes que una muestra de magnanimidad y magnificencia típicamente noble. Así pues, no es el dinero lo que atrae el honor, el reconocimiento y la admiración:

“Pero, a decir verdad, el hombre de bien es el único digno de honor y de estimación. Es verdad que cuando se reúnen las dos cosas, la virtud y la fortuna, se obtiene con más seguridad la consideración; pero los que poseen estos bienes sin poseer la virtud, no pueden creerse ellos mismos a gran altura y sería un error tenerlos por magnánimos; porque no hay honor y magnanimidad sin una virtud perfecta.” Aristóteles, *Moral a Nicómaco*, IV, III, 1124a 20-30. Trad. 1978. Hemos optado por la traducción de Patricio de Azcárate por favorecer una traducción y sintaxis del texto más oportuna al significado mismo de la magnanimidad.

El patrocinio artístico que se ejercía en la Florencia renacentista pareciera encontrarse viciado de origen, por la figura de Cayo Mecenas, magistrado y mano derecha del emperador romano Octavio Augusto. Mecenas, oriundo de la región de Arezzo, fue el primero en implantar esta costumbre en el alma del pueblo romano como parte de una maniobra para proteger y engrandecer la figura de Augusto a partir de alabanzas inscritas en las obras de Virgilio, Horacio y Propertio. De esta manera, el sibarita y protector de las artes le evitaba a su benefactor el oprobio del que anteriormente había sido objeto Julio César, tras las acusaciones del poeta Catulo sobre un supuesto amorío que mantuvo con uno de sus oficiales de intendencia.

A cambio de regalías del imperio provistas de placeres, la tríada de poetas hizo de Octavio la inspiración y el fin de su literatura, aunque no sin cierta resistencia, mayor en unos casos que en otros. De ahí que la *Eneida* de Virgilio, por ejemplo, sea una epopeya laudatoria “de los antepasados de Augusto, a modo de «premonición» de la obra de éste como fundador y pacificador del Imperio.” La información sobre la vida de Cayo Mecenas fue extraída de Posadas, Juan Luis (2014). *Mecenas, amigo de Augusto y de los poetas*. Revista National Geographic en español, Historia, No. 126. https://historia.nationalgeographic.com.es/a/mecenas-amigo-augusto-y-poetas_8269.

Perseguir afanada y directamente el prestigio personal no es algo propio de la nobleza. Por el contrario, las obras dedicadas a los nobles no eran una demostración de poder o vanidad en la que ellos estuvieran directamente involucrados, sino más bien, una réplica, igualmente noble, que dignificaba y salvaguardaba el honor de aquellos que habían brindado a la ciudad una acción o servicio heroico de valor inconmensurable.

En definitiva, en el contexto renacentista, además de ser una actividad lucrativa y establecer una relación de tipo comercial, el mecenazgo era una de tantas artimañas para hacer prevalecer la razón de Estado, ya fuera la del príncipe, ya fuera la del plutócrata.

En la actualidad no deja de haber similitudes entre el mecenazgo y los *think tanks*, en tanto que los segundos son una forma moderna y depurada del primero. Ambos se caracterizan por la producción artística y científica a cambio de prebendas, al mismo tiempo que funcionan como propaganda política de una facción que se ha hecho con la supremacía del Estado. Si bien hay ejemplos de sobra acerca de los estudios pseudocientíficos que numerosos tanques de pensamiento han hecho para defender grandes intereses capitalistas, como menospreciar el contenido de sustancias químicas letales en productos de consumo humano, o hacer pasar las energías renovables y el calentamiento global como una conspiración, el engaño más prolífico en todo el planeta que hace las veces de razón de Estado

del régimen plutocrático estadounidense, es la democracia como forma de vida. Es posible comprobar la efectividad de esta razón de Estado a través del libertinaje que tiene sometido al lenguaje hoy en día, a través de la incapacidad generalizada para definir la palabra democracia, esa que está en boca de todos pero que nadie sabe a ciencia cierta de qué se trata y en qué radica su existencia.

²⁵ En Florencia proliferaban los jardines de este tipo, no obstante, los *Orti Oricellari* se distinguían por incorporar en su complejo una zona boscosa, además de haber albergado a la Academia Platónica de Florencia hacia finales del siglo XV. Este tipo de arquitectura botánica, probablemente inspirada en un diseño realizado por Leon Battista Alberti (el artista predilecto de los Rucellai) antes de morir, mezclaba lo mejor de la naturaleza con construcciones clásicas, bustos y estatuas de mármol. Era la continuación de una tradición grecolatina, en la que se incluyen los jardines de Epicuro, los de Academo, los de Salustio, los de Cayo Mecenas y los de Pomponio Attico. Algunos de ellos eran privados, otros públicos y otros más una mezcla de ambos.

El contacto con la naturaleza y los fines recreativos para los cuales eran concebidos estos jardines, son un aspecto fundamental del nacimiento y la transmisión de la sabiduría occidental, especialmente entre la escuela platónica y la peripatética. Algo distinto sucede con el estoicismo, ya que como la etimología de la misma palabra estoico lo indica, esta escuela frecuentaba sus reuniones en el *Stoa Poikile* (pórtico pintado) de Atenas, en torno a la figura de Zenón de Citio.

Francesco Bausi y Rita Maria Comanducci coinciden en que en el siguiente fragmento del proemio de los *Discursos* hay una referencia directa a los jardines, particularmente a la dimensión anticuaria de estos: “Cuando considero *la honra que a la Antigüedad se tributa*, y cómo muchas veces, prescindiendo de otros ejemplos, *se compra por gran precio un fragmento de estatua antigua para adorno y lujo de la casa propia y para que sirva de modelo a los artistas, quienes con grande afán procuran imitarlo*; y cuando, por otra parte, veo los famosos hechos que nos ofrece la historia realizados en los reinos y las repúblicas antiguas por reyes, capitanes, ciudadanos, legisladores, y cuantos al servicio de su patria dedicaban sus esfuerzos, ser más admirados que imitados o de tal manera preferidos por todos que apenas queda rastro de la antigua virtud, no puedo menos que maravillarme y dolerme, sobre todo observando que en las cuestiones y los pleitos entre ciudadanos, o en las enfermedades que las personas sufren, siempre acuden a los preceptos legales o a los remedios que los antiguos practicaban.”

Mientras que en lo relativo a la ordenación, gobierno, administración de la guerra y aplicación de justicia en las repúblicas, no se acude en lo absoluto a la Antigüedad. *Discursos* en Maquiavelo, Nicolás (2019), *op cit.*, p. 590. Y Comanducci, Rita Maria (2014) *Orti Oricellari*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/orti-oricellari_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

Dicha dimensión de la morada Rucellai, siempre remitente a los antiguos, no podía dejar de ser (entre otros muchos elementos) inspiradora para la fraternidad de intelectuales y notables que frecuentaban los jardines, particularmente para Maquiavelo, al grado de ser un elemento imprescindible sin el cual su obra de mayor calibre republicano de no habría podido hacer su aparición en el horizonte renacentista.

²⁶ La amistad es irreconciliable con la tiranía en la medida en que solamente ahí donde existen la libertad y la justicia (el *sine qua non* de una comunidad política), puede darse la amistad. Dicho llanamente, en una tiranía todas las relaciones son relaciones de poder y de dominio, entre amos y esclavos. *Ergo*, no solamente son censurables en sí mismas las cualidades del tirano, sino también hacerlas pasar como algo encomiable. Por lo tanto, un elogio al tirano no parte de una motivación amistosa, tampoco es una alabanza a lo que es digno y merecedor de ser imitado; es, más bien, una muestra de servilismo.

²⁷ *Discursos* en Maquiavelo, Nicolás (2019), *op cit.*, p. 538

²⁸ De ahí que el experto en Maquiavelo, Federico Chabod, diga que *El Príncipe* “...es una suma de consejos y de dictámenes prácticos, súbitamente recogidos en un solo cuerpo, diríamos en un memorial *que el súbdito* (el “humilde siervo”) *ofrece, sin que le sea pedido, a su señor*: poco distinto, pues, de las diversas comisiones y relaciones escritas, por Maquiavelo y por otros, acerca del reordenamiento de la ciudad”, entre ellas, el *Discorso sul riformare lo Stato di Firenze*. Chabod, Federico (2015), *op.cit.*, p. 77.

Lo que parece ser una simple diferencia de oficio, apunta, en última instancia, a dos preocupaciones diametralmente opuestas: la aprobación personal del príncipe frente a la reforma de la ciudad, cuyo objetivo radica en la salvaguarda de su condición política.

²⁹ Cronológicamente hablando, a pesar de haber sido empezados con no mucho tiempo de diferencia, *El Príncipe* fue terminado antes que los *Discursos*.

³⁰ Como nos recuerda Jaeger, hasta poco antes del tiempo de Alejandro Magno, del periodo helenístico, es que empieza la costumbre de dedicar obras a príncipes y personas de poder: "Isócrates dedicó una de sus obras a Nicocles, rey de Chipre, y otra al rey Filipo de Macedonia. Aristóteles dedicó su *Protréptico* a Temisón, príncipe de Chipre. No sabemos si su libro *De la Monarquía* estaba dedicado a Alejandro Magno, pero en todo caso le fue brindado a éste." No obstante, añade el filólogo alemán, el caso del *Protréptico* no es una dedicatoria como actualmente la entendemos, sino una exhortación ética en sí misma, la cual forma parte del sentido orgánico de la obra, sin superponerse de principio.

De ahí que la misma forma, ya tardía, de titular dos de las tres *Éticas* a manera de dedicatoria, sea un anacronismo, ya sea como *Ética a Nicómaco* o como *Ética a Eudemo*. En realidad, ni siquiera eran obras estructuradas y públicas, tal y como llegan a nuestras manos hoy en día, sino una serie de notas tomadas de las lecciones del Liceo. Jaeger, Werner (2023), *op. cit.*, págs. 71, 72, 521, 264 y 265, respectivamente.

Lo más cercano que encontramos a una dedicatoria son los casos, ya mencionados, de *De la Monarquía*, obsequiado a Alejandro; y el *Protréptico*, dirigido a Temisón, rey de Chipre; así como el poema *Himno a Hermias*, escrito para honrar la memoria de su amigo Hermias, acaecido en manos de los persas.

³¹ El concepto de amistad en Maquiavelo no existe en el sentido clásico, en el marco del ejercicio de la virtud política. Esta voz suele emplearse, más bien, en otros sentidos, tales como favor o alianza; por ejemplo, obtener el favor del pueblo o establecer alianzas con otras potencias. En definitiva, la "amistad" maquiavélica se encuentra supeditada a la conservación del poder.

No obstante, en su correspondencia con Francesco Vettori encontramos que el concepto aristotélico de amistad, ya clásico, no le es extraño: "...cuán amorosa se ha mostrado con vos la fortuna y que ha sabido hacerlo tan bien que Felipe y el Brancaccio *han llegado a ser con vos un alma en dos cuerpos*, o bien dos almas en un cuerpo, para no errar." Sin embargo, debemos diferenciar que mientras la primera aseveración (un alma en dos cuerpos) sí es de Aristóteles, la segunda (dos almas en un cuerpo) no es más que una sátira aristofánica de la verdadera amistad. Marcos, Patricio (2012), *op. cit.*, p. 166.

El conocimiento de Maquiavelo del concepto clásico de amistad puede explicarse por dos razones. Una es que éste formara parte del decir popular. La otra, que lo tomara directamente de la obra del discípulo de Platón. Al respecto, sabemos que Maquiavelo leyó la obra del estagirita, no obstante, es difícil precisar con cuánta profundidad y minuciosidad, ya que el concepto de amistad más conocido de Aristóteles se encuentra en un pasaje de la *Ética eudemia*, menos conocida que la *nicomáquea* (aunque esto pudiera diferir según la época de la que estamos hablando), de la que sí tenemos varios indicios de que efectivamente leyó, el cual dice así: "Además, decimos acerca de la amistad cosas tales como que la amistad es igualdad, y los verdaderos amigos una sola alma. Todas estas frases apuntan al individuo en particular; porque de esta manera el hombre desea el bien para sí mismo". Aristóteles, *Ética eudemia*, VII, 6, 1240b 1-5. Trad. 1984.

Esta cita contrasta, aunque no esencialmente, con la frase popularmente compartida y atribuida a Aristóteles en la actualidad, según la cual dice así: "La amistad es una sola alma que habita dos cuerpos a la vez". Si bien la frase no es original de los textos aristotélicos y se encuentra en la semblanza de Aristóteles hecha por Diógenes, oriundo de Laertes, sí resume correctamente el pasaje antes citado, y, en sentido extenso, la categoría de amistad. Laercio, Diógenes (2020). *Vida y opiniones de los filósofos ilustres* (Traducción y notas de Carlos García Gual). España: Alianza. Libro V, 20, p. 260.

Por ejemplo, encontramos también en *Ética nicomáquea* un pasaje que redondea esta misma idea: "el amigo es otro yo". Aristóteles, *Ética nicomáquea*, IX, 4, 1166a 33. Trad. 1984.

Grosso modo, en la teoría del griego la amistad empata con la virtud ya que el hombre se hace bueno en la medida en que ejerce verdaderamente la amistad. En tanto que le procura el bien al otro, en que es amigo, se hace virtuoso él mismo; o dicho de otra manera, solamente el hombre bueno es aquel

capaz de afirmar el bien para sí mismo a través de su relación con el otro. De ahí que Aristóteles concluya que: "El hombre bueno es siempre semejante a sí mismo y no cambia de carácter; el malo y el imprudente son en absoluto diferentes por la tarde a lo que eran por la mañana." 1239b10 *Ética eudemia* Gredos. Aristóteles, *Ética eudemia*, VII, 6, 1239b 10. Trad. 1984. Quien no puede procurarse el bien a sí mismo, no puede, por lo tanto, ejercer la amistad según la virtud.

³² *Vida de Castruccio Castracani* en Maquiavelo (2019), *op. cit.* págs. 1151 y 1152.

³³ *Ibid.*, p. 1187.

³⁴ Carta de Zanobi Buondelmonti a Nicolás Maquiavelo, 6 de septiembre de 1520, en Maquiavelo (2013). *op. cit.*, p. 192.

³⁵ *Vida de Castruccio Castracani* en Maquiavelo (2019), *op. cit.* p. 1185.

³⁶ *Istorie fiorentine*, en Niccolò, Machiavelli (1971), *op. cit.*, p. 631. La expresión *umile servo* es una fórmula de despedida en cartas y obras de la época dirigidas a personajes preeminentes, así como una manera de postrarse ante una figura divina. Es análoga a la expresión "su servidor" en español y a *yours truly* en inglés. En todo caso, a pesar de ser mera costumbre de uso retórico, no deja de guardar un acento servil.

³⁷ Que no es otra cosa que la universidad florentina, la cual provenía del *Studia Generalia*, una serie de universidades cristianas de raigambre medieval que eran financiadas por monarcas y hombres de poder, incluyendo al mismo papa Clemente VII.

³⁸ Maquiavelo, Nicolás (2019), *op. cit.*, p. 73.

³⁹ *Ibid.*, p. 75.

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ Maquiavelo, al igual que lo ensaya con otros muchos conceptos, hace renacer el significado político y original de la palabra reforma. El florentino argumenta ciertamente que la reforma política implica renovar por medio de leyes una constitución (no una escrita, sino el arreglo o disposición que guardan las magistraturas de una comunidad política) a partir del restablecimiento de sus principios políticos originales. *Discursos*, I, III, en Maquiavelo, Nicolás (2019), *op. cit.*, 963.

Por su parte, he aquí, de acuerdo con Aristóteles, lo que implica y en vista de qué debe realizarse una reforma para considerarse como tal: "[...] porque las leyes son, y deben ser, elaboradas con vistas a la constitución, y no la constitución a las leyes. Una constitución es la organización de los cargos en un Estado, y determina cuál ha de ser el órgano de gobierno, y cuál es el fin de cada comunidad. Pero las leyes no deben confundirse con los principios de la constitución; son las reglas según las cuales los magistrados deben administrar el estado y proceder contra los infractores." Aristóteles, *Política*, IV, 1,1289 14-20. Trad. 1984.

2. Resistencia moderna atingente al arraigo clásico de Maquiavelo

No podríamos leer las páginas bellas de la antigüedad, no nos reencontramos con las acciones de esos hombres grandes, sin resentir no sé qué emoción de un género particular, de lo que nada moderno nos da esa experiencia. Por así decir, los viejos elementos de una naturaleza anterior a la nuestra parecen despertar en nosotros esos recuerdos. Es difícil no extrañar esos tiempos en los que las facultades del hombre se desarrollaban en una dirección trazada de antemano, pero de una carrera tan vasta, tan fuerte de su propia fuerza, y con tal sentimiento de energía y dignidad; y cuando uno se entrega a esas añoranzas, es imposible no querer imitar lo que se extraña.

*Escritos políticos, Benjamin Constant*¹

2.1. Noticias sobre la apropiación no confesa de los antiguos

El presente capítulo tiene como objetivo demostrar a través de registros, obras y documentos históricos extraídos de distintas fuentes, actuales y de la época, la formación y el conocimiento que Maquiavelo tenía de las obras clásicas de la Grecia y la Roma antiguas, de modo que pueda demostrarse cómo es que, efectivamente, el florentino las utilizó deliberadamente para realizar, cuando menos dos de sus obras más importantes, *El Príncipe* y *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

A contracorriente de una gran parte de los estudiosos del tema, principalmente italianos, la tesis del presente es que el florentino no solamente leyó al de Estagira, sino que, como bien lo atestiguan diferentes autores como Agostino Nifo, Leo Strauss, Patricio Marcos, Paolo Falzone, Gabrielle Pedulla, Juan Manuel Forte Monge, entre otros, utilizó pasajes y libros completos de sus *Éticas* y de su *Tratado de las cosas políticas* como base de su propia teoría política.

Adicionalmente, este supuesto sustenta aquel otro según el cual existe una paternidad y preponderancia intelectual de Aristóteles sobre Maquiavelo, personaje reconocido por los italianos,² entre ellos Sartori, como padre de la ciencia política; jerarquía que se comprueba en el intento fallido del segundo por copiar y superar al primero, disimulando el conocimiento de su obra y tergiversando su sentido original.

Asimismo, se demostrará que esta práctica maquiaveliana fue recurrente con más de un autor de la Antigüedad. El caso de Aristóteles resulta por demás interesante y paradigmático, ya que, a la negativa del florentino de darle cabida como autoridad, se suman una serie de estudiosos del tema que hacen aún más difícil desmontar y desmentir este despropósito.

Finalmente, bajo la misma lógica y línea argumental, seguirá un cuestionamiento acerca de la verdadera relación entre Maquiavelo y el movimiento renacentista, es decir, si al igual que otros personajes contemporáneos, ilustres en diversas disciplinas, puede ser considerado como un renacentista, o, en otras palabras, como un hombre consagrado a procurar el renacer de la cultura grecolatina nacida antes de nuestra era.

Tanto la obra publicada de Maquiavelo como su epistolario, principalmente con Francesco Vettori, un embajador florentino cercano a los Medici y al papa Clemente VII, son reveladores de las condiciones que llevaron a Maquiavelo a acercarse a la política y a emprender el uso retórico de su escritura en aconsejar y asesorar a la élite florentina³, entre ellos, a Piero Soderini, *gonfaloniere* de Florencia, que tras nombrarlo embajador, le encomendó acercarse a César Borgia; así como a la familia Medici, que depone a Soderini en su campaña de regreso a Florencia, en 1512, con ayuda de la Liga Santa, principalmente de España.⁴

La preparación, redacción y publicación de las obras de Niccolò di Bernardo dei Machiavelli, así como su tránsito por la política florentina era esencialmente oportunista; “había creído que podía controlar los tiempos de la política, cuando eran los tiempos de la política los que lo controlaban a él.”⁵

Con el regreso de los Medici a Florencia, y tras la huida de Soderini, Maquiavelo fue encontrado entre una lista de conspiradores⁶, opositores a la familia de banqueros más poderosa de la península. Tras este episodio Niccolò sería torturado y encarcelado.⁷ El favor del papa León X, tío de los Medici, le valdría su libertad, o al menos su destierro a unos cuantos kilómetros de Florencia, en donde llevaría una vida allende a la pobreza. En este contexto inicia su correspondencia con Vettori, a

quien, igualmente con habilidad oportunista, intentaría convencer de ganarse de nuevo el favor y el reconocimiento de los Medici, utilizando su *Principatibus* como moneda de cambio; libro que originalmente había dedicado a Juliano, emperador, tras su muerte, el elegido sería su hermano, Lorenzo de Medici.⁸

En una carta a Vettori, fechada el 10 de diciembre de 1513, empieza a ser notable una suerte de desesperación por atraer indirectamente la atención de los Medici ante los ojos de su forzoso destinatario. Tanto en esta correspondencia como a través de otros indicadores históricos, es posible vislumbrar el contexto a partir del cual se fue fraguando la obra más representativa de Maquiavelo.

La naturaleza de la obra escrita por el florentino es, en esencia, una remembranza cuidadosamente articulada en el tintero, ante todo de obras clásicas, muchas, la mayoría de ellas, no citadas. El autor que tácitamente se encuentra en su obra, no obstante que dicha acción es, de acuerdo con elementos que aquí mismo expondremos, un acto deliberado, es Aristóteles.

A partir de los ocho años Maquiavelo recibió clases de latín⁹, lengua a la que posteriormente se suma el griego¹⁰ como parte de su *curriculum vitae*. Lógicamente, su conocimiento del latín resultó ser más natural que el del griego por las raíces que lo unen a su patria. A diferencia del griego, del que no se tiene un registro escrito en su obra, hay dos transcripciones tempranas de textos latinos que lo ocupan en el oficio: *De Rerum Natura* de Lucrecio y *Eunuchus* de Terencio.¹¹

A la instrucción de varios profesores en ambas lenguas, se suma la educación paterna en el amor por la lectura, especialmente de autores clásicos de la antigüedad:

Maquiavelo debió familiarizarse con los clásicos, el humanismo y la literatura italiana gracias, en primer lugar, a la gran afición paterna por los libros. En el *Libro di Ricordi* aparecen numerosas noticias referentes a la adquisición de ejemplares (prestados, pagados en metálico o en especie, etc.) que permiten hablar de una auténtica

pasión por los libros. Entre los clásicos, sabemos que el padre de Maquiavelo consiguió las obras, entre otros, de Aristóteles, Cicerón, Cneo, Pompeyo, Justino, Tolomeo, Plinio, Terencio, Macrobio, Tito Livio y Lucrecio.¹²

Esta vasta cultura y conocimiento no tardaría en permear profundamente en toda su obra. “Él mismo habla en *El Príncipe* de una «continua lectura de las cosas antiguas».”¹³ A esta cita debemos añadir otra, más reveladora y valiosa por su honestidad, sobre las costumbres de Maquiavelo (probablemente la más citada de su epistolario), la cual se encuentra en la carta a Vettori que ha sido mencionada previamente:

Quando llega la noche, regreso a casa y entro en mi escritorio, y en el umbral me quito la ropa cotidiana, llena de fango y de mugre, me visto paños reales y curiales, y apropiadamente revestido entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres donde, recibido por ellos amorosamente, me nutro de ese alimento que sólo es el mío, y que yo nací para él: donde no me avergüenzo de hablar con ellos y preguntarles por la razón de sus acciones, y ellos por su humanidad me responden; y no siento por cuatro horas de tiempo molestia alguna, olvido todo afán, no temo a la pobreza, no me asusta la muerte: todo me transfiero a ellos.

Y como dice Dante que no hay ciencia sin el retener lo que se ha entendido, he anotado todo aquello de que por la conversación con ellos he hecho capital, y he compuesto un opúsculo *De principatibus*, donde profundizo todo lo que puedo en las meditaciones sobre este tema, disputando qué es un principado, de cuáles especies son, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden.

Y si alguna vez os agradó alguno de mis garabatos, éste no debería desagradaros; y para un príncipe, y especialmente para un príncipe nuevo, debería resultar aceptable, por eso lo encamino hacia la

magnificencia de Juliano. Felipe Casavecchia lo ha visto: podrá informarnos en parte sobre la cosa en sí y sobre las conversaciones que he tenido con él, aunque todavía lo estoy aumentando y puliendo.¹⁴

En esta cita por demás extensa, hay varias cosas que señalar e integrar al análisis en turno. La primera de ellas es la que el mismo Maquiavelo nos confirma en la cita previa de *El Príncipe*. Que la fachada del edificio no nos engañe, la base y la estructura de dicha obra son de material antiguo de la más alta calidad. No obstante, resulta extraño que las referencias a autores antiguos sean cuantiosas y explícitas en casi todas sus obras (al grado de hacer traducciones y reelaboraciones de las mismas), a excepción de *El Príncipe*:

Los Discursos sobre la primera década de Tito Livio se presentan como un comentario de Livio, repleto también de referencias a otros autores romanos y griegos; *El arte de la guerra* está lleno de remisiones al *Epitoma rei militaris* de Flavio Vegecio y a otros muchos escritores clásicos; *Andria* es una traducción de la comedia homónima de Terencio (de quien ya hemos dicho que Maquiavelo había copiado el *Eunuchus*), y *Clizia* es una reelaboración de la *Casina* de Plauto.¹⁵

Al mismo Forte Monge, encargado de hacer el estudio introductorio de la edición española de las obras de Maquiavelo, se le esfuma por completo hacer una aclaración aparte con respecto a la obra más reconocida del florentino. La explicación más lógica, aunque no del todo obvia, es que, a diferencia del resto de las obras citadas por el traductor español, el autor principal en el cual se inspiró el florentino para escribir *El Príncipe*, fue deliberadamente velado por éste.

Si bien el mismo Maquiavelo menciona que su *Principatibus* se fue forjando al calor de la lectura de los clásicos, nunca hace mención explícita de nombres u obras en particular. No obstante, existe más de una evidencia que nos permite corroborar que un gran porcentaje y, más aún, la tesis principal de dicha obra fue extraída de la

Política de Aristóteles, autor que, como ya hemos mencionado, se incluye entre la herencia cultural paterna.

En primer lugar, es importante aclarar que las referencias explícitas a Aristóteles en las obras de Maquiavelo (y esto mismo sucede con Platón) son escasas, casi nulas. Leo Strauss fue el primero en confirmarlo. Strauss encontró que al autor de la antigüedad a quien más se refiere es a Jenofonte¹⁶:

Maquiavelo se refiere “no ciertamente a Aristóteles o a Platón, sino a Jenofonte, al cual consideraba, empero, como el autor del clásico *Espejo de Príncipes*... *La educación a Ciro*, de Jenofonte, mencionada al final del capítulo XIV, es la única autoridad a que se refiere como contenedora de un completo código para un príncipe.”¹⁷

Asimismo, según el propio Strauss, Maquiavelo da a entender en el capítulo XII de *El Príncipe* que simplemente está exponiendo en nombre propio y abiertamente una doctrina que algunos escritores antiguos habían defendido en forma encubierta o hablando por boca de sus personajes. Esto mismo lo corrobora Forte Monge, cuando dice que en “la mayoría de sus obras ofrece una continua contaminación y diálogo más o menos solapado, y a menudo crítico, con autores clásicos (entre los que destacan Jenofonte, Polibio, Tito Livio, Plutarco, Cicerón, Tácito y Tucídides)”.¹⁸

Si bien Maquiavelo toma el género literario de *Espejo de Príncipes* de Jenofonte para escribir su *De Principatibus*, no hay rastro de reconocimiento a la autoridad principal del libro: Aristóteles. En este sentido, llama nuevamente la atención que Forte Monge, un especialista en la vida y obra del toscano, no haga mención de esto.

Inclusive, el filósofo español pareciera no tener mucho que decir sobre el escepticismo académico relativo al conocimiento que Maquiavelo tenía de la obra política aristotélica: “Sobre el posible conocimiento de Aristóteles, existe una enorme discusión, donde ninguna de las partes concede la mínima razón a la contraria.”¹⁹

De acuerdo con Paolo Falzone²⁰ y Forte Monge²¹, en el *corpus* maquiaveliano solamente existen tres referencias explícitas al estagirita:

1. En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Libro III, Capítulo XXVI, “De cómo por causa de las mujeres se arruina un Estado”. En este apartado la referencia a la obra de Aristóteles tiene que ver con las causas que provocan la ruina de los tiranos, entre las cuales figura ganarse la ofensa de los hombres atentado contra la vida, la integridad y el honor de las mujeres:

“Entre las principales causas de la ruina de los tiranos que menciona Aristóteles figura la de ofender a los hombres atentando contra las mujeres, deshonrándolas, violándolas o desmoralizando los matrimonios, de lo cual tratamos extensamente en el capítulo relativo a las conjuraciones.”²²

Si bien esta cita figura a primera vista como un caso aislado, incluso como una cita sin más propósito que el de ser ilustrativa o contribuir a la explicación en curso, así como una muestra del amplio acervo bibliográfico del que Maquiavelo se había proveído en su temprana formación en los clásicos de la antigüedad, se trata, no obstante, de un fragmento que revela la esencia no de los *Discursos*, sino del *Principatibus*.

La alusión a este fragmento del corpus aristotélico, el cual data, según la cronología de las obras del florentino,²³ de ser anterior al trabajo realizado en *El Príncipe*, es la piedra de toque²⁴ que revela el manejo de Maquiavelo de la teoría aristotélica, específicamente de los artificios que propician la conservación del poder en las tiranías de una sola persona, que son encarnadas en los principados italianos de la época.

2. En su epistolario, específicamente en una respuesta al embajador florentino en Roma, Francesco Vettori, fechada el 26 de agosto de 1513.²⁵

Al final de la carta escrita por Vettori, éste cita la *Política* de Aristóteles. Con ostensible maestría hace mención de las *repubbliche divulse*²⁶ que, a decir suyo, ocuparían un lugar en el conjunto del tratado citado:

Yo soy de los que temen grandemente a los suizos, pero no creo ya que puedan llegar a ser otros romanos, como hablaban con Pellegrino, porque si leéis bien la *Política* y las repúblicas que ha habido, no hallaréis que una *república dispersa* como ésa pueda hacer progresos...²⁷

La referencia de Vettori a la obra aristotélica, más que aclarar algo acerca de su conocimiento sobre el autor en cuestión, es reveladora sobre el conocimiento que Maquiavelo tendría del *Tratado sobre las cosas políticas* del estagirita, dominio que el mismo Vettori da por supuesto.²⁸

Esta alusión al corpus clásico se torna aún más interesante por la respuesta que a continuación da el destinatario:

*Y no sé lo que dice Aristóteles sobre las repúblicas dispersas, pero pienso lo que razonablemente podría ser, lo que es y lo que ha sido, y recuerdo haber leído que los lucumones dominaron toda Italia hasta los Alpes hasta que fueron expulsados de la Lombardía por los galos.*²⁹

La primera explicación posible a dicha réplica sería que se trata de un intento de Maquiavelo por desentender explícitamente su obra y su pensamiento de la figura de Aristóteles. Hecho que queda de manifiesto en el énfasis que hace en el futuro, el presente y el pasado, como si la *Política* se tratase de un libro que prescinde de la temporalidad, el contexto histórico y la evidencia empírica: "...pero pienso lo que razonablemente podría ser, lo que es y lo que ha sido." De acuerdo con esa lógica, Maquiavelo colocaría su investigación como un estudio auténtico de lo que es el mundo, en oposición a la indagación aristotélica, absorta en el estudio de lo que debería ser el mundo.

Aparentemente, para Maquiavelo no resulta de importancia lo que Aristóteles haya dicho sobre las repúblicas dispersas, como lo que él asegura que puede averiguar de éstas con base en sus investigaciones históricas y empíricas.

La segunda hipótesis explicativa es la que menciona Paolo Falzone basándose en sus compatriotas, Mario Martelli y Giorgio Inglese, ambos estudiosos del florentino.³⁰ La correspondencia de Maquiavelo con Vettori previamente citada es, a su parecer, una respuesta irónica para lidiar con la ignorancia de Vettori sobre la obra clásica en cuestión, ya que, a decir de Inglese, la burla del florentino está dirigida a dejar en evidencia que no existe en absoluto algo como las “repúblicas dispersas” en la obra citada de Aristóteles.³¹

Si bien no hay una mención literal de las “repúblicas dispersas” en *Política*, el término utilizado por Vettori es una alusión al carácter fragmentario de la forma de gobierno republicana, especialmente de aquellas repúblicas que nacen siendo guerreras o aparecen cuando las sociedades ya se encuentran divididas en dos grandes facciones, ricos y pobres, mientras que la participación efectiva de los nobles ya es notablemente reducida.

La naturaleza de este régimen, que es ampliamente abordada por Aristóteles en el libro IV de *Política*³² cuya base es un enorme acervo empírico de regímenes de la antigüedad, es por sus propiedades y su tipo de mixtura más corta³³ e inestable con respecto a otros tipos de gobierno:

Los gobiernos constitucionales y las aristocracias son derrocados comúnmente debido a alguna desviación de la justicia en la constitución misma; la causa de la caída es, en los primeros, la mala mezcla de los dos elementos, democracia y oligarquía; en las segundas, de los tres elementos, democracia, oligarquía y excelencia, pero especialmente democracia y oligarquía. Pues combinarlos es el empeño de los gobiernos constitucionales; y la mayoría de las llamadas aristocracias

tienen un objetivo similar, pero difieren los regímenes políticos por el modo de combinación; de ahí que algunas de ellas sean más y otras menos permanentes.

Pero el proceso puede invertirse, y la aristocracia puede transformarse en democracia. Esto sucede cuando los pobres, bajo la idea de que están siendo agraviados, fuerzan a la constitución a adoptar una forma opuesta. Del mismo modo, los gobiernos constitucionales se convierten en oligarquías. El único principio estable de gobierno es la igualdad según el mérito, y que cada hombre disfrute de lo suyo.³⁴

El acierto del sabio hace patente que más que ninguna otra forma de gobierno, la república se encuentra ante la ineludible tarea de conciliar y armonizar la dispersión de sus partes de manera permanente; hecho que probablemente habría empujado a Vettori a clasificar las repúblicas en la categoría de “dispersas”.

En este sentido, como bien argumenta el diplomático florentino, la expansión de la república suiza es improbable, sin embargo, no lo es por tratarse de una “república fragmentada” como tal, sino porque se trata de una república militar, que es precisamente el caso de la Antigua Confederación Suiza.³⁵ Es inevitable no ver un eco del ejemplo lacedemonio que menciona Aristóteles, el cual utiliza para explicar el ocaso de una república (militar) provocado por el exceso de atención que los legisladores le dan a la guerra:

Tibrón y todos los demás, que han escrito sobre el régimen de Lacedemonia, admiran manifiestamente al legislador de los lacedemonios, porque, por haberse ejercitado en los peligros, mandaron sobre muchos. Y sin embargo, es evidente que puesto que actualmente ya no tienen los lacedemonios el imperio, no son felices ni su legislador es bueno. Y además, es

ridículo que, conservando sus leyes y sin ningún obstáculo que les impidiera practicarlas, hayan dejado de vivir bien.³⁶

La advertencia de Vettori se encuentra encaminada sobre el sendero marcado por su referente: el carácter belicoso de la república no es sinónimo de su grandeza; por el contrario, es un síntoma de su propia devastación. En el caso lacedemonio investigado por Aristóteles, es el augurio de que los legisladores han perdido de vista el propósito de la defensa, que es salvaguardar a la comunidad, y asegurar la paz y la justicia:

La práctica de los ejercicios militares no debe hacerse por esto, para someter a esclavitud a pueblos que no lo merecen, sino, primero, para evitar ellos mismos ser esclavos de otros, luego para buscar la hegemonía en interés de los gobernados, y no por dominar a todos; y en tercer lugar, para gobernar despóticamente a los que merecen ser esclavos. Que el legislador debe afanarse con preferencia por ordenar las disposiciones sobre la guerra y lo demás con vistas al ocio y la paz, los hechos atestiguan las palabras. En efecto, la mayor parte de tales ciudades se mantienen a salvo mientras luchan, pero, cuando han conquistado el imperio, sucumben. Como el hierro, pierden el temple en tiempo de paz, y el responsable es el legislador, por no educarlos para poder llevar una vida de ocio³⁷

Al respecto, el afán por las conquistas exteriores da la impresión de fortalecer a la república, cuando realmente lo que hace es debilitarla, ya que descuida los asuntos políticos locales, aquellos encargados de forjar la comunidad y mantener la paz interna. De ahí que no sea de mayor preocupación para Vettori el caso suizo: "...pero la verdad es que no creo que puedan llegar a ser tan poderosos como los romanos,... [ya que] si analizas en la *Política*... verás que una república fragmentada, como es la de los suizos, no puede expandirse con éxito."

El caso de Roma, al cual Vettori acude para hacer gala de una muestra comparativa de mayor envergadura, no es claro que se trate de una república, precisamente por su afán expansionista indiscriminado, que incluiría la conquista de toda clase de pueblos, con gobiernos justos e injustos, ya no en busca de su liberación, sino de su sometimiento al nivel de esclavos.

En este contexto la ironía que Falzone (remitiendo a Inglese) le atribuye a Maquiavelo es un despropósito en el intercambio epistolar, ya que es él mismo quien, paradójicamente, hace gala de su (des)conocimiento sobre la república en Aristóteles, dejando en evidencia lo contrario. Es decir, no es del sentido literal de las palabras de Maquiavelo de donde podemos deducir y extraer esta supuesta ignorancia o incomprensión sobre el objeto de estudio, sino del sentido irónico con el que, según Falzone, hace mella de su compatriota.

Según esta hipótesis, al querer afirmar con superioridad que no existe tal cosa como una república dispersa en Aristóteles, él mismo se coloca en jaque, puesto que, en efecto, de una lectura atenta de *Política* se obtiene que la república tiene un carácter disperso que le es intrínseco, más aún si es una república militar como la suiza.

Resultaría aún más paradójico que Maquiavelo desconociera la naturaleza de la forma republicana de gobierno, debido a que en el capítulo XXIV de *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, da cuenta de dos cosas que son fundamentales en una república: su buen ordenamiento sustentado en la justicia proporcional, y la libertad.

El primer elemento denota la importancia que Maquiavelo sabe que tiene el hecho de que una república esté ordenada y gobernada sobre una base de leyes justas:

Y la razón consiste en que *ninguna república bien ordenada compensó jamás los servicios con los delitos*; al contrario,

establecidos los premios para los actos meritorios, y los castigos para las malas acciones, premiado un ciudadano por obrar bien, es castigado después si obra mal, sin consideración alguna a sus precedentes servicios.³⁸

De modo que el primer elemento es garantía del segundo, es decir, las leyes que proveen justicia, y que son correctamente administradas según el principio republicano, logran salvaguardar la libertad, y no solamente eso, evitan la propagación y el contagio de la impunidad a lo largo y ancho de toda la comunidad:

*Bien observados estos principios, puede gozar una república de libertad largo tiempo; de otra suerte camina a pronta ruina... En efecto; si a la fama que un ciudadano logra por haber hecho un servicio eminente a la república se agrega la audaz confianza de poder hacer algo malo sin temor a la pena, llegará a ser en breve tan insolente, que anulará la eficacia de las leyes.*³⁹

Es notable de esta manera, que el florentino era lo suficientemente consciente de la importancia del buen ordenamiento de un Estado, en este caso, de la república. En consonancia con el carácter dividido del que Vettori hace mención, tenemos el énfasis que Maquiavelo hace del carácter ordenado; ambos elementos refieren al mismo asunto de manera complementaria. Estas premisas no pueden provenir sino de una lectura atenta a los ocho libros en materia política del estagirita, particularmente el referente a la república.

Por lo tanto, queda demostrado que la ironía cargada de burla y prepotencia hacia Vettori es improbable o, en su defecto, injustificada. Improbable en los términos que plantea Falzone, ya que es ilógico que Maquiavelo presuma de un conocimiento que pierde de vista, o más bien, que haga ver en su corresponsal una ignorancia que no le corresponde; e injustificada, porque es Vettori quien, en última instancia, demuestra la superioridad intelectual sobre Maquiavelo en esta materia.

De ambas hipótesis algo es seguro: Maquiavelo leyó a Aristóteles, si no la totalidad de su obra, sí el ejemplar más representativo: *Política*. En lo referente a la primera posibilidad, la cual representa una de las tesis del presente trabajo, decimos que el desconocimiento y desinterés de Maquiavelo por Aristóteles es en apariencia y deliberado,⁴⁰ ya que hay elementos de sobra para asegurar que conocía su trabajo sobre política, elementos que serán esclarecidos más adelante.

Mientras tanto, nos limitaremos a afirmar que la prevalencia que Maquiavelo le da a la observación empírica e histórica en dicho enunciado, es reveladora acerca de su desdén por la obra del estagirita (por hallarse lejos de una visión “realista”⁴¹, entre otras cosas, como el culto patriótico a la antigua Roma y la lectura escolástica de la que estaba impregnado el *corpus aristotelicum*), y no de un comentario irónico entrelíneas, referente a su superioridad intelectual frente a Vettori.

3. *Discursos sobre la situación de Florencia tras la muerte del joven Lorenzo de Médicis*. En esta tercera y última, Maquiavelo aduce que pocos han sido los que, a través de sus actos, han logrado ganarse uno de “los mayores honores que pueden tener los hombres”, a saber, que por medio de leyes e instituciones hayan logrado reformar las repúblicas y los reinos:

Por ser pocos los que han tenido ocasión de hacer estas reformas y poquísimos los que han sabido hacerlas, la gloria de reformadores alcanza a corto número de personas, siendo tan estimada, que algunos, imposibilitados de organizar prácticamente una república, la organizaron por escrito. Así lo hicieron Aristóteles, Platón y otros muchos, queriendo demostrar, al mundo que si, como Solón y Licurgo, no crearon un régimen político, no fue por ignorancia, sino por impotencia.⁴²

Resulta extraño que, a pesar de su gran conocimiento de historia, así como de la vida y obra de los sabios de la antigüedad, Maquiavelo ignore deliberadamente dos cosas.

La primera es que es el mismo Aristóteles quien hace mención de aquellos que, para ese momento, ya habían expuesto alguna idea sobre el gobierno, sus leyes y sus reformas: Platón, de quien hace una crítica a sus obras *República* y *Leyes*, así como al igualitarismo radical que toma forma a partir de la figura de Sócrates;⁴³ Faleas de Calcedonia, el primero en introducir la regulación igualitaria de la propiedad con el fin de evitar revueltas civiles;⁴⁴ e Hipodamo de Mileto, “el primero que, sin ser político, intentó hablar sobre el régimen mejor”.⁴⁵

Igualmente, hace mención de quienes establecieron y reformaron leyes y/o constituciones:

De los que han tratado de los gobiernos, algunos nunca han tomado parte alguna en los asuntos públicos, sino que han pasado su vida en un puesto privado. [...] Otros han sido legisladores, ya sea en su propia ciudad o en ciudades extranjeras, cuyos asuntos han administrado; y de éstos algunos sólo han hecho leyes, otros han redactado constituciones; por ejemplo, Licurgo y Solón hicieron ambas cosas.⁴⁶

Al igual que en otros pasajes, es evidente que la influencia de Aristóteles sobre Maquiavelo no es solamente de forma, sino de fondo. En este caso, además de ser los mismos reformadores que menciona Aristóteles en su *Política* y en *Constitución de Atenas*⁴⁷ (y que gozan de una gran popularidad dentro de los anales de la historia antigua), el tópico es el mismo: la prevalencia política de dichos reformadores.

No obstante, Maquiavelo se equivoca con las limitaciones que le atribuye a Solón y a Licurgo, así como al mismo Aristóteles, de quien más adelante procederemos a hacer una intervención al respecto.⁴⁸ De los primeros cabe decir, haciendo eco del estagirita, que establecieron tanto leyes como constituciones.

No obstante, es importante matizar que la llegada de Solón al gobierno en calidad de arconte, ocurre como una intento de salida a las luchas intestinas entre las distintas partes de la ciudad ateniense: nobles, ricos y pobres. La tarea del legislador era, por lo tanto, constituir la ciudad armonizando todas sus partes.

De la mano de historiadores y estudiosos de la época antigua, Patricio Marcos nos cuenta que, el orgullo sobre su hazaña era tal, que Solón se retiró de la ciudad en medio de autoelogios, ya que imaginó que la duración de sus reformas sería de un siglo, a pesar de que su verdadera permanencia se limitara a un corto periodo de menos de cinco lustros.

La hazaña de Solón, añade Marcos, realmente es exigua. El balance de su arcontado se resume a haber logrado atemperar la plutocracia ateniense. “Lo inédito de la obra de Solón... se debe a que otorga participación a los *thetes*, los jornaleros o proletarios, en la organización plutocrática de poder” al concederles la posibilidad de elegir a los magistrados y de pedirles cuentas.⁴⁹ Sin embargo, el legislador únicamente les concedió acceso a la asamblea (antes Ecclesia o Ágora) y a los tribunales de justicia.

No era el caso con el Consejo del Areópago, el Consejo de los 400 ni el Arcontado de la Acrópolis. De acuerdo con la división censitaria hecha por el mismo Solón, los *thetes* no eran ciudadanos de primera clase debido a la poca aportación que significaba su producción agrícola anual, que era inferior a los 200 medimnos, en comparación con los 500 de los pentacosimedimnos, la clase alta.

No son pocos los historiadores y estudiosos de la antigüedad que le otorgan a Solón el título de padre de la democracia, empero, su hazaña no es tal debido a que sus reformas de corte democrático no alcanzaron a tocar el corazón mismo de la plutocracia, al menos no al grado de volverla una república. Además, poco habría que celebrar de haberse tratado de una mudanza de gobierno plutocrático a uno democrático; por el contrario, de haber introducido la democracia a Atenas, estaríamos hablando del paso de una forma de gobierno corrupta a otra de la misma naturaleza.⁵⁰

De Licurgo no es menor lo que hay que decir, ya que es él “quien entroniza uno de los gobiernos constitucionales más celebrados de los tiempos remotos, al lado del cretense y el cartaginés.”⁵¹ Como bien comenta Marcos, será Plutarco de Queronea, otro gran político e historiador de la antigüedad, quien haga una valoración comparativa entre ambos legisladores, Solón y Licurgo. De acuerdo a este balance, es el segundo quien realmente logra acabar con los extremos de la riqueza y la pobreza, otorgándole a la constitución lacedemonia un carácter republicano.⁵²

Es Aristóteles quien revela el tipo de régimen implementado por el laconio, el cual, por su naturaleza bélica perdió su “temple en tiempos paz”.⁵³ De este modo, se cuestiona si “además, es ridículo que, conservando sus leyes y sin ningún obstáculo que les impidiera practicarlas, hayan dejado de vivir bien.”⁵⁴

En lo que respecta a la actividad política del estagirita, no podemos obviar, por un lado, el papel que tuvo como instructor y tutor de Alejandro Magno, al grado de haber sido una influencia de igual o mayor peso que la de su padre en su formación política.⁵⁵

De esta relación, cuando Alejandro ya comandaba al imperio macedonio, habría nacido un texto perdido de Aristóteles, intitulado en la traducción al español de la lista de obras del estagirita hecha por el Diógenes de Laertes, como *Alejandro* o *Sobre las colonias*⁵⁶. En dicha obra, de la que pocas noticias tenemos, pareciera hacerse manifiesta la desaprobación de Aristóteles ante el

mundo de habla griega de la política alejandrina que buscaba fusionar a los pueblos helénicos con los pueblos que había sometido en Oriente Medio, como es el caso de los persas.⁵⁷ Esta política de integración promovía el mestizaje cultural y racial, ya que admitía lo mismo que soldados de los pueblos orientales a su ejército, a mujeres y costumbres bárbaras en su corte.

Previo a este escrito figura otro de naturaleza similar, que lleva por nombre *Reivindicaciones de las ciudades griegas*, dirigido a Filipo, padre de Alejandro, también monarca de Macedonia. En este otro, el objetivo era “fijar los límites territoriales que había entre ellas para resolverlas en el seno de la liga panhelénica de Corinto, el instrumento diseñado por Filipo para gobernar Grecia”⁵⁸.

Se trataría de un caso inédito para la época, de una propuesta sólida de confederación, en este caso de *polis* griegas, por estar compuesto, de acuerdo con fuentes antiguas, de “argumentos legales y documentos que respaldaban reclamos territoriales de ciudades entre sí.”⁵⁹ Esto confirma, además del oficio político del estagirita, el extenso acervo de información empírica del que disponía tras su viaje por Asia menor, antes de formar el Liceo, particularmente tras su incorporación a la corte macedónica.

En segundo lugar, o, mejor dicho, en tercero, tenemos que la influencia política de Aristóteles ya era un hecho en Asia menor debido a su amistad con Hermias de Atarneo, a quien logró convencer, bajo la dirección de Platón y de la mano de otros alumnos de la Academia, de gobernar más humanamente los territorios adquiridos en la costa oeste de la actual Anatolia.

De hecho, sabemos de la existencia de una carta de Platón dirigida a sus alumnos Erasto y Corisco,⁶⁰ quienes para ese momento regresaban a Escepsis, su pueblo originario, en la cual los exhorta a hacer amistad con el gobernante vecino de Atarneo, Hermias, en virtud de una serie de reformas que pudieran beneficiar a las ciudades en cuestión, y que tendrían como último referente y árbitro de la gestión política a Platón. De acuerdo con Jaeger, quien

nos da testimonio de esto a través de diferentes fuentes históricas de la Antigüedad, este “movimiento reformista” a cargo de una “oligarquía de sabios”, es “el resultado de un sistema político-filosófico que debe realizarse en toda Grecia, siempre que se dé la oportunidad, y del que la Academia entiende conservar la dirección.”⁶¹

A partir de esta reunión de alumnos platónicos (Erasto, Corisco y también Jenócrates) en las ciudades colindantes a Atarneo, en torno a la figura de Hermias, empieza a ser notable la formación de los primeros discípulos de Aristóteles, particularmente Calístenes, a quien conoce en la isla de Asos, y más tarde Teofrasto, con quien se reunirá en Lesbos. De modo que esta experiencia fue crucial tanto para la fundación del Liceo ateniense, como para la transmisión de la obra de Aristóteles después de su muerte por parte de sus discípulos. Más aún, fue al estagirita a quien más cercano se hizo Hermias, beneficiándose de sus consejos más que de los de ningún otro, esto debido a la amistad virtuosa que habían forjado, probablemente debido a que, entre todos los presentes, Aristóteles estaba dotado de plena autoridad para ser la voz y mente de Platón en su ausencia.⁶²

En efecto, esta práctica de educar y asesorar políticos y gobernantes de distintas *polis* griegas, no era exclusiva de Platón. Se sabe que Aristóteles continuó con esta bella costumbre, no solo con Alejandro Magno, sino previamente con su amigo Hermias, así como con Temisón de Chipre. Tanto el ateniense como el estagirita exigían a estos hombres, dispuestos a tomar “para sí el consejo de un hombre de juicio”,⁶³ adentrarse en la sabiduría de distintas materias que pudieran llevar sus facultades a otro nivel y les proveyeran virtudes no solo para el gobierno de su ciudad, sino, antes bien, para el gobierno de sí mismos.

El caso de Hermias resulta paradigmático, ya que una vez que entabló amistad con los platónicos, incluido el más importante de ellos, Aristóteles, que en ese momento se encontraba en Asia menor, aprendió geometría y dialéctica, aplicándose al estudio con “celo creciente; y, lo que es más, se puso a dirigir

su vida según [buenos] principios morales, lo que no había hecho durante los primeros años de su encumbramiento, según declara Teopompo, quizá no sin alguna justificación.”⁶⁴

En todo caso, el beneficio que recibió, cuenta Jaeger, no se limitó a la “salud de su alma”, ...“sabemos ahora por Dídimo que le dieron certeros consejos políticos, por los cuales les hizo presente de la ciudad de Asos. Por recomendación de ellos cambió voluntariamente su tiranía “en una forma más suave de constitución””,⁶⁵ de lo cual es prueba la concordia generada con los pueblos eolios de la costa, teniendo como resultado que “los territorios situados desde la región del Ida hasta la costa de Asos se pasaron a él por su propia voluntad”.⁶⁶

De esta vida, que ahora se encontraba encomendada a la sabiduría, y que redundaba en un beneficio sobre las labores de su gobierno, son testimonio las nobles palabras que le son atribuidas al momento de su muerte, incluso cuando acababa de ser torturado por Mentor, un general persa que lo había emboscado a partir de engaños, tras acorralarlo en Atarneo: “di a mis amigos y compañeros que no he hecho nada malo o indigno de la filosofía”.⁶⁷

La mala fama que recayó sobre Hermias después de ser asesinado (particularmente la de ser un tirano vulgar) se debió a las opiniones que el partido dirigido por Demóstenes y la opinión pública ateniense esgrimieron en contra suya por la animadversión que guardaban a Filipo, aliado del gobernante de Atarneo en su resistencia contra los persas. De ahí que no sea sorpresa que más de un historiador de la época (como Teopompo) lo injurie y ataque injustamente, en contra de toda evidencia y a pesar del cambio en su forma de vida y de gobierno. En todo caso, Hermias distaba de ser una persona vulgar, “era una mezcla de inteligencia natural, energía emprendedora y gran poder de la voluntad, pero que estaba lleno al mismo tiempo de contradicciones sin resolver.”⁶⁸

En las mismas latitudes, esta vez por Chipre, Aristóteles siguió con la proeza iniciada por su maestro e invitó también a Temisón, príncipe de aquella región, a ser amigo de la sabiduría a partir de una exhortación que hoy conocemos bajo el nombre de *Protréptico*. La elección hecha por Aristóteles del destinatario de esta obra, a la que solamente podemos aproximarnos por fragmentos, testimonios y referencias de otros personajes de la Antigüedad, no es una cuestión azarosa, ya que precisamente, haciendo eco del buen juicio de Platón, no había nadie a quien le concerniera más adentrarse a la sabiduría que a alguien que poseyera poder y riqueza en cantidades suficientes como para ponerla en práctica. Así es como, efectivamente, lo hace constatar Estobeo:

Zenón dijo que Crates, mientras estaba sentado en el taller de un zapatero, leyó el *Protrepiticus* de Aristóteles que escribió a Temisón, monarca de Chipre, diciendo que nadie tenía más bienes que él para dedicarse a la filosofía; pues poseía grandes riquezas, de modo que podía gastar dinero en ello, y también una buena reputación.⁶⁹

Esta era, desde luego, la idea de Platón de consagrar a un sabio como rey, o a un monarca, no diferente al promedio, a la sabiduría. Siendo estos hombres, por su riqueza y su poder, más capaces que ningún otro de hacer tangible el bien en una ciudad.⁷⁰ Algo que dista de aquellas repúblicas imaginadas o ideadas a las que alude Maquiavelo en relación con los griegos, con total desconocimiento del oficio político de ambas escuelas atenienses, la Academia y el Liceo. De ahí que la obra, antes que estar escrita en forma de adulación como el *Principatibus*, sea de principio una amistosa exhortación a la contemplación de las ideas, de sí mismo y de las cosas políticas.

El Liceo ateniense y la instrucción aristotélica tenían como finalidad la educación cívica a sus alumnos para proveerse de los medios necesarios que les permiten actuar de acuerdo con la virtud, que no es otra cosa que el gobierno de sí mismos y, por extensión, de los otros. En realidad, Aristóteles

no se limitó a incidir en las reformas de los Estados a través de los hombres que los dirigían. Él mismo, según nos cuentan distintas fuentes de la Antigüedad como Diógenes Laercio, Pólux, Focio, Estrabón, etc., se dedicó a escribir las constituciones de 158 pueblos, lo cual significaba plasmar fielmente por escrito todo un ordenamiento que en la mayoría de los casos era inexistente, e incluso teóricamente invisible para los mismos legisladores, ya que no era común que las constituciones (es decir, el ordenamiento político de la ciudad) fueran escritas en papel.⁷¹

De modo que, como se ha demostrado, la impotencia que Maquiavelo atribuye a los antiguos, es falsa. Por el contrario, es Maquiavelo quien confiesa padecerla debido a la mala fortuna de los tiempos, siendo la opción más noble, según lo cuenta, enseñar ese bien que momentáneamente es imposible poner en práctica. Paradójicamente, esta opción es la misma a la que, según sus propias palabras, Platón y Aristóteles debieron recurrir no por ignorancia, sino por impotencia. He aquí la confesión que resuelve y hace regresar la proyección psicológica de la impotencia a su propia persona:

No sé si debo figurar yo mismo entre los que se equivocan al elogiar tanto en este libro los tiempos de los antiguos romanos y al censurar los nuestros; y ciertamente si no fuesen tan claras como el sol las virtudes que entonces imperaban y los vicios que ahora reinan, sería más parco en mis afirmaciones, temeroso de incurrir en el mismo error que en otros advierto; pero siendo la cosa tan evidente, me atreveré a decir con toda claridad lo que pienso de aquellos y de estos tiempos, para que los jóvenes lectores de mis escritos puedan abominar los actuales y disponerse a imitar los antiguos, si las vicisitudes de la fortuna les da ocasión a ello; *porque es deber de hombre honrado enseñar a los demás el bien que por la malignidad de los tiempos y de su suerte no ha podido realizar. Acaso, siendo muchos los capaces de hacerlo, alguno más amado del cielo pueda ejecutarlo.*⁷²

En la cita queda manifiesto el reconocimiento que Maquiavelo hace de la superioridad de los antiguos, jerarquía que los hace dignos de elogiar e imitar, no obstante que sea él quien traicione el sentido original de la teoría clásica. En consecuencia, es cuestionable si los escritos del florentino realmente estuvieron destinados a orientar a los jóvenes a imitar la grandeza de los sabios antiguos.

Al respecto, cabe preguntarse si es atinada aquella atribución según la cual la literatura maquiaveliana, específicamente *El Príncipe*, formaría parte del género literario “Espejo de Príncipes”. La etimología de príncipe significa primero, es decir, quien se encuentra antes que el resto, en este caso quien prevalece políticamente sobre el resto por su excelencia y su virtud. De ser el principio o el primero se desprende la autoridad, cualidad que faculta a su portador para proveer, hacer crecer y cultivar en sus educados, o, mejor dicho, en sus gobernados, la virtud:

Dicho lo cual quizás no esté de sobra añadir que la voz “autor” proviene del latín *auctoritas* que significa autoridad, o si se prefiere, el hecho de ser autor (*auctor*). Este vocablo se forma del verbo *augeo*, el cual tiene los sentidos de hacer crecer, aumentar y ampliar a los que el educador auténtico instiga, provoca, incita o induce para que aprendan por cuenta propia. Al ser autor alguien con autoridad, resulta un maestro o magistrado, porque tanto él como sus enseñanzas orales, escritas y acciones son obras de autoridad.⁷³

La verdadera forma literaria de la obra en cuestión se revela a partir de su género político, o, mejor dicho, a partir del autor y el género político de la obra que tergiversa. Al ser, en parte, una copia infame de la *Política*, *El Príncipe* no podría clasificarse sino a partir de la categoría de “Espejo de Tiranos”⁷⁴.

Es así que el príncipe maquiavélico se refiere indistintamente a reyes y tiranos, es decir, no distingue la naturaleza del mando de uno; más aún, instiga al príncipe al uso de cualquier medio que justifique la supervivencia del Estado, proveyéndose de la violencia como su moneda de cambio.

Notas

¹ Extraído de Marcos, Patricio (2011), *op. cit.*, p. 98.

² Además de ser, desde luego, un prejuicio extensamente compartido (no obstante que muy poco cuestionado) en los continentes europeo y americano.

³ Una parte importante de la literatura política maquiaveliana comprende una mezcla de experiencia diplomática con consejos, advertencias, consideraciones y reflexiones dirigidos a los gobernantes y caudillos regionales y extranjeros, para tomar medidas oportunas o recoger lecciones *a posteriori* en contextos puntuales.

⁴ Maquiavelo, Nicolás (2019), *op. cit.*, págs. 57-59

⁵ Aguilar, José Antonio (01/06/2018). *El profesor que leyó a Maquiavelo*. Revista Nexos. <https://www.nexos.com.mx/?p=37746>.

⁶ La lista, de tinta savonaroliana, estaba encabezada por Pietro Paolo Bóscoli y Agostino Capponi. Maquiavelo ocupaba el séptimo lugar.

⁷ "...tocándole seis *tratti di corda* ("tirones de cuerda": había diversos instrumentos para estimular la confesión en que la tensión de una cuerda provocaba sufrimiento y eventualmente la muerte del reo)." Maquiavelo, Nicolás (2013), *op. cit.*, págs 62 y 63.

⁸ Paradójicamente, Gramsci intenta hacer pasar en más de una ocasión la hazaña de su compatriota no como el texto que el epistolario, la época (particularmente el tipo de régimen político florentino) y la propia historia de Maquiavelo nos muestran a todas luces que es, sino, empecinadamente y contra toda evidencia, como un libro cuyo corte es finalmente democrático, es decir, con una dedicatoria abierta a cualquiera en plural, a la masa, al pueblo, o más aún, como un tratado que por su naturaleza "científica" ya no sería oportunista, sino desinteresado: "¿por qué Maquiavelo escribió *El Príncipe*, no como una "memoria" secreta y reservada, como "instrucciones" de un consejero a un príncipe, sino como un libro que habría debido llegar a manos de todos?, ¿para escribir una obra de "ciencia" desinteresada, como podría argumentarse según las alusiones de Croce? [...]"

En realidad, *parece que puede decirse, no obstante que El Príncipe tenga un destino preciso*, que el libro no fue escrito para nadie y para todos: fue escrito para un hipotético "hombre providencial" que podría manifestarse tal como se había manifestado Valentino u otros *condottieri*, de la nada, sin tradición dinástica, por sus cualidades militares excepcionales. La conclusión del *Príncipe* justifica todo el libro incluso con respecto a las masas populares, que realmente olvidan los medios empleados para alcanzar un fin si este fin es históricamente progresista, o sea que resuelve los problemas esenciales de la época y establece un orden en el que sea posible moverse, actuar, trabajar tranquilamente." Gramsci, Antonio (1999). *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana. Tomo 5. México: Ediciones Era, p. 64.

No obstante, ni el último párrafo del capítulo final de la obra, menos aún el fragmento citado de Petrarca con el que cierra, ambos de un profundo sentimiento patriótico, justifican el argumento de Gramsci. Maquiavelo nunca deja de hablar en términos del príncipe como el encargado de redimir a Italia de su división interna y de las invasiones bárbaras. Si bien es cierto que ese redentor pudo haber sido cualquier Medici o tirano de la época por el tinte oportunista de la obra, es imposible argumentar que se tratase de una obra de aliento democrático. Por lo tanto, la interpretación gramsciana es errónea y excesiva por semejante extrapolación.

⁹ Paolo Sassi da Ronciglione, un reconocido profesor de gramática latina de múltiples personajes humanistas florentinos hacia finales del siglo XV, fue el encargado de introducir a Maquiavelo a los clásicos latinos, a lado de otros estudiantes pertenecientes a familias cercanas a la Cancillería, según lo cuenta su padre en su *Libro di Ricordi*.

De acuerdo con la investigación documentada del historiador y estudioso de Maquiavelo, Robert Black, Sassi era un pedófilo que había sido despedido como profesor de gramática de la catedral florentina en enero de 1495 "por violar a un pupilo o pupilos en el coro de la catedral." Black, R. (2015). *Machiavelli and the grammarians: Benedetto Riccardini and Paolo Sassi da Ronciglione*. *Archivio Storico Italiano*, 173(3 (645)). <http://www.jstor.org/stable/26229935>, p. 460.

A pesar de que Maquiavelo estuvo bajo la tutela de Sassi en 1481 (cuando aquel tenía entre 12 y 14 años), y éste fue descubierto hasta 1495, añade Black, no se descarta que Niccolò haya estado entre sus múltiples víctimas.

Esta hipótesis se hace contundente debido a los testimonios que nos brinda el epistolario de Maquiavelo, particularmente por la carta del 16 de enero de 1515, cuyo remitente es Francesco Vettori, otra de las posibles víctimas sexuales de la “fuerte subcultura de pedófilos y homosexuales que se encontraban en Florencia en ese momento”, descrita por el historiador del Renacimiento, Michael Rocke, en su libro *Forbidden Friendships: Homosexuality and Male Culture in Renaissance Florence*. Connell, William (10/11/2005), *op. cit.* En dicha carta, Vettori hace mención de un maestro, el cual podría tratarse del mismo Sassi:

“Su padre tiene un hijo y dice que quiere criarlo honradamente: sin embargo, empieza a darle un maestro que está con él todo el día y que tiene el gusto de hacer las cosas a su manera, y le deja leer algo que haría reír a un muerto. Su madre lo limpia, lo viste bien, para que guste más: cuando empieza a crecer, le da una habitación terrena, donde puede pasear y tener todas las demás comodidades, para que se revuelque a su manera, y traiga consigo a quien le plazca. Y todos hacemos esto, y aquellos a quienes parece estar ordenado yerran más, y no es de extrañar que nuestros jóvenes sean tan lascivos como son, pues esto procede de una muy mala educación. Y tú y yo, aunque seamos viejos, nos encontramos en algunas partes y costumbres tomadas de los jóvenes, y no hay remedio. Dime que no sea así, para que hablemos juntos de estas zorras y de otras muchas..” Maquiavelo (1974). *op. cit.*, p. 169, carta del 6 de enero de 1515, de Francesco Vettori a Nicolás Maquiavelo Hemos optado por traducir la carta directamente del italiano, por ser dicha versión más fiel a su sentido original.

Según la interpretación del historiador William Connell de esta carta, dichas lecturas, que podían traer a un muerto de nuevo a la vida, apuntan a poetas obscenos. Más aún, “detrás del amor de Maquiavelo por los hombres hay una juventud pasada con un profesor que tuvo la “conveniencia de hacerlo a su manera”.” Connell, William (10/11/2005), *op. cit.*

Mario Martelli, estudioso de Maquiavelo, habría sido el primero en dar cuenta de la bisexualidad del secretario toscano, la cual se encuentra confirmada por las múltiples cartas en donde el florentino hace mención de las relaciones sexuales que mantuvo con sus dos amantes, un tal Donato del Corno y Lucrecia (la Riccia), “los únicos puertos y refugios de su nave”. Maquiavelo, Nicolás (2019), *op. cit.*, p. 63.

¹⁰ Algunas fuentes, como la enciclopedia italiana *Treccani*, en su entrada “Machiavèlli, Niccolò”, aseguran que el florentino “No hay evidencia de que supiera griego”. Enciclopedia Treccani. *Machiavèlli, Niccolò*. <https://www.treccani.it/enciclopedia/niccolo-machiavelli/>.

Mientras que si consultamos la *Encyclopedia Britannica*, encontramos una discrepancia al respecto: “Aprendió bien el latín y probablemente sabía algo de griego, y parece haber adquirido la típica educación humanista que se esperaba de los funcionarios de la Cancillería florentina.” Mansfield, Harvey (8/08/2023). *op.cit.*

Por su parte, el experto en Maquiavelo, Federico Chabod, asegura que “hasta dónde sabía griego, y cuáles eran sus demás lecturas (en esa lengua), es algo menos fácil de precisar.” Chabod, Federico (2015), *op.cit.*, p. 264.

De lo que sí tenemos certeza es que la educación de Maquiavelo en lenguas clásicas constó de lecciones particulares, algunas de ellas en *Estudios* (instituciones oficiales florentinas). Así, sabemos por la entrada que el historiador contemporáneo Paolo Giovio le dedica a Maquiavelo en sus *Elogia virorum litteris illustrium*, que el florentino “sacó provecho de los conocimientos de Marcello Virgilio Adriani (profesor de retórica y poética del Estudio y futuro secretario de la Primera Cancillería), de quien recibió lecciones de griego y latín.” Maquiavelo (2019), *op.cit.*, p. 19.

¹¹ *Ibid.*, p.191. Tras la división del imperio romano en el año 364 d.C, el latín y el griego corrieron suertes distintas. El primero mantuvo su preponderancia en la parte occidental, mientras que el segundo terminó por dispersarse en oriente. El resurgimiento del griego en Italia no llegaría sino hasta el año 1360, de la mano de algunos emisarios de Bizancio, como Leoncio Pilato, quien instruyó a Boccaccio para la traducción de Homero al latín. Highet, Gilbert (2018). *op. cit.*, p. 34.

¹² *Ibid.*, p. 22.

¹³ *Ibid.*, p. 21.

¹⁴ Maquiavelo, Nicolás (2013), *op. cit.*, págs. 116 y 117.

¹⁵ Maquiavelo, Nicolás (2019), *op. cit.*, p. 24.

¹⁶ Strauss, Leo (1964), *op. cit.*, p.68.

¹⁷ *Ibid.*, p. 69. En efecto, es muy probable que la inspiración del florentino para seguir con la tradición literaria de Espejo de Príncipes, particularmente la grecorromana, se remonte a la *Ciropedia*. Curiosamente en este caso Maquiavelo opta por retomar un modelo griego antes que uno romano, cuando es bien sabido que tanto Séneca como Plinio el Viejo también consagraron una parte de su obra a encaminar y encomiar la vida de Nerón y Trajano, respectivamente.

Por su parte, en la modernidad, mientras que gran parte de “los autores de este género compone sus obras para dedicarlas a Carlos I de España y V de Alemania, así Maquiavelo homenajea con el suyo al “Magnífico” Lorenzo de Medici.” Marcos, Patricio (2011), *op. cit.*, p. 67.

¹⁸ Maquiavelo, Nicolás (2019), *op. cit.*, p.28.

¹⁹ *Ibid.*, p. 1813.

²⁰ Falzone, Paolo (2014), *op. cit.*

²¹ Maquiavelo, Nicolás (2019), *op. cit.*, p. 1813.

²² *Discursos*, III, XXVI en Maquiavelo, Nicolás (2019), *op. cit.*, págs. 1135 y 1136.

²³ La publicación de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* data de 1512 (y hasta 1517), mientras que la de *El Príncipe* tuvo lugar un año después, en 1513.

²⁴ Según el Diccionario de la Real Academia Española, el término “piedra de toque” es utilizado para expresar “aquello que conduce al conocimiento de la bondad o malicia de una cosa.” RAE. *Piedra*. https://www.rae.es/drae2001/piedra#piedra_de_toque.

Las investigaciones de Aristóteles sobre las centinelas o salvaguardas constitucionales abarcan tanto las constituciones propiamente dichas, como aquellas que Platón denominó supremacías partidarias, ya sea de uno, de pocos o de muchos. La exposición hecha por Aristóteles no constituye una predilección o justificación ideológica sobre alguna de ellas, sino la manera en que logran preservarse, esto de acuerdo a las observaciones empíricas realizadas en más de 158 muestras de pueblos de la antigüedad.

No obstante, si en la teoría aristotélica no existe tal predilección debido a la cabalidad de sus investigaciones, en la obra maquiaveliana sí puede notarse algo irónico más que paradójico al respecto: el uso de las salvaguardas constitucionales aristotélicas a través del *speculum principum* para licitar el Estado a los postores más despiadados, incluyendo a Lorenzo de Medici y a César Borgia.

De modo que dicha referencia aristotélica sobre las causas que provocan la ruina de los tiranos, es una piedra de toque, es decir, el elemento que permite hacer una prueba de los materiales que constituyen una parte primordial de la obra de Maquiavelo, así como el propósito y el uso que ahí se les dan (recordemos que originalmente las piedras de toque son piedras a las que se reviste de un metal precioso para probar la condición y pertenencia de éste).

En efecto, la cita permite ver el origen de las principales conjeturas maquiavélicas sobre lo que sus contemporáneos, entre ellos Guicciardini, llaman razones de Estado, sustituyendo los términos originales de la teoría política clásica: centinelas o salvaguardas constitucionales. Empero, dicha extracción no termina por reflejar la pureza del material original, del metal precioso a partir del cual intenta tomar forma, a saber, la obra magna del estagirita en todo aquello relativo a la *polis*, específicamente, como ya lo ha hecho ver Patricio Marcos, de los libros V y VI de la *Política*; por el contrario, refleja una clara aleación con otros metales de menor calibre, pureza y calidad, cuando no una degradación, oxidación y, por lo tanto, corrupción.

“Como es perfectamente natural, excepto Monseñor de la Casa, español italianizado, el resto de los que cultivan el saber de las centinelas o salvaguardas constitucionales aristotélicas, son eclesiásticos italianos, ideólogos del imperio: Rosellini, Gualandí, Pigna. Bizzarri, Attigi, Manfredi, Balde, Prato, Sponsone, Galvani, Franchetta, Speroni M. Zecchi, Zuccolo, Scipione, Chiaramonti, Campanella, Piccolomini, etcétera.” Marcos, Patricio (2011), *op. cit.*, p. 66.

²⁵ Maquiavelo, Nicolás (2013), *op. cit.*, p. 106 y 110.

²⁶ La palabra utilizada en italiano por Paolo Falzone en la *Enciclopedia Machavelliana* para explicar el término “divulse”, es “divise”, es decir, “repúblicas divididas”; por su parte, la traducción de Mario Barbuto, un investigador argentino que ha profundizado en el pensamiento de Maquiavelo, es a

“repúblicas fragmentadas”; mientras que el término utilizado en el cuerpo del presente texto, es el seleccionado por la traductora uruguaya Stella Mastrangelo en el Epistolario editado por el Fondo de Cultura Económica. Falzone, Paolo (2014), *op. cit.* Y Barbuto M. (2017). *Mario Martelli. «Detalles de la filología»*. Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de las Ideas, 11, 239-306. <https://doi.org/10.5209/INGE.58312>, p. 242.

²⁷ Maquiavelo, Nicolás (2013), *op. cit.*, p.106. En el texto de Barbuto puede encontrarse una traducción aún más precisa que la actual en cuanto a la referencia aristotélica de Vettori: “Cierto es yo como tantos otros estoy muy preocupado por el poder que cada vez más tienen los suizos, pero la verdad es que no creo que puedan llegar a ser tan poderosos como los romanos, como le han dicho a Pellegrino. De hecho, si analizas en la *Política* todas las clases de repúblicas que han existido en el pasado, verás que una república fragmentada, como es la de los suizos, no puede expandirse con éxito. Barbuto M. (2017), *op. cit.*, p. 276.

²⁸ Haciendo un comentario sobre este pasaje de la correspondencia de Maquiavelo con Vettori, Federico Chabod aclara que no existe tal cosa como una polémica, ya que es clara la presencia del estagirita en la obra del florentino: “que Maquiavelo conocía el pensamiento político de Aristóteles, del cual se sirvió, es evidente en varios pasajes de *El príncipe* y de los *Discursos*; y conocía también los comentarios de santo Tomás, que solían imprimirse junto con la traducción de la *Política* aristotélica, editada por Leonardo Bruni, de Arezzo.” *Escritos sobre Maquiavelo* p. 264.

Dicha edición evidencia, además, que para la época la interpretación oficial de Aristóteles seguía siendo la escolástica, es decir, predominantemente cristiana, lo cual no dejó de ser un factor decisivo, además del patriótico, para que Maquiavelo se desentendiera de la herencia griega.

²⁹ Epistolario p.110.

³⁰ Falzone, Paolo (2014), *op. cit.*

³¹ Dicha ironía podría ejemplificarse de la siguiente manera: “cuando digo que ignoro lo que dice Aristóteles sobre las repúblicas dispersas, lo que digo es que sé clara y exactamente que no existe en Aristóteles tal cosa como una república dispersa.” A saber, lo dicho por Maquiavelo se trata de un litote, un recurso retórico (o algunas veces un *lapsus* inconsciente), en donde se niega lo que en realidad se afirma o se desea afirmar.

³² Aristóteles, *Política*, IV, 8, 9 y 11; y V, 7.

³³ Nunca rebasa los cien años, siendo su vitalidad notablemente menor a la de la realeza y la aristocracia, que suelen durar entre dos siglos y dos siglos y medio. Marcos, Patricio (2012), *op. cit.*, Tomo 1, págs. 329 y 330. Al respecto, Guicciardini dice que “[...] difícilmente cabe esperar de una casa la perpetuidad que no se espera de una república.” Guicciardini, Francesco (2017), *op. cit.* p. 45.

³⁴ Aristóteles, *Política*, V, 8, 1307a 5-15. Trad. 1984. Por su parte, Platón atribuye la corrupción de las timocracias (repúblicas guerreras), en oligarquías, entre otras razones, a las riquezas que obtienen como parte del botín de guerra. Platón, *República*, VIII, 547b y ss.

³⁵ Se trata de la Antigua Confederación Suiza, que hacia finales del siglo XV, tras derrotar a la Liga Suabia (conformada por varios príncipes del sur de Alemania) en la Guerra de Suabia, reclamó su independencia al Sacro Imperio Romano Germánico, hecho que le valió gran reputación guerrillera, que alcanzaría los oídos de nuestro coprotagonista, Vettori. No obstante, unos años después de la carta escrita por el embajador florentino, la Confederación sufriría un revés al verse alcanzada por la Reforma Protestante de la mano de Juan Calvino y Ulrico Zuinglio; para este momento los cantones se radicalizaron en protestantes y católicos, bandos que habrían de sumergir a la Confederación en una lucha intestina hasta la invasión napoleónica, que data de finales del siglo XVIII.

³⁶ Aristóteles, *Política*, VII, 14, 1333b 17-19. Trad. 2014. En este caso hemos optado por la traducción de Manuela García Valdés por ser más favorable a la comprensión del sentido de este fragmento.

Particularmente, la corrupción de la república espartana en plutocracia se debe, según Aristóteles, a que el régimen no estaba “bien dispuesto en lo referente a las mujeres... fomentando de algún modo (o más bien no previniendo la aparición de) la avaricia.” Aristóteles, *Política*, II, IX, 1270a 14-16. Trad. 2014.

Las leyes estaban diseñadas de tal manera que no permitían comprar o vender la tierra propia, siendo la donación y la herencia las únicas formas posibles de traspasarla; no obstante, el resultado de venderla o traspasarla era el mismo: la acumulación de la tierra, ya que era común que los traspasos se dieran entre familiares o la misma clase social.

Además, para ese momento el legislador lacedemonio había incentivado el crecimiento de la población sin que esto supusiera una nueva división de la alta concentración de la propiedad privada que existía de facto y que se reproducía por la prohibición de venderla, lo cual terminó generando mayor desigualdad social, un rasgo característico de la plutocracia.

De modo que una vez que la incesante actividad bélica de la república trajo consigo una gran cantidad de bajas masculinas, acaeció una hiperacumulación de la propiedad, por medio de la herencia y el dote, en manos de unas cuantas mujeres, ya que, al morir el padre y los hermanos, las únicas herederas en cuestión eran las esposas o las hermanas. Este hecho contrastaba con las viejas costumbres republicanas, según las cuales las mujeres no usaban maquillaje, joyería o atuendos estrafalarios.

³⁷ Aristóteles, *Política*, VII, 14, 1333b 21 y ss. Trad. 2014.

³⁸ *Discursos*, I, XXIV, en Maquiavelo (2019), *op.cit.*, p. 688 y 699.

³⁹ *Idem*.

⁴⁰ La negativa y resistencia de Maquiavelo a darle cabida al nombre de Aristóteles de manera explícita y amplia, y así reconocerlo como la autoridad más importante de su obra, es similar a la mostrada por Freud con respecto a la lectura e influencia de Nietzsche. A pesar de ser casi contemporáneos y de haber claras coincidencias entre el pensamiento de ambos, el neurólogo vienés le confesó a su ex discípulo suizo, Carl Jung, que nunca se le ocurrió leer al filósofo alemán: "Así, en una ocasión me aseguré personalmente que jamás se le había ocurrido leer a Nietzsche. Tal hecho resulta importante para comprender las particulares opiniones de Freud, que destacan por una aparente falta de presupuestos filosóficos." Jung, Carl (2014). *Sobre el fenómeno del espíritu en el arte y en la ciencia*. Trotta: Madrid, p. 39.

Es aún menos conocida (y reconocida por el propio Freud en su madurez intelectual) la influencia aristotélica que tomó presencia de manera pronta en su juventud, apenas a los 18 años, de la mano de Franz Brentano. Así lo hacen constatar sus cartas de la juventud, en donde no solamente declara haber leído la *Ética nicomáquea*, sino tener una gran admiración por el estagirita, al grado de querer eternizarse como su sucesor: "Mi famoso tratado de "*mediis, quibus in amoribus efficiendis utuntur poetae*" (de los medios que los poetas usan en asuntos de amor) que por sí solo bastaría para eternizarme como feliz sucesor de Aristóteles." Carta del 21 de febrero de 1875. Freud, Sigmund (2009). *Cartas de juventud*. España: Editorial Gedisa, p. 141.

⁴¹ El término realismo se aplica a la política a partir de una pretensión de objetividad, objetividad que estaría fincada sobre la política desprovista de cualquier consideración ética. Se trata de la entronización del poder como fin último del Estado, del acabose de lo que los antiguos conocían como condición política de la comunidad. De modo que la supremacía de una parte del Estado sobre el resto rebaja esta condición de ser política a ser una mera y llana dominación de unos por otros. En el contexto de Maquiavelo, esta supuesta objetividad se traduce como una justificación ideológica del dominio de la plutocracia florentina y de los príncipes tiranos de la península itálica sobre el resto de la población.

Decir que la política es real o verdadera, quiere decir, más bien, que logra desenvolverse de acuerdo con su propia naturaleza y finalidad, que no es otra cosa que la disposición de las condiciones que permiten el cultivo y la realización del *zoon politikon*. La subordinación de la política al ejercicio del poder como fin en sí mismo, o como medio para lograr la ganancia económica y el placer personal, es, por el contrario, un estrechamiento y una tergiversación de su realidad.

No existe tal cosa como la política desprovista de moral o de ética. Ya sea que encumbra al vicio o se guíe por la virtud, la actividad del hombre en comunidad se encuentra habituada sobre una forma de vida determinada, es decir, sobre un telón de fondo ético, de hábitos y de costumbres que también pueden ser transmitidos de gobernantes a gobernados.

Por lo tanto, no es la falta de moral o ética lo que le da a la política el estatuto de ser más "real" y, en consecuencia, la posibilidad de disponerla objetivamente para su estudio. Por el contrario, es la destemplanza del alma y los sesgos ideológicos los que no permiten el correcto despliegue de la prudencia y la contemplación, facultades elementales para el estudio y el quehacer políticos.

De esta manera, la falsa división epistemológica que establecen los modernos entre Maquiavelo y Aristóteles puede resumirse en la siguiente cita, extraída del texto enciclopédico de Falzone:

“La innegable escasez de referencias directas ha llevado a algunos estudiosos a subestimar la presencia de A. (Aristóteles) en la obra de M. (Maquiavelo), considerándola sustancialmente incompatible con el supuesto carácter antiteórico y “empírico” (lo que sea que eso signifique) del pensamiento maquiavélico (Guillemain, 1976).” Falzone, Paolo (2014), *op. cit.*

⁴² *Discursus florentinarum rerum*, en Maquiavelo (2019), *op.cit.*, págs. 1208 y 1209.

⁴³ Aristóteles, *Política*, II, 1 y 6, 1260b-1266b.

⁴⁴ *Ibid.*, II, 7, 1266b-1267b 23.

⁴⁵ *Ibid.*, II,8, 1268a 5- 1268a 7.

⁴⁶ *Ibid.*, II, 12, 1274a 1. Trad. 2014.

⁴⁷ Que, como bien afirma Marcos, se trata de un compendio de constituciones que incorporan todas las mudanzas de gobierno atenienses registradas en un periodo aproximado de mil años.

⁴⁸ La afirmación del toscano acerca de la escasez histórica de legisladores y reformadores, en este caso de la Antigüedad, puede obedecer o a un sesgo de información, o a una forma engañosa de hacer pasar por válida su afirmación. En todo caso, la sentencia no deja de ser falsa. “No era insólito que las pequeñas ciudades griegas pidieran leyes a ciudadanos que se habían vuelto famosos.” Sabemos por Diógenes Laercio, una fuente de primera mano de la época, que “el matemático Eudoxo, que volvió a Cnido con fama de gran sabio, gozó allí de alta consideración; se votó un decreto en su honor y se le confió la tarea de escribir nuevas leyes para la ciudad.”

Esto mismo sucedió con Erasto y Corisco, discípulos de Platón en la Academia, que tras una larga estancia en Atenas, regresaron a su ciudad natal, Escepsis, siendo recibidos con orgullo y admiración. Ambos “trataron de introducir en Escepsis varias reformas políticas sugeridas en la Academia, como hicieron en otros lugares otros platónicos, unos como dictadores o consejeros de los príncipes, otros como comunistas y tiranicidas.” Jaeger, Werner (2023), *op. cit.*, págs. 134 a 140.

⁴⁹ Marcos, Patricio (1997), *op cit.*, págs. 114 y 115.

⁵⁰ Estaríamos celebrando la revolución por la revolución misma, sin reparo alguno sobre dónde zarpa nuestro barco y, menos aún, acerca de dónde desembarca.

⁵¹ *Ibid.*, p. 110.

⁵² *Ibid.*, págs.110-112.

⁵³ Aristóteles, *Política*, VII, 14, 1333b 21 y ss. Trad. 2014.

⁵⁴ *Ibid.*, VII, 14, 1333b 18.

⁵⁵ Es probable que aquella frase atribuida a Alejandro Magno en tono de agradecimiento a Aristóteles: “Estoy en deuda con mi padre por vivir, pero con mi maestro por vivir bien”, sea una adaptación de la original, que se encuentra en la semblanza del estagirita, hecha por Diógenes Laercio: “Decía (Aristóteles) que los educadores eran más dignos de honra que los padres que sólo engendraron a sus hijos, pues los unos daban sólo el vivir, y los otros el vivir bien.” Laercio, Diógenes. (2020), *op. cit.*, Libro V, 20, p. 260. Al respecto, se sabe que los atenienses de la época eximían de sustentar a sus padres a aquellos hijos que no habían recibido instrucción paterna alguna en el arte o en la ciencia. El vivir bien, desde luego, hace referencia a la felicidad, es decir, a la *eudaimonía*.

⁵⁶ *Ibid.*, Libro V, 22, p. 261.

⁵⁷ Ver Jaeger, Werner (2023), *op. cit.*, p. 35.

⁵⁸ Aristóteles (2005). *Política* (Edición de Pedro López Barja de Quiroga y Estela García Fernández), España: Ediciones Istmo, págs. 17.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 76.

⁶⁰ Carta VI, 322d.

⁶¹ Jaeger, Werner (2023), *op. cit.*, p. 135.

⁶² Muestra de la confianza y amistad que había entre ambos es el hecho de que Aristóteles desposó a Pitias, sobrina e hija adoptiva de Hermias.

⁶³ Marcos, Patricio (2012), *op. cit.*, Tomo 1, p. 396.

⁶⁴ Jaeger, Werner (2023), *op. cit.*, p. 135.

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Idem.*

⁶⁷ *Ibid.*, p. 139.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 135.

⁶⁹ Aristóteles, Fragmentos, F 50 R³ (Stobaeus, *Anthologium* IV xxxii 21). En Aristóteles (1984), *op. cit.*

⁷⁰ Jaeger, Werner (2023), *op. cit.*, p. 70. Lo cual no pudo completarse en otros casos, como el de Dionisio de Siracusa. Por petición de su tío, Dion, se abrieron las puertas de la ciudad a su maestro, Platón, en aras de persuadir a Dionisio de templar el principio tiránico del régimen siracusano. En

respuesta, Dion y Platón fueron expulsados de la ciudad por el tirano, lo cual redundó en un clima político de peor naturaleza.

⁷¹ Entre esta larga lista, tenemos la constitución de los argivos, la de los samios, los tarentinos, los siracusanos, tebanos, rodios, ambraciotas, sibaritas, megarenses, rodios, de los de Regio, los de Óreo, de Colofón, de Delfos, de Herea, entre otros.

Estos datos vienen registrados en la edición de Oxford al conjunto de obras de Aristóteles, particularmente en la última sección, en donde se encuentra una recopilación de los fragmentos de sus obras rastreados en escritos de otros autores de la Antigüedad. Igualmente, los nombres y las referencias a estas constituciones los encontramos en la espléndida edición de *Política* de Manuela García Valdés, distribuida por Gredos. La mayoría pueden encontrarse en los capítulos IV y V.

⁷² *Discursos*, II, prólogo, en Maquiavelo (2019), *op.cit.*, p. 810

⁷³ Marcos, Patricio (2012), Tomo 1, *op. cit.*, p. 54

⁷⁴ Ocurre lo mismo con otros títulos, como el nombre de la obra más reproducida de Sófocles: *Edipo Tirano*. Debido a la incapacidad moderna para diferenciar entre un rey y un tirano, la obra suele traducirse como *Edipo Rey*, esto a pesar de que la naturaleza de Edipo sea la de ser hombre desafortunado que usurpa el trono de Tebas por medio del parricidio, el tiranicidio y el incesto. Como bien apunta Patricio Marcos, son pocos los casos, como el del compositor Carl Orff en su ópera del dramaturgo griego, que, en contra de esta ignorancia, han acertado en mantener el título original. *Ibid.*, p. 102.

Análogamente, en la literatura de modelos indignos de imitar, encontramos al personaje “El buscón”, un pícaro pretencioso del siglo XVII, a quien su autor, Francisco de Quevedo, bautiza como un “ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños”, es decir, un bellaco que es astuto y engañador. De Quevedo, Francisco (1948). *op.cit.*

2.2. Cuestión de patria y no de paternidad

Actualmente, la hipótesis sobre el origen de la ciencia política que detenta la hegemonía en los círculos académicos de dicha disciplina, fue establecida por el politólogo italiano Giovanni Sartori en 1979, en su libro *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. De acuerdo con lo suscrito por Sartori en esta obra, la política fue descubierta en el renacimiento por el florentino Nicolás Maquiavelo.¹

Empero, ¿fue realmente Maquiavelo, como asegura Sartori, el pionero en descubrir la política bajo una óptica científica o, por el contrario, hay razones que nos permiten sospechar de la legitimidad y la veracidad de su veredicto historiográfico? ¿Por qué el politólogo italiano le atribuye a Maquiavelo el descubrimiento de la política? ¿Hay motivos fundamentados para atribuirle este título, no menor, a algún otro personaje?

Cuando Sartori dice que Maquiavelo descubrió la política, quiere decir que fue el primero en configurar su “especificidad y autonomía”,² en saber cómo identificarla y cuáles son las leyes que funcionan en su nivel más elemental. La palabra “descubrir”, que el mismo autor deja entrecomillada³ y en suspenso, quiere decir que, si bien la proeza de Maquiavelo no es suficiente para adjudicarle la invención de la ciencia política como tal, sí puede atribuírsele la paternidad sobre la disciplina al ser el primero en separar a la política de la moral y preparar el terreno para estudiarla de manera aislada, según sus propias leyes y sus cualidades intrínsecas.

Más que un descubrimiento, se trata de un hallazgo de algo de lo que ya se tenía noticia previa de su existencia, pero que se encontraba “perdido”, ya que era, o se hizo en algún momento, imperceptible (al menos bajo una mirada “objetiva”), por estar guardado bajo el velo de la ignorancia de la fe religiosa. Esto se hace evidente en la lectura que constantemente hace Sartori de la historia de la ciencia política, ya que, a pesar de decantarse finalmente por Maquiavelo como el descubridor de la política, el politólogo italiano titubea ante la duda y pone en tela de juicio su “descubrimiento” cuando admite el protagonismo de otros pensadores en la historia de la ciencia política, principalmente el de Aristóteles.⁴

Es al florentino y no a Aristóteles, a quien Sartori le atribuye el descubrimiento de la política, ya que:

1) A diferencia del estagirita, el florentino no era ni filósofo⁵ ni científico. Esto le permitió alcanzar una “visión directa”⁶ que solo obtienen aquellos que comienzan *ex novo*.

2) Logró desembarazar a la política de la moral y de esta manera proclamar su identidad y autonomía.

3) Estableció un “imperativo” de la política, lo cual quiere decir que logró identificar el comportamiento eficaz y oportuno que un político debe seguir para la conquista y conservación del poder.⁷

No obstante, esta división sobre el origen y la historia de la ciencia política se torna confusa e insostenible cuando Sartori clasifica el pensamiento del florentino como más allá de la filosofía y más acá de la ciencia, en medio de ambas, en una suerte de limbo o purgatorio.⁸ Bajo prejuicio de no confinarlo a los anales de la filosofía política y de evitar contradecir a su otro compatriota,⁹ el jurista Norberto Bobbio, quien sí le reserva a Maquiavelo un lugar en la filosofía política, al lado de Aristóteles,¹⁰ inventa una nueva categoría del pensamiento político: la teoría política sartoriana, un saco roto en el que entrarían todas las doctrinas, ideologías y pensadores inclasificables, entre ellos Maquiavelo, Burke, Montesquieu, los autores de los *Federalist Papers*, Benjamin Constant, Tocqueville, entre otros.¹¹

Por su parte, de manera contraria a lo suscrito por Sartori, Bobbio se mantendrá firme al no cederle un espacio de renombre científico a Maquiavelo en los anales de la política, ya que no logra satisfacer sus requisitos de demarcación científica.¹² Si bien Sartori y Bobbio no logran coincidir en el veredicto final sobre el estatuto científico de Maquiavelo, sí lo hacen en la clasificación que ambos le reservan a Aristóteles en la historia de la ciencia política. Es en este sentido, en esta postura común, que puede hablarse de una escuela italiana de “ciencia política”.

Tanto uno como otro reducen el papel de Aristóteles en la historia de la ciencia política al de historiador, y su obra a la historiografía de las instituciones políticas griegas de la antigüedad.¹³ De acuerdo con esta clasificación, la obra del de Estagira sería meramente descriptiva, objeto de interés didáctico o historiográfico para el estudio de las instituciones de las antiguas polis griegas; y limitada, ya que serían necesarias “otras fuentes literarias y no literarias desde la época antigua hasta la edad moderna para conocer a fondo los mecanismos muchas veces complejos mediante los cuales son instituidas o modificadas las relaciones de poder en un sistema político.”¹⁴

Según Bobbio, estas fuentes no estarían en Aristóteles, sino que se ubicarían en Hobbes con el Estado absoluto, en Locke con la monarquía parlamentaria, en Montesquieu con el Estado limitado, en Rousseau con la democracia y en Hegel con la monarquía constitucional.¹⁵ De modo que el problema de la escasez de fuentes historiográficas para el estudio de las instituciones políticas y, por lo tanto, nuestra incapacidad para entender cabalmente en qué consiste y cómo funciona la política, no se habría solucionado sino hasta la modernidad.

Más aún, de acuerdo con el jurista italiano, la teoría de las instituciones políticas (que por cierto confunde con las formas de gobierno) únicamente puede “reconstruirse” *a posteriori*, a partir de aquello que él llama “doctrinas políticas”; no a base de observaciones y datos empíricos, sino a base de formar rompecabezas “teóricos” cuya materia prima se encuentra dispersa en las ideologías políticas que aparecen en la modernidad.

Antes que reconocer las fuentes empíricas e históricas que Aristóteles recopila de la mano de sus estudiantes del Liceo y de las que se nutre para realizar sus investigaciones, y diferenciarlas clara y tajantemente del edificio teórico monumental que construye a partir de esa vasta información; más aún, antes que admitir la inexistencia de investigaciones políticas con sustento empírico e historiográfico en la modernidad por lo menos de cantidad y calidad equivalente a la realizada por las escuelas atenienses de la antigüedad, Bobbio llega al absurdo de afirmar que la ciencia política parte del estudio de fuentes historiográficas no

empíricas, básicamente, que debe nutrirse de lo poco o nulo que hay de política en los rompecabezas ideológicos a los que él le adjudica el nombre de “doctrinas políticas” modernas; un método tan impreciso y tedioso como buscar una aguja en un pajar.

Estos criterios de demarcación científica e historiográfica de la política trazados por la escuela italiana, no son simples observaciones críticas. Son, hasta el día de hoy, los criterios a partir de los cuales se establece la división “oficial” entre todo aquello que es considerado “ciencia política” y aquello que entra dentro del campo de la filosofía política y la teoría política moderna. Más aún, es una adjudicación directa de la paternidad de la ciencia política al autor de la célebre obra *Il Principe* y todo lo que esto implica.¹⁶

Notas

¹ Sartori, Giovanni (2012), *op.cit.*, p. 209.

² *Ibid.*, p. 208.

³ *Idem.*

⁴ *Ibid.*, págs. 201 y 209.

⁵ Las palabras filosofía y filósofo son, de acuerdo con el uso que le da la escuela italiana, restrictivas, al menos en función de la proeza que se propone: darle a la política el estatuto de disciplina científica

⁶ El uso de comillas resalta las palabras utilizadas por Sartori.

⁷ *Ibid.*, p. 209.

⁸ *Ibid.*, págs. 230-237.

⁹ *Ibid.*, p. 232. No hay que olvidar que Sartori y Bobbio son compatriotas de Maquiavelo. Es importante no descartar que el factor político, es decir, la nacionalidad, haya jugado, en parte, a favor de esta división arbitraria y extracientífica sobre el origen y la historia de la ciencia política. Al respecto, no deja de ser anecdótico el caso del psicoanálisis. Con el propósito de despejar cualquier prejuicio de la época sobre la legitimidad de la disciplina que pudiera estar identificado con su persona, Sigmund Freud buscó expandir y consolidar su análisis de la psique sobre una base de colegas y pupilos no judíos, específicamente, a través de uno de sus discípulos más preciados para ese entonces: el suizo Carl Gustav Jung.

¹⁰ Bobbio, Norberto (2010). *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 70-72.

¹¹ Sartori, *op. cit.*, págs. 230-237.

¹² Bobbio, *op. cit.*, págs. 70-72.

¹³ *Ibid.*, pp. 68-70, y Sartori, *op. cit.*, págs. 225-230.

¹⁴ Bobbio, *op. cit.*, págs. 68-69.

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ Una de las razones de mayor peso para que esta división sobre la historia de la ciencia política prevalezca, es lo útil que ha resultado para los estudios behavioristas de la política. De acuerdo con esta visión positivista de la ciencia, aquello que caracteriza al estudio de la política es el comportamiento, lo que es "observable" y susceptible de ser traducido a leyes, cifras, estadísticas y sistemas. Este es el caso de la escuela norteamericana de ciencia política, de la cual David Easton y la Asociación Estadounidense de Ciencia Política (APSA por sus siglas en inglés) son sus máximos representantes.

En este sentido, la lectura que Sartori hace de Maquiavelo como el descubridor de la política sería conveniente y oportuna en tanto *confirmaría* su visión positivista de la ciencia, en tanto que sería el caldo de cultivo ideal para hacer de la política una ciencia positivista. Es decir, este análisis *ah doc* de Maquiavelo no analiza al autor a partir de lo que él mismo significa, de su valor histórico particular, sino a partir de un juicio que parte de valoraciones históricas que no corresponden en absoluto con la época renacentista en la que aparece la célebre obra *El Príncipe*. Más aún, ignora las razones que motivan a Maquiavelo a agazapar toda la teoría política de la antigüedad detrás del vasto uso de la violencia como forma de conquistar y conservar el poder que hasta ese entonces había logrado imponerse y legitimarse teológicamente por la iglesia. "La ambivalencia oportunista de Maquiavelo frente a la teoría política clásica" en Marcos, Patricio (2011), *op.cit.*, págs. 63-68.

2.3. Una falsa disputa por la paternidad de la ciencia política

Llegado este punto en la presente investigación, podemos adelantar y subrayar dos conclusiones complementarias. En primer lugar, fue Aristóteles, y no Maquiavelo, quien descubrió el ámbito, la actividad y las características propias de la política; descubrimiento sobre el cual el estagirita habría de fundar la ciencia de la política en la Antigüedad. En segundo lugar, la atribución por parte de Sartori a su compatriota sobre el descubrimiento de la política y la paternidad¹ de su ciencia, que en la actualidad goza de ser la hegemónica y más extendida, es, por lo tanto, arbitraria e infundada.

Algunos de los puntos en que puede resumirse esta división injustificada e ilegítima son:

- La autonomía y superioridad de la política.

El estudio de la política como una disciplina autónoma que, según Sartori, inicia con Maquiavelo, ya existe en Aristóteles. En *La Ética nicomáquea*, Aristóteles afirma que la ciencia política existe separada de todas las demás, al grado en que el estagirita le da el lugar de reina entre todas las otras ciencias. Es la política como saber y como actividad la encargada de decidir qué actividades del ser humano son necesarias y de cuáles puede prescindir, así como la manera en que habrán de contribuir al fin último de la comunidad:

En efecto, ella (la ciencia política) es la que regula qué ciencias son necesarias en las ciudades y cuáles ha de aprender cada uno y hasta qué extremo. Vemos, además, que las facultades más estimadas le están subordinadas, como la estrategia, la economía, la retórica. Y puesto que la política se sirve de las demás ciencias y prescribe, además, que se debe hacer y qué se debe evitar, el fin de ella incluirá los fines de las demás ciencias, de modo que constituirá el bien del hombre.²

- La separación entre moral y política, y la confusión de la ética con la moral cristiana.

La moral de la que habla Sartori, y que Maquiavelo desplaza deliberada y estratégicamente de su obra, es la moral religiosa del cristianismo. Esto explica en parte por qué las referencias explícitas a Aristóteles son pocas o nulas en la obra del florentino, ya que el tamiz interpretativo que dominaba la lectura de los textos clásicos griegos había estado, hasta ese entonces, en manos de la iglesia cristiana e imperial. Así lo explica con fineza Patricio Marcos:

Por regla general Maquiavelo y sus contemporáneos no eclesiásticos evitan rigurosamente el empleo de los nombres de las categorías aristotélicas –un plagio que hacen de ellas y que incluye como se verá, descubrimientos expuestos en la magna investigación dirigida por el escolarca del Liceo. Bien se sabe que la ideología de la Iglesia Católica hasta la Ilustración (1750), hizo suya la ciencia política clásica, para bien y para mucho mal, de suerte que en su época la ciencia política pasa a ser sinónimo de teología pura y dura, católica por supuesto. *Al buscar su independencia de la teología y volver a sus fuentes paganas, decidieron no citar sus fuentes originales.*³

Este es el caso de las leyes o “imperativos” maquiavélicos, que bien podrían considerarse una moral política que se desprende de una interpretación *ah doc* de la teoría de las revoluciones aristotélica, que se concentra, en mayor medida, como ya lo ha hecho ver Patricio Marcos, en el libro VI de *Política*, y cuyo objeto de estudio original son las causas de conservación y destrucción de las formas de gobierno y desgobierno.⁴

En las obras de Aristóteles no existe la confusión entre moral y política de la que habla Sartori y de la que Maquiavelo busca desentenderse. Aristóteles dedica tres obras para hablar a cabalidad de la ética: *Ética Nicomáquea*, *Ética eudemia* y *Ética magna*. Estos tres estudios sobre la constitución y el comportamiento humano, no dictan “imperativos”, se dedican a hacer una investigación general y exhaustiva de los usos, costumbres y caracteres

humanos y no humanos. Más aún, estos estudios preliminares sobre la naturaleza humana son el prólogo del estudio de las asociaciones humanas y de las constituciones de los pueblos, es decir, *Política*.

- La historiografía antigua para estudiar la política y el sustento empírico de la teoría política clásica.

Además de hacer pasar a Aristóteles por historiador y, al igual que su compatriota Sartori, clasificar su obra como simple historiografía antigua, Bobbio comete otro error al confundir la teoría política clásica o aristotélica con las fuentes empíricas de las cuales se nutre.

De acuerdo con Diógenes Laercio⁵, Aristóteles asignó la colosal tarea a sus estudiantes del Liceo de realizar 158 monografías de pueblos de la antigüedad,⁶ de las cuales, hasta ahora, sólo ha podido recuperarse casi en su totalidad la *Constitución de los atenienses*.⁷ Esta monografía abarca la totalidad de las revoluciones o ciclos políticos de la historia del pueblo de Atenas; es decir, todas las formas puras de gobierno y sus corrupciones correspondientes, no sólo de dicha *polis*, sino todas las habidas y por haber.

No huelga decir que, en el capítulo último del décimo libro de la *Ética nicomáquea*, el cual sirve bisagra a su *Política*, Aristóteles menciona lo siguiente a propósito de las fuentes que habrán de servir para esta otra investigación⁸:

Ante todo, pues, intentemos recorrer aquellas partes que han sido bien tratadas por nuestros predecesores; luego, *partiendo de las constituciones que hemos coleccionado*, intentemos ver qué cosas salvan o destruyen las ciudades, y cuáles a cada uno de los regímenes, y por qué causas unas ciudades son bien gobernadas y otras al contrario.⁹

- La definición de los conceptos políticos y afines.

Tanto en Sartori como en Bobbio, nunca quedan claras sus definiciones y clasificaciones de la política en filosofía política, teoría política, historiografía política y ciencia política; son siempre confusas, ambiguas, advenedizas, contradictorias y movedizas.¹⁰

A pesar de los intentos *ex novo* de Sartori por resignificar la palabra “teoría” (o precisamente por esta razón), como si se tratase de un significante vacío sometido al vaivén de las asociaciones libres del lenguaje, el italiano admite no entender realmente cuál es el significado exacto de la palabra, incluso a pesar de retomar su etimología, es decir, su significado original:

Entre todos los términos recién mencionados, el de “teoría” es quizás el más polivalente y por cierto el primero que debemos fijar. Desde el punto de vista etimológico, *theorein* quiere decir ver, y por lo tanto teoría es “vista”, “visión”. No hay ninguna explicación particular de por qué el concepto de teoría conservó esta latitud original...¹¹

Dicho de otra manera, Sartori no logra distinguir que la disonancia entre aquello que él concibe bajo el nombre de “teoría”, y lo que realmente significa, su etimología original, se debe a la corrupción de la palabra y el lenguaje, y no a su desuso o la polivalencia de su significado.

De manera similar, el compatriota de Maquiavelo objeta que no pueden definirse ciencia y política de manera conjunta, ya que la “noción de ciencia política varía en función de qué se entienda por ciencia y qué por política”, y de los cruces que pueda haber entre ambas. De modo que si lo que se entiende por una y otra palabra es variable y se encuentra sujeto al azar de los vaivenes de la historia, habrá tantas definiciones de ciencia (y) política como el relativismo histórico lo permita y lo reclame.

Es así que, motivado por el relativismo histórico, Sartori admite inocentemente

que la palabra “política”, una vez extraída de su etimología original, *polis*, es decir, una vez desaparecida junto con la antigua civilización griega, puede, desde ese momento, significarlo todo y nada a la vez, todo menos la única raíz a la cual la palabra se encuentra sujeta desde su nacimiento por un lazo de muerte¹²:

¿Qué conclusión podemos extraer al respecto? Que las complejas y tortuosas vicisitudes a las que históricamente ha sido sometido el *significante* de la palabra política, han surgido a pesar de su *significado*.¹³

Es en este sentido que la tarea de definir qué es la ciencia política y, por lo tanto, su origen, su principio y su finalidad, se vuelve una tarea tortuosa e insondable, prácticamente imposible de concluir. Si la palabra política (y esto aplica también, según el italiano, para la palabra ciencia) es ubicua, escurridiza, relativa y lingüísticamente inabarcable, la conclusión no puede ser otra que la de estar ante una investigación destinada a fracasar desde el inicio.

De este modo, es notable la arbitrariedad que subyace a la clasificación de la escuela italiana de la historia del pensamiento político en precientífico-científico, el cual tiene como punto de partida el Renacimiento, con Nicolás Maquiavelo, como a su intento por subordinar y ceder el método de la política al positivismo; su lenguaje, su historiografía y sus objetos de deliberación y estudio a las ideologías de la modernidad; la autonomía y la jerarquía de su campo de estudio a otras disciplinas, como el derecho; su origen y condiciones de posibilidad al relativismo histórico; y su principio o base, la ética, a una lectura cristiana.

Notas

¹ La supuesta paternidad de Maquiavelo sobre el saber político de Occidente se ha vuelto un tema poco o nada cuestionado, al grado de oficializarse y gozar de prestigio entre los grupos académicos de Europa, Latinoamérica y Norteamérica, incluyendo a México.

Una anécdota personal resulta reveladora al respecto. En un viaje reciente a Europa, como parte de una estancia de investigación en Groningen, Países Bajos, hice una breve parada en Florencia, Italia, en donde tuve la oportunidad de visitar la *Galleria dell'Accademia*.

Tras haber hecho el recorrido turístico habitual de las obras allí exhibidas, me detuve un momento en la tienda de *souvenirs*. Me pareció intrigante el hecho de poder encontrar algún trabajo de utilidad para mi tesis de maestría, específicamente sobre la vida y obra de Maquiavelo dentro de una perspectiva más amplia, que atinara en proponer una óptica renacentista así como un contraste con sus contemporáneos, dedicados a otras ciencias y artes.

Y así fue. Al abrirme paso entre los turistas por la sección de libros me encontré con el título *Renaissance People: Lives that Shaped the Modern Age*, de Robert C. Davis y Berth Lindsmith; un libro que, de manera breve esboza una serie de semblanzas de distintos personajes del renacimiento, entre los cuales, no muy lejos de Girolamo Savonarola y Nicolás Copernico, encontré con grata sorpresa a Maquiavelo. El título del ensayo dedicado a Niccolo di Bernardo llevaba el revelador nombre de “Niccolo Machiavelli. The First Political Scientist”.

Esta pista me ha llevado a encontrar en múltiples sitios la misma aseveración. Este es el caso de la Enciclopedia Británica, según la cual “...Maquiavelo puede ser considerado como el fundador de la ciencia política moderna, una disciplina basada en el estado actual (en la verdad efectiva) del mundo en oposición a cómo debería ser el mundo...” Mansfield, Harvey (26/08/2022), *op.cit.*

En México, por ejemplo, en su obra *El Príncipe: reflexiones sobre el método y los principios políticos de Maquiavelo*, el investigador Eduardo José Torres Maldonado asegura que a Maquiavelo “se le puede considerar una de las figuras más importantes del Renacimiento, ya que su aportación abrió el camino hacia la modernidad. Con él, el pensamiento político se secularizó, expulsando de la política toda metafísica. Se le considera, además, el primero en utilizar la palabra Estado en un sentido moderno. Se dice que sentó las bases de la teoría política y que es un precursor de la ciencia política.”

Mientras que, en el caso del vecino del norte, Estados Unidos, en la contraportada de la traducción del italiano al inglés de los escritos políticos, históricos y diplomáticos de Maquiavelo realizada por Christian Detmold, nos adelanta que el florentino ha sido “anunciado como uno de los fundadores de la ciencia política moderna, más específicamente de la ética política”. Niccolo Machiavelli, (2015). *Thoughts of a Stateman* (Traducción Christian Detmold). Estados Unidos: Createspace Independent Publishing Platform.

En otras latitudes, en el sur de América, el internacionalista argentino Luis Leandro Schenoni ha asegurado que, como parte de una de las recompensas a la elaboración de *El Príncipe*, Maquiavelo fue recibido en la posteridad con “el título de fundador de la politología moderna.” Schenoni, L. L., (2007).

El concepto de lo político en Nicolás Maquiavelo. Revista Andamios, 4(7), 207-226, págs. 208 y 209. Si bien no existe otra fuente académica a partir de la cual Schenoni sustente lo dicho, la aseveración del argentino comprueba la proliferación de este prejuicio en América Latina; de hecho, su texto es la bibliografía citada en el artículo principal de Wikipedia en español sobre Maquiavelo, específicamente en donde se dice que éste es “considerado el padre de la ciencia política moderna”.

En la entrada de Maquiavelo de la Wikipedia de habla inglesa igualmente se menciona que “a menudo se le ha llamado el padre de la filosofía política moderna y la ciencia política.” Ahí mismo se incluyen una serie de autores en inglés que sostienen dicha sentencia: Smith, Gregory B. (2008). *Between Eternities: On the Tradition of Political Philosophy, Past, Present, and Future*. Lexington Books. p. 65.

Whelan, Frederick G. (2004). *Hume and Machiavelli: Political Realism and Liberal Thought*. Lexington Books. p. 29. Strauss (15 October 1988). *What is Political Philosophy? And Other Studies*. University of Chicago Press. p. 41.

En la entrada de Wikipedia en francés podemos encontrarnos con algo semejante: Maquiavelo fue un “filósofo político de primer orden, es uno de los fundadores de la política moderna...”

La liga puede extenderse aún más, hacia otras lenguas y nacionalidades. Por ejemplo, Cassirer va a comparar a Maquiavelo con Galileo. Para el polaco, ambos habían creado “ciencias nuevas”. En la modernidad, el florentino era a la política lo que el pisano a la física y a la astronomía: “Así como la dinámica de Galileo vino a ser el fundamento de nuestra moderna ciencia de la naturaleza, así abrió Maquiavelo un nuevo camino para la ciencia política.” Cassirer, Ernst (2004). *El mito del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica, págs. 155 y 156.

² Aristóteles, *Ética nicomáquea*, I, 2, 1094b6. Trad. 2014.

³ Marcos, Patricio (2015), *op. cit.*, p. 41.

⁴ Marcos, Patricio (2011). “La ambivalencia oportunista de Maquiavelo frente a la teoría política clásica”, *op. cit.*, págs. 63-68. Esto quiere decir que la interpretación de Aristóteles que llega a manos de Sartori es, a su vez, la interpretación renacentista de la interpretación religiosa, hecha por Maquiavelo.

⁵ Laercio, Diógenes. (2020), *op. cit.*, , Libro V, 27, p. 265.

⁶ Con intuición de sobra, Patricio Marcos ha logrado deducir que esto es el equivalente a 158 mil años de historia política si, al igual que en el caso de Atenas, se consideran mil años de historia política repartidos entre 158 pueblos de la antigüedad; y 1.500 revoluciones “si en cada una de ellas (de las 158 monografías) hay al menos diez constituciones políticas”. Marcos, Patricio (2011). “Breve noticia sobre el respaldo científico monumental que soporta al paradigma antiguo”. *op. cit.*, págs. 51- 54.

⁷ Que en realidad no comprende una constitución, sino varias.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Aristóteles, *Ética nicomáquea*, X, 9, 1181b17. Trad. 2014.

¹⁰ Para más información acerca de la definición de ciencia de Bobbio, ver Bobbio, Mateucci y Pasquino (2015). *Diccionario de política. A-J*. México: Siglo XXI, p. 225.

¹¹ Sartori, *op. cit.*, p. 234. Como lo permite ver Patricio Marcos, además de visión, teoría quiere decir contemplación. La contemplación es la actividad que sustenta la teoría, es decir, es el *sine qua non* para que pueda darse, lo cual implica poder emprender una visión absoluta de la realidad, en este caso, política. Marcos, Patricio (2012), *op. cit.*, Tomo 1, p. 646. Lo que es claramente distinto al ejercicio pseudo epistemológico que promueve la ideología: el de distorsionar e invertir la realidad. Por ejemplo, haciendo pasar una de sus partes por el todo, el efecto por la causa o el medio por el fin, como en el caso del poder y el dinero, premisas falsas de la felicidad que han sido empleadas para usurpar el lugar que a ésta le corresponde en tanto horizonte último del bienestar humano, a tal grado que, desde tiempos antiguos han motivado a que toda una serie de partidarios de su conquista y acumulación, justifiquen enardecida e ideológicamente esta inversión.

Asimismo, la contemplación obedece a aquella disposición o talente recto del alma que es necesario, dice Aristóteles, para la comprensión y el juicio sobre las cosas políticas. Aristóteles, *Ética nicomáquea*. (Traducción Julio Pallí Bonet). España: Gredos: X, 9, 1181a 19-20. Trad. 1984. En este sentido, si lo que se desea es captar plenamente la realidad política del ser humano, sin la irrupción de las pasiones o los apetitos del cuerpo, la naturaleza de quien observa, es decir, la del *zoon politikon*, debe encontrarse constituida a partir del mismo principio que rige y ordena su quehacer político, es decir, la inteligencia.

De ahí que emplear el método positivista en la ciencia política sea, por ésta y otras razones, absurdo. Tanto la comprobación de las hipótesis como la falsación de las teorías que propone el positivismo son inservibles en la ciencia política en tanto el observador carezca de esta disposición política, es decir, en tanto esté incapacitado por las pasiones o los apetitos del cuerpo para percibir la realidad tal cual se le presenta, mezclando elementos teóricos con elementos ideológicos.

Además, es precisamente la propuesta aristotélica la que resuelve la paradoja del observador, presente en ambos métodos positivistas: si el observador (u observadores) es quien sanciona la veracidad y viabilidad de las hipótesis y las teorías, ¿quién observa al observador, comprobando que, en efecto,

su visión no esté imposibilitada? Antes que en Aristóteles, es en Platón donde encontramos una solución a este *impasse* epistemológico, no obstante que lo hagamos a través de otros temas, como el ordenamiento de la ciudad y la rectitud de los gobernantes, particularmente en dos de sus famosas alegorías: la del anillo de Giges, y la de las razas de oro, plata y hierro. De manera similar a la cuestión positivista, Platón plantea que, si los gobernantes son los que vigilan la aplicación y el cumplimiento de la ley, ¿quién los vigila a ellos? Ellos de sí mismos, responde el ateniense, ya que la rectitud de quienes ejercen el poder no depende de si son observados o no por un tercero en el cumplimiento de sus funciones.

Para que dicha autovigilancia sea posible, Platón propone educar a los guardianes de la ciudad a partir de una “mentira noble”, basada en un mito según el cual, en razón de su estirpe de oro, estos serían superiores para el gobierno y la protección de la justicia: “Vosotros, todos cuantos habitáis en el Estado, sois hermanos. Pero el dios que os modeló puso oro en la mezcla con que se generaron cuantos de vosotros son capaces de gobernar, por lo cual son los que más valen”. Platón (2014). *República*, (Traducción y notas de Conrado Eggers Lan). España: Gredos, II, 359c y ss.; III, 414a-416c; X, 612b.

¹² Algo similar sucede con el vocablo “democracia”. Sartori “afirma... con razón que, si la historia de la lengua refleja la historia a secas, entonces la ausencia casi absoluta de la democracia y su nombre, tanto en la historia de Occidente como en el discurso escrito desde fines del siglo IV a.n.e. hasta el siglo XVIII de nuestra era, más de dos largos milenios, hablaría del “fracaso” enorme de la democracia y su principio durante la mayor parte de la historia humana conocida.” Sin embargo, no tiene razón cuando intenta utilizar la misma lógica de manera inversa y “...da por sentado que si en la historia de la lengua desde el siglo XIX hasta nuestros días no se oye otra cosa (por razones ideológicas) más que de la democracia, entonces la historia a secas de estos dos últimos es la historia de los regímenes democráticos.” Marcos (2012). *op. cit.*, pp. 36 y 49.

¹³ Sartori (2012), *op. cit.*, p. 207.

3. Categorías maquiavélicas a la luz de las categorías aristotélicas

Esta tierra de Italia parece destinada a resucitar las cosas muertas, como lo ha hecho con la poesía, la pintura y la escultura.

Maquiavelo, *El arte de la guerra*¹

De buen grado vuelvo a esa idea de la inepticia de nuestra educación. Ha tenido como fin hacernos no buenos y sensatos, sino cultos: lo ha conseguido. No nos ha enseñado a perseguir y a abrazar la virtud y la prudencia, sino que nos ha grabado la derivación y la etimología. Sabemos declinar virtud aunque no sepamos amarla; si no sabemos lo que es la prudencia en la realidad y la experiencia, lo sabemos por definición y memoria.

Michel de Montaigne, *Ensayos*²

3.1. La fuente griega del lenguaje político

Hallar las fuentes griegas antes que las latinas en la obra de Maquiavelo no es una tarea que sea complicada en sí misma. Es su lectura y recepción, por un lado, anacrónica, por otro lado, sesgada, sobre la base de ciertos autores predilectos (que, como ya lo hemos hecho ver, obedece a razones extracientíficas, patrióticas, nacionalistas e ideológicas), lo que verdaderamente condiciona la comprensión de este autor.

En este sentido, un argumento que suele argüirse al respecto es que la teoría y los conceptos políticos clásicos de la Grecia antigua le son legados a Maquiavelo de manera dispersa través de los testimonios autorales romanos que continúan, aunque aislada y malogradamente, la tradición aristotélica. Lógicamente, por una razón de orden y de autoridad, inclusive ontológica, no sería posible la existencia de la cultura romana sin la griega. No obstante, lo que realmente ocupa un lugar prioritario en el terreno de la demostración es, no solamente el conocimiento e instrucción del florentino en el bagaje político e histórico de los griegos, sino el uso y despliegue intencionado del mismo.

Como lo ha demostrado Maurizio Viroli, a partir del siglo XIII Italia fue el lugar de un reencuentro realmente fructífero con la teoría aristotélica, del que numerosos teóricos serían partícipes, entre ellos Santo Tomás de Aquino, Dante y Marsilio Ficino. Esto había sido posible gracias a la traducción del corpus aristotélico del árabe al latín, del griego al latín y, posteriormente, del latín al italiano.³ Tanto Aristóteles como Cicerón, pero sobre todo el estagirita, eran los anteojos que permitían comprender el mundo de lo humano. No obstante, llegado el *quattrocento*, el uso y la transmisión de la teoría clásica dieron un giro radical. Este siglo fue "...testigo del auge de un arte del estado que, tanto en su vertiente práctica como en su faceta ideológica, acabaría suplantando al discurso de la política clásica."⁴

Paradójicamente, al mismo tiempo que este nuevo paradigma parecía traer consigo un renacer del saber político de antaño, haciendo uso de la teoría aristotélica, de las salvaguardas y centinelas constitucionales de las formas de gobierno y desgobierno, desdecía y se deshacía del mismo Aristóteles. Aquello que había dotado a Maquiavelo de renombre era lo que simultáneamente sepultaba la autoridad de Aristóteles en la materia. Más aún, esto suponía una ruptura con lo que Viroli ha denominado como el renacimiento aristotélico, tras el cual "se había llegado a la convención de entender la política como el arte de crear y conservar constituciones justas."⁵

De esta manera, el lenguaje político clásico, más específicamente sus conceptos y categorías, aún peor que ser relegados, se encontraban ahora entre tapujos, ocultos bajo el desfiguro del que habían sido objeto. Sobre las viejas ruinas de la cultura de la hélade se postraba una arquitectura robusta, aunque sumamente frágil, de enormes edificios presuntuosos, todos ellos construidos en nombre del nuevo *arte dello stato*. Empero, quedaría demostrado ante el paso del tiempo que lo único verdaderamente presumible, aquello por lo cual habían logrado mantenerse en pie, eran sus cimientos de calidad milenaria.

Si analizamos la obra de Maquiavelo desde un punto de vista lingüístico no deja de ser revelador las pocas, casi nulas ocasiones en que hace mención de la palabra política o político. En cambio, es más frecuente hallar otros términos que se hacen

intercambiables por aquellos: civil, gobierno y, en especial, Estado.⁶ Mientras los ideólogos de la razón de Estado, añade Viroli, se preocupan por remarcar en quién o quiénes y de qué manera habrá de recaer finalmente la supremacía del Estado, Aristóteles hace una clara diferenciación tipológica de las formas de gobierno y sus respectivas corrupciones. De modo que todas aquellas formas que buscan preservar la razón de Estado, que no es otra cosa que una razón privada, en sentido estricto, de ser política, ya sea la razón del tirano, la de los magnates del dinero o la de la clase cuantiosa y menesterosa, corresponden a las formas viciosas del arte del buen gobierno.

El secretario florentino poseía no poca maestría en este arte del que hacía gala cada vez que podía. Prueba de ello es su intento desesperado por hacerse notar ante los Médici, por robarles el tiempo necesario que le valiera la lectura de su *Principatibus*. En la famosa carta fechada el 10 de diciembre de 1513, dirigida a su amigo Francesco Vettori, a propósito de tal arte exclama lo siguiente: “...porque si después no me los gano (a los Médici) me daría lástima a mí mismo; y por esta cosa, después de leerla (*El Príncipe*), se vería que los 15 años que dediqué al estudio del arte del Estado no los pasé durmiendo ni jugando.”⁷

A ella debemos añadir este otro fragmento, extraído de ese mismo conjunto de correspondencias: “Sin embargo, si pudiera hablaros no podría evitar llenaros la cabeza de castillejos, porque la fortuna ha hecho que, *como no sé discurrir ni del arte de la seda ni del arte de la lana, ni de las ganancias ni de las pérdidas, me toca razonar del estado (sic)*, y necesariamente tengo que hacer voto de quedarme callado o hablar de eso.”⁸

De ahí que, como adelantamos previamente, el uso de la palabra política en su léxico sea sumamente limitado, no obstante que deliberado. Más todavía, es probable que dicha elección en el uso del lenguaje obedezca a la intención de romper, de una vez por todas, con el renacimiento aristotélico que se había fraguado desde el siglo XIII. En la obra completa en italiano de Maquiavelo, titulada *Niccolò Machiavelli. Tutte le Opere*, recopilada y editada por Mario Martelli, solamente hay dos menciones de la palabra política, una de las cuales hace referencia al título de la obra magna de

Aristóteles. La otra se encuentra en el capítulo séptimo del tercer libro de los *Discorsi*. Sin embargo, aquí el uso de la palabra política es empleada como adverbio:

Y Tito Livio dice: *Hunc exitum habuit vir, nisi in libera civitate natus esset, memorabilis*⁹. Donde hay que considerar dos cosas: Una, que uno tiene que buscar la gloria en una ciudad corrupta de otra manera que en una que todavía está políticamente viva; la otra (que es casi la misma que la primera), que los hombres en su proceder, y más en las grandes acciones, deben considerar los tiempos y adaptarse a ellos.¹⁰

Además de ser un ejemplar bastante representativo del pensamiento de Maquiavelo en lo relativo a la manera en que la virtud debe amoldarse a la fortuna, este fragmento muestra, en principio, una clara adhesión a la teoría aristotélica, especialmente ahí donde habla de la ciudad políticamente viva, es decir aquella cuyo propósito de existencia es ser conducida y ordenada políticamente, según un principio de vida que implique la felicidad humana. Pese a que inicialmente muestra una cercanía con Aristóteles, sólo lo hace para alejarse de nuevo, ya que en la lógica maquiaveliana virtuosos serán aquellos que, más que ejercitarse y formar su carácter ante las pruebas de la fortuna, encuentran la oportunidad del éxito adaptando astuta y servilmente su talante al devenir de los tiempos, sean malos o buenos.

La cantidad de veces que Maquiavelo hace uso de la palabra política puede variar dependiendo de la traducción que se consulte. Sin embargo, no deja de ser interesante que, a pesar de no aparecer en la versión en italiano con la acepción original, la de política, muchas palabras sean traducidas como tal. Aquí dos ejemplos.

Texto en italiano:

Aveva il duca Valentino presa Faenza, e fatto calare Bologna agli accordi suoi. Dipoi, volendo tornarsene a Roma per la Toscana, mandò in Firenze uno suo uomo a domandare il passo per sé e per lo esercito suo. Consultossi in Firenze come si avesse a governare questa cosa,

*né fu mai consigliato per alcuno di concedergliene. In che non si seguì il modo romano: perché, sendo il Duca armatissimo, ed i Fiorentini in modo disarmati che non gli potevan vietare il passare, era molto più onore loro, che paresse che passasse con volontà di queglii, che a forza; perché, dove vi fu al tutto il loro vituperio, sarebbe stato in parte minore quando l'avessero governata altrimenti.*¹¹

Traducción al español:

Había tomado el duque Valentino Faenza y obligado a Bolonia a aceptar las condiciones de un tratado. Deseando regresar a Roma por Toscana, envió a Florencia a uno de sus hombres para pedir permiso de pasar él y su ejército. Discutióse en Florencia lo que convendría hacer en este caso, y nadie opinó en favor de conceder el paso. *No se siguió en esto la política de los romanos*, porque, estando el duque al frente de un ejército, y los florentinos sin fuerzas para impedirle pasar, era más honroso que, al parecer, lo hiciera con permiso de estos que, por su propia voluntad, y de la vergüenza sufrida al negarle el paso y no poder impedirlo, se librarán en gran parte obrando de distinta manera.¹²

Si bien el texto original habla acerca de cómo debían regirse tales asuntos (al modo romano), apuntando directamente al gobierno y por lo tanto a la política, específicamente al sentido que en español solemos otorgarle, precisamente como ese *modo* de administrar, regular y resolver las cosas comunes, literalmente la palabra política se encuentra ausente.

Texto original:

*Tutto, è nato per non essere in quella provincia alcuno signore di castella, e nessuno o pochissimi gentiluomini; ma esservi tanta equalità, che facilmente da uno uomo prudente, e che delle antiche civiltà avesse cognizione, vi s'introdurrebbe uno vivere civile.*¹³

Traducción al español:

Todo esto nace de no haber en aquella comarca ningún señor de castillos y ninguno o poquísimos nobles, sino tanta igualdad, que un hombre sabio y *conocedor de las antiguas instituciones políticas* fácilmente establecería la vida civil; pero este país es tan infortunado, que hasta ahora no ha producido ningún hombre capaz de poder o de saber fundarlo.¹⁴

En este segundo texto es manifiesto el intercambio que hace el traductor entre “antiguas civilizaciones” (o culturas) y “antiguas instituciones políticas”. Aquí la licencia al momento de seguir o no el texto original es mayor que en la muestra anterior. Ello obedece a la similitud que los conceptos civil y político mantienen en la obra de Maquiavelo. Este es el caso del *vivere civile*, que, como da cuenta Patricio Marcos, es una reiteración del vivir político de Aristóteles.¹⁵ De hecho, debemos recordar que mientras la palabra política proviene de *polis*, el término para referirse a las ciudades griegas, la palabra *civitas* se refiere a las ciudades romanas, así como a todo un campo semántico y de sentido: ciudadano, civil, civilización, cívico, civismo, etc. En la actualidad si bien existe un manejo entremezclado de los términos en la lengua española, suele prevalecer el griego, es decir, la palabra política.¹⁶

Viroli tiene mucha fe en Maquiavelo cuando asegura que al no recurrir éste “al adjetivo *político* cuando se refería al arte de conservar el Estado y utilizarlo sólo para hablar del arte del buen gobierno de la república, contribuyó a preservar el significado republicano convencional del término “política”.¹⁷ Guicciardini, asegura el italiano, es más indicado para identificar el cambio del uso del lenguaje político hacia las *ragioni di stato*, ya que Maquiavelo, “a pesar de ser el creador del concepto de razón de Estado, se mantuvo fiel toda su vida a los ideales del civismo.”¹⁸

Esta observación romantizada de Maquiavelo se centra en hacer de su vida y obra una propuesta pedagógica de educación política,¹⁹ obviando detalles teóricos e históricos importantes que demuestran precisamente lo contrario, que Maquiavelo

contribuyó a tergiversar el significado original de la política. En primer lugar, el concepto de república, palabra de procedencia latina cuyo significado literal es “cosa pública”, a su vez, obedece a la palabra griega *politeia*, que puede ser traducida como constitución.²⁰ De modo que la *politeia* no se refiere exclusivamente al gobierno de los muchos, iguales en libertad, incluye también al resto de los regímenes constitucionales puros y mixtos, empezando por la realeza y la aristocracia.

En segundo lugar, uno de los escasos textos en donde el secretario florentino es consistente con los valores republicanos, incluyendo la amistad republicana o entre iguales en libertad,²¹ es en los *Discorsi*.²² Por el contrario, en su extensa obra abundan los textos y pasajes referentes al arte de la conquista y la conservación del poder,²³ incluyendo algunos de lo más ajenos, en apariencia, a ser útiles e ilustrativos a ese propósito, como *La Mandrágora*.²⁴ En realidad, en Maquiavelo pareciera librarse un dilema entre el viejo y el nuevo régimen (que da comienzo en el campo de la política, extendiéndose hasta el de las letras²⁵), entre los regímenes políticos propiamente dichos de antaño y las supremacías partidarias de la modernidad, particularmente la tiranía y la plutocracia. Finalmente, ante la duda motivada por su necesidad material y de reconocimiento, todo indica que el florentino se decantó por servir a las segundas.

Por tener la obra de Viroli una propuesta pedagógica de corte patriótico, no es difícil concluir por qué Maquiavelo no luce entre su lista de autores de la península itálica que emprendieron esfuerzos notables por hacer renacer a Aristóteles a partir del siglo XIII. Tampoco resulta extraño que no luzca entre los responsables a los que aduce haber corrompido el lenguaje político aristotélico.²⁶ A continuación dedicaremos un apartado completo a demostrar cómo, en efecto, no solamente el florentino toma prestada la teoría y los conceptos políticos clásicos, sino que en muchos casos se toma la licencia de aplicarlos de manera oportunista, tergiversando con ello su sentido original.

Entre las variables que muestran la influencia aristotélica sobre Maquiavelo, figuran su formación renacentista en griego; la adquisición de un ejemplar de la *Política* por parte de su padre, Bernardo; el ambiente renacentista de la época, que había logrado revitalizar y adaptar la cultura grecolatina a la época; y, finalmente, la más contundente de todas y de la cual nos ocuparemos en este capítulo: el uso consciente, aunque intencionalmente velado, de la teoría política aristotélica en su obra. No obstante, hay que advertir de manera preliminar que entre los distintos paralelismos teóricos y literarios que existen entre ambos, algunos son imitaciones literales, otros paráfrasis y otros más tergiversaciones.

La obra de Maquiavelo con mayor cantidad de referencias implícitas del estagirita es *El Príncipe*. Es a tal grado la presencia aristotélica en el texto, que es inevitable no hacer un parangón de las palabras con las que el florentino se refiere a la composición de su obra en una carta a su amigo Francesco Vettori, con un pasaje del capítulo octavo del libro VII de *Política*, en donde Aristóteles se propone describir y explicar cómo es que los regímenes, previamente analizados en el libro IV, se conservan y se destruyen:

He aquí el pasaje maquiaveliano:

... y he compuesto el opúsculo de *De Principatibus*, donde desarrollo con toda precisión de la que soy capaz este tema, exponiendo *qué es un principado, de cuántas clases son, cómo se instauran, cómo se mantienen y por qué causa se pierden.*²⁷

Y acá el de Aristóteles:

El proyecto que nos propusimos ya está casi terminado. A continuación sigue en orden *las causas de las revoluciones en los Estados, cuántas y de qué naturaleza son; qué modos de destrucción se aplican a estados particulares, y de qué y hacia qué cambian principalmente; también cuáles son los modos de preservación en los estados en general, o en un estado particular, y por qué medios se*

*puede preservar mejor cada estado: estas cuestiones quedan por considerar.*²⁸

Sin ser éste el texto definitivo con el que habría de publicarse la obra relativa al género de los Espejos de Príncipes, es, de inicio, una muestra más que clara de la similitud que guarda con el *Tratado de las cosas políticas*, tanto en el contenido, esto es, los temas que habrán de abordarse, como en la forma, a saber, el orden de los pasos a seguir, primero definir qué es un principado y posteriormente analizar las causas por las cuales se mantienen o se pierden.

En todo caso, Maquiavelo sigue el mismo método que Aristóteles, el cual puede resumirse, de acuerdo con Patricio Marcos, en la siguiente premisa:

...si se conocen las causas de la elevación de un régimen, ciudadano, nacional o imperial, entonces debe darse por sentado que también se conocen las causas de su caída, *porque las causas de ascenso de una cosa son inversas a las del descenso*. Esto será aplicado por el florentino al horizonte estrecho de la conquista y conservación del poder, al que reduce toda la teoría política en *El príncipe*.²⁹

Cabe añadir que entre el resto de los temas de los que se había propuesto hablar Aristóteles con anterioridad, se encuentra el Estado, su definición y su propósito, labor que realiza extensamente en el libro III³⁰ y que Maquiavelo replica al definir la naturaleza del principado. De cualquier manera, el *Principatibus* no agota a la *Política*, sino que se limita a hacer de las salvaguardas y centinelas constitucionales un tópico más que recurrente en todo el libro:

...quien quiera comprobar este "reciclamiento" de un tema contenido en el paradigma clásico de la política (las centinelas o salvaguardas del Estado), no tendrá más que leer el Libro V del *Tratado de las cosas políticas*, el cual se consagra mayormente al tema, sobre todo si se le compara con el Libro [IV] [y con el] VI.³¹

En este sentido, es el mismo estagirita quien deja claro que limitar la política a la simple y llana conquista del poder no es digno de un líder de Estado. Mucho menos lo será, por lo tanto, de aquellos que pretendan hacer una teoría que precise explicar y abarcar las cosas políticas. Al contrario, al tratarse de un texto destinado al consejo y a la educación de los príncipes, revela un conocimiento que puede ser perjudicial para sus gobernados y, en definitiva, para la existencia del Estado mismo. Dicho en palabras del griego:

Muchos escritores modernos han adoptado un punto de vista similar: elogian la constitución lacedemonia y alaban al legislador por hacer de la conquista y la guerra su único objetivo, doctrina que puede ser refutada con argumentos y que hace mucho tiempo ha sido refutada por los hechos. Pues la mayoría de los hombres desean el imperio con la esperanza de acumular los bienes de la fortuna; y por este motivo Thibron y todos los que han escrito sobre la constitución lacedemonia han alabado a su legislador, porque los lacedemonios, al estar entrenados para afrontar los peligros, obtuvieron un gran poder. Pero seguramente no son un pueblo feliz ahora que su imperio ha desaparecido, ni su legislador tenía razón. ¡Cuán ridículo es el resultado, si, mientras continúan en la observancia de sus leyes y nadie interfiere con ellos, han perdido la mejor parte de la vida!

Estos escritores yerran además sobre el tipo de gobierno que el legislador debe aprobar, pues el gobierno de los hombres libres es más noble e implica más excelencia que el gobierno despótico. Tampoco debe considerarse feliz a una ciudad o alabarse a un legislador porque adiestre a sus ciudadanos para conquistar y obtener el dominio sobre sus vecinos, pues hay un gran daño en ello. Por tal principio, cualquier ciudadano que pudiera, obviamente intentaría obtener el poder en su propio estado... Ningún principio semejante ni ninguna ley que tenga este objeto es propia de un hombre de estado, útil o correcta. Porque las mismas cosas son las

mejores tanto para los individuos como para los estados y éstas son las cosas que el legislador debe implantar en la mente de sus ciudadanos.³²

Con justa razón Aristóteles observa que las constituciones griegas, entre ellas la lacedemonia, se han hecho fama por los motivos equivocados. Esta fama es atribuible a los “escritores modernos”³³ que, no sin ironía, a pesar de tratarse de una referencia que tiene lugar dieciocho siglos antes de la aparición de Maquiavelo, es aplicable tanto a los ideólogos de la razón de Estado del renacimiento italiano, como a los de la antigua hélade del siglo IV, es decir, a los ideólogos modernos de ayer y hoy. En todas las épocas se les alaba por limitarse al aspecto útil y redituable del poder, o dicho en lenguaje maquiavélico, por su capacidad para hacer uso de la *verita effettuale*, aquella que prescinde de todo “deber ser” y que, en palabras de Claude Lefort, “reduce a un mínimo denominador las acciones de los hombres.”³⁴

Esta verdad efectiva encuentra una cierta similitud con lo que el de Estagira denominó como causa eficiente. La causa eficiente es la fuente primaria o el principio primero del cambio o el reposo, “...en general, el (principio) que hace algo respecto de lo hecho y lo que hace cambiar algo respecto de lo cambiado.”³⁵ Es el motor último de las cosas, ese que subyace o está detrás del fenómeno observado. Es decir, se trata del funcionamiento que se encuentra detrás de la cosa, aquello que hace que llegue a ser lo que es.

Empero, no son del interés de Maquiavelo las posibilidades no realizables, fuera del mapa político de la época, en resumen, lo que deberían ser las cosas. Asimismo, su método difiere esencialmente del de Aristóteles en tanto no se enfoca tanto en hallar de dónde vienen las cosas, lo que hace que la cosa sea esa cosa y no otra, como en aquello que hace que deje de serlo, especialmente, en cómo mantener el estado que guarda cada una de ellas, independientemente de su origen.

El toscano invierte la fórmula del heleno haciendo de la verdad no la causa última, sino la conclusión última, o, mejor dicho, el hecho positivo o afirmativo desprovisto de su cadena de causalidad.³⁶ Esto resulta ser evidente en las máximas éticas que

aconsejan al príncipe mantener el poder por sí mismo, más allá de toda consideración sobre el bien, el mal, la virtud y el vicio y, sobre todo, acerca de los fines a los que debe servir. Sin embargo, prescindir de los fines que persigue la actividad política es hacerlo también de su objeto de estudio y actividad, ya que “todo conocimiento y elección tienen por objeto algún bien”³⁷, y el bien de la ciencia política no es el poder, es la felicidad, “el más alto de todos los bienes alcanzables por la acción (humana)”³⁸.

A continuación, compartimos el único pasaje de toda la obra de Maquiavelo en donde se hace mención del término *verità effettuale*. A pesar de ser el único y de no ser representativo de la totalidad de su obra, este pasaje es considerado como el sello epistemológico característico del florentino, aquel que lo distancia de los antiguos al mismo tiempo que lo aproxima al nuevo paradigma político de la modernidad³⁹:

Queda ahora por ver cuál ha de ser la manera y gobierno de un príncipe con los súbditos o con los amigos. Y porque sé que muchos han escrito sobre esta materia, dudo, al escribirlo yo, no ser presuntuoso, apartándome de lo ordenado por otros. Pero puesto que escribo algo útil a los que lo entienden, *me ha parecido más conveniente prestar atención a la verdad efectiva del asunto que a la imaginación del mismo*. Y muchos han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que sean verdaderos; porque está tan lejos el cómo se vive al cómo se debe vivir, que el que deja lo que hace por lo que debe hacer, aprende más bien la ruina que la conservación; porque al hombre que quiere hacer profesión de bueno en todo, le conviene arruinarse entre tantos que no son buenos. Por eso es necesario que un príncipe, queriendo mantenerse, aprenda a no ser bueno, a usarlo y a no usarlo según la necesidad.⁴⁰

Cuando Maquiavelo habla de que “muchos son los que han imaginado repúblicas y principados”, son dos los interlocutores a los que tiene en mente: Platón y Aristóteles. Ello es fácil de confirmar por tratarse de la segunda referencia hacia la dupla. La primera, analizada previamente, se encuentra en los *Discursos sobre la situación de*

Florenzia tras la muerte del joven Lorenzo de Médicis, en donde ambos figuran como reformadores de repúblicas escritas, por no ser capaces, según el florentino, de realizar tales proezas a partir de un régimen político real.⁴¹

Por tratarse de una obra redactada entre 1520 y 1521, la referencia localizada en *El Príncipe* es cronológicamente anterior. No obstante, la segunda viene a confirmar la opinión de Maquiavelo con respecto al maestro y al discípulo de la Academia. Más aún, es una de las opiniones del florentino que más gozan de popularidad, a tal grado que, junto con el concepto de verdad efectiva, caracterizan, más no representan, la totalidad de su obra.

Dentro del escaso número de referencias a la obra de Aristóteles, destaca solamente una en donde le otorga crédito a sus ideas y a su obra. Mientras que, en el resto, explícitas e implícitas, desconoce o critica frontalmente al estagirita.⁴² Ello es revelador de su postura, más no por ello deja de sacar provecho de su obra y deja de hacer valer al griego como su interlocutor privilegiado, su fuente de sabiduría siempre oportuna.

Obsérvese que, como si se tratase de una contienda epistolar entre ambos, muy lejana en el tiempo, pero cercana por el espíritu de las letras, propia de una ficción libresca, como aquella que Jonathan Swift habría bautizado dentro de una tradición de larga data con el nombre de *The Battle of the Books*⁴³, Aristóteles se adelanta casi dos milenios para advertir la existencia y el resurgimiento de los ideólogos que hacen de la conquista y la conservación del poder del Estado su único objetivo, mientras que Maquiavelo, notablemente más limitado, hace lo propio condenando al griego como si se tratase de un iluso, desvinculado de la realidad, cuando sus extensas investigaciones empíricas no podrían ser más contrarias a dichas aseveraciones.

Maquiavelo supera y lleva al plano de lo real la ficción literaria de Swift, esta vez entre abejas (antiguos) y arañas (modernos). Como si se tratase de una araña, el florentino hace uso de las artes ponzoñosas, también conocidas como *dello stato*, al mismo tiempo que se vale de filamentos arácnidos que, no obstante, la pureza de su origen, son empleados de manera deshonesta para hacer de ellos fortalezas en el aire de

altura presumible, cuyas puertas y ventanas asoman al abismo; metáfora más que contundente para expresar la arrogancia, la esterilidad y el desarraigo de sus ideas.

La aparición de estas telarañas maquiavélicas, parafraseando a Swift, no puede atribuirse sino al olvido y al descuido⁴⁴ del autor del que toma su material en tanto sus máximas de la conquista y conservación son un producto malogrado y venenoso de la política por confundirla y reducirla al solo efecto ilusorio de ese veneno llamado poder; de ahí que no sean objeto de orgullo sus referencias al estagirita (el cual, valiéndonos de la misma metáfora insectil, representa la naturaleza magnánima de la abeja) y se encuentren arrinconadas por intentar burlar ingenuamente la prueba irrefutable de Cronos.

Al hacer servir al objeto más frívolo de la política los más diversos bienes, preparados y extraídos todos ellos en su vientre arácnido, parecía haberse perdido entre toda esa inmundicia la nobleza con la que el heleno había proveído inicialmente a su proeza teórica milenaria.

Por su parte, Aristóteles esgrime con temple sabio los argumentos que habrán de desarmar a quien dice dar con la talla y tener las armas suficientes como para ser su digno oponente. El padre del saber político de Occidente empieza por advertir que es el gobierno sobre personas libres el que habrá de procurar la excelencia humana, y no aquel que busque hacer prevalecer la guerra y la conquista (tanto al interior como al exterior del Estado) sobre todo lo demás, ya que, contra todo sentido común, es esto lo que hace que el florentino termine obviando el bien supremo de la vida y, por lo tanto, de la política: la felicidad.

De modo que la vida comunitaria rebajada a la mera supervivencia por cualquier medio que sea útil a tal fin, empezando por la guerra, será a costa de depreciar la vida política y de instruir a los gobernados en la conquista del poder del Estado. A la postre, esta educación, al estar desprovista de las virtudes características de un ciudadano libre, no tardará en ser aplicada en contra de su propio Estado, en destruirlo y hacer de él una supremacía tiránica.

Notas

¹ *El arte de la guerra*, VII, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 583.

² Libro segundo, Capítulo XVII, *De la presunción*.

³ Hacia 1260 Guillermo de Moerbeke fue el primero en traducir la *Política* del griego al latín, todo indica que por petición de Santo Tomás de Aquino. También es famosa la traducción, mucho más tardía, de Antonio Brucioli, de 1547, cuya dedicatoria se encuentra dirigida a Pietro Strozzi, opositor de los Medici.

⁴ Viroli, Maurizio (2009), *op.cit.*, p. 41.

⁵ Viroli, Maurizio (2009), *op.cit.*, p. 87.

⁶ Bajo sus diferentes vertientes, ya sea como razón de uno, de pocos o de muchos, aunque difícilmente como el Estado compuesto logradamente por la totalidad de las partes.

⁷ Carta a Francesco Vettori, 10 de diciembre de 1513. Maquiavelo, Nicolás (2013), *op.cit.*, p. 117.

⁸ Carta a Francesco Vettori, 9 de abril de 1513. *Ibid.*, p. 69.

⁹ “Este hombre habría tenido un final memorable si no hubiera nacido en una ciudad libre”.

¹⁰ *Discorsi*, III, VIII, en Niccolò, Machiavelli (1971), *op.cit.*, p. 212.

¹¹ *Discorsi*, I, XXXVIII, en Niccolò, Machiavelli (1971), *op.cit.*, p. 121.

¹² *Discursos*, I, XXXVIII, en Maquiavelo (2019), *op.cit.*, págs. 732 y 733.

¹³ *Discorsi*, I, LV, Niccolò, Machiavelli (1971), *op.cit.*, p. 138.

¹⁴ *Discursos*, I, LV, en Maquiavelo (2019), *op.cit.*, págs. 787 y 788.

¹⁵ “Tal y como se deja señalado con anterioridad, el concepto del vivir político al que alude Maquiavelo proviene de la sabiduría antigua, una forma de vida individual y comunitaria opuesta al que el mismo florentino llama *vivere corrotto*, el vivir corrupto.” Marcos, Patricio (2011), *op.cit.*, p. 72. Ver también páginas 8, 11, 18 y 69.

He aquí el pasaje aristotélico en donde encontramos la categoría: “Pero las personas de refinamiento superior y de disposición activa identifican la felicidad con el honor; porque esto es, en términos generales, el final de la vida política.” Aristóteles, *Ética nicomáquea*, I, 5, 1095b 21-23. Trad. 1984. Ver también *Política*, Libro VII.

¹⁵ No obstante, ello también dependerá del uso y el sentido que elija emplear el hablante. Un ejemplo ilustrativo son los programas de estudio nacionales de educación primaria y secundaria que utilizan la palabra cívica o civismo para referirse a las materias cuyo objetivo es la formación política de los estudiantes. No es extraño que la palabra política brille por su ausencia, especialmente por la corrupción a la que ha sido sometida en nuestra lengua, así como por el escándalo que puede causar, especialmente entre padres de familia, congregaciones religiosas y los mismos “políticos” (o mejor dicho, la hoy llamada partidocracia), que verán en ello un intento de adoctrinar a niños y adolescentes, ya que, precisamente, la política hoy en día se le confunde y se la rebaja a simple ideología.

Esta corrupción de la palabra se debe, entre otras cosas, al giro lingüístico iniciado por los autores de las *ragioni di stato*, particularmente italianos y españoles, incluyendo al propio Maquiavelo, quien omite usar la palabra política y la sustituye por todo un paradigma atingente al *arte dello stato*. Las repercusiones más visibles de esta voltereta involuntaria de la lengua occidental, fueron la censura, cada vez más marcada, de los vocablos griegos en favor de los latinos (que paradójicamente son deudores de los primeros), así como la confusión entre política y poder, gobierno con dominación y estado político con supremacías partidarias.

No obstante, no podemos entender este cambio sin considerar la manipulación a la que estuvo sometida la teoría política y ética clásica por parte de la Iglesia católica, particularmente las corrientes estoica, platónica y aristotélica. A saber, la tergiversación de las fuentes clásicas por parte del florentino, así como su renuencia a dar crédito al ateniense y al estagirita, es una *reacción* que sólo puede descifrarse a la luz del monopolio literario e interpretativo que el catolicismo ejerció sobre las fuentes clásicas durante más de un milenio. Finalmente, este nuevo movimiento resultó igual o más perjudicial que la vieja hermenéutica teológica.

¹⁷ Viroli, Maurizio (2009), *op.cit.*, p. 40.

¹⁸ *Ibid.*, p. 43.

¹⁹ Muestra de ello es que haga pasar los *Discorsi* como una obra que busca “despertar en los jóvenes el deseo de emular las virtudes antiguas y atenerse a los preceptos de la política republicana.” *Ibid.*, p.

210. Estirando un poco más esta hipótesis, no es descabellado pensar que Viroli esté intentando darle una segunda vida al proyecto de nación republicano de Maquiavelo en pleno siglo XXI.

²⁰ No el documento escrito, sino el arreglo o disposición que guarda una comunidad según las magistraturas que conforman su gobierno a partir de los distintos tipos de principios o elecciones fundamentales de vida (proairesis). Aristóteles, *Política*, III, 6, 1278b 8 y ss. Trad. 1984. No es extraño encontrar, por lo tanto, que "...la situación de las ciudades es causa de revolución cuando la ciudad no está naturalmente adaptada para preservar la unidad del Estado." Aristóteles, *Política*, V, 3, 1303b 8-10. Trad. 1984.

²¹ A partir de una dedicatoria auténtica y conmovedora a sus pares de los *Orti Oricellari*.

²² Coincidimos en esto con Maurizio Viroli y Patricio Marcos. No obstante, es importante aclarar que la impronta del *arte dello stato* se encuentra presente en la mayor parte de la obra maquiaveliana, incluyendo los *Discorsi*. De manera que, al igual que *Il Principe*, tiene bastantes claroscuros.

²³ Dos ejemplos paradigmáticos, entre muchos tantos más, son el capítulo IV de *El Príncipe* y el XXVI, libro primero, de los *Discursos*.

²⁴ El arte del Estado maquiavélico se extrapola hacia lo personal en esta obra, llena de intrigas, de desengaño y de manipulación. Esta comedia es "una pieza que muestra el uso del engaño para conquistar un fin y, al mismo tiempo, no herir los valores dominantes... [así como] ...entender el modo en que los intereses particulares bien ocultos pueden ser perseguidos sin ofender los intereses colectivos." Extraído de Reis, Nilo Henrique Neves dos. *El Arte de engañar: la Mandrágora como lección política de Maquiavelo*. Mirabilia: electronic journal of antiquity and middle ages, 2019, n.º 28, págs. 406-422, <https://raco.cat/index.php/Mirabilia/article/view/359720>, p. 406.

²⁵ Manifiesta en la *querelle des Anciens et des Modernes* (querrela de los antiguos y los modernos).

²⁶ El entusiasmo de Viroli por querer ver en Maquiavelo a una figura patriótica redentora, para lo cual hace de Guicciardini un chivo expiatorio (probablemente por la antipatía que éste profesaba hacia la República) de los excesos y abusos que conciernen a ambos florentinos, simplemente no concuerda con la evidencia empírica que es posible recoger de aquella época. Al igual que muchos otros lectores contemporáneos, Viroli (quien incluso critica a Robert Black por su interpretación superficial de un Maquiavelo "radical y reaccionario") cae en la trampa del anacronismo moderno, justo ahí donde se piensa libre de él, especialmente cuando dice que en *El Príncipe* Maquiavelo "exhorta a un príncipe nuevo a «mostrarse amante de la virtud», a consolidar el principado con «leyes buenas», «buenas armas», «buenos ejemplos» y a liberar Italia del dominio extranjero. Son todas exhortaciones que no tienen nada que hacer con la tiranía o el despotismo." Viroli, Maurizio (19/03/2023). *Maquiavelo: ni radical ni reaccionario*. Diario ABC.

Desde luego, esta lectura ideológica decide ignorar deliberadamente, entre otras cosas, tales como todo el panorama y entramado histórico que rodea a la obra, que la "virtud" de la que habla Maquiavelo es un solapamiento de lo que hasta antes de la tergiversación del lenguaje político occidental (de la que por cierto, él mismo es bastante crítico) que empieza a darse con el cristianismo y es definitiva tras el Renacimiento, siempre se había conocido por el nombre de vicio. Y qué decir de la contradicción de términos que resulta de hablar de las "buenas armas", máxime cuando se asocian con la buena legislación.

²⁷ Carta a Francesco Vettori, 10 de diciembre de 1513. Maquiavelo, Nicolás (2013), *op.cit.*, p. 117.

²⁸ Aristóteles, *Política*, V, 1, 1301a 20-25. Trad. 1984.

²⁹ Marcos, Patricio (2015), *op. cit.*, p. 35.

³⁰ Particularmente en Aristóteles, *Política*, III, 9 y 10, 1280b38-1281a10.

³¹ Marcos, Patricio (2011), *op.cit.*, págs. 66 y 68.

³² Aristóteles, *Política*, VII, 14, 1333b 26-40. Entre otras razones, el valor de esta cita recae en que puede ser considerada como una crítica y una antítesis de *El Príncipe* en su conjunto.

³³ Si bien la palabra "moderno" es de origen latino y es muy posterior a la época de Aristóteles, retomamos este término de la traducción al inglés de Benjamin Jowett, el cual la emplea para acotar el sentido que tiene el texto original en griego, es decir, el de aquellos escritores que son de actualidad en la época del estagirita.

³⁴ "Maquiavelo y la *verità effettuale*" en Lefort, Claude (2007), *op.cit.*, p. 235.

³⁵ Aristóteles, *Metafísica*, V, 2, 1013a30. Y Aristóteles, *Física*, II, 3, 194b25 y ss.. Trad. 1984.. La causa también es el principio u origen, aunque este se refiera a algo más general, de modo que "aquello a partir de lo cual una cosa puede ser conocida por primera vez... esto también se llama el principio de la cosa, e.g. las hipótesis son los principios de las demostraciones." Aristóteles, *Metafísica*, V, 1, 1013a13. Trad. 1984.

³⁶ Al respecto, Aristóteles dice que, de poder conocer los hechos con suficiente claridad tal cual se nos presentan, no habría necesidad de remontarnos a su causa. Que no es más que otra forma de decir que, de estar desprovistos de causas y principios, los hechos podrían explicarse por sí mismos, por su *positividad*.

Y agrega que, a través de una buena educación se puede ser capaz de dar por sí mismo con los puntos de partida que remiten a la causa. Aristóteles, *Ética nicomáquea*, I, 4 y 5, 1094b25 -1095b10. Lo que significa que el conocimiento de la causa efectiva de uno mismo es, en otras palabras, una investigación y observación de la propia naturaleza, es decir, de aquello que hace posible que uno sea lo que es y llegue a ser lo que ya se es en potencia. De ahí que las escuelas de la Antigüedad prioricen el conocimiento de uno mismo, es decir, de las causas primeras que hacen al hombre ser lo que es.

³⁷ Aristóteles, *Ética nicomáquea*, I, 4, 1095a 15. Trad. 1984.

³⁸ *Idem*.

³⁹ Probablemente quien más haya trabajado y explotado este pasaje es Giovanni Sartori cuando dice que la verdadera innovación de Maquiavelo en la teoría del conocimiento ha sido la de dar con las leyes efectivas del campo de la política, lo cual supone la diferenciación y definición de su objeto de estudio al mismo tiempo que prepara su autonomía.

No resulta extraño que, de las elecciones, usos y haberes del príncipe, Sartori intente extraer las leyes que hagan de la política una ciencia, ya que las leyes apuntan a las causas y las causas son principios. Efectivamente, el principio es "aquello por cuya elección lo que se mueve se mueve y lo que cambia cambia, por ejemplo, las magistraturas en las ciudades, las oligarquías, monarquías y tiranías, se llaman principios..." Aristóteles, *Metafísica*, V, 1, 1013a 9-13. Trad. 1984.

No obstante, ignora por completo que el principio o la causa eficiente del príncipe del que habla Maquiavelo es el de la tiranía, principio que es a su vez la mezcla de otros dos, el de la plutocracia y el de la democracia, o, dicho de otra manera, el libertinaje en su vertiente económica y en la forma de vida, respectivamente. Aristóteles, *Política*, V, 10, 1310b 2-5. No es difícil concluir, entonces, por qué es absurdo este intento de extrapolar los principios de la tiranía para convertirlos en la base de la ciencia de la política.

⁴⁰ *Il Principe*, XV, en Niccolò, Machiavelli (1971), *op cit.*, p. 281.

⁴¹ *Discursus florentinarum rerum*, en Maquiavelo (2019), *op.cit.*, p. 1209.

⁴² Ver apartado "Noticias sobre la apropiación no confesa de los antiguos".

⁴³ El título es una alusión a la contienda entre los antiguos y los modernos, cuyo origen se da en el seno de la sociedad francesa del siglo XVII. Esta querrela, *des Anciens et des Modernes*, refleja una dialéctica entre dos posturas políticas y literarias encontradas por el devenir histórico. Por un lado estaba el grupo de notables defensores del Renacimiento, la etapa histórica inmediatamente anterior, que rompe con el medioevo y que se mantiene de manera ininterrumpida desde el siglo XIV hasta el siglo XVI.

En sentido contrario, también buscando un regreso, pero no a las fuentes antiguas, sino a las del medioevo, se encontraban los patronos del Estado absoluto de Luis XIV, cimentado sobre las bases del catolicismo. La naturaleza de este encuentro significaba el último aliento de los valores y la cultura antigua, al mismo tiempo que la preparación y el nacimiento del *nouveau régime* desde las ruinas del bastión absolutista. A saber, es el acabose de la aristocracia francesa, hace tiempo ya vacilante, en manos del monarca absoluto, que allana el terreno para la entronización de la clase opulenta que acabará por derrocarlo en el siglo venidero.

⁴⁴ Swift, Jonathan (2018). *La batalla de los libros antiguos y modernos*. México: Gandhi ediciones, págs. 87-98.

3.2. Theîos aner, vivere politico y vivere corrotto

Si existe una diferencia gradual y cualitativa entre la vida política, aquella que, de acuerdo con Patricio Marcos,¹ Maquiavelo recicla de la teoría aristotélica con los nombres de *vivere politico*, *vivere civile* o *vivere libero*,² y la vida dormida, que igualmente encuentra su parangón maquiaveliano en el *vivere servo* o *vivere corrotto*, ¿en qué consiste? Las tres formas o elecciones fundamentales de vida que, de acuerdo con Aristóteles, deparan al ser humano en su andar por la vida individual y colectiva, se clasifican de acuerdo con el ejercicio de la virtud, con la cercanía o el distanciamiento que se tiene de la excelencia humana.³

El piso más bajo, aquel que se sitúa por debajo de la vida propiamente humana, es la vida dormida. Como su nombre lo indica, esta es una existencia que, antes que llevar las facultades humanas a su excelencia y máximo potencial, las entorpece, las aletarga y, en el peor de los casos, las arruina. Su sello característico es el vicio que se obtiene ahí donde la inteligencia se ha sometido a los placeres:

Ahora bien, la masa de la humanidad es evidentemente bastante servil en sus gustos, prefiriendo una vida adecuada a las bestias, pero obtienen alguna razón para su opinión del hecho de que muchos de los que ocupan altos cargos comparten los gustos de Sardanápalo.⁴

En segundo lugar, varios grados más arriba, se encuentra la vida activa o política, cuyo elemento definitorio es la libertad. Si bien la libertad no es garantía de la vida virtuosa, sí es la condición de posibilidad para acceder a ella. Esta vida corresponde al *zoon politikon* ya que, como bien lo hace notar Aristóteles hacia el final de la *Ética nicomaquea*, la ética es principio de la política en tanto ésta dispone de manera oportuna al ser humano para su quehacer y realización en la *polis*. De ahí que,

“...las personas de refinamiento superior y de disposición activa identifican la felicidad con el honor; pues éste es, *grosso modo*, el fin de la vida política.”⁵

Finalmente, en último grado de superioridad, como parte suprema de la excelencia humana, se halla la vida sabia o contemplativa. La sabiduría se caracteriza por ser la culminación de la vida virtuosa, es decir, de la prudencia aplicada a todas las virtudes éticas. A decir de Aristóteles, el hombre sabio no es

“...meramente aquel en quien existe la recta razón, sino aquel que también hace lo que es mejor de acuerdo con la recta razón.”⁶

De ahí que Aristóteles solamente encuentre dos razones para concebir la exterioridad del hombre con respecto a la *polis*. La primera se debe ya sea a que ha empeñado su vida en los placeres corporales, ya sea porque se le ha desterrado o esclavizado contra su voluntad. La segunda, antítesis de la primera, se debe a que, en razón de su carácter autárquico y contemplativo, es decir, por depender cada vez menos de los bienes externos, el hombre ha logrado superar su condición política.⁷ Este tipo de hombre recibe la denominación de divino, de *theîos aner*.⁸

Notas

¹ Marcos, Patricio (2011), *op. cit.*, p. 8.

² Estas expresiones y otras como *vivere retto* y *vivere di reppublica*, también se encuentran en los escritos de Guicciardini, particularmente en su *Diálogo sobre el gobierno de Florencia*, en donde a la usanza literaria platónica, se establece un intercambio de ideas y cuestionamientos sobre el gobierno constitucional en Florencia entre personajes de cepa republicana, como su propio padre, Piero Guicciardini, y partidarios de la oligarquía Medici, como Bernardo del Nero. Guicciardini, Francesco (2017). *op. cit.*, págs. 47 (Ver nota al pie de página No. 13) y 90.

Empero, con Guicciardini sucede lo mismo que con su amigo y compatriota Maquiavelo: a pesar de su cepa noble y republicana, respectivamente, ambos terminan atentado contra la política y el bien común. Si bien notamos que en un principio Guicciardini denuncia al mal gobierno y a la tiranía, termina aconsejando a los Medici consolidar su *stato* excluyendo “a una parte de la ciudadanía del acceso a los honores públicos y recompensando a otra a cambio de servicios privados prestados al margen de la virtud”.

La consolidación que les propone, “requiere de un número de ciudadanos dispuestos a considerar enemigos a los muchos excluidos”, lo cual refleja de manera inmejorable “el origen y significado histórico del arte del Estado: era el arte de disolver la ciudad.” Viroli, Maurizio (2009). *op. cit.*, p. 212.

Curiosamente, Guicciardini decidió no publicar ninguno de sus textos, ya que únicamente eran para su propio “placer y gozo y no con intención de publicarlos”. En contra de su voluntad, todos fueron publicados *post mortem*, algunos en el siglo XVI y el resto hasta el siglo XIX. Guicciardini, Francesco (2017), *op. cit.*, p. 47.

² Aristóteles, *Ética nicomáquea*, I, 4 y 5. 1095b5 - 1096a10. Trad. 1984.

³ Tirano asirio sometido a los placeres corporales. *Idem*.

⁴ *Idem*.

⁵ Aristóteles, *Magna Moralia*, II, 6, 1204a 8-10.

⁶ Aristóteles, *Política*, I, 2, 1253a 1-5.

⁷ Marcos, Patricio (2012), Tomo 2, *op. cit.*, p. 1278.

3.3. Ciclos políticos y *anaciclosis*

A la vida política corresponden las tres formas de gobierno: la realeza, la aristocracia y la república; mientras que a la vida dormida corresponden sus respectivas corrupciones: tiranía, plutocracia y democracia. En el segundo capítulo del primer libro de los *Discorsi*, “De cuántas clases son las repúblicas y a cuál de ellas corresponde la romana”¹, Maquiavelo retoma esta clasificación de las formas de gobierno y desgobierno, y la explica según el orden y las circunstancias de aparición de cada una.

Se ha vuelto una opinión mayoritaria, por no decir popular, que el florentino sustrajo esta clasificación de Polibio², lo cual es parcialmente cierto por tener en vilo el desenlace de cada una de ellas dentro de la *anaciclosis* o ciclo político completo polibiano. No obstante, la teoría de las formas de gobierno tal cual le fue legada a la época del historiador de Megalópolis, y en consecuencia a Maquiavelo, corresponde a la de Aristóteles.

Si bien la categoría de ciclo político ya está presente en Platón y es su discípulo de Estagira quien lo hereda de ahí, tal y como lo ha descubierto Patricio Marcos, es notable el perfeccionamiento que Aristóteles hace de esa categoría, no solo en la política, sino en otras áreas, como la física, la meteorología³, la metafísica, la ética y la zoología.⁴ Seguramente, afirma Marcos, fueron esos estudios de la categoría en otros aspectos de la realidad los que le otorgaron claridad al momento de observar y aprehender los ciclos de vida de los pueblos. En este sentido, el alcance retrospectivo y prospectivo de las cosas humanas que la ciencia política puede tener en los estudios de los ciclos de los pueblos en comparación con estas ciencias es proporcional al de otros fenómenos físicos naturales, como la trayectoria y los ciclos de los astros.⁵

Las únicas referencias explícitas en *Política* a la categoría de ciclo político se encuentran en el comentario de Aristóteles a la *República* de Platón⁶. Si bien no es una palabra recurrente en esa obra, sí se trata de un tópico implícito en la obra política aristotélica. La palabra suele hallarse de manera simple, como ciclo⁷, sin el adjetivo

político. De modo que tal referencia indica no un ciclo a secas, sino el ciclo de vida de la *politeias* observadas, es decir, de los ciclos políticos.

La categoría *anaciclosis* suele atribuirse a Polibio en dos sentidos: el lingüístico y el teórico. En cuanto al lingüístico, cabe mencionar que, en la obra del historiador griego, específicamente en el libro VI de *Historias*, en donde le da un tratamiento exclusivo al tema, no existe la categoría de *anaciclosis* como tal. Es probable que suceda algo similar al caso de Aristóteles, esto es, que la palabra genérica sea la de *kýklos*.⁸ Mientras que, en el aspecto teórico, como ya se ha mencionado, fueron primero Platón y después Aristóteles quienes introdujeron la categoría de ciclo al estudio y el análisis de la vida de los pueblos.

En cuanto a las diferencias de Polibio con respecto a Platón y a Aristóteles, podemos encontrar varias y de distinta índole. La primera de ellas se refiere al inicio y al final del ciclo. Para el maestro y el discípulo el final del ciclo no tiene conexión alguna con el principio más que como una forma completamente degenerada de éste. Por su parte, para Polibio el final del ciclo y el inicio de uno nuevo estarían conectados por una suerte de bisagra que hace las veces de ficción explicativa para enlazar a uno con el otro y recomenzar la serie de estados políticos. Se trata de un estado, ya sea primigenio, ya sea ulterior, de caos, similar al estado de naturaleza de los contractualistas del siglo XVII. Ese caos sería la consecuencia del final del ciclo al mismo tiempo que la condición de posibilidad o necesidad a partir de la cual nace una nueva forma de gobierno que da comienzo al nuevo ciclo.⁹

En segundo lugar, el rasgo distintivo del historiador con respecto a sus antecesores tiene que ver con el carácter mixto de la constitución o politeia. La variante mixta tiene un carácter especial en la teoría polibiana debido a que es esta forma, y no la realeza, la más acabada de las constituciones que puede haber¹⁰: “En efecto, es evidente que debemos considerar *óptima* la constitución que se integre de las tres características citadas.”¹¹ Este estado óptimo de la constitución se explica, en términos del mismo Polibio y según Manuel Balasch Recort, por una racionalidad, aplicada por el legislador, de los principios de la *anaciclosis*, es decir, una mezcla deliberada de los principios según la forma más acabada en que pueden complementarse y

compaginarse teniendo como referencia las fortalezas y debilidades que permiten la salvaguarda o la corrupción de las formas de gobierno originarias.¹²

En la misma tradición que Polibio se encuentran Cicerón y Maquiavelo. Ambos coinciden en darle una importancia mayor a la constitución mixta. Esto podría deberse a la manera en que esta categoría facilitaba la comprensión de la constitución romana. Si bien Maquiavelo se inscribe en lo general a la corriente romana (por razones patrióticas¹³ y de Estado más que teóricas) en lo fundamental conviene con los griegos. Es así que una de las cosas en las que más énfasis hace con respecto a la permanencia y el cambio de las constituciones es en su mantenimiento a partir de reformas periódicas que permitan su renovación, es decir, la afirmación y el retorno a los principios que originalmente permitieron su constitución: “Y refiriéndome a cuerpos mixtos, como son las repúblicas..., afirmo que son saludables las alteraciones encaminadas a restablecerlas en sus principios originales.”¹⁴

Al respecto de esta categoría hay dos aspectos importantes que deben tenerse en cuenta sobre el tratamiento teórico que Maquiavelo le da al ciclo político. La primera de ellas es que la fundación de un pueblo tiene una absoluta determinación o influencia sobre su devenir. La segunda es que aquellos pueblos que son fundados sobre buenos principios constitucionales, proclives a mejorar, “...pueden, con ayuda de los acontecimientos, llegar a la perfección.”¹⁵

Por su parte, en lo referente a la clasificación de las formas de gobierno y las corrupciones correspondientes de cada una de ellas, existe un probable primer guiño de Maquiavelo a Aristóteles cuando aquel dice que: “Por tanto, puesto que quiero tratar de cuál fue el ordenamiento de la ciudad de Roma, y qué sucesos condujeron a su perfección, *digo como algunos que han escrito sobre las repúblicas dicen, que en ellas hay tres estados*, llamados por ellos principado, óptimo y popular; y cómo los que ordenan una ciudad deben acudir a uno de éstos, según les parezca más apropiado.”¹⁶ No obstante, la semejanza entre el florentino y el griego se desdibuja rápidamente al notar que la clasificación del primero, a pesar de obedecer en lo fundamental a la del segundo, termina por ofrecer diferencias que es importante aclarar.

Huelga decir que con *principato* o *principe* Maquiavelo se refiere a un gobierno monárquico.¹⁷ Empero, la diferencia entre el rey y el tirano tiende a ser confusa e huidiza en su obra, especialmente en *Il Principe*, en donde se dedica por completo a hablar de su variante disoluta. Más aún, el príncipe maquiavélico no es aquel que ha hecho de la excelencia humana el sello característico de su arte de gobernar, sino quien engalana de virtud el ardid de la conquista del poder y su conservación.

Por su parte, la palabra *ottimati* u *optimate*, al igual que la palabra griega *aristokratia*, se refiere al gobierno de los mejores, aquellos que por su nobleza superan con creces en virtud al resto de las partes del Estado y son los más óptimos o mejores para gobernar. Igualmente, otras palabras que le son asociadas a la aristocracia, no obstante que se ha corrompido su uso por haberse entremezclado en el tiempo con la plutocracia, son las de magnates, clase opulenta, clase rica¹⁸ o ricos de abolengo, al tratarse no de una abundancia material, de bienes exteriores, sino de bienes internos que engrandecen al alma. De tal modo que lo característico de los aristócratas, su verdadera riqueza, es la donación y la generosidad.

Debido a una variable histórica antes que teórica, hay, al igual que con el principado, una contrariedad del florentino para definir la verdadera naturaleza de los *optimates*. Se dice que histórica porque, como ya se demostró con anterioridad en esta investigación, una gran parte de las familias nobles de Florencia provenían de una estirpe aristocrática, ya sea directamente románica (*gens Julia* por ejemplo) o descendiente de los diferentes reinados medievales que se fueron configurando en el centro-norte de Europa tras la división del imperio romano de Occidente, entre ellos el Sacro Imperio Romano Germánico.

Avanzada la historia florentina podemos detectar que el curso de estas familias no pasó inadvertido en el desenlace político y económico de la ciudad; no si recordamos que de ser aristocrática su naturaleza sufrió un cambio gradual, aunque definitivo hacia el principio de la ganancia económica, a través de actividades como la banca, la industria textil y el comercio. En este sentido, la misma ciudad fue adoptando una forma de organización que fuera de utilidad a este nuevo principio. No obstante, en la

nueva mudanza de costumbres no dejaron de subsistir las viejas maneras aristocráticas. En consecuencia, fue difícil (y lo sigue siendo hasta la fecha) establecer un límite claro y tajante entre la vieja aristocracia y la plutocracia naciente; más si consideramos que este proceso histórico fue de larga duración.

De ahí que el mismo Maquiavelo confunda a unos con otros, ya que, al ir desapareciendo los hombres y mujeres de talla excelente y magnánima, la impronta histórica de la aristocracia pareciera estar grabada en las obras y costumbres plutocráticas del presente. A esto se suma el reclamo republicano de igualdad y libertad de *il segretario*, en donde, desde luego, se hace inconcebible la superioridad de unos por otros en razón de una excelencia humana en decadencia y cada vez más difícil de hallar en el terreno de la política; así como su proyecto republicano o de gobierno mixto, en donde es necesario saber "...templar el poder del pueblo (pobres) con el de los nobles (ricos) y el de aquél y de éstos con el de un príncipe."¹⁹

Este razonamiento maquiaveliano sobre el arte de constituir un gobierno obedece a este otro aristotélico: "está claro que la mezcla de los dos elementos, es decir, de ricos y pobres, debe llamarse república o gobierno constitucional." En este sentido, "cuanto más perfecta sea la mezcla de los elementos políticos, más duradera será la constitución."²⁰

En este último extracto literario, la naturaleza plutocrática de aquellos a los que Maquiavelo se refiere (aquí y en casi toda su obra) como "nobles", se hace manifiesta por estar siempre en oposición al *popolo minuto*. Sólo así puede entenderse que de la fusión y templanza de ambas partes puede resultar una república, ya que: "...en toda república hay dos humores, el de los nobles y el del pueblo."²¹ O dicho sea originalmente por Aristóteles:

La *politeia* o gobierno constitucional puede describirse en general como una fusión de oligarquía y democracia.²²

Esta fusión puede darse de tres maneras. La primera es que se reúnan en la legislación los principios de las dos formas.²³ La segunda es que se adopte el término

medio entre ambas disposiciones.²⁴ El tercero es que se tomen en cuenta de manera simultánea.²⁵

He aquí otro botón que hace patente la confusión de Maquiavelo entre ricos de viejo y nuevos ricos:

Y lo peor es que los modales altivos e insolentes de los nobles excitan en el ánimo de los que nada tienen, no sólo el deseo de adquirir, sino también el de vengarse de ellos, despojándoles de riquezas y honores que ven mal usados.²⁶

Decimos que esta clase a la que hace alusión el florentino poco o nada tiene para ser calificada de noble, ya que el distintivo de los nobles y, por lo tanto, la característica definitiva que los diferencia de los *neo plutoi*, es la disposición virtuosa que por costumbre mantienen frente a las riquezas materiales. De modo que es su talante noble, de desprendimiento y generosidad, y no la acumulación de riquezas, lo que define a los *optimates*.²⁷ Esto resulta razonable si entendemos que el ejercicio de la virtud frente al dinero no depende de adquirir o conservar "...las excelencias con la ayuda de los bienes externos, sino los bienes externos con la ayuda de las excelencias...".²⁸

En consecuencia, en la obra maquiaveliana nos hallamos una y otra vez ante una clase contraria a los *aristos*, la de los oligarcas sometidos a la ganancia y acumulación de bienes externos, esa clase que, empleando las mismas palabras que el florentino, hace mal uso del honor y la riqueza, generando, con toda razón, justa indignación en su contraparte menesterosa. Añadimos que, al estar desprovista de un deseo proporcionado, su manejo de las riquezas obedece, en todos los casos, no a un medio a partir del cual pueda ejercerse la virtud de la liberalidad, la magnificencia y la magnanimidad, sino debido al cual puedan seguirse enriqueciendo.

Por último, queda hablar del tercero de los estados que Maquiavelo incluye en su clasificación de las formas de gobierno, ese al que da el nombre de popular. En primer lugar, hay que hacer una aclaración sobre la traducción y el empleo del término para

evitar caer en un equívoco. En la versión en italiano del *corpus* maquiavélico no existe ninguna referencia o empleo de la palabra *democrazia*, mientras que en la traducción al español de Juan Manuel Forte Monge el estado popular aparece bajo el nombre de democracia, gobierno democrático o régimen popular.²⁹

La confusión de la que es víctima Maquiavelo no tiene que ver con la democracia como sí con la república, ya que para el de Florencia es más que claro que al frente del estado popular se encuentra el pueblo llano o pequeño, mejor conocido como clase pobre, uno de los dos humores que en toda ciudad se hallan contrapuestos.³⁰ Esta inconsistencia en la teoría maquiavélica de la clasificación de las formas de gobierno pudiera deberse, más bien, al sentido que Maquiavelo le otorga a la última de las tres formas de gobierno, aquella que debería seguir a la realeza y a la aristocracia y estar justo ahí donde coloca al *stato* popular.

Cuando el *segretario* habla de la república, lo hace, al igual que Aristóteles, para referirse al Estado político en general, no obstante, cuando se refiere a ella como la forma de gobierno cuya impronta es la libertad, no lo hace en el sentido clásico, según la tipología de gobiernos puros, sino como un régimen mixto. La república es, para Maquiavelo, la más calificada de las formas de gobierno por ser la que mejor ordena y se adapta a la dispersión inherente al Estado político. No obstante, se trata de una superioridad que es relativa a circunstancias históricas en particular, es decir, la mejor posible en un sentido relativo, más no de manera general y absoluta. De suerte que para el florentino las tres formas de gobierno puras y sus respectivas corrupciones son todas ellas perjudiciales,

...las tres que calificamos de buenas, por su escasa duración, y las otras tres, por la malignidad de su índole. Un legislador prudente que conozca estos defectos, huirá de ellas, estableciendo un régimen mixto que de todas participe, el cual será más firme y estable; porque en una constitución donde coexistan la monarquía, la aristocracia y la democracia, cada uno de estos poderes vigila y contrarresta los abusos de los otros.³¹

En realidad, el afán y la necesidad por hacer pasar a la democracia como una de las tres formas no corruptas de gobierno es de origen moderno, no antiguo, tampoco renacentista. Por lo tanto, el florentino no se encuentra entre las víctimas de la demagogia moderna que termina por tergiversar por completo el significado original de la palabra democracia hacia el siglo XVIII.³² La omisión de la república como una de las tres formas de gobierno tiene que ver, más bien, con la connotación mixta y general (y no pura) que le otorga Maquiavelo, parcialmente aristotélica, pero más próxima a Tito Livio y Cicerón, y no con el hecho de haber querido otorgarle una preponderancia a la democracia sobre la república, o por haber confundido a una con la otra.

Su predilección por la república hace que también pase por alto que la licencia (a la que tiene por corrupción del régimen popular) es uno de los rasgos característicos de éste, es decir, una y la misma cosa:

Los que son buenos son los tres arriba mencionados, los que son malos son otros tres, que dependen de estos tres; y cada uno de ellos es semejante al que le es propicio, de modo que fácilmente saltan del uno al otro: porque el principado fácilmente se vuelve tiránico; el óptimo fácilmente se convierte en el estado de unos pocos; *el pueblo sin dificultad se vuelve licencioso.*³³

En realidad, la clasificación maquiavélica de las formas de gobierno resulta ser bastante volátil por encontrarse fincada en un razonamiento falaz sobre el funcionamiento de la virtud y el vicio. Para Maquiavelo la virtud es semejante e intercambiable con el vicio³⁴, ya no es más una actividad acorde con el principio racional del alma³⁵, sino aquella que se encuentra sujeta a esa otra razón cuya lógica se limita a la conquista y la conservación del poder del Estado.

Esto implica un trastocamiento de los principios de mando del Estado que determinan la jerarquía de las formas de gobierno, de modo que el primero y superior al resto ya no es aquel que haya alcanzado el máximo grado de excelencia y, por lo tanto, de gobierno sobre sí mismo y sobre el resto de las partes del Estado, sino aquel que se

encuentra mejor facultado para hacerse con el poder y no dejar que le sea arrebatado a cualquier costo y según el medio más efectivo.

Notas

¹ *Di quante spezie sono le republiche, e di quale fu la repubblica romana*. El método que sigue Maquiavelo en este capítulo consiste en otorgarle un valor pedagógico a la historia romana al mismo tiempo que la extrapola a la historia de Florencia. Esta lógica, de analizar sucesos contemporáneos a la luz de acontecimientos históricos grecorromanos, o lo que es lo mismo, de extraer lecciones del pasado que puedan ofrecer respuestas y soluciones al presente, no es algo que se limite al capítulo, sino que es empleada intencionalmente en distintas obras suyas, especialmente en *El Príncipe*, *Discursos* y *El Arte de la Guerra*.

Más adelante, en el sexto capítulo, vuelve a insistir en la importancia de apelar a la ordenación de la república romana y a su “grandeza”: “Volviendo, pues, al primer razonamiento, juzgo necesario imitar la constitución romana y no la de las otras repúblicas (Esparta y Venecia), pues encontrar un término medio entre estas dos formas de organización paréceme imposible.” *Discursos*, I, VI, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 621.

² La elaboración, lectura y discusión de los *Discursos*, la cual tuvo lugar en los Orti Oricellari, propiedad de la acaudalada familia lanera Rucellai, supuso igualmente un acercamiento directo con la obra de Polibio, sin descartar que para ese trabajo en particular haya hecho una traducción directa desde el griego.

³ La extrapolación de los ciclos astronómicos y los ciclos de vida de los seres humanos a los ciclos políticos en el corpus aristotélico, es una tesis planteada por Patricio Marcos. Es de ahí de donde puede plena manifestación.

⁴ Igualmente, pareciera ser que también la palabra ciclo suele tener cierta relación o analogía con la poesía en el corpus aristotélico.

⁵ El arribo de la felicidad a la vida del hombre, no como algo fortuito, sino como una forma de vida cuyos frutos pueden deleitarse en la senectud de la misma, tras haberse esmerado en vivir según la propia naturaleza, es decir, la virtud, es una muestra, en sí misma, de un ciclo. Conclusiones semejantes pueden despejarse de los estudios que Aristóteles realizó sobre la vida de los animales, sobre su ciclo de vida y su reproducción.

⁶ Aristóteles, *Política*, V, 12.

⁷ Del griego *kýklos*.

⁸ El ciclo al que Polibio hace referencia en *Historias*, se encuentra íntimamente relacionado con la palabra *metabolé*, la cual es empleada para hacer referencia a los cambios que sufren las constituciones. Ver la nota al pie de página número noventa del traductor en Polibio (2018). *Historias*. Libros V-XV. (Traducción y estudio introductorio Manuel Balasch Recort). España: Gredos. Versión Epub, VI, 3, p. 77.

⁹ No obstante, como lo indica Balasch Recort, para Polibio esto es una posibilidad más no una necesidad.

¹⁰ Esto sería aplicable para la constitución romana, así como para la espartana de Licurgo.

¹¹ *Ibid.*, VI, 3, 7-8. A saber, la realeza, la aristocracia y la democracia.

¹² Polibio se equivoca cuando dice que “La mayoría de los que quieren instruirnos acerca del tema de las constituciones, casi todos sostienen la existencia de tres tipos de ellas: llaman a una «realeza», a otra «aristocracia» y a la tercera «democracia».” *Ibid.*, VI, 3, 5.

Para la época en que Polibio escribió esto, Platón y Aristóteles ya habían elaborado su teoría política, en donde perfeccionan la división tripartita de las formas de gobierno constitucionales inaugurada por los antiguos. No obstante, la democracia no es una de ellas. Es, por el contrario, una forma corrupta de gobierno, concretamente de la república. De modo que las tres formas de gobierno son la realeza, la aristocracia y la república.

La aseveración del historiador de Megalópolis sería plausible si hubiera tenido lugar antes de la aparición de la Academia y el Liceo. Previo a las enseñanzas de estas dos escuelas el concepto de democracia en la materia (proveniente de los primeros y más antiguos teóricos) era vago e impreciso, ya que solamente se define como el gobierno de los muchos, es decir, únicamente toma el criterio cuantitativo para definirlo, más no el cualitativo. En una cita al pie de página, Blasch Recort menciona que el origen de la división tripartita podría ser de talante sofista: “de Hipódamo de Mileto lo recogió Aristóteles, a quien llegó a través de Quíos o de ciertos pitagóricos... Pero un debate sobre los tipos

de constitución ya se da en Herodoto.” Ver décimo primera nota al pie de página en *Ibid.*, VI, 3, 5, p. 78. No queda claro por qué el traductor de la obra polibiana excluye a Platón de este encadenamiento, siendo que la tríada constitucional aristotélica es consecuente de la platónica.

La otra explicación a la falsa aseveración de Polibio podría estar relacionada con una mala traducción del texto original. No son pocas las traducciones contemporáneas de textos antiguos que tergiversan la tipología de las formas de gobierno y sus corrupciones para evitar incluir a la democracia en la segunda categoría. Dentro de este “malentendido”, más deliberado que accidental, es la olocracia o la demagogía la que ocupa inadvertidamente el lugar de la democracia.

El primero es un término utilizado por el mismo Polibio, el cual significa poder de la masa o el gentío, y parece haberse derivado de la confusión relacionada a la democracia antigua que ya hemos mencionado antes. Mientras que el uso del término demagogia se atribuye erróneamente a Aristóteles, debido a que no existe ni una sola mención en toda la obra del estagirita de dicho término. El vocablo del que podría haberse derivado, y que sí se encuentra en la obra aristotélica, es el de demagogo. Sin embargo, de la existencia de un demagogo no puede deducirse un régimen demagógico.

El estagirita es muy claro al respecto cuando dice que entre las diversas causas de las revoluciones en la democracia (la cual ya es en sí misma una forma de desgobierno), está la aparición del demagogo, lo cual puede decantarse en un desequilibrio aún más pronunciado de la balanza en favor de una tiranía, una vez que éste ha capturado el favor de la asamblea popular o ecclesia, desautorizando las leyes y refiriendo a través de su persona todos los asuntos públicos al arbitrio de aquella; o en favor de una oligarquía, cuando un grupo de notables o ricos que, al ser constantemente objeto de vejaciones, se ven orillados a conspirar en contra del demagogo para derrocar la democracia. Aristóteles, *Política*, 1292a 4-10 y 1302b 29-34. Trad. 1984.

¹³ A pesar de no existir tal cosa como la patria italiana en ese entonces, el pensamiento de Maquiavelo disimulaba su entusiasmo por catapultar hacia el presente lo que alguna vez había sido Roma: un Estado sólido y consolidado. Era, “ante todo, un patriota en el más estricto sentido de la palabra.” Burckhardt, Jacob (1984), *op.cit.*, p. 48.

¹⁴ *Discursos*, III, I, en Maquiavelo (2019), *op.cit.*, p. 963.

¹⁵ Esta idea se desprende, a su vez, de la predilección de Maquiavelo por las constituciones mixtas. *Ibid.*, p. 115.

¹⁶ *Discorsi*, I, II, en Machiavelli (1971), *op.cit.*, p. 79. En esta ocasión hemos optado por seguir el texto en italiano por encontrarse más próximo al sentido original que Maquiavelo le da a la clasificación de las formas de gobierno,

¹⁷ Curiosamente, la palabra tiranía (*tirannide*) no es extraña para Maquiavelo, sin embargo, a pesar de que la emplea en distintos lugares de su obra, la usa con mayor frecuencia cuando se refiere a la historia política de la antigua Roma.

¹⁸ Erróneamente hoy en día se cree que los “nuevos ricos” son aquellos que se apropian súbitamente de una gran fortuna sin la proeza meritocrática que se esconde detrás de las hazañas mitológicas que los capitalistas se inventan para hacerse de honor, fama y aprobación entre la población. Sin embargo, el nuevo rico no es otro que aquel que ha trastocado el uso del dinero, de utilizarlo como un medio, a perseguirlo como un fin. Mientras que la riqueza del noble, del verdadero rico, es interior y se encuentra en su capacidad para utilizar su fortuna de manera generosa y desenfadada. En consecuencia, aquellos que actualmente se conocen como los “ricos” de siempre (que suelen ser denominados malamente como de alcurnia), no son otra cosa que los *neoplutoi* de hace ya más de dos mil años.

¹⁹ *Discursos*, I, II, en Maquiavelo (2019), *op.cit.*, p. 604.

²⁰ Una república bien organizada, dice el griego, es aquella en donde parece que existen ambos elementos y a la vez ninguno, y hay una aceptación voluntaria de los ciudadanos para mantener dicho régimen y apoyar a su gobierno. *Política*, IV, 9., 1294a 20-25, 1294b 35-50 y 1297a1 5-6. Trad. 1984.

No obstante, dicha combinación que incluye al príncipe, a decir del discípulo de Platón, es más cercana a la constitución lacedemonia, que fusiona todas las formas existentes. *Ibid.*, II, 6, 1265b 30 y ss.

²¹ *Discorsi*, I, IV, en Maquiavelo (2019), *op.cit.*, p. 608.

²² Aristóteles, *Política*, IV, 8, 1293b 33-35. Trad. 1984.

²³ Que se resume en la máxima trato igual a iguales (pobres) y desigual a desiguales (ricos). Marcos, Patricio (2012), *op.cit.*, p. 304. El trato republicano, o, mejor dicho, salvaguarda constitucional que

plantea Marcos, parte de las dos causas universales de las revoluciones halladas por Aristóteles: las pretensiones de igualdad y de desigualdad que, por cierto, se ven reflejadas en el régimen plutocrático y en el régimen democrático, y que se neutralizan en la república. Se trata del deseo de suprimir o hacer valer aquellos aspectos que hacen superiores a unos e inferiores a otros.

De modo que una forma de fusionar y, por lo tanto, de administrar y salvaguardar el régimen republicano, es aplicar principios de justicia de ambos regímenes, plutocracia y democracia, cobrando a los ricos de modo que se involucren en los asuntos de la ciudad e indemnizar a los pobres para que puedan ser partícipes en ellos. Aristóteles, *Política*, IV, 9, 1294a 35 y ss.

²⁴ Éste es el caso del voto censitario, particularmente aquel en donde no se exige una renta que sea tan elevada como para no poder cubrirla, ni tan baja como para descuidar la liberalidad ciudadana. Otro ejemplo más actual es el impuesto progresivo, es decir, cobrar un impuesto en razón de los ingresos de cada cual.

²⁵ En la designación de cargos públicos, por ejemplo, designar mediante el azar a los magistrados de un grupo que previamente ha sido seleccionado por el voto; o viceversa.

²⁶ *Discursos*, I, V, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 614.

²⁷ En suma, de acuerdo con Aristóteles, "...sólo puede llamarse con razón aristocracia a la que es un gobierno formado por los mejores hombres absolutamente, y no meramente por hombres que son buenos en relación con alguna hipótesis." Aristóteles, *Política*, IV, 7, 1293b 1-5.

²⁸ *Ibid.*, VII, 1, 1323a 40 y ss.

²⁹ *Discursos*, I, II, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, págs. 598 a 605.

³⁰ "Al respecto (sobre cómo se alcanza a ser príncipe de la propia patria) afirmo que se accede o mediante el favor del pueblo o mediante el favor de los notables, pues en toda ciudad se hallan esos dos humores contrapuestos." *El Príncipe*, IX, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 249.

Como lo hace notar Patricio Marcos, la impronta intelectual de Aristóteles en Maquiavelo adquiere un tono decisivo en este mismo capítulo de la obra principesca cuando el florentino dice que "...el anhelo del pueblo es más honesto que el de los grandes, quienes quieren oprimir y el pueblo no ser oprimido..." (Ver *El Príncipe*, IX, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 250).

Mientras que la original de la que hace calca, mantiene la esencia del planteamiento, no obstante que logrado bellamente: "Los pobres, incluso si no tienen parte en los honores del estado, sólo piden que se les deje vivir en paz, con tal que no se les injurie ni se les quiten sus bienes. Con todo, asegurar un trato gentil para los pobres no es una cosa fácil, habida cuenta que una clase dominante no siempre es humana." (Ver Aristóteles, *Política*, IV, 13, 1297b 5-10) Marcos, Patricio (2015). *Grandeza y decadencia del poder presidencial en México*. Bonilla Artigas Editores-Université de Montréal. págs. 41 y 42.

³¹ *Discursos*, I, II, Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 603. Otro término con el que Maquiavelo hace referencia a la democracia es el de *stato popolare*.

³² Bastaría con hacer un estudio lingüístico detallado sobre la frecuencia de aparición del término a partir de ese siglo para comprobar dicha hipótesis más que razonable. Esto es lo que ha encontrado Giovanni Sartori cuando dice que hay una ausencia de la democracia en la historia de la humanidad, en el periodo que va desde el siglo IV a.n.e. hasta el siglo XVIII.

Todavía antes, en 1849, el ex ministro de Felipe de Orleans, François Guizot, ya daba cuenta de esta efervescencia y locura por el uso del vocablo democracia:

"El caos se oculta ahora tras una palabra: *democracia*. Es la palabra soberana, universal. Todos los partidos la invocan y quieren apropiársela como un talismán. [...] Tal es el imperio de la palabra democracia que ningún gobierno, y ningún partido se atreve a vivir ni se cree en el poder, sin inscribir esta palabra en su bandera, y los que se creen más fuertes llevan esta bandera más alto y más lejos." Guizot, François (1849). *De la démocratie en France*. Francia: Victor Maisson, Libraire. págs 10 y 11.

Más allá de que la oposición de Guizot hacia esta nueva ideología estuviera asentada sobre su predilección por la monarquía constitucional en el país galo, no deja de ser ilustrativo el análisis que hace del uso que se le da en la lengua a esta palabra que sorprende por su reaparición estrepitosa y enmarañada en el escenario político de Occidente.

Irónicamente, cuando en la actualidad se habla del significado original de la palabra democracia, legos y no legos en el tema piensan que con ello se quiere decir que aún no se cuenta del todo con una

“democracia real” (o que se tiene una “procedimental”, “indirecta”, “participativa”, en fin, cualquier clase de artimaña demagógica con la que los ideólogos modernos, empezando por los *founding fathers*, particularmente Jefferson, a quienes se suma el nombre de John Stuart Mill, despliegan ingeniosamente la razón de Estado de la supremacía de los pocos ricos haciéndola pasar por un gobierno de corte mayoritario o popular) como si ésta se tratase realmente de una forma de gobierno propiamente dicha y no de una corrupción del régimen republicano.

El empleo de esta razón de Estado ha sido tan efectivo y extendido que en el terreno de la politología hay una incapacidad perenne para definir la palabra democracia, pudiendo significar todo y nada a la vez. Más aún, la verdadera preocupación en los círculos académicos no pasa por definirla, sino por justificarla. De ahí que los libros, los artículos, los coloquios, las ponencias, etc., estilen títulos como “En defensa de la democracia”, “La democracia amenazada”, “La democracia no se toca”, “La democracia a prueba”, “Los desafíos de la democracia”, etc. ¿Cómo y por qué defender vehementemente algo que no se sabe a ciencia cierta qué es?

³³ *Discorsi*, I, II, Machiavelli (1971), *op. cit.*, p. 79.

³⁴ *Idem.*

³⁵ Aristóteles, *Ética nicomáquea*, I, 7, 1098a 1-5.

3.4. Educación política versus uso de las armas

En el último capítulo de la *Ética nicomáquea*, referente a la relación entre la ética y la política, así como al paso decisivo de una a la otra, Aristóteles se ocupa de explicar la importancia de que las costumbres sean el objeto de deliberación de los gobernantes, particularmente de que sean reguladas por las leyes de la ciudad.

La buena o mala educación de la ciudad dependerá de la capacidad del gobernante para inducir buenos o malos hábitos entre sus ciudadanos por medio de la legislación. De modo que la ocupación que atraviesa de principio afín al arte de la felicidad individual y colectiva es la de proveerse prudentemente de aquellos bienes que con mayor certeza puedan asegurar una vida buena.

Ahora bien, ¿cómo se hace valer esta educación política incluso cuando “las órdenes del padre no tienen fuerza ni obligatoriedad, ni en general las de un simple hombre”¹? Es el propio Aristóteles el que libra el obstáculo agregando que al mismo tiempo que posee una fuerza que la hace ser obligatoria, la ley emana de un saber práctico e inteligente, ya que a pesar de que “los hombres suelen odiar a los que se oponen a sus impulsos, aun cuando lo hagan rectamente, la ley, sin embargo, no es odiada al ordenar hacer el bien.”²

De modo que la ley tendrá un efecto educativo siempre y cuando sea el resultado de una sabiduría práctica que pueda apelar e interpelar al principio inteligente de los gobernados³ por medio de un criterio de aplicación de justicia impersonal, imparcial y equitativo.⁴ Para decirlo platónicamente, de manera implícita toda ley que se jacte de ser justa tiende a armonizar con el principio político constitucional de las almas, individuales y colectivas.

En este sentido, habrá un buen gobierno ahí donde se haga obedecer a las leyes, y será posible la obediencia de las leyes, agrega el heleno, ahí donde exista una buena legislación, una legislación fundada en la razón:

Pero es preciso observar que las buenas leyes no constituyen por sí

solas un buen gobierno, y que lo que importa, sobre todo, es que estas leyes buenas sean observadas. No hay, pues, buen gobierno sino donde en primer lugar se obedece la ley, y después, la ley a que se obedece, está fundada en la razón; porque podría también prestarse obediencia a leyes irracionales.⁵

Por su parte, el trato que requieren las leyes para tener la fuerza suficiente de manera que efectivamente sean obedecidas, es diametralmente distinto en Maquiavelo, como si éste partiera del planteamiento aristotélico sólo para alejarse y afirmarse justo ahí, en una lógica antitética a la teoría clásica, lo suficientemente coincidente con los planteamientos weberianos modernos sobre la supremacía estatal. De cualquier modo, para bien o para mal, el referente no deja de ser el griego cuando el florentino dice que:

Y de los fundamentos de todos los Estados, tanto nuevos como antiguos o mixtos, los principales son las buenas leyes y las buenas armas. Y puesto que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas, y donde hay buenas armas, las leyes son por cierto buenas, omitiré aquí hablar de las leyes para hacerlo sólo de las armas.⁶

Esta misma lógica puede rastrearse no solamente en *El Príncipe*. También la encontramos replicada en otra de sus obras, particularmente en el prólogo *Del Arte de la Guerra*, dedicado a Lorenzo Strozzi:

...porque cuanto se establece para el bien común de los hombres, cuanto se ordena para inspirar el temor y el respeto a Dios y a las leyes, sería inútil si no existiera una fuerza pública destinada a hacerlo respetar, cuya fuerza, bien organizada, y a veces sin buena organización, mantiene las instituciones. Por el contrario, sin este apoyo en la milicia, el mejor régimen político y social se derrumba, como las habitaciones de un magnífico y regio palacio, resplandecientes de oro y pedrería, cuando carecen de techo o de

defensa contra la lluvia.⁷

Es útil para entender la primacía que Maquiavelo le otorga a las armas en la aplicación de las leyes, ponderar la importancia que la milicia tiene en su proyecto de nación. No solamente es fundamental que ésta no esté constituida de un ejército de mercenarios, es decir, que sea propia y esté consagrada por completo a la defensa del Estado ante cualquier amenaza exterior, sino que opere constantemente al interior como una centinela o razón de Estado, garantizando la aplicación de las leyes al mismo tiempo que evita cualquier embate que amenace al poder establecido.

En consecuencia, para el diplomático y escritor florentino no es una cualidad innata de la ley, específicamente su causa eficiente, desde donde se desprende su bondad, sino de la posibilidad de que su implementación se encuentre auspiciada y respaldada por el uso de las armas.

Conjuntamente, hay que agregar que no podría ser más contrario y contraproducente para la educación política de la ciudadanía, que es innata a la legislación estatal, valerse de las armas, ya que el uso de la fuerza es contrario al de la inteligencia y no cultiva en absoluto el despliegue del intelecto.

Notas

¹ Aristóteles, *Ética nicomáquea*, X, 9, 1180a 15-20.

² *Idem*.

³ Aristóteles agrega que no todos tienen un carácter dispuesto a cultivar la virtud, de modo que esta educación no puede redundar en el grueso de la población, "porque quien vive como la pasión le dirige no oirá argumentos que le disuadan, ni los entenderá si los oye; y ¿cómo podemos persuadir a alguien en tal estado para que cambie de camino? Y, en general, la pasión no parece ceder a los argumentos, sino a la fuerza. El carácter, entonces, debe de alguna manera estar ya allí con un parentesco con la excelencia, amando lo que es noble y odiando lo que es bajo." *Ibid.*, 1179b 26-30.

⁴ De ahí que para evitar suscitar la pasión por el efecto de la aplicación de la ley y de quien la aplica, Aristóteles recomienda al momento de diseñar las magistraturas del Estado que no sea la misma persona la que produzca y aplique las leyes.

⁵ Aristóteles, *Política*, IV, 8, 1294a 1-10. Trad. 2016. En esta ocasión hemos decidido optar por la traducción de Patricio Azcárate por lograr conservar de mejor manera el sentido original que tienen las leyes, la legislación y su relación con un gobierno óptimo.

⁶ *El Príncipe*, XII, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 261.

⁷ *El Arte de la Guerra*, en *Ibid.*, p. 339.

3.5. De las salvaguardas constitucionales a las *ragioni di stato*

Uno de los temas que más fascinación le produjo a Maquiavelo, al mismo tiempo que uno de los más controversiales y del que fallidamente intentó ocuparse de manera oportunista, es las causas de conservación y destrucción de la tiranía, las cuales se remiten, como ya lo hemos dejado ver a lo largo de esta investigación, a los libros IV, V y VI de *Política*.¹

En el título del capítulo XXVI del tercer libro de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, que lleva de título “De cómo por causa de las mujeres se arruina un Estado”², encontramos una igualdad prácticamente inobjetable con este pasaje aristotélico de *Política*:

Ni él (el tirano) ni ninguno de sus asociados debe agredir nunca a los jóvenes de ambos sexos que son sus súbditos, y las mujeres de su familia deben observar un autocontrol similar hacia otras mujeres; *la insolencia de las mujeres ha arruinado muchas tiranías*.³

Recordemos que para Maquiavelo la palabra Estado puede significar indiferentemente tanto la comunidad política propiamente dicha, como la supremacía partidaria de uno, pocos o muchos. De modo que la palabra Estado, que añade el florentino al subtítulo que parafrasea eso que ya dijera el de Estagira dieciocho siglos antes, en realidad es una referencia a la tiranía, un intento de hacerla pasar por una forma no *corrotta* de gobierno.

Se dice que ésta es una de tantas pruebas irrefutables del plagio que comete Maquiavelo, ya que más adelante, en el mismo capítulo, éste hace una de las tres menciones a Aristóteles en su obra, en este caso, la única en donde realmente le da crédito como autor. Por si fuera poco, con este extracto quedan por completo despejadas las dudas acerca del conocimiento que tenía el florentino sobre la obra política de Aristóteles:

Entre las principales *causas de la ruina de los tiranos que menciona Aristóteles* figura la de ofender a los hombres atentando contra las mujeres, deshonrándolas, violándolas o desmoralizando los matrimonios, de lo cual tratamos extensamente en el capítulo relativo a las conjuraciones.⁴

Según Paolo Falzone, en su entrada sobre Aristóteles en la *Enciclopedia machiavelliana*, la sentencia del discípulo de Platón pudo haber dejado huella en el título del capítulo de Maquiavelo, no obstante que lo sea “dentro de un razonamiento completamente diferente”,⁵ con lo cual quiere decir que, si bien se trata de la misma idea, es empleada de manera distinta en cada caso.

Así, en la cita aristotélica la “insolencia de las mujeres” se refiere a la falta de buen trato que las mujeres del círculo del tirano puedan tener con otras mujeres (o terceros en general). Es decir, finalmente, más allá del monarca y su persona, es el principio tiránico lo que se ha esparcido hacia el resto de las partes del Estado, de modo que es la causa eficiente que explica y determina todo lo demás.

Por otro lado, Maquiavelo ilustra la referencia aristotélica sobre las ofensas por parte del tirano hacia las mujeres de otros hombres a partir de tres ejemplos, el de la ciudad de Ardea, que se ve dividida en dos facciones, nobles y plebeyos, a partir de un desacuerdo familiar por el desespose de la hija; el de los decenviros y su intento por raptar a Virginia, hija del centurión Lucio Virginio, hecho que produce el fin de dicha dinastía con la caída del tirano Apio Claudio Craso; y el del último monarca de Roma, Tarquino, “el soberbio”, que violó a Lucrecia, hija de Lucrecio Tricipitino, precipitando con ello su derrocamiento.

No obstante, en este capítulo, en donde Maquiavelo menciona a Aristóteles e intenta hacer uso de su teoría política, el florentino se equivoca dos veces al momento de dar con la causa de la ruina del Estado. Primero cuando dice que es por causa de las mujeres, tal y como puede observarse en el título del capítulo, así como en el siguiente pasaje del mismo: “En este acontecimiento hay muchas cosas que observar. Se ve primero que *las mujeres han sido causa de muchas ruinas*, ocasionando gran daño a

los que gobiernan pueblos, y en éstos, muchas divisiones.”⁶ Y segundo, cuando se refiere a Aristóteles para afirmar que la causa de la ruina del Estado es “ofender a los hombres, atentando contra las mujeres.”⁷

Empero, el pasaje aristotélico del libro V de *Política* al que hace referencia Maquiavelo para dar forma a sus consejos principescos, no tiene que ver en realidad con las mujeres, sino con la insolencia y la persona del tirano, que es causa de la cólera de sus súbditos, provocando con ello su deseo de venganza⁸: “... y en general la mayoría de los encolerizados atacan por venganza, pero no por la supremacía.”⁹

De modo que Maquiavelo confunde dos cosas. En primer lugar, el ultraje a la mujer, que es una de las muchas consecuencias producidas por la insolencia tiránica¹⁰, con la insolencia misma, colocando (al ultraje) a las mujeres de los súbditos como la causa de la ruina del Estado.

En segundo lugar, la ofensa con la insolencia. Esta diferencia no es menor, ya que la insolencia es una muestra significativa de los vicios del tirano, de su desvergüenza, intemperancia y petulancia; de tal manera que no se trata simplemente de una ofensa *per se*, sino una muestra del temperamento propio de éste.

A saber, Maquiavelo pierde de vista algo que para Aristóteles es muy claro: en el terreno político no se puede actuar con acierto sin valerse de cierta disposición de carácter.¹¹ Que no es otra cosa que la premisa según la cual la ética es principio de la política,¹² o dicho de otra manera, la segunda es consecuente con la primera, en tanto que un talante intemperante, tiránico, siempre devendrá en un mando del mismo género, particularmente, en el desprecio del tirano hacia sus súbditos, hecho que tiene como resultado la ira y el deseo de venganza de éstos.

En este sentido, el carácter del tirano no es una máscara que pueda cambiarse a voluntad, sino que tiene un fundamento ético, que en este caso solamente puede ser moderado o contenido externamente mediante reparos y observaciones por parte de los más astutos y prudentes miembros del círculo cercano al tirano, es decir, lo que vendrían a ser precisamente quienes salvaguardan la tiranía. Claro, eso sucederá

siempre y cuando el tirano sepa escuchar el consejo de sus allegados, algo menos que poco probable.

Por lo tanto, si bien las salvaguardas pueden atenuar la dominación tiránica y acercarla más a un gobierno propiamente dicho, no terminan por ser suficientes para reformar la raíz misma del carácter del tirano, que se encuentra en la costumbre y la educación, y, lógicamente, tampoco lo serán para modificar la naturaleza del régimen en cuestión.

En definitiva, para Maquiavelo pasa inadvertido el hecho de que la querrela entre nobles y plebeyos que él utiliza al principio del capítulo para ilustrar la idea de Aristóteles, no es atribuible a una insolencia contra la mujer, ni por parte de la mujer, sino a la falta de cuidado, principalmente de una autoridad, para dar buen cauce a un conflicto familiar que por sus características terminó por envolver a cuantiosas e importantes personas del Estado, al grado de comprometer la libertad de la ciudad por solicitar la intervención extranjera de volsgos y romanos.

Como bien menciona Aristóteles, ese tipo de conflictos solamente en apariencia son de la menor importancia, ya que "...en las revoluciones las ocasiones pueden ser insignificantes, pero están en juego grandes intereses. Incluso las nimiedades son más importantes cuando conciernen a los gobernantes... En general, cuando los notables se pelean, toda la ciudad se ve implicada."¹³

De igual manera, en los casos de Virginia y Lucrecia, no es a ellas a quien hay que atribuirles el motivo de la caída de los tiranos romanos, sino a la insolencia de éstos, que las ultrajaron y las deshonraron, a ellas y a sus familias, provocando sin reparo alguno la ira y la venganza por el acto criminal.

Por lo tanto, no es lo mismo que la causa por la cual sucumbe una tiranía tenga como origen la insolencia del tirano o de mujeres cercanas que imitan al tirano (aspectos que, de observarse, pueden salvaguardar la tiranía), que la mujer misma, vuelta chivo expiatorio de los males monárquicos por el florentino.

De cualquier manera, en este caso la ruina de la tiranía no tiene que ver tanto con factores externos que puedan producir la caída del monarca, como con la manera en que el talante de éste (llámese desenfreno sexual, llámese *akolasia*) y de aquellos que lo emulan, debe ser atemperado y contenido en la medida de lo posible para evitar que sea la exacerbación de ese carácter, ya de por sí perdido en los linderos del vicio, lo que lo lleve a ceder el poder que ejerce tiránicamente. Es por eso que dichas centinelas, como bien acierta en decir Aristóteles, terminan por suavizar a la tiranía, haciéndola un régimen menos bestial e inhumano de lo que podría resultar de estar completamente a la deriva.

El capítulo XXVI de los *Discorsi* muestra con mayor transparencia que ningún otro el plagio que el florentino hace de la obra aristotélica en materia política. Sin embargo, a pesar de que éste tergiversa deliberadamente la teoría y las categorías del estagirita, no logra entenderlas cabalmente, o precisamente la tergiversación es producto, además del oportunismo, de la ignorancia.

A la lista de simulacros aristotélicos debemos añadir otro más de la misma obra de Maquiavelo, éste del capítulo VI, que lleva de título "De las conjuraciones"¹⁴. Ahí el secretario florentino establece una diferencia según el objetivo al que las conjuras se encuentran dirigidas:

Entrando en materia, lo primero que debemos examinar es *contra quién se forma la conjuración, y veremos que es, o contra la patria, o contra un príncipe*.¹⁵

Este pasaje, como muchos otros que aquí se exponen, encuentra su parangón, de aliento antiguo y duradero, en *Política*, libro quinto, capítulo décimo:

Por injusticia, por miedo y por desprecio, atacan a las monarquías muchos de sus súbditos; y entre las causas de injusticia, especialmente por insolencia y a veces también por el despojo de los bienes particulares... *Los ataques unas veces son contra la persona de los gobernantes y otras contra su gobierno. Los provocados por la*

insolencia van contra la persona. Pero como la insolencia tiene muchas variedades, cada una de ellas es causa de la cólera, y en general la mayoría de los encolerizados atacan por venganza, pero no por la supremacía.¹⁶

Nótese no solamente la similitud en el tema en cuestión, las injurias en contra del tirano, sino el tratamiento del mismo, particularmente el método que habrá de proseguir Maquiavelo, el cual consiste en distinguir aquellos casos en los que el ataque es contra el príncipe y aquellos en donde se dirige a la patria. En uno y otro caso la distinción obedece, funcionalmente, a la misma que establece Aristóteles, es decir, contra la persona o contra el gobierno, contra el monarca o contra la monarquía.¹⁷

Igualmente, el capítulo adquiere especial relevancia cuando notamos que, al igual que Aristóteles, Maquiavelo hace uso de un extenso acervo de ejemplos históricos de la Antigüedad que puedan ilustrar sus ideas. Por su parte, el libro V es en donde más ejemplos históricos encontramos en *Política*.

No obstante, en donde mayormente podemos encontrar el espíritu aristotélico es en *El Príncipe*. No deja de saltar a la vista una y otra vez su trasfondo clásico que, infortunadamente, pierde su luz por las no pocas tergiversaciones de las que es víctima. A saber, son varios los capítulos de esta obra en donde Maquiavelo habla de la insolencia y las conjuraciones que deben observarse en un principado para evitar provocar el odio y el desprecio entre sus súbditos.¹⁸

En el capítulo XIX, “De qué modo se deba evitar el desprecio o el odio”¹⁹, Maquiavelo prosigue su investigación sobre aquello de lo cual el príncipe debe estar prevenido si lo que desea es evitar ser atacado, particularmente, de provocar odio o desprecio entre sus súbditos, que no es otra cosa que los medios de conservación de la monarquía en razón de las causas que la destruyen, ambos de raigambre antigua:

Dado que ya he hablado de las más importantes de las propiedades mencionadas anteriormente, voy a examinar las restantes de manera

más breve, al hilo de la máxima siguiente: *que el príncipe se cuide, como en parte ya se dijo, de evitar todo aquello que le genere odio o desprecio.*²⁰

Mientras tanto, acá encontramos el planteamiento original, autoría del heleno:

*Dos son las causas por las que principalmente se ataca a las tiranías: el odio y el desprecio. Uno de ellos, el odio, se da siempre en el caso de los tiranos, pero muchos derrocamientos se producen por desprecio.*²¹

El pasaje aquí mostrado de Maquiavelo deja ver las dos pasiones, odio y desprecio, que, de acuerdo con Aristóteles, son las causas principales por las cuales se ataca a las tiranías, no obstante que la segunda no sea exclusiva de éstas. Particularmente, Maquiavelo las utiliza para prevenir de manera instructiva al príncipe de ser el blanco de dichas pasiones.

Además de no hacer mención alguna de la fuente original de la cual extrae la base de su instrucción principesca, el texto del florentino tiene modificaciones no menores sobre el sentido original de la teoría aristotélica. Por ejemplo, mientras que Aristóteles menciona claramente que el objeto del ataque pasional es el tirano, Maquiavelo borra por completo la frontera entre realeza y tiranía para enfrascar ambas formas, una de gobierno y otra de dominación, en una sola categoría: el principado.

De modo que para Maquiavelo el carácter de éste y, por lo tanto, el principio de gobierno de la monarquía, suele ser ambiguo, incluso indiferente, lo cual no es cosa menor, ya que esto tiene implicaciones al momento de entender por qué logran o no conservarse las monarquías, ya sea en su forma real o en su forma pervertida.

Por otro lado, Aristóteles menciona que si bien el odio²² corresponde siempre a los casos en donde se ataca a los tiranos, el desprecio incluye a los derrocamientos en general, a tantos de ellos como formas de desprecio puedan existir. De tal forma que esto incluye a las monarquías en general, en especial a aquellas en donde el poder

ha sido heredado, lo cual sugiere, en este contexto, que no solamente no lo han conquistado por sus propios méritos, sino que quienes las presiden no son lo suficientemente aptos ni dignos para mantenerlo; razones por las cuales son objeto de desprecio.

Lo que realmente deja ver la teoría política clásica, cuyo artífice es el estagirita, es que el desprecio es una señal inequívoca de la corrupción monárquica, que en las realezas anuncia una degradación en su antítesis, una *corruptio optimi pessima*.²³ Más aún, es una clara señal de que la monarquía en cuestión no merece más el nombre de realeza. Esto es así porque la virtud del monarca ha dejado de ser cualitativamente superior a la del resto, y esto incluye un menoscabo del monarca con respecto a sí mismo y con respecto a su antecesor; o porque la manera misma con la que logró hacerse con tal título no corresponde al carácter de un monarca real en absoluto.²⁴

De suerte que una tiranía logrará salvaguardarse de los ataques cuando acierte en menguar los vicios que animan el carácter intemperante del monarca (y, por consiguiente, el ser objeto de semejantes ataques), y no al revés, exacerbándolos a base de medidas aún más imprudentes, lo cual se resume en la siguiente sentencia aristotélica: "... igual que un modo de destrucción de la realeza es hacer su oficio más tiránico, así un modo de conservar la tiranía es hacerla más real..."²⁵

De ahí que no sea suficiente con aparentar ser virtuoso o menos malicioso, papel encomendado al príncipe por Maquiavelo, sino hacer florecer y desplegar dicha virtud en la práctica, ya que tanto en la ética como en la política la simulación no hace las veces de aptitud.

En definitiva, en las observaciones maquiavélicas sólo prevalece la preocupación por conservar el poder, independientemente de la forma de vida política que se pierde, se mantiene o se obtiene de lograr dicha hazaña. Poco o nada vale la instrucción para el príncipe de conservar el poder si se pierde de vista toda la arquitectura constitucional que ello implica.

En suma, todo este plagio abierto y deliberado no solamente deja sin valor alguno a los títulos y reconocimientos que se le conceden a Maquiavelo actualmente como descubridor y gran teórico de la política, sino que dicho robo se suma a la manipulación teológica y a la alteración ideológica perpetradas en contra del trabajo del estagirita durante más de mil años, hasta pasado el Renacimiento, por parte de la Iglesia católica.

Notas

¹ Marcos, Patricio (2011), *op. cit.*, p. 68.

² *Come per cagione di femine si rovina uno stato.*

³ Aristóteles, *Política*, V, 11, 1314b 23-28. Trad. 1984.

⁴ *Discursos*, III, XXVI, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 1079.

⁵ Falzone, Paolo (2014). *op. cit.*

⁶ *Discursos*, III, XXVI, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 1079.

⁷ *Idem.*

⁸ Como bien señala Marcos siguiendo a Aristóteles en su *Retórica*, el origen de la ira no puede entenderse sin el desprecio de aquel al que no le corresponde actuar en nuestra contra con semejante talante, en este caso, a un monarca en contra de sus súbditos. Marcos, Patricio (1993), *op. cit.*, p. 189. En consecuencia, la insolencia aparece ahí donde hay un desprecio del otro; y la ira "especialmente suele aparecer en los ánimos debido a la insolencia." Aristóteles, *Política*, V, 10, 1312b 33-35. Trad. 2014.

⁹ *Ibid.*, 1311a 15.

¹⁰ En el libro V de *Política* (particularmente 1310b a 1313a) Aristóteles menciona por lo menos trece ejemplos de insolencia tiránica, de los cuales solamente dos derivan en ultrajes hacia las mujeres de los súbditos.

El primero es "...el atentado contra los Pisistrátidas surgió del deshonor público hacia la hermana de Harmodio y del insulto hacia su persona. Atacó al tirano por el bien de su hermana, y Aristogeiton se unió al ataque por el bien de Harmodio." *Idem.* Aunque Manuela García Valdés demuestra que el propio Aristóteles señala en *Constitución de los atenienses* que la verdadera causa de la caída de los Pisistrátidas fue un conflicto amoroso.

Y el segundo es el caso de Evágoras de Chipre, que "...fue asesinado por un eunuco que se vengó de un ultraje; porque su esposa había sido raptada por el hijo de Evágoras." *Ibid.*, 1311b 16.

¹¹ "Puesto que nuestro propósito es hablar de asuntos que tienen que ver con el carácter, debemos preguntar primero de qué rama es el carácter. Para hablar concisamente, entonces, parecería ser una rama de nada más que el arte de gobernar. Porque no es posible actuar en los asuntos del Estado a menos que uno sea de cierta clase, es decir, bueno. Ahora bien, ser bueno es poseer las excelencias. Por lo tanto, para actuar con éxito en los asuntos de Estado, hay que tener buen carácter. El tratamiento del carácter es entonces, como parece, una rama y punto de partida del arte de gobernar. Y en su conjunto me parece que el tema debería llamarse correctamente, no Ética, sino Política". Aristóteles, *Magna Moralia*, 1181a 25 a 1181b 25. Trad. 1984. Referencia extraída de Marcos, Patricio (2012), Tomo 1, *op. cit.*, p. 67.

¹² *Idem.*

¹³ El error, en todo caso, dice el estagirita, está en el principio, ya que "un error al principio, aunque bastante pequeño, guarda la misma proporción con los errores en las otras partes." Aristóteles, *Política*, V, 4, 1303b 26-33. Trad. 1984 Podemos encontrar esta misma idea sobre el tratamiento e intervención sobre los males del Estado, aunque desarrollada de otra manera, más cercana a Lucrecio, en el capítulo III de *El Príncipe*: "Y es que, cuando se los prevé a tiempo (los males del Estado), el remedio es fácil, pero si se espera a que se te echen encima, la medicina no servirá, porque el mal se habrá vuelto incurable. Sucede aquí como dicen los médicos del enfermo de tisis, que en los inicios su mal es fácil de curar y difícil de conocer, mas con el pasar del tiempo, al no haber sido ni conocido ni medicado, se vuelve fácil de conocer y difícil de curar. Eso mismo ocurre en los asuntos de Estado: conocidos con antelación, lo que sólo es dado a alguien prudente, los males que en él surgen pronto sanan; pero cuando, por desconocimiento, se les deja crecer al punto de hacerse evidentes para todos, ya no cabe ningún remedio." *El Príncipe*, III, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, págs. 215 y 216.

¹⁴ *Delle congiure.*

¹⁵ *Discursos*, III, VI, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 982.

¹⁶ Aristóteles, *Política*, V, 10, 1310b 13-15. Trad. 2014. En este caso hemos decidido seguir la traducción de Manuela García Valdés, ya que la palabra injuria, en lugar de *insult* (traducción de Jowett al inglés), tiene más cuerpo y sentido en el idioma español.

¹⁷ Recordemos que, proporcionalmente, el monarca es representativo de todo el Estado; en otras palabras, es la parte y el todo. De ahí que, como afirma Patricio Marcos, la expresión de Luis XIV cobre sentido: *¡L'État c'est moi!* Marcos, Patricio (2012), Tomo 2, *op. cit.*, p. 976.

Un rasgo particular de la ideología regicida, tiranicida y monarcómaca es, en no pocas ocasiones, el de ser incapaz de diferenciar entre la persona del monarca y la institución monárquica. Algo similar sucede en la teoría psicoanalítica lacaniana cuando se habla de la diferencia entre la función simbólica paterna y la persona que encarna esa función.

En los casos de psicosis, por ejemplo, el afectado sufre algo que Lacan denominó como forclusión, un término que el francés toma prestado del Derecho (el cual se refiere a la ejecución de un embargo hipotecario, es decir, la negativa definitiva al deudor hipotecario para poder saldar su deuda voluntariamente) para denominar cómo, a diferencia del neurótico y el perverso, en el psicótico el padre es rechazado a tal grado que ni siquiera logra ser integrado e identificado mediante una represión; o dicho de otra manera, no solamente ha sido rechazado, sino que ha sido expulsado de manera definitiva del inconsciente; a saber, doblemente rechazado.

En su análisis del caso de psicosis de Daniel Paul Schreber, Morton Schatzman muestra cómo es que este jurista experimentaba sus recuerdos como si se tratasen de impresiones vivas, así como su incapacidad para diferenciar el verdadero e inalcanzable origen de su enfermedad, ubicado no en Dios, sino en su padre, por quien había sido torturado durante toda su infancia: “*recuerda*, en algunos casos con absoluta precisión, cómo le trataba su padre, pero piensa que *percibe* hechos sucedidos en el presente, cuyos agentes imagina que son Dios, los rayos, homúnculos, etc.” Schatzmann, Morton (2014). *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*. España: Siglo XXI, p. 56,

Su incapacidad para relacionar a nivel consciente las reminiscencias con los recuerdos, más aún, las circunstancias particulares en las que estos se generaron, empezando por el agente que las provocó (ver Aristóteles, *Ética nicomáquea*, III, 1, 1110b30 a 1111a1 y ss.), y dejar de experimentarlas como impresiones del presente causadas por una deidad, se debe, de acuerdo con la hipótesis de Schatzmann, a la fuerte prohibición impuesta por el padre a su hijo de no albergar sentimientos de amargura o resentimiento contra él, la cual, en definitiva, fue el catalizador de la psicosis.

¹⁸ Capítulos XVI, XVII y XIX.

¹⁹ *De contemptu et odio fugiendo*.

²⁰ *El Príncipe*, XIX, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 293.

²¹ Aristóteles, *Política*, V, 10, 1312b 32, Trad. 2014. Hemos decidido nuevamente optar por la traducción de Manuela García Valdés por ser más oportuno el uso de los términos odio y desprecio.

²² En donde se incluye a la ira, no obstante que, como dice el de Estagira, ésta no siga a la inteligencia por estar motivada por el dolor y ser enteramente pasional; a diferencia del odio, que suele ser premeditado y se vale de la razón para dar cauce al deseo, ya arraigado en el alma, de causar un mal. Mientras que aquella busca provocar el mismo pesar que le aflige al objeto causa de su malestar, aquel pretende, encima de causarle daño al objeto de antipatía, hacer que deje de existir.

De modo que además de poder curarse con el tiempo, quien se encuentra poseído por la ira mantiene la capacidad de compadecerse con quien le ha ultrajado; caso contrario a lo que sucede con el odio. Ver *Ibid.*, 1312b 33 y 34; y Aristóteles, *Retórica*, 1382a 1-15. Trad. 1984.

²³ Debido a la dificultad que ello supone, la historia nos muestra escasos ejemplos en donde la *politeia*, o estado político propiamente dicho, haya podido restablecerse después de una forma corrupta de gobierno. Baste con mencionar el caso de la república ateniense del siglo V, que termina con la tiranía pisisrátrida tras lograr conjuntarse las pocas familias nobles, que habían sobrevivido a la plutocracia y a la tiranía precedentes, con la clase libre. Marcos, Patricio (1997), *op. cit.*, págs. 159 y 261. Así como la república en México de la primera mitad del siglo XX, que pone fin a la tiranía porfirista de más de tres decenios.

²⁴ A los reyes heróicos de los pueblos de la antigüedad y la Edad Media se les otorgaba el título de gobernantes mediante la aclamación popular. Este distinguo era un reconocimiento de su superioridad, especialmente de su valía y nobleza para emprender las grandes hazañas que protegieron y salvaron a sus pueblos. Aristóteles menciona los casos de Codro, rey legendario de Atenas que evitó la invasión de los dorios; y de Ciro, que liberó a los persas de la esclavitud de los medos; entre otras situaciones similares, como fundar pueblos o conquistar territorios. En palabras del estagirita: "Y así, como iba diciendo, la realeza se corresponde con la aristocracia, pues se basa en el mérito, ya sea del individuo

o de su familia, o en los beneficios conferidos, o en estas pretensiones con poder añadido. Pues todos los que han obtenido este honor han beneficiado, o han tenido en su poder beneficiar a estados y naciones.” Aristóteles, *Política*, V, 10, 1310b 31 y ss. Trad. 1984.

²⁵ *Ibid.*, V, 11, 1314a 34-36. Paolo Falzone hace una observación muy puntual al respecto: “La adopción de estas medidas (hacer más real el poder tiránico) encuentra obviamente un límite en la necesidad de no socavar la fuerza militar y el aparato coercitivo que son el “fundamento” del poder tiránico, y sin los cuales el tirano no estaría en condiciones de someter a los súbditos rebeldes a su dominio; es decir, perdería el carácter de tirano, que consiste precisamente en gobernar tanto a los que lo quieren como a los que no.” Falzone, Paolo (2014), *op. cit.* En efecto, el objetivo del tirano es conservar el poder, no ejercerlo más humanamente, no obstante que para conseguir lo primero necesite de lo segundo (por más involuntario e incidental que ello resulte).

3.6. La naturaleza de la virtud frente a la fortuna y la prudencia

Recapitulando algunos puntos previos tenemos que uno de los interlocutores literarios privilegiados de Maquiavelo, aun cuando se encuentra astutamente velado, es Aristóteles. Aunque las referencias explícitas al estagirita en la obra del florentino solamente sean tres, existe una serie de tópicos aristotélicos que se hallan a lo largo y ancho de la obra de aquel.

Así, por ejemplo, las salvaguardas o centinelas del Estado, ya presentes en Platón y en Aristóteles, se convierten en un tema de reiterada reflexión en Maquiavelo, a tal grado que, de la mano de su compatriota y amigo Francesco Guicciardini, se reinventan y redefinen bajo el nombre de *ragioni di stato*, una versión de aquellas que aunque no es más elaborada teóricamente hablando, no deja de ser desafiante a los tiempos que corren en la península itálica, en tanto hay un serio intento de dar a luz a un nuevo pensamiento político con total independencia de la tradición escolástica con la que el Renacimiento rompía definitivamente; claro, todo ello con el riesgo de torcer por completo la teoría aristotélica.

Los extractos aristotélicos de los que hace uso el secretario florentino son los libros IV, V y VI de *Política*¹ en donde Aristóteles trata el tema de la tiranía, aunque sea solamente de pasada y por cuestiones de formalidad teórica, “no porque haya que decir mucho de ella, sino para que reciba su parte”² en la investigación procedente. De este modo, es notable, como ya lo habría advertido el averroísta y contemporáneo de Maquiavelo, Agostino Nifo, en su obra *De regnandi peritia*, que la fisionomía y el tema central del *Principatibus* no es otro que el de las salvaguardas de la tiranía.

Si bien la mayoría de los tópicos referentes a la obra del griego apuntan a *Política*, no hay que perder de vista que el espíritu renacentista de Maquiavelo lo lleva a redescubrir la oposición, ya clásica, entre virtud y fortuna. En realidad, tal oposición consiste en un método dialéctico del cual hará uso a lo largo de su obra para explicar cómo es que la virtud funciona a un nivel personal y colectivo: así, sin la ocasión para demostrarla, se pierde la virtud del ánimo, y sin la virtud del ánimo, la ocasión se habría dado en vano.³

Como bien menciona el traductor más importante de Maquiavelo al castellano, Juan Manuel Forte Monge, la reincorporación de la dupla virtud-fortuna en la teoría maquiaveliana implica una ruptura con la tradición escolástica, en tanto la fortuna, como una fuerza impetuosa, desprovista de cualquier intencionalidad y supraconsciencia, sustituye a la providencia cristiana. Igualmente, agrega el experto, puede deberse a la manera en que como diosa de la prosperidad mercantil y financiera empezaba a representarse la fortuna en pleno ascenso de la burguesía toscana.⁴

El fragmento que más claramente expresa en qué consiste la virtud para Maquiavelo pertenece al capítulo XV de *Il Principe*, escrito bajo el título de “De las cosas por las que los hombres, y sobre todo los príncipes, son alabados o vituperados”:

*...necesita aquel (el príncipe) ser tan prudente como para evitar incurrir en los vicios que lo privarían del Estado, y preservarse de los que no se lo quiten mientras ello sea posible; más cuando no lo sea, cabe actuar con menor comedimiento. Y no le preocupe entonces la fama que da el practicar los vicios sin los que la salvaguardia del Estado es imposible, pues si se considera todo debidamente, se hallará algo que parecerá virtud, pero que al seguirlo provocará su ruina, y algo que parecerá vicio, pero que al seguirlo le procura seguridad y bienestar.*⁵

Aquí encontramos una clara ruptura con la tradición clásica, principalmente con el aristotelismo y el estoicismo.⁶ Las virtudes no son más una cuestión de servirse prudentemente, es decir, en función del principio rector de la inteligencia, del placer y del dolor que acompañan a las acciones humanas y a sus objetos de elección; tampoco se trata, como en el estoicismo, de una virtud que responda interiormente a una fortuna exterior⁷, transformando el razonamiento y redirigiendo con ello el deseo propio.

Más bien, en Maquiavelo la prudencia se asemeja a un uso certero de las pasiones, que se encuentran atadas a la ambición y la determinación. De suerte que la prudencia deja de ser tal para convertirse en sagacidad provista de ímpetu. En este sentido, la oposición del florentino a las escuelas filosóficas precedentes incluye también un rechazo a la “exaltación cristiana de la humildad y del padecimiento”⁸.

La importancia de la virtud maquiaveliana no se centra en que el que ejecute las acciones que están encaminadas a lograrla, se encuentre en “cierta disposición al hacerlas”⁹, sino que sea la fortuna la que disponga la manera en que habrá de proceder para ser virtuoso o no. Más aún, la prudencia y la virtud no se traducen en un buen o mal gobierno del alma individual y colectiva, sino que serán consideradas virtudes aquellas que permitan preservar al Estado, y viceversa, serán vicios aquellos que no lo permitan; lógica que se ejemplifica a la perfección en este pasaje de los *Discursos*:

...los hombres aislados o las ciudades enteras cometen a veces hechos punibles contra el Estado, y que el príncipe se ve precisado a castigarlos por seguridad propia y para que el castigo sirva de ejemplo. Lo honroso es saber y poder castigar a los culpados, no el poderlos contener a costa de mil peligros. El príncipe que no castiga a quien delinque de manera que no pueda volver a delinquir, es tenido por ignorante o cobarde.¹⁰

Aquí es observable cómo es que el honor del príncipe no se encuentra supeditado a su capacidad para ejercer correctamente la justicia, es decir, a aplicar un castigo en función del agravio, sino que es honroso aquel príncipe que aplica un castigo que no implique una futura venganza en su contra y, por lo tanto, un atentado directo contra el Estado. De modo que la prudencia maquiaveliana obedece no a la razón a secas, a la parte racional del alma, sino a la *ragion di stato*.

Vemos aquí, nuevamente, un distanciamiento que, como epígono de la Antigüedad, Maquiavelo toma con respecto a Aristóteles. Mientras que la ecuación clásica de la vida virtuosa no puede ser entendida sin la variable de la felicidad, la ética

maquiaveliana se encuentra supeditada a otro fin, que es la salvaguarda del Estado. De ahí que ser buen o mal príncipe no se entienda sin ese horizonte de dominación. Para el toscano, en este caso decididamente moderno antes que renacentista, la ética o *arte dello stato* sigue estando en función de la vida colectiva, pero no en función de su felicidad, sino de su conservación, al menos a lo que al poder de uno se refiere.

Siguiendo una línea estrictamente aristotélica, al no encontrarse supeditadas al uso de la prudencia y la inteligencia, además de ser altamente impredecibles por no guardar ninguna clase de justicia o proporción más que aquella que permita la conservación del Estado, las virtudes en Maquiavelo pertenecerían, en todo caso, al dominio del azar, ya que "...donde hay más razón e inteligencia, hay menos azar; y donde hay más azar, hay menos inteligencia."¹¹

Dicho de otra manera, la virtud maquiaveliana, al no encontrarse por principio dentro del dominio individual, hace que la capacidad para complacerse o contristarse¹² se dé, si no es que por determinación de la fortuna que corre según los tiempos, al menos sí como una respuesta, consecuencia o acción de segundo orden. A saber, el motor de la acción es desplazado del agente, en este caso el príncipe, hacia un elemento externo, que es la fortuna.

Empero, no corresponde al vicio ser analizado desde una cuestión de buena o mala fortuna. Por principio, en sentido retrospectivo, obedece al orden de la ética, es decir, al carácter, el cual responde a la costumbre, que tiene origen en una buena o mala deliberación, más específicamente, en aquella que atañe a las decisiones fundamentales de la vida. Por lo tanto, no es externo ni azaroso el motivo que hace ser al príncipe de una manera u otra, sino que se encuentra en él mismo.

Notas

¹ Principalmente el libro V.

² Aristóteles, *Política*, IV, 10, 1295a1. Trad. 2014. Al respecto, Patricio Marcos agrega lo siguiente: “Bien dice Aristóteles que sobre las tiranías no hay mucho que decir... No vale la pena dedicarles más que lo indispensable en las narraciones históricas... Entre los autores antiguos hay consenso respecto del tratamiento debido a estos nuevos monarcas en los otrora estados griegos. La expresión más común de esta postura consiste en pasarlos por alto tal y como lo hace el propio Plutarco, quien no dedica a Pisístrato ninguna biografía, como lo hace el mismo Aristóteles, quien sólo menciona lo estrictamente indispensable para transmitir relatos bien hilvanados sobre las cosas pasadas. La otra expresión de esta postura consiste en lanzarse a condenas exhuberantes, como ocurre con Platón, discípulo del sileno Sócrates”. Marcos, Patricio (1997), *op. cit.*, págs. 141 y 142.

³ *El Príncipe*, IV, en Maquiavelo (2019). *op. cit.*, págs. 229 y 230.

⁴ Maquiavelo (2019). *op. cit.*, p. 134.

⁵ *El Príncipe*, XV, en Maquiavelo (2019). *op. cit.*, págs. 278 y 279.

⁶ En este mismo capítulo, tal y como observa Strauss, al traer a colación el tema de las virtudes aristotélicas, se hace latente la crítica de Maquiavelo a dicha doctrina. Más aún, el total de la lista de virtudes en uno y otro, sin contar la justicia como tal, es de 10: “Este número nos recuerda el número de virtudes de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles (1106b33-1108b9), donde son enumeradas las 10 virtudes relacionadas con las pasiones... [No obstante,] ...su lista de 10 virtudes parece completamente carente de orden; por ejemplo, al enumerar las diversas virtudes y los correspondientes vicios empieza en cinco casos con la virtud y en cinco casos con el vicio... Nos sentimos tentados a decir que Maquiavelo invierte el orden de las dos tablas.” Strauss, Leo (1964), *op. cit.*, págs. 421 y 422

Hay que añadir que es Maquiavelo quien intenta superar la doctrina de las virtudes adaptándola a la razón de Estado. De modo que la virtud no es más un justo medio según la razón antropomórfica, sino esa otra razón, más instrumental que humana, que se torna ontológicamente superior. Eso explica que en numerosos pasajes de la obra del florentino encontremos las virtudes y los vicios clásicos entremezclados.

Es así que el concepto de justo medio desaparece para darle cabida al de *via del mezzo*, no más un referente de acción laudable, sino más bien reprochable: “De esto se deduce que los hombres no saben ser o completamente criminales o perfectamente buenos, y que, cuando un crimen exige grandeza de alma o lleva consigo alguna magnanimidad, no se atreven a cometerlo.” *Discursos*, I, XVII, en Maquiavelo (2019). *op. cit.*, p. 696. En este pasaje en donde el concepto de naturaleza humana maquiaveliana se hace presente, es notable cómo la magnanimidad no es más una muestra de la excelencia del alma, entendida esa excelencia como despliegue de todas las demás virtudes, sino como una muestra contundente de fuerza y de poder que permitan conservar el Estado.

Dicho término referente a la medianía se multiplica por toda la obra del florentino, no obstante que no siempre signifique lo mismo, ya que algunas veces puede significar, literalmente, el punto medio entre dos cosas (dos tipos de régimen, por ejemplo, *Discursos* I, VII, en *Ibid.*, p. 621). Principalmente podemos hallarla desglosada en *Discursos* (I, XIII): *Quanto i Romani nel giudicare i sudditi per alcuno accidente che necessitasse tale giudizio fuggivano la via del mezzo* (“Hasta qué punto los romanos, al juzgar a sus súbditos por cualquier incidente que requiriera tal juicio, evitaban la vía del medio”); así como en los capítulos XXVI y XXVII del mismo libro.

A diferencia de Aristóteles, en Maquiavelo la vía o término mesocrático no es en absoluto acertado por poder conducir a la ruina del Estado, o, mejor dicho, a la pérdida de poder y supremacía. De ahí que se le ubique próximo a un carácter mezquino: “Los hombres, sin embargo, escogen un término medio, que es perjudicialísimo, porque no saben ser ni completamente buenos, ni completamente malos.” *Discursos*, I, XXVI, *Ibid.*, p. 694.

⁷ *Ibid.*, p. 144.

⁸ *Idem.*

⁹ Aristóteles, *Ética nicomáquea*, II, 4, 1105a30. Trad. 2014.

¹⁰ *Discursos* II, XXIII, en Maquiavelo (2019). *op. cit.*, p. 917.

¹¹ Aristóteles, *Magna Moralia*, II, 8, 1207a 2-5. Trad. 1984.

¹² Aristóteles, *Ética nicomáquea*, II, 3, 1105a8. Trad. 2016.

3.7. La volatilidad de las virtudes maquiavélicas o el solapamiento de los vicios políticos

Según lo demuestra la teoría aristotélica de los vicios y las virtudes, no es posible pasar del vicio a la virtud y viceversa, al menos no como si se tratase de un juego de máscaras. Esta suposición según la cual el príncipe habrá de valerse de todos los medios posibles para perfeccionar su arte del Estado, en todo caso no implica el ejercicio de la virtud, ya que el virtuoso mantiene una disposición prudente y moderada frente a los medios (bienes internos y externos) que le permiten alcanzar la vida buena; sino un descarrilamiento hacia la vida licenciosa de los vicios una vez que ha hecho de esos bienes (entre ellos el poder y el dinero) un fin en sí mismo.

La volatilidad del vicio hace que sea al mismo tiempo tan inestable, rotatorio y aleatorio. En sentido opuesto, las virtudes son, si se nos permite esta analogía, como un edificio o una pirámide cuya estructura o principio de solidez es la prudencia; un edificio en tanto cada una de las partes hace posible, más sólida y comprensible a la otra. Lo característico de una vida virtuosa es, por lo tanto, que la forma resultante del conjunto de sus excelencias sea una muestra de su complementariedad, progresividad y ascendencia. Por ejemplo, para ser alguien magnífico, es decir, poder hacer grandes gastos en vista de aquellas ocasiones que permitan lucir lo bello y lo bueno de la vida, es necesario poseer por descontado la virtud de la liberalidad, aquella que hace de su agente alguien libre en el gasto y adquisición de las riquezas, sin caer en el exceso de derrocharlas o de acumularlas.¹

Siguiendo la pista maquiaveliana, aunque sea solo para analizar el carácter volátil que éste imprime a lo que denomina virtudes, cabe preguntarnos lo siguiente: ¿no son los vicios correspondientes a una virtud, uno por defecto y otro por exceso, dos manifestaciones de una sola cosa, las dos caras de una misma moneda?

Tomemos como muestra el caso de la incapacidad de irritarse y de hacer uso de la ira. Bajo la dialéctica de los dos vicios que hemos planteado previamente, alguien con dicha incapacidad, con el vicio por defecto, podría tratarse realmente de un iracundo continente, es decir, una persona que ante el miedo de ser incapaz de manejar su

propia ira, ante la angustia que le produce imaginarse la magnitud que ésta puede llegar a alcanzar, así como las víctimas que ésta podría cobrarse, se contiene de no hacerla valer como un recurso de su carácter, a tal grado que además se convierte en un cobarde. También puede suceder que por una represión constante y continua, manifiesta en forma de castigo para su portador, la ira se termine exteriorizando de manera explosiva y fulminante. Este es, igualmente, el caso de un iracundo continente.

Podemos ver una situación como esta en el “Hombre de las ratas”, un paciente tratado por Sigmund Freud que representa la ambivalencia típica de la neurosis obsesiva, particularmente las manifestaciones de amor-odio hacia su padre y la culpa que de ello se desprende. Esta experiencia clínica condujo al vienés a escribir el famoso estudio de 1909: *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*, de donde extraemos el siguiente pasaje, bastante emblemático de la hipótesis que aquí hemos venido trabajando:

Él opina (el paciente) que la impresión de esta escena (de recibir un castigo físico por parte de su padre tras haberlo sorprendido masturbándose) debe de haber sido de duradera eficacia tanto para él como para el padre. Éste nunca más le pegó; pero él mismo deriva *una pieza de su alteración de carácter* de esa vivencia. *Por angustia ante la magnitud de su propia ira se volvió cobarde desde entonces.* Por lo demás, durante toda su vida tuvo una angustia terrible a los golpes, y se escondía lleno de horror e indignación cuando pegaban a alguno de sus hermanitos.²

Como puede observarse, la angustia del paciente freudiano inhibe su ira ante el miedo que le provoca el solo pensar que ésta pueda amenazar real o simbólicamente a su padre, es decir, matarlo. Dicho de otra manera, la salida psíquica ante el conflicto con su padre, ante la angustia que le provocan las posibles consecuencias que su enojo pudiera tener con su padre, fue inhibir su ira y adaptar una postura cobarde. Puede notarse aquí cómo, a partir de una deformación traumática del carácter, el estado

volátil de los vicios responde a deseos y acciones involuntarias, así como a los efectos contrarios y contraproducentes que se generan al intentar contenerlos.

Como el mismo Freud aclara en este caso clínico, la dialéctica que opera en el fondo de la psique o alma de este paciente y de muchos otros, es la adopción de una posición débil por huir del vértigo que genera la posición contraria.³ En este caso, la incapacidad de irritarse hace las veces de moneda de cambio de la iracundia, sin poder recaer, en ninguno de los dos casos, en el justo medio, es decir, en la mansedumbre.

Otro ejemplo⁴ similar lo encontramos en la virtud de la eutrapelia y sus vicios respectivos, la rusticidad y la bufonería. Al igual que en el caso de la ira, la *enkrateia* puede ser aquí un elemento clave para analizar la lógica del funcionamiento de ambos vicios. En este sentido, la dialéctica entre la deficiencia y el exceso indica que aquí el rústico es un bufón continente. Su nula habilidad para reír de lo que debe, cuando debe, donde debe, de la manera que debe, etc., podría estar provocada por el desatino que le genera el miedo a ser él el objeto de la burla, a no entender el objeto de la burla, o incluso ser incapaz de entender el sentido de ésta.

En caso contrario podría suceder que cierta clase de bufón sea el producto resultante de un rústico que, buscando la gracia de manera torpe y accidental, se termine convirtiendo en un payaso, en el objeto de burla en sí mismo por haberse precipitado obstinadamente en ser agraciado. Es decir, por no ser capaz de hallar hábilmente las situaciones para ser partícipe y protagonista de la diversión, y hacer de cualquier momento una posibilidad, aunque inoportuna, de diversión y entretenimiento (incluso si ello supone humillarse a sí mismo), torna la diversión en mero montaje. En todo caso, al igual que en el ejemplo anterior, la disposición de su carácter responde a haber elegido erróneamente o haber perdido la capacidad para hacerlo.⁵

En conclusión, de esta lectura de Maquiavelo a la luz de la teoría aristotélica pueden extraerse dos cosas. La primera de ellas es que el concepto de virtud puede ser interpretado como una reelaboración y distanciamiento de la tradición clásica (incluyendo aquí al estoicismo), así como del pensamiento cristiano, particularmente

la escuela escolástica. En este sentido, es cuestionable si los conceptos que emplea Maquiavelo, tales como prudencia y virtud, pueden aún mantener su sentido original al mismo tiempo que se pretende que sostengan una parte no menor de su teoría política.

La segunda de ellas es que esta reelaboración de Maquiavelo sobre la virtud y el vicio, aunque en un sentido completamente distinto, puede ser un parteaguas para estudiar la naturaleza volátil e itinerante del vicio en Aristóteles, así como las motivaciones de Maquiavelo para distanciarse de las teorizaciones clásicas y cristianas en esta materia, motivaciones que han permanecido veladas desde el Renacimiento hasta nuestros días, principalmente por debajo de una visión de la política supuestamente desprovista de la moral.

Notas

¹ Marcos, Patricio (2012), *op. cit.*, p. 923. Y Aristóteles, *Ética nicomáquea*, IV, 1.

² Sigmund, Freud (1992). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)*. Argentina: Amorrortu, p. 161.

³ *Idem*.

⁴ Pensemos también cómo puede extrapolarse esta dialéctica a la liberalidad, la prodigalidad y la avaricia. No son raros los casos en donde se pasa de la prodigalidad a la avaricia, especialmente ahí donde se ha padecido la pobreza en la infancia.

⁵ Al sesgo deliberativo Patricio Marcos añade el cognoscitivo, el cual consiste en que hallándose en uno de los dos extremos se es incapaz de percibir el justo medio; en su lugar, se le aprecia como el extremo contrario: “El pródigo, con deficiencia en el tomar y exceso en el dar (puesto que le cuesta poner un precio justo a su trabajo y cobrar por él), aparte de gastar más de lo que tiene, confunde la disposición liberal con la de un avaro, y generalmente los otros pródigos lo consideran generoso cuando en realidad es un perdido. Por su parte, el avaro incurre en el error opuesto, toda vez que si padece un tomar excesivo y una deficiencia en la dación, confunde al liberal con pródigo. Marcos (2011), *op. cit.*, p. 182.

Algo similar ocurre en el paso de la tiranía a la democracia, en donde la presura de la multitud por deshacerse no sólo del régimen monárquico corrompido en tiránico, sino de cualquier mando, parte de una confusión del régimen de uno, sea bueno o malo, con la persona del monarca (como ingeniosamente habría anticipado La Boétie en su *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*), de modo que hay un regreso precipitado hacia el libertinaje de la forma tiránica anterior, esta vez definitivo, no obstante que esta atronada respuesta por escaparse del dominio de uno solo, radique finalmente en un “tirano de mil cabezas” (Ver expresión en Marcos, Patricio, (2011), *op. cit.*, p. 124.), una verdadera Hidra de Lerna, un monstruo transformado en multicéfalo una vez que la primera cabeza le ha sido cercenada.

A saber, el más acabado libertinaje democrático poco o nada le envidia al tiránico, con la particular diferencia de que no es ya la voluntad de uno de donde deriva la ingobernabilidad y el mando despótico, sino de las mil cabezas que proliferan sin control, unas de otras, e imponen al unísono su deseo azaroso de deshacerse de cualquier mando por ser incapaces de diferenciar uno real de uno tiránico y, en consecuencia, huir compulsivamente de ambos. Dicho de manera simple, la democracia redundante en el mismo libertinaje del que intenta deshacerse una vez derrocado el tirano por partir de un juicio soslayado.

4. Maquiavelo, ¿un renacentista aristotélico de la política?

Por naturaleza un padre tiende a gobernar sobre sus hijos, los antepasados sobre los descendientes, un rey sobre sus súbditos.

Aristóteles. *Ética nicomáquea*.¹

Son nobles todas las acciones que son apropiadas al hombre que las realiza: si, por ejemplo, son dignas de sus antepasados o de su propia carrera pasada. Porque es una felicidad y una cosa noble el que él aumente el honor que ya tiene.

Aristóteles, *Retórica*.²

Aristóteles es la única gran figura de la filosofía y la literatura antigua que no ha tenido jamás un renacimiento.

Jaeger, Werner, *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*.³

4.1. Esencia y contra-esencia del Renacimiento

Queda por último responder a una de las preguntas iniciales con que se dio apertura, no solamente de manera retórica, sino realmente inquisitiva, al presente trabajo: ¿es Maquiavelo un renacentista de la política? La pregunta, como habrá podido prever el lector, es una provocación a estudiar a Maquiavelo según su tiempo, así como a no dar por sentado que el haber vivido en pleno Renacimiento lo convierte al espíritu de la época.

Antes bien, la pregunta intenta averiguar si el florentino atina en ser parte del movimiento y el espíritu cultural de la época o, por el contrario, si su obra y su quehacer político se dirigen justamente en la dirección contraria, hacia el horizonte de la modernidad. Podemos anticipar que esta pregunta no es fácil de responder aun contando con el vasto cúmulo de información que hemos trabajado, ya que la naturaleza del carácter y la obra de Maquiavelo suele contrariarse constantemente, sin ceder definitivamente hacia una sola postura, al menos no en apariencia.

Probablemente el mejor camino para responder a esta pregunta sea, en primer lugar, recordar la diferencia entre antiguos y modernos; en segundo lugar, definir qué es el Renacimiento y cómo es que se diferencia de otras épocas; y, finalmente, cotejar y analizar la vida y obra del florentino con los dos puntos previos.

Para entender a Maquiavelo y su obra, así como los interlocutores y las condiciones que hicieron posible su aparición, es necesario entender un conjunto de factores y variables de diversa índole, entre los cuales se encuentra el *zeitgeist* que rondaba por la península itálica desde finales del siglo XIV hasta finales del siglo XVI. Este espíritu inundó diversas competencias del quehacer humano, empezando por la política, la cual fue determinante sobre el resto de esas áreas.

Se puede decir con cierto grado de certeza que Jules Michelet y Jacob Burckhardt fueron los primeros historiadores en conceptualizar de una vez por todas lo que el advenimiento de esa nueva atmósfera humana supuso. A decir de ambos, se trataba de un *renacimiento* de la cultura grecorromana clásica y antigua; un renacer claramente opuesto y en ruptura con el clima medieval, del cual poco o nada hacían eco los nuevos aires y su porvenir.

De modo que, si algo estaba naciendo entre el Tirreno y el Adriático, renegaba de su lazo paterno, de la fuerte herencia cristiana y feudal que había avasallado al continente europeo durante varios siglos. Por el contrario, el Renacimiento italiano resultaba ser una respuesta reactiva, en abierta oposición a darle continuidad a las usanzas del medioevo, para mirar aún más atrás, hacia un antepasado más lejano en el árbol genealógico.

En su *Histoire de France*, Michelet hace una pequeña pausa literaria con claras intenciones ilustrativas para darle cuerpo e identidad propia a esta época ilustre en el uso de nuestro lenguaje; a ese periodo que las regiones galas solamente podían desear tener. Con una pluma clara, fina y precisa, detalla en qué consiste este espíritu renacentista, renovador del espíritu humano:

La dulce palabra Renacimiento no evoca para los partidarios de la belleza más que el advenimiento de un arte nuevo y el libre florecer de la fantasía. Para el erudito supone la renovación de los estudios de la Antigüedad; para los juristas, el día que surge del confuso caos de las antiguas costumbres. Pero ¿eso es todo? (...) Dos cosas, en

realidad, son propias en particular de aquellos tiempos: el descubrimiento del mundo y el descubrimiento del hombre...

Y verdaderamente profunda es la base de la fe de la nueva época, cuando la recuperada Antigüedad reconoce una identidad de sentir con la Antigüedad moderna, cuando el Oriente entrevistado tiende la mano a Occidente, y comienza en el espacio y en el tiempo la feliz reconciliación de los miembros de la familia humana.⁴

A pesar de que es claro el espíritu antiguo que motiva al Renacimiento, tal y como sugiere Michelet, su lugar en la historia de la humanidad obedece a un proceso dialéctico *sui generis*, ya que no se trata de una época en donde la premisa de su razón de ser se encuentre en un nuevo modo de hacer las cosas, sino en recuperar y revalorizar el pasado a través del presente.

Este regreso a los orígenes de los elementos más avanzados de la cultura occidental, ubicados en Grecia y en Roma, no suponía la instauración de algo inédito; antes bien, la verdadera avanzada se emprendía al hacer uso de lo viejo para resolver problemas de actualidad. En este sentido, a pesar de que los máximos representantes renacentistas habían logrado hacer escuela de viejas técnicas y saberes, lejos estuvieron de institucionalizarse en el ámbito político⁵ en vista de un proyecto más sólido que pudiera hacerle frente a la modernidad y sus avatares.

De ahí que el Renacimiento deba ser estudiado según un método político-histórico de tipo cíclico, radicalmente distinto al de uso moderno, tajantemente positivista y que goza de dominio total en las ciencias sociales contemporáneas. Empero, la reaparición del espíritu clásico bajo la voluntad renacentista, a pesar de proyectarse en obras sublimes y elevadas aspiraciones, puede considerarse una réplica de menor calado y de distinta naturaleza que su original.

Haciendo uso de aquella frase de Marx que da inicio al *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (inspirada en Hegel, el cual, a su vez, es deudor de la filosofía platónica), el Renacimiento sería la segunda aparición de un mismo evento en la historia de la

humanidad, esta vez no como tragedia, sino como farsa.⁶ La farsa del Renacimiento, de la que poco se habla por encontrarse velada no en el ámbito de la cultura y la técnica, sino en el de la política, es el trastocamiento de las virtudes aristocráticas en excesos propios de la plutocracia florentina, que como ya hemos expuesto con anterioridad, se expresan en la figura del mecenazgo.

Dicho de otra manera, el simulacro postmedieval aparece velado bajo la forma de viejos rituales aristocráticos, en tanto que su principio y naturaleza se encuentra no en la excelencia humana, sino en la consecución irrestricta de riquezas materiales.⁷ De modo que, a pesar de traer de vuelta toda una gama de artes o técnicas de incuestionable calidad antigua, la voluntad renacentista falla en lo más elemental, que es pasar por alto que el principio de vida a partir del cual éstas operan y al cual sirven, no es más de índole magnánimo.

Igualmente, el hecho de que la obra de Maquiavelo sea muchas veces inclasificable, se debe a que es una expresión sintomática y paradigmática de la época, no solo por enfrentar a la Florencia del siglo XVI con la Grecia y Roma clásicas, antes bien, por mostrar cómo es que el Renacimiento es un intersticio temporal entre dos épocas, una medieval, que como parte de su último suspiro intenta reconocerse ya no en el cristianismo, sino en sus raíces grecolatinas, de raigambre aún más profunda; y otra moderna, que empieza a vislumbrarse en las nuevas prácticas y costumbres comerciales, industriales y capitalistas. A saber, Maquiavelo ilustra a cabalidad lo dicho por su compatriota, Gramsci, en razón de aquello que conllevan las transiciones históricas: “La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en ese interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados.”⁸

En definitiva, el Renacimiento en su faceta más maquiaveliana hace las veces de farsa de la antigüedad grecolatina, resucitándola sólo para después dejarla morir lentamente y servirse de ella como preludeo de la modernidad. De ahí que entre una y otra época proliferen los tiranos en la península itálica en tanto bisagra temporal, apuntalando a las supremacías de la riqueza, empezando por la florentina, la veneciana y la genovesa.

Notas

¹ Aristóteles. *Ética nicomáquea*, IX, 11, 1161a17. Trad. 1984.

² Aristóteles, *Retórica I*, 9, 1367b 12-14. Trad. 1984.

³ Jaeger, Werner (2023), *op. cit.*, p. 14.

⁴ Michelet, Jules (1879). *Histoire de France*; vol. IX: *La Renaissance*. París, p. 9 y ss. Extraído de https://ddd.uab.cat/pub/recdoc/2005/81211/michelet_fernandez_a1879.pdf.

⁵ Recordemos que la naturaleza y duración del Renacimiento obedecen a factores extra artísticos y extraculturales. Es decir, si bien existen elementos específicos que lo caracterizan como un movimiento artístico y cultural, lo que realmente lo define y determina es el momento en el que se encuentra dentro de un ciclo político causal más profundo.

⁶ Recordemos que la tragedia es "...la imitación, no de los hombres, sino de las acciones y de la vida...". Aristóteles, *Poética*, 1450a15. Trad. 1984. Por el contrario, en la farsa se busca desenmascarar satíricamente, por medio del ridículo, el carácter oculto precisamente de la farsa en cuestión, es decir, de la realidad trucada.

⁷ El aburguesamiento de la nobleza y el ennoblecimiento de la burguesía es un tema recurrente en la historia de Occidente. En Inglaterra tras el avance de la industrialización y el capitalismo, este proceso histórico-dialéctico se expresó en el ascenso de la *gentry*, "prósperos terratenientes comerciantes con títulos de nobleza, pero sin antecedentes aristocráticos." Márquez, Jorge (2013). *Sociedad, violencia y poder*. México: Sítesa-UNAM, Tomo II, p. 255.

Puede apreciarse el mismo proceso en la Sicilia del siglo XIX, el cual es retratado con fidelidad en la icónica novela *Il Gattopardo*, de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, reproducida magistralmente en la pantalla grande por Luchino Visconti. La famosa frase pronunciada por el personaje Tancredi Falcone, un joven perteneciente a una familia noble siciliana en decadencia, sintetiza astutamente el espíritu de las *ragioni di stato*: "Si queremos que las cosas sigan igual, todo debe cambiar". Extracto novelesco que es complementado por este otro, de carácter maquiavélico, pronunciado por su tío, el príncipe de Salina: "El pueblo estaba exaltado con las victorias de Garibaldi (*Risorgimento*). El plebiscito era la única cura rápida para la anarquía. Para nosotros (los nobles) es el mal menor."

Tancredi y el príncipe resultan ser conscientes que para conservar su poder y su posición social (o al menos no perderlas del todo), será necesario, de entrada, apaciguar la sed revolucionaria del pueblo mediante un plebiscito, al mismo tiempo que emprenden una serie de negociaciones con la burguesía en ascenso, representada por Don Caloggero; negociaciones que llegan a su culmen con el matrimonio entre la hija de éste y Tancredi. En este sentido, no hay que perder de vista cómo una y otra clase social se mimetizan mutuamente, una por obligación y otra por fascinación, no obstante que al hacerlo la nobleza se condene a perecer en la permanencia de lo que prometía ser solo un camuflaje revolucionario pasajero.

De modo que la instauración de una monarquía constitucional en Sicilia, derivada de la unificación política en todo el país itálico en manos de Giuseppe Garibaldi, hizo las veces de puente entre el régimen aristocrático, de corte borbón, y el plutocrático. Al mismo tiempo, los camisas rojas y las multitudes enardecidas por el *Resorgimento*, resultaban ser el artificio idóneo para revestir la revolución de un aura popular, es decir, para salvaguardar la verdadera revolución que se fraguaba tras bambalinas.

No es una casualidad que ambas obras hayan sido concebidas por Lampedusa y Visconti, dos aristócratas de viejo cuño imbuidos por la nostalgia que les provocaba la llegada del nuevo mundo del capital.

⁸ Gramsci, Antonio (1999). *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana. Tomo 2. México: Ediciones Era, p. 37. En el caso de Gramsci se trata del ascenso del fascismo.

4.2. Renacentismo político

Ahora bien, queda responder a partir de qué parámetros podemos concluir si Maquiavelo es o no un renacentista, que es equivalente a ahondar con mayor profundidad en las características de este espíritu y movimiento postmedieval. Es Jacob Burckhardt quien ofrece un panorama completo de lo que implica el carácter de todo aquel que desee jactarse de ser un renacentista, o en palabras del historiador suizo, de un hombre de capacidades universales:

El mercader y hombre de Estado florentino son, frecuentemente, doctos en ambas lenguas antiguas; los más célebres humanistas han debido leer -él y sus hijos- pasajes de la *Ética* y la *Política* de Aristóteles. También a las jóvenes se les daba una instrucción depuradísima; en realidad se encuentran aquí los comienzos de la más alta educación privada. El humanista, por su parte, se ve obligado a desplegar una actividad de máximo carácter universal, desde el momento en que sus conocimientos no le servían sólo, como hoy ocurre, para el estudio objetivo de los tiempos clásicos, sino que presuponían una aplicación cotidiana a la vida real. Además de hacer estudios sobre Plinio, por ejemplo, va creando colecciones de historia natural; partiendo de la geografía de los antiguos, se convierte en moderno cosmógrafo; siguiendo el modelo de sus historiadores, compone historias de la época; como traductor de las comedias de Plauto, dirige luego las representaciones teatrales; imita, lo mejor que puede, toda sugestiva forma de literatura antigua -hasta el diálogo de Luciano- y hace, por añadidura, de secretario y diplomático, aunque no siempre para dicha suya.¹

A primera vista son notables los guiños que el suizo le hace al florentino, principalmente cuando habla del oficio del historiador clásico vuelto renacentista, el cual se encomienda a componer historias de la época.² En Maquiavelo, recordemos, al igual que en Guicciardini, hay una preocupación por recolectar y reescribir la historia

de Florencia³, al mismo tiempo que se exaltan con patriotismo los tiempos que corren a través de las proezas de hombres notables.

En segundo lugar, hacia el final de la cita, Maquiavelo pareciera recibir una alusión de nueva cuenta, esta vez apuntando directo a su profesión en la cancillería, sin pasar por alto que no siempre fue “para dicha suya”, lo cual, sabemos, tiene una correspondencia íntima con su relación con la familia Medici. Igualmente, la puntada final de Burckhardt, es una motivación para lo que inicialmente parecería haber descuidado entre la lista de profesiones y capacidades, cuando habla del “hombre de Estado”. Se trata de la política, que antes que limitarse al saber teórico, es una actividad cuya formación es por entero práctica. En este sentido, las capacidades universales de las que como hombre renacentista estaría provisto Maquiavelo, están enmarcadas en el ámbito de la política.

Es precisamente esa omisión al saber y la práctica política que hace Burckhardt la que no es extraña al propio Maquiavelo, al grado en que éste asegura que en de todas las cosas imitadas y por imitar de los antiguos, en unos casos, como el arte, se compra “por gran precio un fragmento de estatua antigua para adorno y lujo de la casa propia y para que sirva de modelo a los artistas, quienes con grande afán procuran imitarlo... Mas para ordenar las repúblicas, mantener los Estados, gobernar los reinos, organizar los ejércitos, administrar la guerra, practicar la justicia, engrandecer el Imperio, no se encuentran ni soberanos, ni repúblicas, ni capitanes ni ciudadanos que acudan a ejemplos de la Antigüedad”⁴.

Esta falta de aprecio por la política, dice el florentino, se debe no tanto a los vicios y a los males producidos por el “ocio orgulloso” que entre sus contemporáneos ha provocado la religión, sino por su incapacidad para captar el verdadero sentido y el espíritu de las enseñanzas históricas que nos legaron nuestros antepasados.

De modo que más allá de estos últimos dos renglones que nos ofrece Burckhardt sobre las aspiraciones universales de la excelencia humana, no encontramos más referencias que puedan clarificar en qué consiste un hombre político renacentista. Por

lo tanto, se hace necesario proveernos de una definición clásica sobre el quehacer del hombre político o de Estado.

Lo primero que debemos clarificar es que, a diferencia de la guerra, la salud, la navegación, la cría de caballos, etc., la política no es un arte (*téchne*) como tal.⁵ En todo caso se sirve de esas técnicas por encontrarse subordinadas al fin que ella persigue, que es la felicidad, de modo que sean capaces de proveerle los bienes intermedios necesarios para alcanzarla.

Aristóteles define al arte como "... un estado de hacer, que implica un razonamiento verdadero, y la falta de arte, por el contrario, es un estado de hacer, que implica un razonamiento falso; ambos están preocupados por lo que puede ser de otra manera."⁶ En oposición al *hacer*, de lo que se espera la producción de algo que puede ser o no ser, se encuentra la *acción*, la cual depende no del empleo de la técnica, sino de la prudencia (*phronesis*), concerniente a la deliberación del aquí y el ahora. El producto del arte dependerá, por lo tanto, de un modo específico de hacer las cosas, de una técnica propia. No sucede lo mismo con la prudencia, que Aristóteles denomina también como sabiduría práctica⁷:

Ahora bien, se cree que es una *marca de un hombre de sabiduría práctica ser capaz de deliberar bien sobre lo que es bueno y conveniente para él*, no en algún aspecto particular, p. sobre qué tipo de cosas conducen a la salud o a la fortaleza, *sino sobre qué tipo de cosas conducen a la buena vida en general*. Esto lo demuestra el hecho de que atribuimos a los hombres sabiduría práctica en algún aspecto particular cuando han calculado bien con miras a *algún fin bueno que es uno de los que no son objeto de ningún arte*.⁸

De ahí que el mismo estagirita señale que en la política no es posible contar con un método establecido como en las artes, tampoco con resultados precisos, como en otras ciencias como las matemáticas⁹, debido al objeto de su estudio, es decir, las acciones humanas y su conveniencia¹⁰, en tanto se considere si son buenas o no en razón de una vida feliz.¹¹

Finalmente, hay que agregar que, al ser una disciplina práctica, el saber político solamente puede adquirirse por medio de la experiencia, a partir de un aprendizaje formativo que se imprime sobre el carácter. De modo que a quienes carezcan de hábito alguno en la materia, dice Aristóteles, si bien pueden adquirir más comprensión de la materia, poco o nada les valdrá hacerse de cúmulos de información política, ya que serán incapaces de teorizar y juzgar lo que está bien o mal dispuesto y qué género de cosas corresponde o es apropiado a una situación dada:

Pues mientras los hombres de experiencia juzgan rectamente de las obras de su campo y entienden por qué medios y de qué manera se llevan a cabo, y también qué combinaciones de ellos armonizan, los hombres inexpertos deben contentarse con que no se les escape si la obra está bien o mal hecha.¹²

Empero, la experiencia por sí misma no provee de sabiduría, a menos que vaya acompañada de una disposición de aprendizaje regida por la inteligencia. O lo que es lo mismo, no es realmente la edad el impedimento formativo en los jóvenes, sino su endeblez ante las pasiones, las cuales florecen con mayor ímpetu en la primavera de la juventud que en ningún otro momento.

En todo caso, añade el estagirita, al ser las cosas políticas de índole práctica, su fin no radica en contemplarlas y conocerlas todas, sino más bien, en realizarlas, empezando por la virtud, el principio rector de la felicidad individual y colectiva, ya que “no basta con conocerla, sino que hemos de procurar tenerla y practicarla, o intentar llegar a ser buenos de alguna otra manera.”¹³

A pesar de no existir un saber determinado de antemano que pueda predecir y rija aquello que resulte más conveniente en el terreno político, el quehacer político de ayer, hoy y siempre, consiste en un modo excelente de llevar a cabo la acción humana, lo cual requiere del uso de la prudencia, es decir, de deliberar y anticipar por medio de la inteligencia las consecuencias implícitas en tomar una u otra decisión. Esta actividad es con creces más trascendental que el arte, ya que el fin de la

dirección del Estado no es la producción artística, sino un cálculo pleno de posibilidades en vista de un fin de carácter noble y común: la felicidad colectiva.

Si bien esto no es ajeno para Maquiavelo, no le concede a la prudencia importancia alguna al momento de definir al hombre de Estado, sino a su capacidad para hacerse diestro en el *arte dello stato*, que no es otra cosa que la técnica de procurar aquellos medios que garanticen el único fin que ontológicamente le es lícito perseguir: su supervivencia como una entidad en sí misma, inclusive más allá de la política. En consecuencia, en tanto artista que tiene como objeto el Estado (en su sentido renacentista-moderno, por cierto, ya tergiversado), Maquiavelo indudablemente resulta ser contrario a la tradición aristotélica.

Notas

¹ Burckhardt, Jacob (1984), *op. cit.*, p. 77.

² Un ejemplo contemporáneo verdaderamente renacentista, extremadamente raro hoy en día por su capacidad para replicar en la práctica la sabiduría clásica, es el del periodista polaco Ryszard Kapuscinski. Periodista es un decir, ya que su labor como historiador globalista se extiende a lo largo de una prolífica obra que recoge de primera mano 27 revoluciones (que lo han implicado en 40 arrestos y 4 sentencias a muerte), de las que ha hecho una narrativa histórica envolvente de estilo único, sin perder nunca de vista el plano objetivo en que se desenvuelven los hechos. Olascoaga, Andrés (4/03/2019). *Las 27 revoluciones de Ryszard Kapuściński*. Revista Gatopardo. <https://gatopardo.com/perfil/ryszard-kapuscinski/>. Kapuscinski hace honor a la actividad con que Heródoto se consagró como padre de la Historia, convirtiéndose en su discípulo más que lejano en el tiempo.

El polaco hace honor a la etimología misma de la disciplina fundada por el de Halicarnaso: investigar, principalmente inquiriendo en el lugar de los hechos: ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿cómo?, ¿quiénes?, ¿por qué?, etc. Sin duda, la labor periodística de Kapuscinski le proveyó de lo que pocos o prácticamente ningún historiador moderno será capaz de encontrar en el universo académico. De ahí que *Viajes con Heródoto* sea la obra que mejor detalla su travesía como recolector y narrador de historias, al mismo tiempo que muestra el encuentro profético con su maestro, el cual termina por ser un homenaje literario.

³ *Istorie fiorentine e Storie fiorentine. Dal 1378 al 1509*, respectivamente.

⁴ *Discursos*, prólogo, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 590. Curiosamente, en el mismo fragmento citado, Maquiavelo sí incluye el auxilio pretérito al que recurren los modernos en temas de jurisprudencia y medicina, más esto no es sorprendente, como lo hace ver el mismo traductor, Juan Manuel Forte Monge, en una nota al pie de página. Por el contrario, es lógico (según el sentido de las argumentaciones de Giorgio Inglese y R. Rinaldi, también citadas en la décima nota al pie de página del prólogo de los *Discursos*), debido a la menor jerarquía de la jurisprudencia con respecto a la política, ya que es ésta, como lo explica Aristóteles al principio de la *Ética nicomáquea* (1094a10), la que dispone de las demás ciencias y artes, y no las demás ciencias y artes, como la jurisprudencia, las que supeditan y disponen de la política; esto debido a que los fines de aquellas son deseables en tanto aspiran al fin que persigue ésta: la felicidad.

Además, algo que no logran intuir ni Inglese ni Rinaldi, menos aún Forte Monge, precisamente por ignorar dicho pasaje de la *Ética*, es que si la imitación de las leyes antiguas logró perdurar como una práctica no solo renacentista, sino también moderna (como lo fue en su momento el derecho napoleónico, réplica del derecho romano), se debió a que la imitación era meramente superficial, calcando la apariencia, más no la esencia de la ley, su causa eficiente, la cual remite, en última instancia, al meollo de la práctica política: la prudencia, de la cual se deriva la deliberación que, aplicada a la creación de las leyes, se torna en legislación; claro, sin dejar de lado la aplicación y observación de esas leyes, correspondientes a los órganos ejecutivo y judicial de gobierno, respectivamente.

En otras palabras, mientras que los antiguos dominaban el cómo de las cosas, el proceso de elaboración para que una ley llegue a ser lo que es, los modernos no son capaces de ver más que la positividad de la ley, ignorando por completo su naturaleza política: “Pero las leyes son como obras de la política. Por consiguiente, ¿cómo podría uno, a partir de ellas, hacerse legislador o juzgar cuáles son las mejores? Pues los médicos no se hacen, evidentemente, mediante los trabajos de medicina. Es verdad que hay quienes intentan decir no sólo los tratamientos, sino cómo uno puede ser curado y como debe ser cuidado, distinguiendo las diferentes disposiciones naturales; pero todo esto parece ser de utilidad a los que tienen experiencia e inútil para los que carecen de la ciencia médica. Así también, sin duda, las colecciones de leyes y de constituciones políticas serán de gran utilidad para los que pueden teorizar y juzgar lo que esté bien o mal dispuesto y qué género de leyes o constituciones sean apropiadas a una situación dada; pero aquellos que acuden a tales colecciones, sin hábito alguno (en la traducción al inglés de Oxford se emplea el término *practised faculty*, facultad practicada o ejercida) no pueden formar un buen juicio, a no ser casualmente, si bien pueden adquirir más comprensión de estas materias.” Aristóteles, *Ética nicomáquea*, X, 9, 1181b 1-10. Trad. 2016 y 1984.

⁵ Erróneamente, Juan Manuel Forte Monge atribuye a Maquiavelo lo dicho por Aristóteles en el segundo capítulo del libro segundo de la *Ética nicomáquea* acerca de la prudencia, en donde el estagirita recalca

el uso que se requiere de ésta para alcanzar la excelencia, tanto en el plano ético-político como en otros ámbitos de la vida humana: "Siendo el relato general (sobre la virtud) de esta naturaleza, el relato de los casos particulares carece aún más de exactitud; *porque no caen bajo ningún arte o conjunto de preceptos, sino que los propios agentes deben considerar en cada caso lo que es apropiado para la ocasión*, como sucede también en el arte de la medicina o de la navegación." Aristóteles, *Ética nicomáquea*, II, 2, 1104a5. Trad. 1984.

Acá lo dicho por el autor español:

"Y no por casualidad Maquiavelo compara a menudo la ciencia política con la medicina o la navegación, actividades basadas en la experiencia y en un acervo de supuestos que, sin embargo, no permiten la exactitud ni la formalización matemática. Desde luego, no pretendemos afirmar que Maquiavelo puede asimilarse sin más a la tradición aristotélica o al eclecticismo humanista." Maquiavelo (2019), *op. cit.* p. 92.

Si es una confusión del español no queda claro del todo, ya que nunca especifica a qué pasajes, capítulos o libros del florentino se refiere. Aunque no deja de ser cierto que Maquiavelo emplea continuamente analogías y metáforas de la medicina para explicar más ágilmente sus argumentos. Sin embargo, es evidente que la comparación de la política con esas otras materias en todo caso fue extraída de Aristóteles. A la postre, pareciera tratarse más de un equívoco, en donde el intento por desmarcar a Maquiavelo de la tradición aristotélica termina por "asimilarlo" de manera involuntaria.

Por si fuera poco, es el griego y no el italiano, quien explica por qué la actividad y el conocimiento políticos no se ajustan a los mismos métodos y razonamientos de las matemáticas: "Ahora bien, las acciones bellas y justas, que la ciencia política investiga, exhiben mucha variedad y fluctuación, de modo que puede pensarse que existen sólo por convención, y no por naturaleza. Y los bienes también exhiben una fluctuación similar porque traen daño a muchas personas; porque hasta ahora los hombres se han deshecho en razón de su riqueza, y otros en razón de su coraje. Debemos contentarnos, pues, al hablar de tales temas y con tales premisas, con indicar la verdad de forma aproximada y esquemática, y al hablar de cosas que sólo son verdaderas en su mayor parte y con premisas del mismo género, con llegar a conclusiones que no son mejores." Aristóteles, *Ética nicomáquea*, I, 2, 1094b15. Trad. 1984.

⁶ *Ibid*, VI, 4, 1140a20. Trad. 1984.

⁷ De ahí que la labor del juez sea, en última instancia, política, ya que debe aplicar equitativamente la justicia, es decir, hacer una valoración práctica del caso en particular sin perder de vista lo que dice la ley. Cada caso amerita un trato distinto, en tanto la ley no contempla todas y cada una de las posibles situaciones que puedan darse en un caso de injusticia. En este sentido, si las leyes "son como obras de la política", eso significa que un buen político sabrá diferenciar entre aquellas leyes y constituciones que están bien dispuestas de las que no, así como aplicarlas debidamente según lo vayan sugiriendo las circunstancias. Por lo tanto, un buen juez es, antes que nada, un buen político.

Probablemente uno de los juristas que se han acercado más a esta premisa, aunque aún encasillado bajo los preceptos de la disciplina jurídica, es Ronald Dworkin, particularmente su obra *El imperio de la justicia: de la teoría general del derecho, de las decisiones e interpretaciones de los jueces y de la integridad política y legal como clave de la teoría y práctica*.

En este sentido, en la ciencia política existe una vertiente ideológica que pretende zanjar el "problema" de la subjetividad inherente a la interpretación a partir de una pretensión de objetividad que busca prescindir del observador en la ecuación epistemológica sujeto-objeto. Esto plantea numerosos problemas y paradojas. Pensemos en el siguiente ejemplo que puede resultar ilustrativo al respecto.

Con la implementación de la tecnología VAR (Video Assistant Referee) en el fútbol profesional, se pretendía eliminar los errores arbitrales de interpretación arbitral en tiempo real. Sin embargo, esto no hizo más que acentuar el problema, ya que evidenció que la distancia entre el observador y el objeto es insalvable, y que en última instancia, con o sin uso de la tecnología, sigue siendo elemental y definitiva la interpretación del juez deportivo en la toma de decisiones.

En todo caso, la ganancia consiste en que ahora los errores de lectura pasan por un filtro doble, escalonado de manera temporal, al mismo tiempo que se logra restar y disminuir el elemento pasional

de las polémicas arbitrales en el terreno de juego. De modo que si bien el error humano permanece, en algunos casos puede ser enmendado inmediatamente.

⁸ *Ibid.*, VI, 5, 1140a 25-30. Trad. 1984.

⁹ De ahí que las pretensiones que hoy proliferan en las universidades del mundo de cuantificar la ciencia política y hacerla una “ciencia exacta”, sea equivalente a ignorar cuál es su objeto de estudio e ir en contra de su propia naturaleza. Como dice el mismo Aristóteles: “...es propio del hombre instruido buscar la exactitud en cada materia en la medida en que la admite la naturaleza del asunto; evidentemente, tan absurdo sería aceptar que un matemático empleara la persuasión como exigir de un retórico demostraciones.” *Ibid.*, I, 3, 1094b23 y ss. Añadiremos que es igualmente una necesidad exigirle a la política métodos comprobatorios como la experimentación y la cuantificación a toda costa.

¹⁰ *Ibid.*, II, 2, 1104a 1-10. Trad. 2016. Hemos decidido consultar la edición en español de Patricio Azcárate antes que la edición de Oxford, en razón de que nos parece más preciso el uso del lenguaje que hace el primero, en oposición a ésta, que emplea la voz “conducta”, cercana a la escuela behaviorista de la política. Por su parte, la traducción de Julio Pallí Bonet nos ofrece la palabra “oportuno”, bastante próxima a “conveniente”, que aquí hemos decidido emplear.

¹¹ Agradezco al Dr. Héctor Zagal por haberme ayudado a tener claridad sobre este tema, particularmente la diferencia entre prudencia y técnica. Las ideas vertidas en este apartado son producto de las enseñanzas de dos de sus seminarios de ética aristotélica impartidos en la Facultad de Filosofía y Letras, a los que tuve la fortuna de asistir durante los últimos dos semestres de mi maestría.

¹² *Ibid.*, X, 9, 1181a 19-20. Trad. 1984.

¹³ *Ibid.*, X, 9, 1179b1 Trad. 2016.

4.3. Diálogo con los antiguos

Definido en qué consiste el quehacer político, queda pendiente dar cauce final a la interrogante que este trabajo tiene como propósito responder debidamente según la investigación que hemos venido realizando desde el primer apartado, esto es, si Maquiavelo es o no un hombre renacentista. Para ello, retomaremos la definición de Burckhardt de lo que es un hombre renacentista, también denominado como universal, al mismo tiempo que la acotamos en la teoría aristotélica sobre el saber político y su aplicación práctica.

Burckhardt empieza la descripción del hombre renacentista aduciendo que ya sea que se trate de un mercader o de un hombre de Estado, el dominio del griego antiguo y el latín es un elemento que no puede hacer falta. Esta es, de inicio, una cualidad que posibilita las otras, debido a que permite un acercamiento fiel a las obras de la antigüedad escritas en su lengua original. Igualmente, recordemos que el aprendizaje de estas lenguas, y por ende la transmisión de los distintos saberes humanos, se encontraba restringido a un pequeño grupo de notables, de familias que tenían la posibilidad de costear una educación privada, de proveerse de los medios necesarios que la hacían posible.

Bernardo Maquiavelo, padre de Nicolás Maquiavelo, además de facilitarle a su hijo una colección de obras grecolatinas antiguas, entre las cuales no podían faltar las de Aristóteles, le brindó una educación típicamente renacentista, en la que figuró el aprendizaje de ambas lenguas, más el latín que el griego, debido al peso patriótico y regional que tenía una frente a la otra. La biblioteca de autores clásicos que su padre le legó fue hasta el final de sus días un paraíso de sabiduría para el secretario florentino, en donde se escabulló de la pobreza, el exilio y la muerte para resguardarse en las cortes de los hombres antiguos a los que acudía vestido con propiedad, de paños reales y curiales.¹ Todo esto sin olvidar, desde luego, su proximidad con los fundadores de la literatura italiana: Dante, Boccaccio y Petrarca; así como su agudeza para la música y el teatro.

De acuerdo con el espíritu renacentista de la época, Maquiavelo no se limitó a utilizar su conocimiento en el “estudio objetivo” de los clásicos, como si de piezas de museo o de colección se tratase. Por el contrario, su incursión en el ámbito de la política fue revolucionaria puesto que intentó aplicarlos a su época, a pesar de que la realidad lo sobrepasó por mucho, por tratarse de un periodo histórico caracterizado por una Italia débil, dividida por la guerra y la ambición desmedida por el dinero y el poder.²

El florentino era a tal grado consciente del *impasse* político que el marcado contraste entre una época y otra³ suponía, que por momentos se ubicaba a sí mismo entre quienes se veían impulsados a “maldecir los tiempos presentes, elogiar los pasados y desear los futuros”⁴, de modo que fueran sus lectores, en ausencia suya, quienes pudieran encontrarse motivados a imitar esa grandeza extraviada. En el fondo, en su obra podemos hallar una encomienda a hipotéticos lectores de un futuro incierto pero esperanzador, todos ellos jóvenes, que pudieran hacer de su obra verdaderas lecciones aplicables al terreno político:

... porque es deber de hombre honrado enseñar a los demás el bien que por la malignidad de los tiempos y de su suerte no ha podido realizar. Acaso, siendo muchos los capaces de hacerlo, alguno más amado del cielo pueda ejecutarlo.⁵

El golpe de realidad que muestra este verso, cercano a claudicar hacia un aparente derrotismo, pareciera aproximarse a una tregua inconfesa con aquellos que, a decir del propio Maquiavelo, se limitaron a hacer repúblicas “organizadas por escrito”⁶, nada más y nada menos que la escuela griega de Platón y Aristóteles. Tregua por tratarse de un reconocimiento de las dificultades que supone la tarea de la legislación ante el desdén con que se muestra la fortuna.

En este sentido, el periodo de actividad política de Maquiavelo puede dividirse en dos etapas. La primera de ellas, la práctica, que se divide, a su vez, en dos partes, una que va de los 29 a los 43 años, y otra que va de los 52 años hasta unos meses antes su muerte, la cual se caracterizó por su participación en distintos ámbitos de la política florentina, principalmente legaciones y negociaciones con potencias extranjeras, así

como la creación, organización, mantenimiento y expansión de la milicia de la república soderiniana.⁷

De esta etapa surgieron numerosos escritos, la mayoría de ellos de carácter práctico, ya fueran por encargo del gobierno florentino o por iniciativa del propio Maquiavelo, en donde el propósito principal era dar solución a problemas políticos concretos de diversa índole, tales como el momento y la conveniencia geopolítica de tomar Pisa (*Discorso sopra Pisa*, 1499)⁸; la toma y liberación de Pistoia, territorio vasallo de Florencia (*De rebus pistoriensibus*, 1502); la recuperación de Arezzo y la resistencia al expansionismo militar de César Borgia en conjunto con las tropas francesas (*Del modo di trattare i popoli della Valdichiana ribellati*, 1502); una reforma tributaria para convencer al gobierno de la necesidad de incrementar los ingresos de modo que pudiera “proveerse de un ejército eficaz” que le permitiera “precaerse de sus enemigos” y “amparar a sus amigos”⁹ (*Parole da dirle sopra la provvisione del danaio, fatto un po' di proemio e di scusa*, 1503); la justificación de la creación de una nueva milicia ciudadana (*La cagione dell'Ordinanza*, 1506)¹⁰; la ordenación de una milicia a caballo (*Discorso sulla milizia a cavallo*, 1510); y una petición, por cierto fallida, para el nombramiento de Jacopo Savelli como capitán de la milicia florentina (*Ghiribizzo circa Jacopo Savello*, 1511).

Otros tantos escritos del florentino de esta época se ocuparon de temas como observaciones sobre el régimen francés, particularmente su corte (*De natura gallorum*, 1503); una elaboración más sofisticada sobre las instituciones políticas y militares del reino galo (*Ritratto di cose di Francia*¹¹, 1510/1512); el estado que guardan las relaciones entre Francia y el emperador (*Discursus de pace inter imperatorem et regem*, 1501); sobre la relación entre Maquiavelo y Soderini, en donde el primero, en un breve epitafio, no escatima en ser crítico con el segundo por su falta de determinación e ingenuidad¹² (*La notte che morì Pier Soderini*)¹³; lo que pareciera ser una apología del castigo “ejemplar” de César Borgia ante la sublevación de sus lugartenientes en la toma de Urbino (*Il tradimento del duca Valentino al Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo et altri*, 1503); una recapitulación histórico-política de los sucesos de la década de 1494-1504 (*Decennale Primo*, 1504)¹⁴; el *riscontro* (adecuación, conformación) entre la fortuna y el comportamiento de los hombres a

partir de su experiencia en Perugia, a lado del papa Julio II (*Ghiribizzi al Soderini*, 1506)¹⁵; sobre la ingratitud en la política (*Capitolo dell'Ingratitudine*, 1507); y una valoración política del Sacro Imperio Romano Germánico, particularmente “los elementos de desunión y debilidad que [lo] hacen una estructura política sumamente frágil” (*Rapporto delle cose della Magna, Discorso sopra le cose della Magna e sopra l'imperatore; Ritratto delle cose della Magna*, 1508).¹⁶

Por su parte, la segunda, de naturaleza teórica, va de los 43 a los 52 años, una vez depuesto de sus funciones en la cancillería florentina, tras habersele imputado ser parte de la traición republicana en contra de los Medici. En esta etapa de exilio, en su finca en San Casciano in Val di Pesa, a unos cuantos kilómetros de Florencia, Maquiavelo recoge toda la experiencia adquirida durante casi tres lustros en los más altos puestos del estado florentino, al mismo tiempo que se encomienda al diálogo y la reflexión con los antiguos.

Es aquí donde se forja de una vez por todas su estilo literario, el cual consiste en una dialéctica que va del pasado al presente y del presente al pasado, en tanto enfrenta a los autores clásicos, sus enseñanzas y sus hallazgos, con los problemas de su tiempo, extrayendo de ello sus propias conclusiones, de modo que, de la síntesis de ambos, nace un nuevo estilo, el cual, de cierta manera, podemos definir como renacentista, al mismo tiempo que moderno¹⁷.

Notas

¹ Carta a Francesco Vettori, 10 de diciembre de 1513. Maquiavelo, Nicolás (2013), *op.cit.*, p. 115

² En palabras del mismo Maquiavelo, extraídas por Federico Chabod: ““La ciudad de Florencia (...) ha ido arreglándose durante doscientos años (...) sin haber tenido nunca un Estado por el cual se la pueda verdaderamente llamar República” (*Discursos*, I, XLIX y tambiénXXXVIII)... “Nosotros los de Italia, pobres, ambiciosos y viles (...)” Como también: “En cuanto a la unión de los demás italianos, me hacéis reír; primero, porque nunca se ha efectuado ninguna unión que le hiciera bien a nadie (...)”(carta del 10 de agosto de 1513 CXXXI).” Chabod, Federico (2015), *op. cit.*, p. 43.

Aquí otras tantas, tomadas por Juan Manuel Forte Monge: “...Maquiavelo asumía que en Italia «no hay armas que valgan un céntimo» (N. Maquiavelo a F. Vettori [10-8-1513]). ... Y el gran problema no era otro que resolver la «ruina y servidumbre» (N. Maquiavelo a F. Vettori [26-8-1513]) de Italia a manos de las potencias extranjeras.” Maquiavelo (2019), *op. cit.*, págs. 58 y 59.

Lo que finalmente se resume a la definición maquiaveliana de la naturaleza humana: “Porque de los hombres cabe en general decir que son ingratos, volubles, falsos, cobardes y codiciosos; y que mientras los tratas bien son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, como antes dije, más siempre y cuando no los necesites; pero cuando es así, se dan media vuelta”. *El Príncipe*, XVII, en *Ibid.*, p. 285.

En todo caso, de la manera de definir la naturaleza del ser humano dependerá, entonces, la legislación y administración del Estado. Para Maquiavelo la motivación de las leyes solamente puede ser una en tanto la naturaleza humana responde exclusivamente a una inclinación hacia el mal: “...quien funda un Estado y le da leyes debe suponer a todos los hombres malos y dispuestos a emplear su malignidad natural siempre que la ocasión se lo permita.” *Discursos*, I, III, en *Ibid.*, p. 606.

Mientras que para Aristóteles la respuesta depende no en exclusivo de la naturaleza, sino de cómo ha sido dispuesta esa naturaleza, es decir, si hay una recta educación del carácter, el cual debe estar predisposto hacia la virtud, “amando lo que es noble y teniendo aversión a lo vergonzoso.”

En vista de esto, “los legisladores deben fomentar y exhortar a las prácticas de la virtud por causa del bien, esperando que los que están bien dispuestos en sus buenos hábitos seguirán sus consejos; que deben imponer castigos y correcciones a los desobedientes y de inferior naturaleza; y que deben desterrar permanentemente a los que son incurables”. Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, X, 9, 1179b 31 y 1180a 6-10. Trad. 2016. De modo que la ley tendrá que contemplar cada caso, tanto la posibilidad de orientar hacia la virtud, como de disuadir la tentación de provocar el mal; e incluso más allá, aquellos casos en donde su efecto y su alcance educativo son inoperantes.

³ Nos referimos a momentos particulares de la Roma antigua, cuando gozó de tener gobiernos constitucionales. Esto también puede aplicarse a la Grecia clásica.

⁴ *Discursos*, II, prefacio, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 810.

⁵ *Idem.*

⁶ *Discursus florentinarum rerum*, en *Ibid.*, p. 1209.

⁷ En esta etapa también se incluyen misiones de tipo comercial. *Ibid.*, p. 80. La más conocida de ellas es el viaje a Venecia para recuperar entre 200, 1500 o 2000 ducados de oro (cantidad incierta y cambiante por la misma naturaleza de la misión) que le fueron arrebatados a la fuerza a un grupo de comerciantes florentinos, pertenecientes al *Consoli dell'Arte della Lana*, por el capitán veneciano Giovanni Batista Donato.

Por la correspondencia que Felipe Nerli, albacea de Maquiavelo y cercano a los Medici en el contexto de la transición hacia el principado, mantuvo con éste a finales de 1525, sabemos que el secretario ganó una suma considerable en la lotería veneciana: “...según por las cartas de Venecia se sabe, que habéis ganado a la lotería 2000 o 3000 ducados, de lo cual vuestros amigos todos se alegraron, pareciéndoles que lo que no proveyeron los hombres por los méritos de vuestras virtudes, lo ha provisto la suerte”. Carta de Felipe de Nerli a Maquiavelo. 6 de septiembre de 1525. Maquiavelo, Nicolás (2013), *op. cit.*, p. 255.

De acuerdo con Gaetano Lettieri, es bastante probable que esta misión haya sido la fachada de otra más importante, de corte político, en donde Maquiavelo fue enviado por el papa Clemente VII para encontrarse con el *dogo* Gritti (equivalente al cargo de gonfaloniero), “con el objetivo de terminar de definir las condiciones relativas a la creación de una Liga militar anti-imperial y, por otra parte, observar en el mismo terreno cómo iba evolucionando la conspiración de Ávalos, orquestada, precisamente, por el mismo papa y Giberti, y organizada por Morone y Domenico Sauli.” Lettieri, G. (2021), *Maquiavelo en Venecia. Un agente secreto del papa, la alianza anti imperial y la conspiración “Morone”*. De Medio Aevo 10(2), p. 443

Dicha conspiración consistía en la invitación de Girolamo Morone, duque de Milán, al condotiero Fernando de Ávalos para concretar la expulsión de españoles, franceses y alemanes de territorio italiano, ofreciendo a cambio el trono del reino de Nápoles. No obstante, los planes de Morone fracasaron, resultando apresado, esto después de que Ávalos lo delatara con el emperador francés, Carlos V, de quien inicialmente había puesto en duda su lealtad.

Además, añade Lettieri, el dinero obtenido azarosamente por Maquiavelo resulta aún más sospechoso debido a que la concesión del juego de lotería de Venecia se encontraba en manos de Giovanni Manenti, productor teatral y amigo de Maquiavelo, encargado de patrocinar la presentación de *La Mandrágora*, pieza en donde curiosamente, sobre la suerte de Callimaco se apuestan dos mil ducados.⁸ A la primera campaña contra Pisa de 1499, se suman otras dos. La de 1503, en donde con ayuda de un experimentado Leonardo Da Vinci, intentó, sin éxito alguno, desviar el paso del Río Arno, de modo que los pisanos no tuvieran acceso a su canal principal de suministros.

Y la reconquista de 1508, a partir de la cual Maquiavelo habrá de escribir *Provvedimenti per la riconquista di Pisa*, en donde resume los diferentes planes de batalla posibles para reconquistar a los pisanos. Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 49.

⁹ *Ibid.*, p. 42.

¹⁰ A la que le siguieron la formalización legal de la justificación política, *Provisione dell’Ordinanza*. *Ibid.*, p. 46.

¹¹ En esta clase de textos ya encontramos la notable pericia del florentino en el análisis político, en este caso, para explicar la fortaleza del reino francés. Así, por ejemplo, aduce que las razones políticas (leáanse razones de Estado) que explican esta fortaleza, son, como bien recoge Marina Marietti del texto original: la riqueza de la monarquía; la sumisión de barones. alguna vez pendencieros e inclinados, a aliarse con potencias extranjeras; la pertenencia de los principales barones a la sangre real, de modo que cada uno queda unido a la corona, esperando que él mismo o sus hijos puedan llegar a ese grado; la ley de primogenitura, que evita la fragmentación del reino y además empuja a los demás hermanos a la profesión de las armas a través de la cual esperan adquirir “un estado”. Marietti, Marina (2014). *Ritratto di cose di Francia*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/ritratto-di-cose-di-francia_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

¹² Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 39

¹³ A esta crítica se una otra más, escrita en forma de carta a una *gentildonna*, en donde arremete una vez más contra Soderini por su torpeza para hacer frente a la guerra contra la Liga Santa, a la Dieta de Mantua y a su deposición como gonfaloniero.

¹⁴ A la que le siguió una actualización, igualmente compuesta en forma de poema, de 1509, *Decennale secondo*.

¹⁵ Texto que dedica al sobrino del gonfaloniero, Giovanni Battista, mismo al que habrá de dedicar otro más, esta vez un poema de temática similar, que lleva de título *Capitolo di fortuna*.

¹⁶ La totalidad de los títulos de las obras, así como su contenido, fueron extraídos de la edición de Juan Manuel Forte Monge.

¹⁷ En el sentido original de la palabra, como un nuevo modo de hacer las cosas, que no es más que un nuevo modo de aplicar la sabiduría de antaño.

4.4. El hombre de los secretos del Estado florentino

Tan sólo a los 29 años de edad, Maquiavelo fue propuesto por el Consejo de los 80 para ocupar el cargo de secretario de la segunda cancillería¹. Si bien los seis secretarios de la cancillería no tenían poder ejecutivo, “estaban lejos de ser meros notarios o escribas, tenían acceso a los asuntos «graves y secretos»”².

Sería en este puesto en donde el nuevo *cancellarius* haría gala de sus aptitudes en el manejo de las letras, particularmente la retórica escrita, ya que ese puesto le exigía “un buen manejo del arte epistolar y estaba reservado para probados hombres de letras.”³

A este puesto se le fueron añadiendo el de secretario de los Diez de Libertad y de Paz, el cual le ocupaba, al igual que su puesto en la cancillería, resolver asuntos relacionados con la guerra y la milicia; el de secretario del cardenal Francisco Soderini (hermano de Piero Soderini, gonfaloniero florentino) en Roma; y el de *Nove Ufficiali dell’Ordinanza e Milizia fiorentina*, para el cual es nombrado a partir de la iniciativa, que él mismo propone, de crear una milicia propia, formada por ciudadanos florentinos y ya no más dependiente de la contratación de ejércitos mercenarios.

Maquiavelo logró adquirir un gran cúmulo de experiencia política durante catorce años ininterrumpidos, desde su llegada a la cancillería, en 1498, hasta el regreso de los Medici al poder, en 1512, cuando le fue prohibido ingresar al Palacio de la Signoria.⁴

Entre la materia prima de sabiduría práctica más significativa de su trayectoria que podemos resaltar se encuentra el haber sido el hombre más importante a cargo de la creación y organización de la milicia florentina, particularmente la infantería y la caballería; la observación, comprensión y análisis del funcionamiento político de otras ciudades y cortes europeas, particularmente Austria, Suiza⁵ y Alemania, tras la visita diplomática, junto con Francesco Vettori, al emperador Maximiliano I de Austria con motivo de la Dieta de Constanza; así como Lyon, debido a las constantes intervenciones entre Luis XII y Florencia, o el Papa y Luis XII, con el objeto de fortalecer la alianza entre Florencia y Francia, y disuadir al monarca de futuras

invasiones y enfrentamientos bélicos que pudieran afectar la región de dominio florentina.

Todo esto sin olvidar, desde luego, su visita a diferentes regiones italianas, entre ellas Perugia, Pisa, Pistoia, Arezzo, Cascina, Siena, Milán, Venecia, Roma, Imola, Cesena, Fanno, Senigallia, entre otras. Estas últimas cuatro fueron las ciudades en donde acompañó a César Borgia por instrucciones directas de Piero Soderini, para “contemporizar”⁶ un conflicto con Florencia por la hegemonía de la Toscana, que no significaba otra cosa que no terminar de definir la postura propia para disuadir la mayor cantidad de tiempo el conflicto, y con ello, una posible enemistad.

A pesar de no ser del agrado de Maquiavelo esta forma de hacer política, a lo largo de los años se convirtió en un rasgo definitorio de su carácter como diplomático, al mismo tiempo que le permitió adquirir la habilidad para observar externamente los conflictos de inicio a fin, hasta su desenlace, así como la evolución del carácter de personajes políticos de envergadura durante un extenso periodo de tiempo. En el caso de César Borgia, al cual califica como el “príncipe nuevo” por excelencia⁷, esta política de vigilancia y disuasión tuvo éxito ya que el análisis de la situación anunciaba su inminente debilitamiento y lo poco probable que era que el duque Valentino atacara frontalmente a Florencia.

Esta forma de hacer política, la cual podría caracterizarse por ser disuasoria de conflictos, tenía que ver principalmente con la posición geográfica de Florencia y su insuficiente poderío económico y militar. Ambas variables obligaban a los estrategas y funcionarios florentinos, entre ellos al propio Maquiavelo, a tener que amoldar sus posturas según se fueran configurando y estableciendo las alianzas entre las potencias europeas del momento. Por lo tanto, no sería descabellado concluir de ello que el oportunismo maquiaveliano, así como el constante énfasis que hace en la fortuna y en la independencia del control de las potencias extranjeras, entre otros aspectos, sean producto de esta constante en su serie de experiencias diplomáticas.

Más aún, dicho carácter oportunista se acrecentó en tanto el oriundo de Florencia se aseguró ser el depositario y salvaguarda de los secretos del Estado⁸ florentino, al

mismo tiempo que gozaba de tener una cercanía importante con los hombres que dominaban la geopolítica renacentista, dentro y fuera de la península itálica; combinación que lo motivó a hacerse de grandes dotes en el arte de la simulación en aras de asegurar la conservación del Estado florentino. Es así que la capacidad para extraer y guardar información tan valiosa lo hacía un hombre más apto para las legaciones, las negociaciones, la persuasión y la consejería.

Notas

¹ Mientras que la primera cancillería estaba encomendada para resolver asuntos geopolíticos relativos a potencias exteriores, la segunda cancillería estaba destinada a la materia bélica, así como con el *Contado*, que consistía en la administración de los territorios que se encontraban bajo el dominio de Florencia. Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 28.

² *Ibid.*, p. 24

³ *Idem.*

⁴ Como nos cuenta Stella Mastrangelo, la destitución de los tres cargos que poseía hasta el momento del regreso de la familia banquera, así como su consecuente tortura y paso por la cárcel, fueron graduales: “la milicia y su organismo rector, del que Nicolás Maquiavelo era secretario, fueron disueltos el 28 de septiembre, pero apenas el 7 de noviembre fue destituido de sus otros dos cargos, secretario de los Diez y jefe de la segunda cancillería. El 10 de noviembre fue condenado a permanecer confinado en el dominio de Florencia durante un año y pagar una multa de 1000 florines de oro (que pagaron tres amigos cuyo nombre ignoramos). El 17 de noviembre otro decreto de la Señoría le prohibió expresamente poner los pies en el palacio por un año, pero al mismo tiempo se le ordenó rendir cuenta de las grandes sumas que había manejado en relación con la milicia, para lo cual se le extendía una autorización especial cada vez que debía presentarse.”

Por esas fechas, intentó ejecutarse un proyecto para asesinar a uno o varios Medici. Tan pronto como fue descubierto, los líderes de la conspiración, Bóscoli y Capponi, fueron ejecutados el 23 de febrero del siguiente año. Mientras tanto, Maquiavelo fue torturado y llevado a la cárcel, en donde escribió dos poemas a Juliano de Medicis de los que se tienen registro. Maquiavelo, Nicolás (2013), *op. cit.*, págs. 62 y 63.

Uno de los cuales, el primero, tras describir el *quondam* secretario la inhumana situación en que se encuentra, cierra así: “Siempre que tu piedad hacia mí sea deseada/Mi buen Padre, y suelta estas ofensas.” Machiavelli (1971), *op. cit.*, págs. 1003 y 1004.

⁵ De ahí que en su correspondencia con Vettori se mencione este caso como parte de las repúblicas dispersas.

⁶ Término recogido por Forte Monge que, a decir del mismo Maquiavelo, era el sello distintivo de la geopolítica florentina, lo cual quiere decir, valiéndonos de la definición que ofrece actualmente la RAE: “Acomodarse al gusto o dictamen ajeno por algún respeto o fin particular.” RAE.

Contemporizar. <https://dle.rae.es/contemporizar?m=form>.

⁷ De acuerdo con Burckhardt, la simpatía de Maquiavelo con César Borgia (así la expresa en el capítulo XIII de *El Príncipe*: “Nunca me cansaré en traer a colación a César Borgia y sus acciones”) se debe a que después de la muerte de Alejandro VI, su padre, “hubiera pretendido conservar, a cualquier precio, su señorío sobre el Estado Pontificio, y, como papa, lo hubiera logrado. De modo que habría sido el primero en secularizar el Estado Pontificio y hubiese tenido que hacerlo para mantener en él su soberanía.” Burckhardt, Jacob (1984), *op. cit.*, p. 64.

Al respecto del arquetipo de nuevo príncipe de Maquiavelo, dice el historiador mexicano José Antonio Crespo que Hernán Cortés lo encarna incluso mejor que su contemporáneo César Borgia, “no porque le faltara audacia y astucia al más destacado de los bastardos del Papa Borgia, sino porque no tuvo tanto éxito y fortuna en sus empresas políticas, como sí los tuvo Cortés. Y como el mismo Maquiavelo escribió, la inevitable señal de la habilidad política es el éxito.” José Antonio Crespo (2010). *Contra la historia oficial. Episodios de la vida nacional: desde la Conquista hasta la Revolución*. México: Debolsillo, p. 43.

⁸ Recordemos que la etimología latina de la palabra secretario remite a aquel a quien se le encomienda guardar los secretos, en este caso, de un Estado. En todo caso, al ser uno de tantos depositarios de esta información, Maquiavelo tenía la oportunidad de desplegar, aunque limitadamente, su arte de conservar el Estado, principalmente encubriendo o dosificando esta información por medio de movimientos de anticipación, simulación y engaño.

4.5. Astucia y oportunismo

Si Maquiavelo era o no un hombre prudente o no es difícil definirlo tajantemente y de una vez por todas, ya que los puestos que desempeñó carecían de la facultad ejecutiva, de modo que donde más y mejor logró instruirse fue en la parte deliberativa y evaluativa de la política florentina.

Si bien no podemos responder a esta incógnita a partir de las decisiones que tomó y el desenlace que tuvieron, al menos no aquellas referentes a los cargos públicos, sí es posible desprender algunas virtudes y aptitudes implícitas de la prudencia que logró obtener en el transcurso de sus misiones y legaciones, entre ellas la paciencia, la cautela y el discernimiento.

Conjuntamente es importante añadir que el oportunismo, otro aspecto clave del carácter de Maquiavelo, es distinto, aunque no opuesto a la prudencia. Además, éste no puede entenderse sin el factor de la suerte, en donde “tomar la medida del tiempo, para saber cuándo golpear y cuándo aguardar una mejor oportunidad” se torna crucial.¹ Esta teorización del florentino guarda una proximidad con la prudencia, ya que implica la capacidad de prever, de ver más allá y anticipar los escenarios, sean buenos o malos, así como de adaptarse favorablemente a ellos, o cuando menos, de evitar recibir la mayor cantidad de perjuicios y salir avante de ellos.

Esta dualidad entre virtud y fortuna, un particular político de raigambre clásica, pasa a ocupar un lugar privilegiado entre las ocupaciones intelectuales del florentino, al grado de admitir que, contrariamente al espíritu antiguo, y a tenor de los nuevos tiempos disipados que corren, hombres y repúblicas se encuentran sujetos a las vicisitudes de la azarosa fortuna por ser incapaces de hacer valer la virtud política. En otras palabras, cuanto mayor peso oponga la fortuna sobre la vida de los hombres, menos próspera será y menor valía tendrá en ella la virtud:

...donde los hombres tienen escaso valor y poca prudencia, muestra la fortuna su poder; y, como ésta es variable, cambian frecuentemente los Estados y las repúblicas sometidos a su

*influencia, y continuarán variando mientras no aparezca alguno tan amante de los preceptos de la Antigüedad que domine a la fortuna, quitándole los medios de mostrar su extrema inconstancia.*²

En todo caso, el sentido que se suele otorgar a la voz oportunismo es equivalente y abarca al de astucia. El significado original de la palabra astuto, proveniente del latín *astutus*, refiere a la agudeza mental de una persona, no obstante que los diccionarios contemporáneos la definen como una cualidad en donde se incorporan habilidades para engañar y no ser engañado en la conquista del fin deseado.

Este matiz negativo tiene que ver con la naturaleza misma de dicha aptitud, en donde prima el alcance del objetivo sobre la naturaleza del principio o razón primera del que se desprende la motivación para alcanzarlo, llegando a obviarlo o a no tenerlo en consideración en lo absoluto. Es Aristóteles quien logra detectar esta diferencia gradual de la palabra, así como sus implicaciones éticas, particularmente aquellas referentes a la prudencia:

Existe en el hombre una facultad que se llama habilidad o aptitud (astucia)³, y que tiene por misión especial hacer todo lo que concurra al fin que uno se ha propuesto, y procurar todos los medios necesarios para conseguirlo. Si el objeto es bueno, esta facultad es muy laudable; si es malo, la habilidad se convierte en bellaquería. Y así tenemos gran cuidado, cuando hablamos de los hombres prudentes, decir que son hábiles y no que son bellacos. La prudencia no es esta facultad, pero tampoco puede existir sin ella. Tampoco la prudencia, ojo del alma, puede ser todo lo que debe ser sin la virtud, como ya he dicho y puede fácilmente observarse. Los razonamientos de nuestro espíritu son los que encierran el principio de los actos que realizamos más tarde.

Decimos siempre «puesto que tal cosa es la que debemos proponernos, y que además es a nuestros ojos la mejor posible». En realidad nada importa que la cosa sea esta o aquella, como por

ejemplo, que sea la primera que nos depare la suerte. Pero sólo en el hombre virtuoso aparece la decisión con toda claridad. El vicio pervierte la razón, y nos induce a error sobre los principios que deben dirigir nuestras acciones. La consecuencia evidente de todo esto es la imposibilidad de ser realmente prudente, cuando no es uno virtuoso.⁴

De suerte que, como decíamos, aun cuando el oportunismo o astucia no es contrario a la prudencia, y ésta lo necesite, no la incluye y prescinde de ella, pudiendo obtener con dicho método un resultado errático, contrario a la excelencia a la que conduce el “ojo del alma”.

El término análogo al de astucia, aunque de mayor elaboración en la teoría maquiaveliana, es el de *arte dello stato*, el cual abarca un amplio espectro de ardid estatal, desde el juego de poder partidista y geopolítico, hasta aquello que Baltasar Gracián designa con el nombre de “razón de estado de sí mismo”, en donde abundan los engaños, artificios y simulaciones, todos ellos útiles para la conquista de aquello que demanda el deseo, despreciando por completo que los medios con los que se ha dispuesto para conquistarlo, al no haber sido dispuestos con prudencia, pueden ser también un atajo hacia la ruina.⁵

Por su parte, Aristóteles establece una diferencia ontológica entre la prudencia concerniente a la política y aquella otra referente a uno mismo, al individuo. Ambas parten del mismo estado anímico, aunque su objeto de deliberación y el modo en que se es en una y en otra es distinto. Aunque, desde luego, una implica a la otra, ya que “no es posible el bien de uno mismo sin administración doméstica ni sin régimen político.”⁶ Por lo tanto, el carácter del príncipe será de tal temple en la medida en que sea capaz de hacer de la prudencia la medida y el ancho de todas sus acciones como hombre de Estado, a saber, que su razón no sea otra que la verdadera razón que salvaguarda al Estado.

De modo que, en la astucia, contrariamente a la prudencia, es irrelevante si el que hace las cosas es prudente, si las hace prudentemente; más aún, esto puede resultar

inconveniente para el fin que se persigue. Únicamente importa lo obtenido, que se traduce como la conservación del Estado, ya sea político, ya sea de sí mismo. Mientras que en la prudencia el objetivo resulta ser impensable de no ser su esencia virtuosa, es decir, que pueda redundar en un bien para quien la actúa.

A esta altura es pertinente retornar la pregunta previamente planteada, acerca de la prudencia de Maquiavelo, y cuestionarse, en su lugar, si no era más bien un hombre astuto. Esta hipótesis cobra credibilidad y solidez si pensamos no solamente en la relación de mecenazgo que mantuvo Maquiavelo con distintas figuras, la mayoría de ellas pertenecientes a la familia Medici, sino la manera en que Maquiavelo logró involucrarse nuevamente con la cúpula del poder en Florencia.

Sabemos por su correspondencia no solo que *El Príncipe* no era un libro destinado a publicarse para el gran público, sino que su único objetivo era ganarse el favor de los Medici⁷, aunque ello significara tener a Maquiavelo como un sirviente, haciendo dar la vuelta a una piedra, sin sentido alguno más que el de quedar fielmente subordinado a sus nuevos amos:

El no dedicarlo me hacía temer que Juliano no lo leyese siquiera, y que el tal Ardinghelli se adornase con este último esfuerzo mío. A dedicarlo me impulsaba la necesidad que me oprime, porque yo me consumo inútil, y no puedo estar así mucho tiempo sin volverme por la pobreza despreciable, además del deseo que siento de que estos señores Médicis empiecen a emplearme, aunque empezaran por hacerme dar vuelta una piedra; porque si después no me los gano me daría lástima a mí mismo; y por esta cosa, después de leerla, se vería que los 15 años que dediqué al estudio del arte del Estado no los pasé durmiendo ni jugando; y a cualquiera debería resultarle agradable servirse de alguien que a expensas de otros estuviera lleno de experiencia. Y de mi lealtad no debería haber duda porque yo, que siempre he mantenido mi palabra, no voy a aprender ahora a romperla, y quien ha sido fiel y bueno por 43 años, como yo tengo, no

debe poder cambiar de naturaleza, y de la lealtad y bondad más da testimonio mi pobreza.⁸

Este fragmento forma parte de la carta más importante de todo el epistolario del florentino, la más importante por revelar las verdaderas motivaciones que empujaron a Maquiavelo a escribir su obra de más fama, pero también la más tergiversada, ya que no quedando satisfecho con escribirla, decidió ir más lejos y la dedicó a quienes habían sido por mucho tiempo adversarios de la república soderiniana, a la que tanto tiempo se entregó políticamente; aquellos que, en esencia, eran la antítesis de los valores republicanos.

Entre esas motivaciones encontramos la situación menesterosa en la que se hallaba en San Casciano. En esta etapa, la más complicada de su vida, pasó de mezclarse con hombres de Estado a frecuentar una hostería con carniceros, panaderos y molineros.⁹ Dicha pobreza implicaba muchas cosas, entre ellas el desprecio a su larga experiencia política y diplomática; un vuelco de su espíritu hacia actividades innobles, de nula valía política, que lo incapacitaban de poder ejercer la virtud, o cuando menos sacar provecho de su experiencia; y un recordatorio de la situación de necesidad en la que, cada vez con mayor urgencia, pasadas las generaciones y dejados atrás los días de honor y de renombre social¹⁰, el apellido Maquiavelo se sumía en la miseria.

La correspondencia con su amigo y ex colega Francesco Vettori, quien fungía como embajador florentino en Roma, pronto se volvió el medio principal (y por momentos el único) a través del cual tenía noticia y contacto con todo aquello que sucedía por ese entonces en Florencia. Tras el exilio de Soderini y el regreso triunfante de los Medici, el panorama en Florencia lucía hostil para el otrora secretario, máxime cuando el apellido Maquiavelo se había encontrado entre los primeros nombres de una lista de conspiradores en contra de la razón medicea¹¹, hecho suficiente en aquel entonces para considerarlo un traidor, torturarlo y expatriarlo.

La cercanía de Vettori con los Medici era probablemente la única oportunidad que tenía Maquiavelo de infiltrarse nuevamente en Florencia y regresar por la puerta grande. Sin embargo, su amistad con el embajador florentino nos recuerda Forte

Monge, nunca había resultado ser de provecho, incluso cuando más la había necesitado, esto es, cuando fue encarcelado por habersele imputado cargos de conspiración en contra del régimen mediceo.¹²

En realidad la misma correspondencia con Vettori da cuenta, por un lado, de la desesperación de Maquiavelo por probar sus habilidades y su experiencia por escrito, de modo que alguna de esas cartas pudiera lucir ante los ojos de un Medici y así regresar a la actividad política, aunque ello significara, en principio, ser empleado en los trabajos más indignos a su persona; y por el otro, la indiferencia y el poco entusiasmo que Vettori mostró ante el *Principatibus*, la prueba definitiva del arte de Maquiavelo, que perfilaba a su amigo como el mejor intermediario para ser mostrada:

Vos me escribís, y también Felipe me lo ha dicho, que habéis compuesto cierta obra sobre los principados: Si me la mandáis lo estimaré en mucho, y aun cuando no estoy muy al tanto, juzgo que es conveniente que juzgue la cosa vuestra: sin embargo, donde falten la suficiencia y el juicio suplirá el amor y la lealtad; y cuando la haya visto diré mi opinión sobre el presentarla al magnífico Juliano o no, según me parezca.¹³

La muerte de Giuliano, nombre que llevaba la primera dedicatoria, tal y como lo constata la famosa carta del 10 de diciembre de 1513, así como la nula colaboración de Vettori, sortearon la presentación de la obra a que recayera en manos del propio Maquiavelo, según lo cuenta la anécdota recogida por el cura Edoardo Alvisi en el siglo XIX, en su edición a las cartas familiares del florentino:

El gran afecto conservado por los jóvenes, que oían de él sus discursos en los jardines de Rucellai, no le compensaba de la odiosa indiferencia de la mayoría, que le dejaba llorar en la pobreza. Ni siquiera a Lorenzo de Medici le gustaba *Il Principe*, sea o no cierta la nueva anécdota[...] Nicolás Maquiavelo presentó a (Lorenzo di) Piero de Medici su libro... y éste sobrevino en dárselo en el momento en que le regalaban un par de perros para caza, donde se mostró más

agradecido, y respondió con más cariño al que le había regalado los perros, que a él: partió, pues, con desdén, y dijo a sus amigos que él no era hombre de hacer conspiraciones contra príncipes, pero si se atenían a sus caminos verían a algunos de ellos seguirle, como diciendo que su libro haría por él la venganza.¹⁴

Sea ficticia o no esta anécdota, lo cierto es que el opúsculo de su *arte dello stato* fue concebido exclusivamente para captar oportunamente el interés, primero de Giuliano y después, como efectivamente lo hizo, de Lorenzo. La creación de esta obra bajo el género literario de los espejos de príncipes no fue fortuita, ya que permitía proyectar las máximas de la técnica estatal en una sola persona, la del príncipe. Ahora bien, que Maquiavelo se decantara por la tiranía antes que por la república, respondía a una cuestión estrictamente oportunista, siendo incluso contraria a sus propias convicciones políticas¹⁵.

Il segretario era lo suficientemente consciente del funcionamiento del régimen florentino como para saber que entre todas las magistraturas no había ninguna con tanto poder de facto como la balía¹⁶, presidida por Lorenzo di Piero, nieto de Lorenzo el Magnífico. La balía había sido una magistratura de carácter extraordinario, muy similar al *dictator* romano, “creada por el pueblo para necesidades excepcionales del Estado y para un tiempo determinado”, principalmente en casos de guerra. Podía estar compuesta de pocos o de muchos integrantes.¹⁷ Para el momento en que Lorenzo II retoma las riendas del poder a favor de su familia, la balía había dejado de ser un recurso extraordinario de la política florentina para convertirse en un órgano de gobierno permanente, cuyas facultades se extendían a la capacidad de nombrar a voluntad a los miembros de la *Signoria*, así como intervenir en asuntos de política interna y externa.

Este funcionamiento piramidal del régimen prácticamente convertía a Lorenzo en el príncipe de facto de Florencia, aquel que Maquiavelo siempre vio en otro duque, éste no de Urbino, sino de Valentinois y la Romaña. Más aún, esto significaba que el proyecto plasmado en *De Principe* se hallaba en un terreno fértil y oportuno para la

maquinación maquiavélica de haber sido incorporado por Lorenzo a su práctica como hombre de Estado.

La aparición de un príncipe en Florencia se daría a pesar del propio Maquiavelo. Poco años después del intento de restauración de la república florentina en 1527, primero Alejandro y después Cosme I de Medici, serían los encargados de asentar una tiranía hereditaria en la región hasta 1737. De manera que *El Príncipe* se convirtió en una suerte de profecía política de los años venideros del régimen florentino.

Esto no fue fortuito, sino que se explica debido a la notable y clara comprensión que Maquiavelo tenía del mismo, de aquellos elementos de conservación y destrucción del régimen plutocrático mediceo, particularmente su tendencia a convertirse en una tiranía por haberse concentrado una gran cantidad de facultades en los órganos que presidían las familias más adineradas, al mismo tiempo que la enorme diferencia de poder entre los Medici y el resto de esas familias se acrecentaba, la cual terminó por ser insalvable.

Finalmente, con o sin uso del opúsculo de los principados, Maquiavelo logró infiltrarse entre las filas mediceas, al grado en que estos se convirtieron por algún tiempo en sus mecenas, encargándole distintos trabajos teóricos y nuevas legaciones.¹⁸ A corto plazo su oportunismo rindió frutos, no obstante, conforme pasaba el tiempo todos los esfuerzos implicados en la hazaña oportunista empezaban a mostrarse como contraproducentes por carecer de prudencia.

En primer lugar, si bien logró conservar viejas amistades republicanas, la mayoría de ellas procedentes de los jardines Orti Oricellari, para el momento de su regreso a Florencia, en 1527, tras el triunfo de Carlos de Borbón y la expulsión de los Medici de la provincia florentina, no era más un hombre de confianza para la nueva facción que intentó restaurar la república, predominantemente savonaroliana. El motivo, argüían los combatientes, era la desconfianza que generaba a las distintas partes del Estado florentino la obra dedicada a Giuliano y Lorenzo.

Los primeros ejemplares del opúsculo dedicado al nuevo príncipe ponían en entredicho su cepa y sus valores republicanos no solamente entre los ciudadanos más ilustres de Florencia, sino también entre la élite política e intelectual de la península y el resto de Europa, haciendo surgir, en los casos más extremos, todo un movimiento literario que se oponía a su *arte dello stato* aplicado a la tiranía.¹⁹

En realidad, la publicación de dicha obra fue trascendental para el honor de Maquiavelo, especialmente *post mortem*, cuando la obra fue editada, publicada e incluida en el primer listado del *Index librorum prohibitorum* de la Iglesia, de 1567, prohibición que se sumaba al veto de 1515²⁰ con el que el papa sabotaba la contratación de los servicios de Maquiavelo. A tal grado trascendental, que la que es con toda certeza la más virtuosa de sus obras, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, fuera ensombrecida y relegada; y que la totalidad de la propuesta teórica maquiaveliana, así como su legado político, se hayan visto mermados y reducidos al efecto fascinante y controversial que sigue generando hasta nuestros días *El Príncipe*.

En segundo lugar, otro de los costos de haber vendido su trabajo y su conocimiento a los Medici en el momento más desesperante de su vida, fue abrir la posibilidad a que sucediera precisamente lo contrario a aquello que con tanto ahínco exhortaba a sus lectores y aconsejados a procurar: la conservación del Estado. La decisión poco prudente de hacer públicos los conocimientos esotéricos sobre la tiranía y venderlos al mejor postor significaba, simultáneamente, abrir la posibilidad para que el régimen florentino se corrompiera aún más, de una plutocracia a una tiranía.²¹

En este punto el florentino difiere y es diametralmente opuesto a las costumbres que practicaban los antiguos, quienes tenían muy claro los peligros que acarrea compartir dichos conocimientos, lo inútil e infértil que resulta para el ser humano profundizar en un tema como la tiranía. De ahí el poco o nulo interés en darles un lugar prioritario en la literatura política, máxime cuando puede ser un elemento que potencie a grados insospechados la maldad que se hospeda en la mayoría de la especie *homo sapiens*.²²

A este respecto, dice Leo Strauss con acierto que, si bien no fue Maquiavelo el primero en hablar de esta mala doctrina gangsteril de la política, ya que previamente lo habían hecho Platón y Tucídides a través de sus personajes, solo para denunciarlas y con muestras manifiestas de repugnancia y de censura, de la mano de otros personajes que se les oponen y los refutan en el movimiento dialéctico de sus obras, el florentino sí es el primero que

proclama abierta y triunfalmente una doctrina corruptora que ciertos escritores antiguos habían enseñado secretamente o con marcados signos de repugnancia. Él dice en su propio nombre cosas escandalosas que los antiguos escritores habían dicho por boca de sus personajes. Maquiavelo es el único que ha osado expresar la mala doctrina en un libro y en su propio nombre.²³

En suma, el tratamiento poco prudente que el toscano le da a la tiranía es la antítesis de lo hecho por el de Estagira, tanto así que el primero se encarga de descifrar y desdoblar dicho conocimiento, que con razón había permanecido esotérico²⁴, o al menos no había crecido más allá de su justa proporción por varios miles de años, estando al alcance únicamente de un grupo selecto de sabios que eran capaces de advertir que se hallaban justo en los linderos del bien y la virtud.

Y es precisamente este desocultamiento el que ha presupuesto que a Maquiavelo se le considere erróneamente como el padre de la ciencia política, haciendo pasar el *arte dello stato* por prudencia; a las supremacías partidarias del tirano, los ricos y los pobres por estado político; y a la conquista y conservación del poder por política.

Notas

¹ Aguilar, José Antonio (01/06/2018), *op. cit.*

² *Discursos*, II, XXX, en Maquiavelo (2019), *op. cit.* p. 952.

³ En el texto de Oxford, traducido por W. D. Ross y revisado por J. O. Urmson, la palabra empleada en lugar de aptitud o habilidad es *cleverness* (astucia), mientras que en la traducción de Gredos, Julio Pallí Bonet hace uso del vocablo destreza. Las cuatro palabras son sinónimos, sin embargo, la voz astucia suele tener una connotación peyorativa por estar asociada con el arte del engaño, es decir, por ser una suerte de agudeza mental, una visión mental superlativa desprovista de prudencia, tal y como la refiere el mismo Aristóteles en el pasaje citado.

De modo que la palabra más fiel al sentido cabal del texto, es la de Oxford. No obstante, hemos optado por hacer uso de la traducción de Patricio Azcárate por ser, a excepción de la palabra indicada, la de mayor legibilidad sintáctica de las tres.

⁴ Aristóteles, *Ética nicomáquea*, VI, 13, 1144a 24-35. La cita y el planteamiento que vinculan a Maquiavelo con Aristóteles, fueron extraídos de Boromei de Barroso, Alicia (2015). *La prudencia política a la luz del pensamiento de Nicolás Maquiavelo. Una metáfora*. Idearium, No. 23/26.

⁵ Gracián, Baltasar (2009). *op. cit.*, p. 14. Pareciera ser que Maquiavelo atinó en decir algo de naturaleza similar: “Mas la escasa prudencia de los hombres es origen de cosas que, por las iniciales ventajas que procuran, no dejan percatarse del veneno que llevan dentro.” *El Príncipe* XIII, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 271.

No obstante, esa prudencia termina pronto por ceder a la astucia y al oportunismo, ya que el florentino nos advierte de los peligros que puede traer no reconocer los males en los bienes que inicialmente se nos presentan; en donde dichos bienes son tal en tanto procuran el aspecto meramente ontológico del Estado. De modo que el príncipe, conservando su Estado, hará uso de cualquier medio o bien que le aventaje en ello, aún si eso implica disolver el Estado mismo, quedando solamente el poder tiránico en su completa desnudez.

⁶ Aristóteles, *Ética nicomáquea*, VI, 8, 1142a9. Trad. 2016.

⁷ Marcos, Patricio (2015), *op. cit.*, p. 41.

⁸ Carta a Francesco Vettori, 10 de diciembre de 1513. Maquiavelo (2015), *op. cit.*, p. 117.

⁹ Aunque más adelante, en esa misma carta, confiesa a su amigo Francesco Vettori no temer a la pobreza ni a la muerte. Igualmente, sabemos por otra carta, del 18 de marzo de ese mismo año, que el mismo Maquiavelo admite haber nacido en cuna pobre. Al respecto, en un poema escrito y dedicado a su padre durante aquella época en la finca, hace pesar sobre el recuerdo de éste la culpa de encontrarse nuevamente en la misma situación que cuando éste lo trajo al mundo, culpa que recae, como nos recuerda Forte Monge, y lo deja ver el diario del progenitor, *Libro di Ricordi*, en no poder haber ejercido como jurista, mantener improductiva la finca heredada y seguir postergando día con día las deudas adquiridas: “Vivían un mes, o más, a base de nueces, higos y carne seca/tal que es malicia, y no travesura, hacer suya una habitación tan larga.../al final de la partida pues/mi señor Bernardo, comprarás/patos y gansos, y no los comerás.” Niccolò, Machiavelli (1971), *op. cit.*, págs. 993 y 994.

¹⁰ Como documenta Forte Monge, a ambos Maquiavelo, Bernardo y Nicolás, les fue negada la ciudadanía florentina, lo cual es atribuible ya fuera a que el padre era hijo ilegítimo o al impago de impuestos. Este hecho era a todas luces contrastante con el estatus que históricamente había gozado la familia Machiavelli en Florencia.

Además de contar con diversas tierras en Valle di Pesa, de las cuales Maquiavelo heredó una de ellas, ubicada en Sant Casciano, en donde viviría los días de su destierro, hay que recordar que los Machiavelli, instalados en Florencia hacia el siglo XIII, formaban parte de la facción güelfa. Desde su llegada, hasta el siglo XV, “...participaron en el gobierno de Florencia con cincuenta y cuatro priores de los gremios mayores (*Arti Maggiori*) y doce gonfaloneros de justicia. Para hacerse una idea de la importancia de estas magistraturas, baste decir que el vértice del Estado de Florencia (la llamada *Signoria*) se componía entonces de un gonfalonero de justicia y ocho priores. Así, puede afirmarse que la familia formaba parte del llamado *popolo grasso*, esto es, la alta burguesía urbana que controlaba la industria, el comercio y el gobierno florentino, aunque en su caso a mucha distancia del protagonismo de otras familias florentinas.” Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 16.

Además, al ser parte de la facción güelfa, la familia Machiavelli era, por definición, opuesta a los Medici, de cepa gibelina. Esto es significativo si pensamos que a Nicolás Maquiavelo le fue más oportuno incorporarse a las filas de los Medici para saciar su necesidad económica y su urgencia por recobrar el honor personal, que seguir con la larga tradición partidista de su familia, que en su momento también había sido desterrada por la facción gibelina, teniendo que refugiarse en Lucca tras la batalla de Montaperti.

¹¹ No sería la última vez que sería objeto de acusaciones. Mientras que en esta primera ocasión su proximidad con los cabecillas de la conjura, Agostino Capponi y Pietropaolo Boscoli, asiduos participantes de los *Orti Oricellari*, le hacía difícil deslindarse del movimiento, su cercanía con los Medici, la cual se fue consumando a partir de 1518, fue un factor oportuno y decisivo para desmarcarlo de las nuevas acusaciones que se fueron presentando en su contra, entre ellas el haber practicado sodomía con Lucrezia (amante de Maquiavelo, tal y como lo constata su epistolario, también conocida como la Riccia), practica que, como aclara Forte Monge, podía acarrear la pérdida de la ciudadanía y la posibilidad de ejercer cargos públicos. Así como una nueva conspiración en contra de los Medici fraguada en 1522 por viejos conocidos republicanos, algunos de ellos cercanos a Maquiavelo del círculo de los *Orti*, como Luigi di Piero Alamanni, Zanobi Buondelmonti, Jacopo Cattani da Diacceto y Luigi di Tommaso Alamanni.

¹² Así lo atestigua el propio Vettori, exculpándose de su ausencia en esos momentos tan difíciles: “Duéleme no haber podido ayudaros como merecía la fe que en mí tenáis, y gran disgusto tuve cuando vuestro Totto me mandó el aviso, y no pude servirlos en nada. Lo hice apenas fue elegido el nuevo pontífice, y no le pedí otra cosa que vuestra liberación, la cual en mucho tengo que se haya producido antes.” Carta a Francesco Vettori, 15 de marzo de 1513. Maquiavelo (2015), *op.cit.*, p. 64.

¹³ Carta a Francesco Vettori, 24 de diciembre de 1513. Maquiavelo (2015), *op.cit.*, p. 121. Al bajo ánimo de la respuesta hay que añadir la tardanza de Vettori para contestar la carta del 10 de diciembre, enviada por su compadre, tras la cual éste hizo llegar otra a Roma el 19 de diciembre; una muestra, a todas luces, de su urgencia y desesperación.

¹⁴ Alvisi Edoardo (1883). *Lettere familiari di N. Maquiavelo*. G.C. Sansoni Editore, Firenze, p. XIV.

¹⁵ Recordemos que para el florentino la república es superior a la monarquía. Partiendo del caso del pueblo romano, “durante cuatrocientos años enemigo de la monarquía”, superpone el valor de una sobre la otra: “...porque el pueblo que ejerce el mando y tiene buenas leyes será tan pacífico, prudente y agradecido como un rey, y aun mejor que un rey querido por sabio. Al contrario: un príncipe no refrenado por las leyes será más ingrato, inconstante e imprudente que un pueblo. Las variaciones de conducta en pueblos y reyes no nacen de diversidad de naturaleza, porque en todos es igual, y si alguna diferencia hubiera sería en favor del pueblo, sino de tener más o menos respeto a las leyes bajo las cuales viven.” *Discursos*, I, LVIII, Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 797.

¹⁶ El significado original en italiano quiere decir poder absoluto o señorío. Mientras que *en balia di* significa “en poder, a merced de”. Enciclopedia Treccani. *Balia*. https://www.treccani.it/vocabolario/balia_res-4dd1911e-0010-11de-9d89-0016357eee51/.

¹⁷ En la enciclopedia Treccani se nos ofrecen dos ejemplos: el *Otto di Balia* de Florencia, creado para la guerra contra Pisa en 1363, con los poderes de los antiguos capitanes de guerra durante un año. Y el Consejo, creado en Orvieto en 1347, que contaba con doscientos miembros. *Idem*.

¹⁸ Ver capítulo “Mecenazgo plutocrático en Florencia”. En este sentido, la obra de Maquiavelo puede dividirse de la siguiente manera: trabajos derivados de misiones y legaciones de gobierno; trabajos de iniciativa personal (en donde se incluyen poemas, versos y obras de teatro); y trabajos por encargo privado o mecenazgo.

¹⁹ Entre los que se incluyen al sessano Agostino Nifo con su sátira de la obra del florentino, *Regnandi et peritia*, así como su *De rege et tyranno*; a Federico II de Prusia con su *Antimaquiavelo*, prologado por Voltaire; a la literatura isabelina del siglo XVI, incluido el propio Shakespeare, que encarnaba el rostro desalmado de los valores maquiavélicos; a un grupo de españoles, también del siglo XVI, encabezados por Baltasar Gracián, Rivadeneyra y Diego de Saavedra Fajardo, quienes, inspirados en Botero, construyeron “un concepto de razón de Estado teniendo en mente cierta doctrina de Maquiavelo como el enemigo que hay que derrotar, levantando sobre su crítica el concepto de buena razón de Estado frente a mala razón de Estado.” Gracián Baltasar (2009), *op. cit.*, p. 18.

²⁰ Así lo ratifica una carta de Piero Ardinghelli, secretario del papa, a Giuliano de Medici. Maquiavelo (2019), *op. cit.* p. 64.

²¹ Si bien en el plano histórico esto terminó por suceder, es prácticamente imposible determinar con certeza hasta qué grado permearon los consejos, las máximas y las enseñanzas maquiavélicas en la familia Medici, particularmente en las generaciones que siguieron a Giuliano y Lorenzo.

²² Marcos, Patricio (1993). *Psicoanálisis antiguo y moderno*. Siglo XXI, p. 16. Podemos observar esta situación con el caso que nos expone Patricio Marcos, el de Einstein y Oppenheimer, uno autor intelectual y otro artífice técnico de la bomba atómica. Marcos, Patricio (2012), *op. cit.*, Tomo 2, p. 1102. El error de compartir los conocimientos necesarios para crearla, así como de producirla y hacerla realidad, empujó a ambos a intentar expiar su culpa hasta el final de sus días a través del movimiento pacifista, con la diferencia de que el segundo disimulaba su gozo, personal y patriótico, en una interpretación pseudofilosófica del Bhagavad Gita, que al mismo tiempo le valía para justificar las motivaciones imperialistas de su país para darle fin a la guerra mediante un genocidio doble. En definitiva, la técnica del estadounidense no es ajena a la técnica del florentino.

Al ser una práctica típicamente moderna la revelación de descubrimientos que de otra manera, como dice Marcos, deberían presentarse como esotéricos, en un lenguaje encriptado, o simplemente no publicarse, podríamos añadir otros tantos casos más, como la inteligencia artificial, el más reciente y en voga. La incorporación de la inteligencia artificial a nuestras vidas resulta un despropósito no porque necesitemos más tiempo para estar preparados para recibirla y poder anticipar todas las posibles consecuencias que pueda tener en nuestras vidas, sino todo lo contrario, porque es un descubrimiento científico que no importa cuándo y por dónde se le mire, las implicaciones negativas de su uso sobre la naturaleza humana son imprevisibles por la corrupción generalizada del ser humano y por encontrarse, permanentemente, un paso más allá de su entendimiento.

De modo que el error más común que cometen los políticos y los científicos contemporáneos (debido a su enfermedad de poder y de ambición), al momento de estudiar este tipo de situaciones, es que deciden ignorar por completo que el avance de la ciencia es inversamente proporcional al avance de la humanidad; o lo que es peor, el paradigma científico de la modernidad nos ha proveído de formas más eficientes de hacer retroceder y aniquilar a la humanidad; particularmente, en el caso de la inteligencia artificial, para hacer más inútil, estéril e idiota su naturaleza.

²³ Strauss, Leo (1964), *op. cit.*, p. 10.

²⁴ En oposición a los “escritos exotéricos” de Aristóteles, básicamente aquellos que habían sido publicados y eran de conocimiento público, también conocidos como “escritos extraños a la escuela peripatética” o “discusiones fuera de nuestra escuela” (según la edición que se consulte); se encuentran los “tratados esotéricos”, una expresión que si bien no fue empleada por el propio Aristóteles, nace a partir de una falsa clasificación, esto después de que, como afirma Jaeger, fueran rescatados por Andrónico, en tiempo de Sila. Estos escritos eran, por cierto, apuntes del propio Aristóteles que se conservaban y transmitían dentro del Liceo.

De modo que estos primeros escritos, de ser altamente leídos y estimados, pasaron pronto a ser menospreciados. Primero por la alta frecuencia con que los tratados redescubiertos eran comentados por los peripatéticos, así como por la inspiración y sustento que otorgaba a los neoplatónicos. Posteriormente, por la mentira que el peripatético Alejandro de Afrodisias propagó al intentar explicar la relación entre ambos, “diciendo que los últimos (los “esotéricos”) contenían las verdaderas ideas de Aristóteles, mientras que los primeros (los “exotéricos”, escritos en diálogos, como su maestro Platón) contenían las falsas opiniones de otras personas”. A esta falsa suposición se sumó lo difícil que era para los lectores entender el lenguaje utilizado en los tratados. Todo esto terminó escalando hacia nuevas interpretaciones místicas, a tal grado que se llegó “a forjar una carta en que Aristóteles escribía a Alejandro que los términos eran oscuros de propósito, con el fin de extraviar al no iniciado.” Jaeger, Werner (2023), *op. cit.*, págs. 44 y 45.

4.6. Breve recuento sobre la herencia aristotélica

En el muy personal estilo literario de Maquiavelo encontramos también una clave de su cepa renacentista *sui generis*¹, no obstante que también una costumbre típicamente moderna: la de intentar postrar los hombros de los gigantes en los que se encuentra parado. A saber, en sus obras encontramos “una continua contaminación y diálogo más o menos solapado, y a menudo crítico, con autores clásicos”², entre los que destacan, de acuerdo con Forte Monge, Jenofonte, Polibio, Tito Livio, Plutarco, Cicerón, Tácito y Tucídides.³

Los primeros ejercicios con los cuales el estilo literario maquiaveliano empezó a forjarse consistieron en una transcripción a mano de las obras de Lucrecio y Terencio, de *De rerum natura* y *Eunuchus*, respectivamente.⁴ Todo indica que esto es un ensayo y preludio del sello que habría de caracterizar la obra del florentino, una caja de resonancias de melodías antiguas, griegas y romanas:

...la cultura clásica resuena en toda la obra de Maquiavelo y él mismo habla en *El príncipe* de una “continua lectura de las cosas antiguas”. Los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* se presentan como un comentario de Livio, repleto también de referencias a otros autores romanos y griegos; *El arte de la guerra* está lleno de remisiones al *Epitoma rei militaris* de Flavio Vegecio y a otros muchos escritores clásicos; *Andria* es una traducción de la comedia homónima de Terencio..., y *Clizia* es una reelaboración de la *Casina* de Plauto.⁵

A esta lista, que no se limita a ser simplemente un eco, sino que es por demás sonora de verdaderos ritmos grecolatinos, hay que añadir el nombre de Aristóteles, desperdigado en más de una obra del florentino.⁶ Si bien donde más se hace notar la presencia de aquel es en *El Príncipe*, la discusión y el empleo que Maquiavelo hace de sus conceptos atraviesa gran parte de su obra, como ya hemos dejado entrever a lo largo de este trabajo, de principio a fin, particularmente en el apartado anterior.

Entre todas las categorías y principios teóricos extraídos directamente del *corpus* aristotélico por parte de *il segretario*, destacan las salvaguardas constitucionales, modos de conservación y destrucción de los regímenes políticos, que son empleados por el florentino en todo lo referente al *arte dello stato*⁷, así como el listado de virtudes de la *Ética nicomaquea*⁸, el cual es revalorizado a la luz ya no de la *eudaimonía* de los pueblos, sino de la conquista del poder por parte del príncipe.⁹

Por su parte, de la tradición latina, la cual recoge a su vez, entre otras escuelas, la aristotélica, Maquiavelo retoma más de una categoría o principio teórico. La categoría de Estado, que usa frecuentemente a lo largo de toda su obra, es deudora de la teoría política del estagirita, con la diferencia de que, para el florentino, quien altera su sentido original, el estado se refiere a la correlación de fuerzas existente entre las distintas partes que conforman al cuerpo social, siendo aquella que logra hacerse con la supremacía la que define su condición, en este caso, despótica.¹⁰

El concepto de república, versión latina de la palabra griega *politeia*, podemos identificarlo en el análisis que hace el florentino referente a su condición, particularmente en las dificultades para mantenerla debido a su carácter “disperso”, el cual es sugerido en la correspondencia por Francesco Vettori, amigo y compatriota suyo. Asimismo, de este tópico se desprende el de la libertad republicana y su corrupción en libertinaje (*licenza*¹¹).¹² Por su parte, el gobierno mixto, el cual es, por antonomasia, el gobierno republicano en la obra maquiaveliana, es una herencia que recoge de Tito Livio.

Finalmente, la clasificación de las formas de gobierno que el toscano expone en los *Discursos* se remonta a una larga tradición, anterior a la teoría aristotélica, a autores como Heródoto y Platón. No obstante, es en Aristóteles en donde hallamos la versión más acabada de los regímenes políticos y sus respectivas corrupciones.¹³ Mientras que el ciclo político de dichas formas se encuentra más próximo a la teoría polibiana que a la platónica y la aristotélica, no obstante que la base de la primera sea la segunda y la tercera.¹⁴

Notas

¹ O en palabras de Forte Monge, no era un “humanista modélico, ni por formación ni por pensamiento”. Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 22.

² *Idem.*

³ Resulta sorpresiva la ausencia de Aristóteles, esto a pesar de que una parte importante de la lista de autores sea deudora y se haya nutrido de su pensamiento político; y más importante aún, que la obra política e histórica de Maquiavelo esté repleta de referencias aristotélicas, implícitas y explícitas.

La hipótesis que inicialmente hemos propuesto en esta investigación para explicar esta ausencia, es que el descarte deliberado del estagirita, que empieza con el mismo Maquiavelo, obedece a razones allende al propio saber político, de naturaleza patriótica, ideológica y gremial. No es una coincidencia, por lo tanto, que casi la totalidad de los autores que niegan la preeminencia de Aristóteles sobre Maquiavelo sean italianos: Inglese, Bausi, Bobbio, Sartori, etc.; como si se tratase, en el fondo, de una disputa por poner al renacimiento romano por encima del renacimiento griego, aún cuando, contra toda lógica, el primero no pueda existir sin el segundo, o lo que es lo mismo, que la civilización romana haya nacido sobre el legado histórico, político y cultural de la griega.

⁴ Estas copias fueron halladas hacia 1960 por Sergio Bertelli, en la Biblioteca Apostólica Vaticana. *Ibid.*, p. 20.

⁵ *Ibid.*, págs. 21 y 22. Estas resonancias son el resultado de la costumbre de Maquiavelo de someter los textos clásicos a “omisiones y modificaciones”, la cual explica también su método de investigación y de escritura, que a decir de Forte Monge, se trata de facilitar y disponer a los autores antiguos para adaptarlos a una “lógica dilemática” que permita hacer un análisis comparativo de los tiempos que corren sobre la base de los textos antiguos. *Ibid.*, págs. 36 y 37.

En esta lista hace falta mencionar *La maschere*, una imitación de *Las nubes* de Aristófanes. Obra que, de acuerdo con Federico Chabod, se habría extraviado. Chabod, Federico (2015), *op. cit.*, p. 229.

Leo Strauss agrega que Maquiavelo reproduce imitaciones de lo que los antiguos enseñan por medio de diálogos, en forma encubierta y usando como portavoces a sus personajes, con la diferencia de que lo dice abiertamente y a título personal. Strauss, Leo (1964), *op. cit.* p. 92.

⁶ O como refiere Strauss, el hecho de que las menciones al estagirita sean escasas, casi nulas, no debe hacer que quitemos la atención sobre este asunto: “También a Aristóteles se refiere sólo una vez, pero sería poco inteligente el inferir de esto que no ha concedido cuidadosa consideración a la doctrina de Aristóteles.” *Ibid.*, p. 372.

⁷ Como bien da cuenta Juan Manuel Forte Monge, Maquiavelo nunca emplea la expresión *ragioni di stato*. Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 193. Tampoco, al menos no netamente, la de *arte dello stato*.

Sin embargo, las referencias al Estado apuntan siempre a la consecución de los medios más efectivos y eficientes para su conservación, lo cual puede abreviarse bajo el nombre de arte o técnica del Estado. Más aún, no se trata de un Estado realmente, sino de la supremacía del tirano, los ricos o los pobres. De ahí que la finalidad del *Principatus* no sea otra que la instrucción del príncipe en la conquista y conservación de la supremacía del Estado.

⁸ Como bien hace notar Leo Strauss, en esta lista de virtudes es la justicia la que brilla por su ausencia. Strauss, Leo (1964), *op. cit.*, p. 285.

⁹ De cualquier manera, por no ser el objetivo del presente capítulo adentrarse en este tema, se trata de una generalización poco demostrativa, vaga e imprecisa. A saber, la vasta cantidad de referencias aristotélicas, algunas más exactas que otras, que se encuentran solapadas en la obra del secretario florentino, pueden encontrarse concentradas en mayor medida en el capítulo “Categorías maquiavélicas a la luz de las categorías aristotélicas”, sin descartar otras tantas que se encuentran dispersas, tanto en el cuerpo del texto como en las notas aclaratorias al pie de página.

¹⁰ A lo sumo, dicha correlación de fuerzas no implica la *constitución* de las partes que conforman ese Estado, sino un antagonismo cuyo equilibrio es inexistente por intentar valerse de la discordia y las relaciones de dominación entre ellas. Por lo tanto, no se trata de un estado político, sino de una supremacía partidaria.

¹¹ La cual se da ahí donde ha desaparecido “todo respeto (el texto original en italiano utiliza el verbo temer, ya que recordemos, el temor tiene un lugar privilegiado para el florentino, antes que el amor o

el respeto) lo mismo entre autoridades que entre ciudadanos... viviendo cada uno a su manera y causándose mil injurias; de suerte que, obligados por la necesidad, o por sugerencias de algún hombre honrado, o por el deseo de terminar tanto desorden, volvióse de nuevo a la monarquía, y de ésta, de grado en grado y por las causas ya dichas, se llegó otra vez a la anarquía.” *Discorsi*, I, II, en Machiavelli (1971) *op. cit.*, p. 80; y Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 602. Por razones de sintaxis y de comprensión del mismo, hemos decidido mezclar el texto original, traducido del italiano, con la traducción de Forte Monge.

Hacia el final de la versión castellana puede observarse que el traductor, Juan Manuel Forte Monge, emplea la palabra anarquía como sinónimo de licencia. Mientras que el término equivalente en la teoría platónica y aristotélica es libertinaje: “La democracia se encuentra, principalmente, en las casas donde no hay amo (pues en ellas todos son iguales), y en aquellas en que el que manda es débil y cada uno tiene la posibilidad de hacer lo que le place.” Por su parte, en la traducción al inglés de Oxford aparece la palabra licencia: “Democracy is found chiefly in masterless dwellings (for here everyone is on an equality), and in those in which the ruler is weak and everyone has *licence* to do as he pleases.” Aristóteles, *Ética nicomáquea*, VIII, 10, 1161a7. Trad. 1984.

En todo caso, Maquiavelo debe esta definición de la *licenza* no tanto a Aristóteles como sí a Platón, quien la define de la siguiente manera en *República*, una definición prácticamente idéntica a la que vuelve a elaborar su discípulo de Estagira: “En primer lugar, ¿no serán libres y la ciudad no estará asfixiada de libertad y licencia para que el hombre diga y haga lo que le venga en gana..., y donde hay licencia, el individuo no tiene el poder de ordenar como le plazca su propia vida?”. Marcos, Patricio (2012), *op. cit.*, Tomo 2, p. 1010.

¹² Aunque claro está, son temas abordados de manera separada por el florentino.

¹³ La diferencia más importante de Aristóteles con respecto a las teorizaciones más antiguas de las formas de gobierno parte de haber añadido el elemento cualitativo, antes que el cuantitativo, al momento de definir las y clasificarlas.

¹⁴ Inicialmente, la división platónica sobre las formas de gobierno parte de las edades del hombre de Hesíodo: la edad de oro, de plata, de bronce, de los semidioses y la de hierro; aunque las razas en que se encuentran divididos los hombres, según Platón, solamente son cuatro, excluyendo a los semidioses. Al mezclar estas razas, “la de hierro con la de plata y a la de bronce con la de oro, se generará una desemejanza y una anomalía inarmónica, lo cual, allí donde surge, procrea siempre guerra y odio.” Platón, *República*, VIII, 547a. Esta es, de acuerdo con el ateniense, la “genealogía de la discordia” entre los hombres, ya que las razas de oro y plata, al estar provistas sus almas de amplios dotes de riqueza verían empujada su excelencia hacia el afán de lucro de las razas de bronce y hierro. Entre ambas razas, o si se prefiere, regímenes políticos, es decir, aristocracia y oligarquía, se encuentra, a decir de Platón, uno intermedio, en donde “el mal y el bien se hallan mezclados” por poseer rasgos de uno y otro régimen y hacer de la guerra un modo de vida; se trata, pues, de la timocracia. De modo que en el ciclo platónico de los regímenes políticos, la realeza y la aristocracia son sucedidas por la timocracia, como una suerte de bisagra que hace de pasaje entre éstas y la oligarquía de la riqueza, también conocida como plutocracia.

Posteriormente, en la secuencia de la corrupción de los regímenes, hacen su aparición la democracia y la tiranía, respectivamente. El ateniense es claro al momento de fijar la sucesión dialéctica en que uno encuentra inicio y otro su final; valga decir, cómo es que la forma de gobierno anterior ya muestra en sus principios y contradicciones las expresiones de la forma siguiente. No obstante, al no encontrar elementos empíricos suficientes de contraste en el texto para dicha teoría fundacional, es difícil observar aún las posibles variaciones que podrían darse en ese orden original.

Aristóteles, su más grande discípulo de la Academia, partirá de esta base, haciendo los respectivos ajustes con ayuda de un vasto acervo empírico de pueblos de la Antigüedad. El más importante, quizá, se refiere al perfeccionamiento teórico del concepto de *politeia*, el cual puede traducirse como constitución, con la particularidad de que al mismo tiempo que se refiere al régimen de los muchos libres, es también de tipo genérico, esto es, que engloba a las otras dos formas de gobierno que le anteceden y le superan, la realeza y la aristocracia.

A diferencia de su maestro, no es posible observar en la teoría de los ciclos políticos del estagirita una serie en donde exista implícitamente una regla que determine que la sucesión de las formas de

gobierno se dé siempre de la misma manera. Esto variará según cada caso, no obstante que sí existen constantes que pueden observarse a lo largo de la historia de la humanidad, entre ellas, como bien ha observado Patricio Marcos, la realeza fundacional, compuesta por siete reyes; este es el caso de Roma y Grecia. En realidad, la teoría platónica y la aristotélica son, en esencia, las mismas, ya que la segunda mantiene el método dialéctico de la primera, con la diferencia de que matiza sus primeros hallazgos a partir de un constante contraste con información empírica.

Finalmente tenemos el caso de Polibio, de quien ya hemos detallado la diferencia que introduce en la teoría de los ciclos políticos de la Grecia clásica. Se trata del reinicio del ciclo una vez llegado a su final, es decir, el paso del último régimen hacia el primero a través de un estado primigenio, un recurso heurístico que hace las veces de soldadura en esta transición, justificando así la reaparición de la monarquía primitiva. Son estas ideas de las que Maquiavelo se nutre para introducirlas a la historia política florentina, haciéndola ver como una reminiscencia de la romana. En este sentido huelga decir que su predilección por Polibio, antes que por Platón o Aristóteles, obedece a la idiosincrasia romana que sutilmente permea en el historiador de Megalópolis, ya que para su época, en el siglo II a.C., la hegemonía romana sobre Grecia era un hecho consumado que terminó por absorber el pensamiento del historiador.

4.7. Sobre la modernidad de Maquiavelo

Indudablemente existen varias facetas de Maquiavelo que nos permiten referirlo como un autor renacentista. No obstante, hay otras tantas en donde inevitablemente se aleja de la tradición clásica, y es ahí donde cabe preguntarse si, como comúnmente suele afirmarse en el ámbito académico e intelectual, el florentino es un personaje más próximo a lo que actualmente denominamos como modernidad, es decir, a la transición del *ancien* al *nouveau regime*, a la caída de los otrora regímenes monárquicos y aristocráticos ante el inminente estallido de las revoluciones plutocráticas en el seno de las principales potencias marítimas y coloniales de los siglos XVI, XVII y XVIII: Países Bajos, Gran Bretaña¹ y Francia.

De modo que situar al florentino en una determinada época implica, a su vez, establecer un criterio de demarcación histórico, el cual no es otro que el principio político que determina a uno y otro régimen. Al respecto, es interesante el diálogo que Patricio Marcos retoma entre Constant y Montesquieu en los *Principes de politique*² del primero, en donde el suizo vuelve a poner sobre la mesa la discusión acerca de la diferencia entre los antiguos y los modernos. Obtusamente, sin atinar realmente a lo que apunta Montesquieu, muy hegelianamente, aunque más astutamente, Constant se la atribuye al “espíritu opuesto de los tiempos”, cuando no al espíritu de las leyes, ese espíritu que, extrapolando el título de la obra del francés, su quintaesencia no es otra que el título de la del suizo (que acierta involuntariamente en poner): los principios políticos.

Así que lo verdaderamente interesante es aquello que el suizo intenta hacer pasar inadvertidamente sobre la obra del francés, la verdadera diferencia entre los paradigmas antiguo y moderno:

Los políticos griegos, que vivían en el gobierno popular, no reconocían otra fuerza que pudiera sostenerlos que la virtud. Los de hoy nos hablan sólo de manufacturas, comercio, finanzas, riqueza y hasta lujo.³

Esta diferencia fundamental de carácter político, innegable por sus consecuencias en el modo de vida de una y otra época,⁴ es por momentos imperceptible para Maquiavelo, al menos en lo que a su nivel fundamental se refiere, tanto o más que como para Constant. Así, por ejemplo, en el capítulo XXVIII de los *Discursos*, en donde concluye que la ingratitude de los romanos con sus conciudadanos es menor a la de los griegos con los suyos, ya que “los pueblos muerden más fieramente cuando recobran la libertad (griegos) que cuando la han conservado (romanos).”⁵ De modo que al haber sido privado de su libertad en “su época más floreciente”, el pueblo griego decidió tomar con mayor dureza la venganza por lo cometido, y precaviéndose de sufrir dos veces el mismo destino, desterró a más de un hombre eminente.

Resulta extraño que, a pesar de que las razones de Estado son el tema central de su obra, incluyendo también una parte no menor de los *Discursos*, en casos como estos Maquiavelo deje el tópico de lado para centrarse en un tema secundario como lo es la ingratitude, cuando la verdadera causante de dicha afección es el tipo de régimen que se intenta conservar, de donde se desprende, a su vez, la manera de conservarlo.

En el presente, lo que el autor nos deja entrever es que pasada la tiranía de Pisístrato y sus hijos, Hipias e Hiparco, el ostracismo, en tanto centinela constitucional, empezó a ser utilizado en Grecia a partir del siglo V para combatir el exceso de un solo hombre y así preservar la libertad que hacía posible la constitución del estado político, con todo y que después éste empezó a ser empleado arbitrariamente por los demagogos de la asamblea popular. De tal forma que Maquiavelo pasa por alto que el ostracismo no es una forma de gratitud o ingratitude hacia los ciudadanos eminentes que sobresalen de entre el resto, sino una respuesta colectiva para salvaguardar el régimen.⁶

Pese a este tropiezo, es claro que la diferencia entre los regímenes de antaño y los de hogaño es más que comprensible para el florentino. Tanto en el prólogo de los *Discursos* como en los diálogos de *El Arte de la Guerra*, Maquiavelo hace manifiesta la superioridad de las repúblicas antiguas sobre sus remedos modernos, así como aquello que es verdaderamente loable de imitar de aquellas, más allá de su prolífica cultura y de sus artes liberales:

Cosme —¿En qué cosas querríais imitar a los antiguos?

Fabrizio —En honrar y premiar la virtud, no despreciar la pobreza, estimar el régimen y la disciplina militares, obligar a los ciudadanos a amarse unos a otros, y a no vivir divididos en sectas; preferir los asuntos públicos a los intereses privados, y en otras cosas semejantes que son compatibles con los actuales tiempos.⁷

Notas

¹ Sin excluir, desde luego, las trece colonias de las que es progenitora.

² Extraído de Marcos, Patricio (2011), *op. cit.*, p. 100.

³ *Les politiques grecs, qui vivaient dans le gouvernement populaire, ne reconnaissent d'autre force qui pût les soutenir que celle de la vertu. Ceux d'aujourd'hui ne nous parlent que de manufactures, de commerce, de finances, de richesses et de luxe même.* Montesquieu (1875), *L'Esprit des Lois en Œuvres Complètes*. Francia: Garnier Frères. Libro III, capítulo 3. <https://philolabo.fr/fichiers/Montesquieu%20-%202004%20L'esprit%20des%20lois.pdf>, p. 186.

Esta edición francesa del Espíritu de las Leyes guarda la peculiaridad de citar al pie de página las referencias en que se basa Montesquieu para hacer su obra, entre las cuales proliferan los clásicos como el propio Aristóteles. Igualmente, el autor no olvida citar otros tantos autores contemporáneos que pudieran dar más sentido, comprensión y realce al texto original.

En el párrafo que hemos puesto de referencia en el texto, el editor se ha tomado el tiempo de citar, en primer lugar, ahí donde termina el primer enunciado, a Aristóteles. Esta referencia de Montesquieu a la virtud del gobierno popular (que por cierto no es el democrático, ya que el mismo Aristóteles es muy explícito cuando dice que el gobierno socrático, que es objeto de sus análisis, es el republicano) se remite al segundo capítulo del libro segundo de *Política*. En efecto, es ahí donde el estagirita, partiendo de un análisis de la república socrática, antes que la platónica, hace énfasis en que el ejercicio de la virtud es un elemento imprescindible para la existencia de la *politeia* o comunidad política, también conocida como república.

Por su parte, hacia el final del párrafo, en el segundo enunciado, cita la siguiente transcripción del *L'Esprit de conquête*, de Benjamin Constant: “Los griegos vivían sólo de la guerra, mientras que los modernos viven pacíficamente de la agricultura, el comercio y la industria. Es el espíritu de la época, la civilización, lo que ha cambiado. La civilización ha cambiado; la forma de gobierno no tiene nada que ver con ello.”

Esta última referencia hace aún más evidente la renuencia del suizo a dar cabida a lo que plantea el francés, no obstante que aquel ignore que el término civilización, a pesar de los tonos afrancesados dieciochescos de los que hace gala, remite, en última instancia, a la palabra civil, que no es otra cosa que aquello que es relativo o común a los ciudadanos, es decir, la política.

⁴ Por supuesto, estamos hablando de la época de esplendor griego, la cual remite a la república y, más atrás todavía, a la aristocracia y a la realeza, de las que poco se tienen noticias.

⁵ *Discursos*, I, XXVIII, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, 698.

⁶ El tipo y el grado de las penas por ostracismo podía variar, no en función de la gratitud, sino de la injusticia y el daño cometido en contra el Estado.

La diferencia entre Atenas y Roma radica no en que la primera haya sido oprimida en sus primeros tiempos (lo cual pudiera ser cierto, sin embargo, la tiranía pisisrátida es el cuarto régimen en aparecer en el ciclo político ateniense), tampoco a que perdiera su libertad antes del desarrollo de su poder, tal y como lo hace parecer Maquiavelo. Más bien, obedece a la conservación del Estado (o en su defecto, de la supremacía partidaria), que variará según la dialéctica que sigue el ciclo político en cuestión, la cual no es indiferente a “la diversidad de los sucesos ocurridos en ambos pueblos”, los cuales Maquiavelo describe erróneamente en el caso ateniense.

En el caso de Roma tenemos un caso contrario al ostracismo: la figura del *dictator* (el que dicta, pues hace de su palabra una ley o mandato) un magistrado que era investido de manera temporal, (regularmente seis meses, no obstante que podía permanecer de manera indefinida, según lo demandaran los tiempos que acaecían) de poder ilimitado. Esta salvaguarda es por completo contraria a la del ostracismo, ya que uno de sus principales inconvenientes es que podía favorecer la aparición de una tiranía en vez de evitarla.

En realidad, como comenta Montesquieu en su *L'esprit des Lois* sobre el caso romano, no siempre era posible que un solo hombre restituyera la libertad y la virtud de la república, menos aún cuando la esclavitud se había vuelto una costumbre: “Cuando Sila quiso restituir a Roma la libertad, ésta no pudo

recibirla. Roma ya no tenía entonces más que un débil resto de virtud; y como cada día fue teniendo menos, en vez de reanimarse después de César, Tiberio, Cayo, Claudio, Nerón y Domiciano, fue siempre haciéndose más esclava. Sus golpes cayeron siempre sobre los tiranos, y nunca sobre la tiranía.” Montesquieu (1875), *op. cit.*, p. 22.

Y como observan Maquiavelo y Cicerón, al igual que en Atenas, el pueblo romano no estuvo exento de levantar sospechas en contra del mando de uno, fuera excepcionalmente bueno o no. Así, Colatino, por su parentesco con Tarquino (al igual que el resto de la familia poseedora de ese odiado apellido), y Publio Valerio, por haber edificado una casa en el monte Celio, fueron expulsados de Roma.

En todo caso esta problemática se remite a la corrupción de la realeza, arruinada totalmente llegado el segundo Tarquino, tras doscientos cuarenta años de seis reinados, fundadores de Roma. Al respecto, dice Cicerón que “después de la expulsión de Tarquino [el pueblo romano] no podía oír hablar de reyes.” Lo cual no imposibilitó la aparición de otros tantos tiranos como el primero en la lista, apodado “el soberbio”. Cicerón (2018). *De la República* (Traducción Álvaro d’Ors). España: Gredos, pasajes 51, 52 y 54.

⁷ *Arte de la Guerra*, I, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, págs. 345-347.

4.8. Los dilemas maquiavelianos

El Príncipe, la obra más popular de Maquiavelo, abandona por momentos el proyecto republicano para encomendarse al “príncipe nuevo”, no obstante que lo haga al velo de dos dedicatorias, una tras de otra, a la familia Medici, de carácter eminentemente burgués. Es este fallo oportunista el que aleja al toscano de encontrarse entre las filas del viejo régimen para investirse como ideólogo de los regímenes venideros, abundantemente tiránicos y plutocráticos.

Si bien la sentencia no puede ser definitiva, en tanto en una obra no podemos consumir la totalidad del pensamiento maquiavélico, ya que de manera simultánea a *Il Principe*, se asoma la virtud republicana en los *Discursos*, debemos recordar que a principios de 1527, cuando los Medici fueron expulsados de Florencia y se dio un último intento por instaurar la república, la opinión que recaía sobre la figura de Maquiavelo se debía principalmente a su obra más impopular, la cual había provocado un sentimiento total de antipatía entre las distintas partes del Estado florentino. Así lo reproduce en una carta tardía, de 1549, Giambattista Bussini, contemporáneo de Maquiavelo, cercano a la facción savonaroliana:

Maquiavelo huyó de Roma y, habiéndose recuperado la libertad, se allegó hasta allí [Florencia]. Intentó con gran denuedo recuperar su puesto en la magistratura de los Diez. Zanobi Buondelmonti y Luigi Alamanni lo favorecían mucho, pero don Baldassarri y Niccolò di Braccio lo impedían, y la mayoría, a causa de *El príncipe*, lo odiaba: a los ricos les parecía que su príncipe era un documento que enseñaba al Duque a quitarles todos sus bienes; a los pobres, toda la libertad. A los Piagnoni [savnarolianos], les parecía un hereje; a los buenos, un ímprobo; a los malos, más malo y más osado que ellos; de manera que todos lo odiaban.¹

A pesar de ser cercano a la facción del fraile dominico, Bussini nunca se mostró tan radical como los partidarios más fervorosos, siempre tuvo sus reservas con respecto a las medidas más extremistas, como el proyecto de quemar el palacio de los Medici.²

Al igual que Bussini, muy probablemente dentro de los partidarios de la segunda república también se hallaban perfiles moderados, propiamente de la clase libre, así como algunos restos de ciudadanos nobles. Con mayor razón que el resto de las partes del Estado florentino mencionadas en la carta, libres y nobles resultaban ser contrarios a las ideas expuestas en *El Príncipe*. De cualquier manera, no es osado suponer que el rechazo generalizado por parte de los florentinos hacia dicha obra (después vuelto hacia la persona de Maquiavelo) se deba a que ésta hace una apología de la tiranía, hecho a todas luces contrario, en primer lugar, a la existencia misma del Estado y a la libertad ciudadana.

Parece haber un indicio de que el mismo Maquiavelo era consciente de este oprobio, que aún en vida le hacía ser tan impopular, y que obedecía principalmente al hecho de haberse ofrecido desesperadamente a los Medici de distintas maneras, entre ellas escribiendo el paradigmático *Principatibus*. En la misma carta, Bussini relata que su contemporáneo florentino le “habría contado en su lecho de muerte a Filippo Strozzi, a Francesco del Nero y a Iacopo Nardi, y a otros”³ el célebre sueño en donde aparecían dos filas de hombres frente a él, una de hombres menesterosos, los bienaventurados que marcharían directo al paraíso; la otra, de “hombres solemnemente vestidos y de aspecto grave: se trataba de los condenados al infierno, entre los que Maquiavelo consiguió distinguir a Plutarco y a Tácito. Al preguntársele en qué fila prefería estar, Maquiavelo no mostró ninguna duda: el infierno de los filósofos le parecía mucho mejor que el paraíso de los miserables.”⁴

Según Forte Monge existen dudas sobre la veracidad del sueño, ya que podría tratarse de una tradición de la Europa de la Reforma y la Contrarreforma de atribuir muertes blasfemas a algún enemigo, intelectual o político. No obstante, la fiabilidad y la cercanía que nos proporciona el testimonio de Bussini despeja de toda duda la veracidad del sueño.

Por el contrario, la hipótesis que aquí ofrecemos es que este sueño es consecuente con la vida y las ideas de Maquiavelo. Se trata, una vez más, de un distanciamiento con el catolicismo.⁵ Al igual que otros grandes renacentistas como Giordano Bruno y

Galileo Galilei, la vida de Maquiavelo no queda desprovista del martirio por ser un personaje incomprendido para la época debido a su antagonismo manifiesto no con la religión *per se*, sino con la institución católica en particular, condición de la que el mismo florentino era consciente y aprovechó para plasmar en esa última pincelada onírica, en donde busca su trascendencia no en la salvación divina, sino entre las grandes mentes de la Antigüedad, época en la que siempre le fue plácito reposar su intelecto. Finalmente, era una forma de redimirse él mismo, por encima de cualquier rito de liberación espiritual católico.

El papel del florentino en la historia del pensamiento político, al no haberse dejado seducir por entero por su oportunismo y, por ende, por la burguesía⁶ florentina, trastocada unos años después en tiranía, es el de una bisagra entre lo antiguo y lo moderno, en donde puede vislumbrarse un último suspiro de la esencia grecolatina que no termina por ser lo bastante duradero y se marchita ahí donde una nueva época aduce desesperadamente no existir soporte que resista el peso de su orgullo vuelto arrogancia. Más aún, en su libretto Maquiavelo no deja de ser un epígono de la teoría política clásica, a pesar de que sus excesos, tergiversaciones y licencias en ese plano terminarán por ser la piedra de toque del trato que le da a la misma.

Efectivamente, podemos considerar al florentino una personalidad en parte moderna, de actualidad, solamente en la medida en que comprendamos que su muy particular manera de hacer las cosas nos remite, en todos los casos, a la aplicación de los clásicos a problemas contemporáneos, problemas que, como el mismo Maquiavelo se encargará de decir, son los mismos de siempre, no obstante que históricamente presentados de otro modo:

El que estudia las cosas de ahora y las antiguas conoce fácilmente que en todas las ciudades y en todos los pueblos han existido y existen los mismos deseos y las mismas pasiones; de suerte que, examinando con atención los sucesos de la Antigüedad, cualquier gobierno republicano prevé lo que ha de ocurrir, puede aplicar los mismos remedios que usaron los antiguos, y, de no estar en uso, imaginarlos nuevos, por la semejanza de los acontecimientos. Pero

estos estudios se descuidan; sus consecuencias no las suelen sacar los lectores, y si las sacan, las desconocen los gobernantes, por lo cual en todos los tiempos ocurren los mismos disturbios.⁷

Este fragmento es el que, a todas luces, resume el método dialéctico maquiaveliano, ese que hace uso de una lupa de calibre milenario para seguir el rastro de los nuevos trazos del andar humano en los albores de la modernidad. Si los hombres son siempre los mismos, tan constantes como el cielo, el sol o los elementos, las enseñanzas políticas, aquellas que versan sobre las comunidades humanas, también lo serán; desde luego, exclusivamente para quien así atine en reconocerlo en el pasado y logre corroborarlo en el presente.

Notas

¹ Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 83 No puede asegurarse que el régimen savonaroliano haya sido republicano debido a la persecución que emprendió contra sus opositores, así como su fanatismo religioso. Paradójicamente, estos elementos radicales lograron contrarrestar algunos de los excesos del régimen plutocrático de los Medici, lo que hacía ver al estado florentino más moderado y cercano a una república, no obstante que gradualmente fue adquiriendo una naturaleza propia del otro extremo al mediceo, el de una democracia o régimen popular.

² Pincin, Carlo (2014). *Busini, Giovan Battista*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani.

https://www.treccani.it/enciclopedia/giovan-battista-busini_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

³ *Idem*.

⁴ Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 85

⁵ Bussini también describe en la carta la intolerancia que Clemente VII le despertaba a Maquiavelo, así como su arrepentimiento por haberse "haberse enredado" con él. Pincin, Carlo (2014), *op. cit.*

⁶ Algo que se torna característico de la modernidad es la defensa ideológica, esto es, más allá de toda razón científica, de los regímenes plutocráticos, de aquellos en donde prolifera lo que Constant habrá de llamar los "goces privados", enfrascados en la "libertad de los modernos". La lista de los grandes ideólogos de las nacientes plutocracias de la modernidad va desde John Locke, John Stuart Mill, Benjamin Constant, Adam Smith, hasta llegar a los *Founding Fathers*, con su avanzado manejo de las artes demagógicas, que encubren bajo la palabra "democracia" la supremacía norteamericana, ahora mundial, de las familias e individuos más adinerados; engaño que todavía prevalece hasta nuestros días.

⁷ *Discursos*, I, XXXIX, en Maquiavelo (2019), *op. cit.*, p. 736.

Conclusiones

En el primer apartado, referente al panorama renacentista, prerrenacentista y postrenacentista, se hizo una amplia descripción sobre las condiciones de posibilidad que hicieron factible la aparición *sui generis* de un personaje como Maquiavelo. El fin del medioevo supuso una serie de cambios de régimen por toda Europa Occidental, particularmente una transición de las viejas aristocracias hacia una nueva forma de acumulación desmedida de la riqueza en manos de comerciantes y mercaderes que se asentaron de la península itálica, y que se vieron ya sea favorecidos, ya sea confrontados, con el expansionismo del Sacro Imperio Romano Germánico.

Por su parte, aquellos territorios italianos en donde no había proliferado el comercio y la banca, al menos no como en Florencia, Génova y Venecia, mantenían la vieja forma de organización feudal, la cual se aglutinaba y ordenaba en torno al mando de caudillos regionales, la mayor parte de ellos mercenarios, pertenecientes a familias notables de antaño; recibiendo, de este modo, el nombre de principados.

Durante los siguientes tres siglos esta configuración geopolítica siguió siendo un impedimento para la unificación de las distintas provincias italianas. Una de las principales preocupaciones de Maquiavelo era precisamente el intervencionismo militar de las potencias extranjeras, cuyas causas eran, entre otras, el sometimiento de los papas a los monarcas franceses, españoles y germánicos, así como a la fragmentación interna de la región.

Es en este contexto que surgen las familias como los Medici, ya no opulentas en virtudes y grandeza de alma, sino en pertenencias materiales; familia que, si bien será enemiga política del republicano Soderini y su fiel secretario hasta 1512, los nuevos tiempos de la Toscana terminarán por atraer el oportunismo de nuestro protagonista a las redes del mecenazgo mediceo.

Esto supuso, entre otras cosas, que el viejo estilo literario de Espejo de príncipes, el cual Maquiavelo intenta emular en su obra más célebre, degenerara por la misma pluma del florentino en Espejo de tiranos, en tanto su fin ya no era la educación

política de presentes o futuros hombres de Estado en la difícil tarea de gobernar, sino la infame conquista y conservación del poder *per se*, acuñada posteriormente bajo el término de *arte dello stato*.

Sin embargo, esta época de transición vio también florecer, aunque de manera breve, formas de gobierno verdaderamente políticas, tales como la misma república florentina de la que Maquiavelo fue partícipe. Fue esta experiencia, al mismo tiempo que su estirpe noble y su educación política, la que le permitió dar un pincelazo republicano en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, a contracorriente de lo que en esa misma época se venía fraguando bajo el título de *Principatus*. Una y otra obra son el reflejo de proyectos políticos cuya naturaleza es antagónica, no obstante que es claro que ambas se nutren de fuentes de la Antigüedad.¹

Tal y como se demostró, esta actitud ambivalente y oportunista de Maquiavelo ha sido determinante en su recepción contemporánea y posterior como hombre de letras y de Estado, principalmente en lo atinente a la interpretación de su obra. Basta decir que sus textos son objeto del mismo sesgo oportunista con que fue concebido *El Príncipe*, bajo una doble dedicatoria a la familia Medici, hasta ese momento antitética de los principios republicanos en los que Maquiavelo se había formado cívicamente; oscureciendo casi por completo, y dejando en un segundo plano, el resto de su literatura política, de gran amplitud y profundidad, que hasta la fecha no ha sido lo suficientemente explorada.

Esta mirada suspicaz que se ha postrado sobre el apellido Maquiavelo ha hecho particularmente difícil dar cuenta de los interlocutores privilegiados con los que, vestido de paños reales y curiales, el florentino dialogaba constantemente, entre ellos, el fundador del Liceo ateniense, el más importante de todos, aunque también el más subestimado y censurado en la obra maquiaveliana, tanto por su autor como por toda una corriente proitaliana que le ha seguido.

Como se demostró en el segundo capítulo de esta investigación, el propio Niccolò es deliberadamente responsable de que Aristóteles pase como un autor desapercibido en sus escritos, con un mínimo reconocimiento, cuando no nulo. Este solapamiento

del estagirita se explica, como lo hemos sostenido a base de distintas evidencias, por una complicidad patriótica con la tradición romana, así como un rechazo contundente a participar de la tradición escolástica en la que el corpus teórico del griego, particularmente las *Éticas* y la *Política*, llevaba atrapado desde varios siglos atrás.

De modo que es debido a todos estos factores mencionados, enumerados, desarrollados y analizados en el primer y segundo capítulo del presente, que un verdadero renacimiento político de tinte aristotélico no pudo gestarse a través de la persona de Maquiavelo, al menos no cabal e íntegramente.

Por su parte, en la tercera sección, gracias a la comparación efectuada entre ambos autores, Aristóteles y Maquiavelo, e interpretando al segundo a la luz del primero, quedaron de manifiesto las resonancias y disonancias entre ambos. La gran cantidad de referencias al estagirita en la obra del florentino, la mayoría de ellas implícitas y solapadas deliberadamente, son una provocación a legos y no legos en el tema a entender tanto la continuidad que supone la teoría maquiaveliana con respecto a la tradición clásica, como la ruptura con la misma, así como todas las implicaciones que ello supone, principalmente la tergiversación del lenguaje político occidental.

Es así que la lectura, recepción y apropiación que hoy hacemos de Maquiavelo es responsable, en gran medida, del descrédito e infamia de la que adolece la política, así como de la falsa asociación que hacemos hoy entre el poder, su conquista y su conservación a cualquier costo, y la política, como si se tratase de sinónimos.²

Paradójicamente, la separación entre política y moral religiosa que Sartori le atribuye honrosamente a Maquiavelo, no le restituyó su autonomía, superioridad y especificidad a la política como aquél asegura, sino que pasó de estar supeditada a la razón eclesiástica, a someterse ideológicamente y de facto a la razón supremacista del tirano, de la multitud menesterosa o de los pocos ricos.

De modo que hoy más que nunca, ante este continuo malentendido que supone emplear en política toda clase de palabras de manera errónea (empezando por la misma palabra que da nombre a la materia), así como el olvido de sus orígenes

helenos, son necesarias esas otras genealogías de las que habla el filósofo alemán³, entre ellas la referente a la política, destinada, tal y como se ha pretendido a lo largo de esta investigación, a dar con el origen de su tergiversación y trastocamiento, particularmente del Renacimiento a nuestros días. Eso incluye, desde luego, reconocer la autoridad política de los antiguos sobre los modernos, particularmente la de Aristóteles sobre Maquiavelo.

Finalmente, en el cuarto capítulo, a lo largo de distintos apartados se respondió a la pregunta ¿Es Maquiavelo un renacentista aristotélico de la política? La respuesta, como pudo observarse, más allá de ser afirmativa o negativa en sentido tajante, obedece a distintos factores. En primer lugar, a lo que definimos como Renacimiento y, por lo tanto, como renacentista.

En este sentido, el Renacimiento florentino no fue un movimiento homogéneo que encapsulara a todas las actividades humanas de la misma manera. En realidad, todo indica que el esplendor cultural de Florencia durante esta etapa estuvo determinado por un proceso precapitalista en donde resurgió con más fuerza la figura del mecenazgo, que no dejó de involucrar y condicionar la libertad intelectual del propio Maquiavelo en el campo de la política.

De modo que, si el régimen florentino por ser de tipo plutocrático distaba de cultivar costumbres e instituciones acorde a la naturaleza del ser humano, se torna cuestionable hablar de un renacimiento en la política⁴ y, por lo tanto, de la posibilidad de que el propio Maquiavelo se encontrara en las condiciones idóneas para ejercer la prudencia y, a partir de ella, la virtud, empezando por la justicia y la liberalidad (de inicio, por la pobreza en la que nació y recayó), ambas distintivas de un hombre de Estado republicano.

En cuanto al trato que le da en su obra a los autores clásicos de Grecia y Roma, pudimos notar alteraciones significativas que, con uso de nuevas formas literarias, o a partir de la mezcla de viejos con nuevos géneros literarios, traicionan su fondo y esencia en más de una manera, empezando por el plagio deliberado y la falta de crédito a los artífices originales de las ideas políticas que reproduce, concretamente

y a sobremanera, las del discípulo de Platón. Dicha tergiversación intelectual no deja de responder a uno de los varios intentos oportunistas maquiavelianos, oportunismo que usurpa el lugar de la prudencia y la recta deliberación.

Si la lectura que Maquiavelo hace de Aristóteles no puede trascender la síntesis de su pensamiento y ver hacia el interior de su estructura, es decir, recrear el movimiento de su método dialéctico, el cual parte, desde luego, de la contemplación y la experiencia sensible, se debe precisamente a su sesgo oportunista. Este fenómeno no es exclusivo del florentino, sino que se extiende a muchos otros estudiosos del griego, que imitan la forma final de sus obras y conceptos⁵, más ignoran aquello que da vida y movimiento, desde su origen, a dicha forma, es decir, a los condicionantes epistemológicos (de naturaleza política en este caso) que hicieron que llegara a ser lo que es.

En este sentido, dice Jaeger, una vez llegado el Renacimiento y entrada la Modernidad, esta costumbre escolástica siguió teniendo efectos en la recepción, comprensión y empleo de la obra aristotélica:

Todos sabían que (Aristóteles) era una potencia con la que había que contar y una de las bases del mundo moderno, pero no pasó de ser una tradición, si no por otras razones, por la simple de que incluso pasados los días del Humanismo y la Reforma siguieron los hombres necesitando aún demasiado de su *contenido*. Tanto Melanchthon como los jesuitas edificaron su teología sobre la *Metafísica*. Maquiavelo sacó sus reglas de la *Política* y los críticos y poetas franceses las suyas de la *Poética*. Moralistas y juristas se apoyaron en la *Ética* y todos los filósofos hasta Kant, y aún más acá, en la *lógica*.⁶

De modo que dichas reglas que extrae Maquiavelo imitan superficialmente y no tocan en absoluto la esencia del movimiento que inspira y da forma al pensamiento político de Aristóteles. Antes que reformar, *deforman* los principios que lo motivan.⁷ Esta esencia consiste, en efecto, en procurar recoger la experiencia que deriva de las

acciones de la vida con uso de la prudencia, más no del oportunismo, esto es, según el principio rector de la inteligencia.

Finalmente, encontramos que la dificultad para situar de una vez por todas a Maquiavelo en una corriente de pensamiento puede ser zanjada si entendemos al propio Renacimiento como una etapa de transición en donde las viejas instituciones medievales aún no cesaban de existir, al mismo tiempo que las nuevas apenas tomaban forma y rumbo. El mismo florentino es un síntoma de su época al manifestar un dilema entre dos mundos, el antiguo y el moderno por nacer, entre los regímenes republicanos de antes y las pujantes oligarquías de la riqueza del presente, lo cual se hace evidente en su obra, una suerte de síntesis fallida con la que él mismo intenta solucionar este dilema.

En este sentido, si bien uno de los logros modernos que no se cesa de adjudicar a Maquiavelo es el de ser el artífice de lo que hoy en día conocemos como ciencia política, en este trabajo hemos demostrado que, además de no existir tal conquista de su parte, dicha “innovación” ha sido a expensas de sacrificar ese mismo saber político que durante siglos y hasta el Renacimiento había intentado rescatarse, particularmente su lenguaje, cuya corrupción, vuelta definitiva por el florentino, se extendió hacia la modernidad de tal manera que en la actualidad sigue teniendo graves implicaciones. Empero, como se ignora lo que en dicho tránsito se ha perdido, hay una creencia ampliamente extendida de que algo se ha ganado; lo cual se traduce, evidentemente, no solo como una falta de progreso, sino como un retroceso en el campo de saber y actividad humana más noble de todas.

El canciller y secretario florentino era un artista, cierto, un artista *dello stato* fascinado por las intrigas de poder de las cortes y principados del *cinquecento*, admiración que lo terminó por arrastrar fuera de la vida y la contemplación política. De ahí que, en definitiva, al no ser un renacentista aristotélico de la política, *ergo*, tampoco detente la máxima autoridad del saber político de Occidente, sea éste referido desde el Renacimiento, la Modernidad o de cualquier otro momento histórico posterior a la Antigüedad, época en donde nace de la mano de Aristóteles.

Sin duda Maquiavelo es un autor de envergadura que no debe ser empleado y releído en razón de las nuevas y nacientes ideologías de la modernidad, que lo manipulan oportunamente, según lo exigen sus reclamos del momento. En contraste, lo que aquí hemos ofrecido es una mirada fresca, singular y distinta a la de la ortodoxia académica en boga, una que arroja luz desde la Hélade hasta la Florencia posmedieval, con miras, desde luego, a seguir alumbrando y proponiendo soluciones a los problemas políticos de nuestro presente.

Notas

¹ Al respecto, Rousseau se equivoca cuando dice que *El Príncipe* es “el libro de los republicanos” debido a una supuesta “intención secreta” que esconde. No obstante que tiene razón cuando dice que “Maquiavelo era un hombre honesto y un buen ciudadano; pero unido a la Casa de los Medici, estaba obligado, en la opresión de su patria (y suya también), a disfrazar (y ceder) su amor por la libertad.” Rousseau Jean-Jacques (2003). *El contrato social* (Traducción Leticia Halperín Donghi. Introducción Horacio Crespo) Argentina: Editorial Losada, p. 106.

De cualquier modo, hemos visto que ambas obras, más que cualquier otra, se nutren, aunque de manera distinta, de un diálogo continuo con los clásicos de la Antigüedad, particularmente de Aristóteles, Tito Livio, Cicerón, Polibio, Lucrecio, Jenofonte, Platón, Plutarco, etc.

² No es poca cosa que Mario Puzo, el autor de *El Padrino*, la célebre novela sobre la mafia siciliana, cuyos negocios y actividades ilícitas radican en Nueva York, haya dicho, citando a Carol Gino, asistente personal y pareja por muchos años del autor, que Alejandro VI y sus hijos hayan sido los principales precursores de la mafia moderna: “Mario estaba fascinado con la Italia renacentista, y, especialmente, con la familia Borgia. Estaba convencido de que ésta fue la primera familia criminal de la historia, y que en sus aventuras había mucha más traición que en las historias que él escribió sobre la mafia. Era de la opinión que los papas fueron los primeros «Dons» y que, de ellos, el papa Alejandro VI fue el Don más importante.” Puzo, Mario (2001). *Los Borgia. La primera gran familia del crimen*. España: Planeta Internacional, p. 394.

De modo que antes que política, del *Principatibus* y el execrable “nuevo príncipe” que enaltece (César Borgia) obtenemos un manual de prácticas propias de la mafia siciliana.

Agradezco al Dr. Patricio Marcos por haberme compartido esta información en una plática muy interesante que tuvimos hace tiempo sobre el Renacimiento, a partir de la cual no pude dejar de sentir curiosidad por leer la obra citada, así como por ver la serie de televisión que revive a todo color las traiciones en el seno de la familia de origen valenciano, protagonizada por el excelente actor británico Jeremy Irons.

³ Como la genealogía de la justicia. Nietzsche, Friedrich (2003). *La genealogía de la moral* (Edición de Diego Sánchez Meca. Traducción de José Luis López y López de Lizaga). España: Tecnos, págs. 58 y 59.

⁴ No por eso es negable que se hayan producido grandes obras en el ámbito artístico.

⁵ Incluso, como afirma Jaeger, el desatino de basar los estudios sobre Aristóteles en el propósito de encontrar una supuesta forma final, acabada e incondicionada de su trabajo, ha llevado a muchos expertos a intentar rellenar infructuosamente los huecos que los textos perdidos han dejado tras de sí en el *corpus*; o a descartar más de un texto por considerarlo apócrifo y no coincidir con los rigurosos estándares formalistas que parten de “la idea escolástica de [que] su filosofía [es] un sistema estático de conceptos.” Jaeger, Werner (2023), *op. cit.*, págs. 11- 15, particularmente 14.

⁶ *Ibid.*, p. 16.

⁷ De ahí que otros retornos, como el freudiano-lacaniano a la ética aristotélica, sean también fallidos, en este caso por encapsular las reglas de su método de estudio y sanación en un *insight* de la deformación del carácter, a partir de elementos psíquicos que son exclusivamente de tipo sexual y traumático. Siendo la cura, es decir, la felicidad o vida buena, inconcebible en la medida en que como fin no es compatible con la forma irracional que caracteriza al concepto psicoanalítico de alma, en donde la parte inconsciente nunca cede definitivamente en su dominio sobre la parte consciente. O como afirman la mayoría de los psicoanalistas: “Todos somos neuróticos”, “neuróticamente (in)felices”.

Fuentes consultadas

A

Aguilar, José Antonio (01/06/2018). *El profesor que leyó a Maquiavelo*. Revista Nexos. <https://www.nexos.com.mx/?p=37746>.

Alighieri, Dante (1904). *The De Monarchia*. Boston and New York Houghton Mifflin Company.

Althusser, Louis (2004). *Maquiavelo y nosotros*. España: Akal.

Anacyclosis Institute. <https://anacyclosis.org/>.

Antonetti, Pierre (2014). *Historia de Florencia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Aristotle (1984). *The Complete Works of Aristotle*. The Revised Oxford Translation Edited by Jonathan Barnes. Volumen 1 & 2. Princeton University Press.

_____ (1984). *Constitution of Athens*, en *The Complete Works of Aristotle* (Translation by F.G. Kenyon). The Revised Oxford Edited by Jonathan Barnes. Volumen 1 & 2. Princeton University Press.

_____ (1984). *Eudemian Ethics*, en *The Complete Works of Aristotle* (Translation by J. Solomon). The Revised Oxford Translation Edited by Jonathan Barnes. Volumen 1 & 2. Princeton University Press.

_____ (1984). *Metaphysics*, en *The Complete Works of Aristotle* (Translation by W.D. Ross). The Revised Oxford Translation Edited by Jonathan Barnes. Volumen 1 & 2. Princeton University Press.

_____ (1984). *Magna Moralia*, en *The Complete Works of Aristotle* (Translation by St. G. Stock). The Revised Oxford Translation Edited by Jonathan Barnes. Volumen 1 & 2. Princeton University Press.

_____ (1984). *Nicomachean Ethics*, en *The Complete Works of Aristotle* (Translation by W.D. Ross, revised by J.O. Urmson). The Revised Oxford Translation Edited by Jonathan Barnes. Volumen 1 & 2. Princeton University Press.

_____ (1984). *Physics*, en *The Complete Works of Aristotle* (Translation by R. P. Hardie and R. K. Gaye). The Revised Oxford Translation Edited by Jonathan Barnes. Volumen 1 & 2. Princeton University Press.

_____ (1984). *Poetics*, en *The Complete Works of Aristotle* (Translation by I. Bywater). The Revised Oxford Translation Edited by Jonathan Barnes. Volumen 1 & 2. Princeton University Press.

_____ (1984). *Politics*, en *The Complete Works of Aristotle* (Translation by B. Jowett). The Revised Oxford Translation Edited by Jonathan Barnes. Volumen 1 & 2. Princeton University Press.

_____ (1984). *Rhetoric*, en *The Complete Works of Aristotle* (Translation by W. Rhys Roberts). The Revised Oxford Translation Edited by Jonathan Barnes. Volumen 1 & 2. Princeton University Press.

Aristóteles (2014). *Ética nicomáquea* (Traducción Julio Pallí Bonet). España: Gredos.

_____ (2014). *Política* (Traducción Manuela García Valdés). España: Gredos.

_____ (2016). *Política* (Traducción Patricio Azcárate. Comentarios Carlos García Gual). Titivillus. Versión epub.

_____ (2005). *Política* (Edición de Pedro López Barja de Quiroga y Estela García Fernández), España: Ediciones Istmo.

_____ (2019). *Ética a Nicómaco* (Traducción Patricio Azcárate). España: Mestas ediciones.

Artemidoro (2021). *La interpretación de los sueños*, España: Alianza Editorial.

B

Barbutto M. (2017). *Mario Martelli. «Detalles de la filología»*. Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de las Ideas, 11, 239-306. <https://doi.org/10.5209/INGE.58312>.

Black, R. (2015). *Machiavelli and the grammarians: Benedetto Riccardini and Paolo Sassi da Ronciglione*. *Archivio Storico Italiano*, 173(3 (645)), 427–482. <http://www.jstor.org/stable/26229935>.

Bobbio, Mateucci y Pasquino (1983). *Diccionario de política. A-J*. México: Siglo XXI.

Bobbio, Norberto (2010). *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Boromei de Barroso, Alicia (2015). *La prudencia política a la luz del pensamiento de Nicolás Maquiavelo. Una metáfora*. Idearium, No. 23/26. <https://www.um.edu.ar/ojs2019/index.php/Idearium/article/view/663#:~:text=Resumen,ventaja%20en%20su%20debid%20ocasi%C3%B3n>.

Burckhardt, Jacob (1984). *La cultura del Renacimiento en Italia*. México: Porrúa.

Burke, Peter (2015). *El Renacimiento italiano. Cultura y sociedad en Italia*. España: Alianza Editorial. Formato digital.

C

Calvo Roy, José Manuel (25 de diciembre de 2005). *Giovanni Sartori, el europeo pesimista*. El País.

https://elpais.com/diario/2005/12/25/eps/1135495609_850215.html.

Cassirer, Ernst (2004). *El mito del Estado*. México: Fondo de Cultura Económica.

Chabod, Federico (2015). *Escritos sobre Maquiavelo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Cicerón (2018). *De la República* (Traducción Álvaro d'Ors). España: Gredos. Versión Epub.

Comanducci, Rita Maria (2014) *Orti Oricellari*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/orti-oricellari_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

Connell, William (10/11/2005). *Maquiavelo abusado de niño por un sacerdote*. Corriere della Sera. https://www.corriere.it/Primo_Piano/Spettacoli/2005/11_Novembre/07/machiavelli.shtml.

Crespo José Antonio (2010). *Contra la historia oficial. Episodios de la vida nacional: desde la Conquista hasta la Revolución*. México: Debolsillo.

D

De Montaigne, Michel. *Ensayos*. Libro segundo.

De Quevedo, Francisco (1948). *La vida del buscón*. España: La novela española.

Diccionario de la lengua española en línea (RAE). Edición del Tricentenario. Actualización 2022.

Duits, Simon (19/06/2021). *Sacro Imperio Romano Germánico*. World History Encyclopedia en español. <https://www.worldhistory.org/trans/es/1-17433/sacro-imperio-romano-germanico/>.

E

Eduardo José Torres Maldonado (22/02/2018). *El Príncipe: reflexiones sobre el método y los principios políticos de Maquiavelo*. Alegatos. <https://fuenteshumanisticas.azc.uam.mx/index.php/ra/article/view/359>.

Ehrlich Blake, Silver Larry A., Foot John (actualizado el 11/08/2023). *Florence History*. Encyclopedia Britannica. <https://www.britannica.com/place/Florence/History>.

Enciclopedia Treccani. *Balia*. https://www.treccani.it/vocabolario/balia_res-4dd1911e-0010-11de-9d89-0016357eee51/.

_____. *Machiavèlli, Niccolò*. <https://www.treccani.it/enciclopedia/niccolo-machiavelli/>.

_____. *Palla*. <https://www.treccani.it/vocabolario/palla1/>.

_____. *Soderini, Piero di Tommaso*. <https://www.treccani.it/enciclopedia/piero-di-tommaso-soderini/>.

_____. *Stròzzi, Lorenzo*. <https://www.treccani.it/enciclopedia/lorenzo-strozzi/>.

F

Falzone, Paolo (2014). *Aristóteles*. Treccani, Enciclopedia Machiavelliana. https://www.treccani.it/enciclopedia/aristotele_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/

Filosofía en español. *Logos*. <https://www.filosofia.org/enc/ros/logos.htm>

Freud, Sigmund (1992). *Obras completas*. Volumen X y XX. Argentina: Amorrortu Editores.

_____. (1992). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909)*, en *Obras completas*. Volumen X. Argentina: Amorrortu Editores.

_____. (1992). *¿Pueden los legos ejercer el análisis? (1925-1926)*, en *Obras completas*. Volumen XX. Argentina: Amorrortu Editores.

_____. (2009). *Cartas de juventud*. España: Editorial Gedisa.

G

Gabriele Pedulla (2010). *Aristóteles contra Maquiavelo. El De regnandi peritia de Agostino Nifo y la primera recepción de Il principe en el Reino de Nápoles*. Einaudi.

García Alejandro (2022). *La influencia de la Monarquía Hispánica en la Florencia de la época de Carlos V*. Archivos Historia. <https://archivoshistoria.com/la-influencia-de-la-monarquia-hispanica-en-la-florencia-de-la-epoca-de-carlos-v-1527-1558/>.

Guicciardini, Francesco (2012). *Historia de Florencia, 1378-1509*. México: Fondo de Cultura Económica, edición electrónica.

_____ (2017). *Diálogo sobre el gobierno de Florencia*. España: Akal. Edición digital.

Guizot, François (1849). *De la démocratie en France*. Francia: Victor Maison, Libraire.

Gracián, Baltasar (2009). *El héroe. El político*. Prólogo y Notas de Agustín Izquierdo, España: EDAF.

Gramsci, Antonio (1980). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.

_____ (1999). *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana. Tomo 5. México: Ediciones Era.

H

Highet, Gilbert (2018). *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental I*. Fondo de Cultura Económica: México.

J

Jaeger, Werner (2023). *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*. México: Fondo de Cultura Económica.

Juan Luis (2014). *Mecenas, amigo de Augusto y de los poetas*. Revista National Geographic en español, Historia, No. 126. https://historia.nationalgeographic.com.es/a/mecenas-amigo-augusto-y-poetas_8269.

Jung, Carl (2014). *Sobre el fenómeno del espíritu en el arte y en la ciencia*. Trotta: Madrid.

L

Laercio, Diógenes (2020). *Vida y opiniones de los filósofos ilustres* (Traducción y notas de Carlos García Gual). España: Alianza.

Landon, W. J. (2013). *Lorenzo di Filippo Strozzi and Niccolo Machiavelli: Patron, Client, and the Pistola fatta per la peste/An Epistle Written Concerning the Plague*. University of Toronto Press.

Lefort, Claude (2007). *El arte de escribir y lo político*, España: Herder.

Lepri, Valentina (2015). *Salviati, Alamanno*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/alamanno-salviati_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

Lettieri, G. (2021), *Maquiavelo en Venecia. Un agente secreto del papa, la alianza anti imperial y la conspiración "Morone"*. De Medio Aevo 10(2).

M

Machiavelli, Niccolò (1883). *Lettere familiari di N. Maquiavelo* (Comentado y editado por Alvisi Edoardo). G.C. Sansoni Editore, Firenze.

_____ (1971). *Tutte le opere* (a cura di Mario Martelli). Italia: Sansoni Editore.

_____ (1971). *Ai Paleschi*, en *Tutte le opere* (a cura di Mario Martelli). Italia: Sansoni Editore.

_____ (1971). *Dell'arte della guerra*, en *Tutte le opere* (a cura di Mario Martelli). Italia: Sansoni Editore.

_____ (1971). *De natura Gallorum*, en *Tutte le opere* (a cura di Mario Martelli). Italia: Sansoni Editore.

_____ (1971). *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, en *Tutte le opere* (a cura di Mario Martelli). Italia: Sansoni Editore.

_____ (1971). *I Decennali*, en *Tutte le opere* (a cura di Mario Martelli). Italia: Sansoni Editore.

_____ (1971). *Il Principe*, en *Tutte le opere* (a cura di Mario Martelli). Italia: Sansoni Editore.

_____ (1971). *Mandragola* en *Tutte le opere* (a cura di Mario Martelli). Italia: Sansoni Editore.

_____ (1971). *Rime varie*, en *Tutte le opere* (a cura di Mario Martelli). Italia: Sansoni Editore.

_____ (2013). *Istorie fiorentine e altre opere storiche e politiche*. Italia: UTET, edición eBook.

Maquiavelo, Nicolás (2019). *Maquiavelo. Biblioteca Grandes Pensadores Gredos* (Estudio introductorio de Juan Manuel Forte Monge; obra seleccionada). España: Gredos. Versión Epub.

_____ (2019). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, en *Maquiavelo. Biblioteca Grandes Pensadores Gredos* (Traducción de Luis Navarro y notas de Miguel Saralegui). España: Gredos. Versión Epub.

_____ (2019). *El Príncipe*, en *Maquiavelo. Biblioteca Grandes Pensadores Gredos* (Traducción y notas de Juan Antonio Hermosa Andújar). España: Gredos. Versión Epub.

_____ (2019). *El arte de la guerra*, en *Maquiavelo. Biblioteca Grandes Pensadores Gredos* (Traducción de Luis Navarro y notas de Miguel Saralegui). España: Gredos. Versión Epub.

_____ (2019). Discursos sobre la situación de Florencia tras la muerte del joven Lorenzo de Médicis, en *Maquiavelo. Biblioteca Grandes Pensadores Gredos* (Traducción de Luis Navarro y notas de Miguel Saralegui). España: Gredos. Versión Epub.

_____ (2019). *Vida de Castruccio Castracani* en *Maquiavelo. Biblioteca Grandes Pensadores Gredos* (Traducción de Luis Navarro y notas de Miguel Saralegui). España: Gredos. Versión Epub.

_____ (2014). *El príncipe* (Traducción y notas de Antonio Hermosa Andújar). España: Gredos.

_____ (2013). *Epistolario 1512-1527* (Traducción y notas de Stella Mastrangelo). México: Fondo de Cultura Económica.

Mansfield, Harvey (26/08/2022). *Niccolò Machiavelli. Italian statesman and writer*. Encyclopedia Britannica. <https://www.britannica.com/biography/Niccolo-Machiavelli/The-Art-of-War-and-other-writings>.

Marchand, Jean-Jacques (2014). *Ai Paleschi*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/ai-palleschi_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

Marcos, Patricio (1990). *Lecciones de política*. México: Nueva Imagen.

_____ (1992). *Los nombres del imperio. Elevación y caída de los Estados Unidos*. México: Nueva Imagen.

_____ (1993). *Psicoanálisis antiguo y moderno*. Siglo XXI.

_____ (1997). *¿Qué es democracia?*. México: Publicaciones Cruz.

_____ (2011). *La vida política en Occidente. Pasado, presente y futuro*. México: Porrúa

_____ (2012). *Diccionario de la democracia. Diccionario clásico y literario de la democracia antigua y moderna*. Tomo 1 y 2. México: Porrúa.

_____ (2015). *Grandeza y decadencia del poder presidencial en México*. Bonilla Artigas Editores-Université de Montréal.

Marietti, Marina (2014). *Ritratto di cose di Francia*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/ritratto-di-cose-di-francia_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

Márquez, Jorge (2013). *Sociedad, violencia y poder*. México: SITESA-UNAM, Tomo II.

Michelet, Jules (1879). *Histoire de France*; vol. IX: *La Renaissance*. París. Extraído de https://ddd.uab.cat/pub/recdoc/2005/81211/michelet_fernandez_a1879.pdf.

Milani Giuliano (2005). *Ghibellini y Guelfi in Italia*. Enciclopedia Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/ghibellini-e-guelfi-in-italia_%28Federiciana%29/#:~:text=Nella%20seconda%20met%C3%A0%20del%20Duecento,tutte%20le%20citt%C3%A0%20comunali%20italiane.

Montesquieu (1875), *L'Esprit des Lois en Œuvres Complètes*. Francia: Garnier Frères. <https://philo-labo.fr/fichiers/Montesquieu%20-%2004%20L'esprit%20des%20lois.pdf>.

N

Najemy, John M. (2014). *Firenze*. Enciclopedia machiavelliana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/firenze_%28Enciclopedia-machiavelliana%29/.

Nietzsche, Friedrich (2003). *La genealogía de la moral* (Edición de Diego Sánchez Meca. Traducción de José Luis López y López de Lizaga). España: Tecnos.

O

Olascoaga, Andrés (4/03/2019). *Las 27 revoluciones de Ryszard Kapuściński*. Revista Gatopardo. <https://gatopardo.com/perfil/ryszard-kapuscinski/>.

P

Picotti, Giovanni Battista (1931) *Condottieri*. Enciclopedia italiana, Treccani. https://www.treccani.it/enciclopedia/condottieri_%28Enciclopedia-Italiana%29/.

Platón (2014). *República*. (Traducción y notas de Conrado Eggers Lan). España: Gredos.

Polibio (2018). *Historias*. Libros V-XV. (Traducción y estudio introductorio Manuel Balasch Recort). España: Gredos. Versión Epub.

Puzo, Mario (2001). *Los Borgia. La primera gran familia del crimen*. España: Planeta Internacional.

Q

Queralt del Hierro, María (2019). *El ascenso de los Medici*. La Vanguardia. <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/edad-media/20190801/47311219346/el-ascenso-de-los-medici.html>.

R

Reis, Nilo Henrique Neves dos. *El Arte de engañar: la Mandrágora como lección política de Maquiavelo*. Mirabilia: electronic journal of antiquity and middle ages, 2019, n.º 28, págs. 406-422, <https://raco.cat/index.php/Mirabilia/article/view/359720>.

Rousseau Jean-Jacques (2003). *El contrato social* (Traducción Leticia Halperín Donghi. Introducción Horacio Crespo) Argentina: Editorial Losada.

S

Sartori, Giovanni (1989). *Teoría de la democracia, Tomo 1*. “El debate contemporáneo”. México: Alianza Universidad.

_____ (2005). *¿Hacia dónde va la ciencia política?* Revista Española de Ciencia Política. Núm. 12, pp. 9-13

_____ (2011). *Cómo hacer ciencia política*. Madrid: Taurus-Santillana, Formato digital.

_____ (2012). *La Política. Lógica y método en las ciencias sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.

Schatzmann, Morton (2014). *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*. España: Siglo XXI.

Schenoni, L. L., (2007). *El concepto de lo político en Nicolás Maquiavelo*. Revista Andamios, 4(7), 207-226.

Storologia. Firenze e il Savonarola. <https://www.storologia.it/apricrono/storia/aa1495a.htm#:~:text=Il%20Consiglio%20Maggiore%20doveva%20eleggere,l'approvazione%20dei%20due%20consigli>.

Strauss, Leo (1964). *Meditación sobre Maquiavelo*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

Swift, Jonathan (2018). *La batalla de los libros antiguos y modernos*. México: Gandhi ediciones.

V

Villaverde María José (21/05/2022). *Las manos sucias de Maquiavelo*. El País. https://elpais.com/elpais/2013/05/21/opinion/1369148964_042657.html.

Viroli, Maurizio (2009). *De la política a la razón de Estado. La adquisición y la transformación del lenguaje político (1250-1600)*. España: Akal.

_____ (19/03/2023). *Maquiavelo: ni radical ni reaccionario*. Diario ABC.

Vivit, Vivi italiano. *La decima scalata*. <https://www.viv-it.org/schede/3-1-decima-scalata#:~:text=Firenze%20fu%20allora%20pioniera%20dei,introdotta%20da%20Lorenzo%20De%20Medici>.